



Última llamada:  
*Destino Islanda*

*Victoria Valencia*

viveLibro

**viveLibro**

Título original: Última llamada: Destino Irlanda

Primera edición, 2018

© De esta edición: viveLibro

© Victoria Valencia

ISBN papel: 978-84-17392-43-7

ISBN ebook: 978-84-17392-44-4

Depósito Legal: M. 4.189-2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Vivelibro agradece cualquier sugerencia por parte de sus lectores para mejorar sus publicaciones en la dirección [info@vivelibro.com](mailto:info@vivelibro.com)

Conversión a ePub: Safekat, S. L. Laguna del Marquesado, 32 - Naves J, K y L

Complejo Neural - 28021 Madrid

Realizado en España (UE)

Vivelibro® es una marca registrada por Zasbook, S. L.

[www.vivelibro.com](http://www.vivelibro.com)

*En memoria de dos magníficos seres humanos: mi abuelo Alfonso y mi suegro Fernando. Por desgracia, no han podido ver este libro terminado, pero apoyaron su idea desde que conocieron sus inicios.*

# AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a las siguientes personas su ayuda y apoyo:

A mi marido Fernando, por creer en mí cuando otras personas no lo hicieron y animarme para que este sueño se convirtiera en realidad.

A mis padres y mi hermano, por su apoyo incondicional en cada etapa de mi vida. Dicen que la familia no se elige, pero, si se pudiera, yo elegiría la que tengo.

A mi profesor mallorquín Juan José Delgado, el cual, después de leer una de las tantas historias que escribía, me dijo que tenía talento y que jamás dejara de hacerlo.

A Vanesa Casanova y las 26 personas que forman el grupo de formación «Los 300», porque cada uno de ellos ha dejado una huella en mi vida.

A Cristina Mateos y mis compañeros de Megafood, porque todos ellos forman mi segunda familia. Gracias por vuestro apoyo y consejo.

A José Luis del Valle, por haberme dado la fuerza y la valentía que me faltaban para gritar a los cuatro vientos mi pasión más oculta, la escritura.

# PRÓLOGO

Estaba a punto de bajarme del fabuloso coche de marca Rolls Royce que mi futuro marido había tenido la gentileza de alquilar para aquella estupenda ocasión. Aquel 21 de septiembre del 2013 amanecía más soleado y caluroso que nunca. Miré a mi derecha y observé a mi padre mucho más nervioso que yo. Había llegado el gran día. Ese día en el uniría mi vida a la de un gran hombre. Había soñado tantas veces con ese momento desde que era una niña que aún no podía creerlo. Miraba el hermoso ramo hecho a mano con flores de tela de color rojo terciopelo, aquellos zapatos de novia de encaje fino y el maravilloso vestido que lucía puesto y las lágrimas recorrían mis mejillas. Era el final feliz que toda mujer deseaba tener.

Cuando era una niña, me gustaba fantasear con cómo sería el día de mi boda. Me imaginaba el lugar de celebración, el vestido de novia, los zapatos, la iglesia... y lo más importante de todo, el príncipe azul. Ese hombre con el que todas las mujeres soñamos. Esa persona que con solo mirarnos sabe exactamente qué nos pasa, qué sentimos, qué necesitamos... Esa con la que puedes ser tú misma, que nos impulsa a conseguir nuestros sueños... Pensaba en mi futuro marido y debo decir que cumplía al pie de la letra todas las características descritas anteriormente. Era el hombre perfecto, sin lugar a duda.

Me bajé de aquel lujoso coche ayudada por mi cariñoso padre.

—Sara, hija. ¿Estás preparada?

—Sí, papá —dije casi sin poder articular palabra de los nervios.

—Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti —me dijo con lágrimas en los ojos mientras me sostenía la mano y me besaba los nudillos.

—Gracias, papá, por haberme apoyado en cada decisión importante de mi vida.

—Te quiero, hija, y siempre vas a poder contar conmigo para lo que necesites.

Ambos nos abrazamos después de aquella bonita confesión y nos dirigimos camino al altar.

# 1

Caminaba a toda velocidad por las calles de Madrid hacia la entrada del metro Gregorio Marañón. Aquel 14 de enero del año 2008 era muy frío. Casi no podía sentir las manos ni la nariz. Entré rápidamente y tomé la línea 10 con destino Santiago Bernabéu; allí me bajaría e iría a desayunar a mi rincón favorito, aquel bar irlandés.

Conocía a Thomas, el dueño del bar, desde que era una niña y siempre me había caído muy bien, quizás es por eso por lo que siempre pasaba a saludarle por las mañanas. Thomas era un señor de unos 59 años, irlandés, grueso de cuerpo y de altura media, de ojos marrones, adicto al tabaco y a los puros, de rostro arrugado y con pelo blanco, signo de la que edad ya había hecho acto de presencia en él.

Antes de ir a la facultad de Psicología, siempre me gustaba salir de casa antes de tiempo e ir al bar irlandés Mulligan's. Según me contó Thomas, el nombre se lo puso por un pub de Dublín, su ciudad natal, el cual era considerado uno de los más famosos en su país. Él conocía al dueño y le pidió permiso para hacer homenaje de él aquí en España. Este conocido pub de su país se estableció en 1782 entre el Trinity College y el río Liffey y tenía fama por haber sido citado en la película *Ulises* (1922) y por no haber cambiado su decoración ni mobiliario desde entonces. Thomas me decía que este nombre le había traído mucha suerte, porque desde que abrió hacía 30 años aún seguía en pie y pretendía que durase tanto o más que el original.

Mientras desayunaba lo de siempre, un café con leche y un croissant a la plancha con mermelada de fresa, eché un simple vistazo al bar. Seguía igual que cuando era pequeña, aunque Thomas había hecho unas cuantas reformas porque antes era más pequeño; cuando cerraron el local de al lado un par de años atrás, decidió comprarlo y así ampliarlo, y ahora estaba mucho mejor. Tenía dos estancias: la primera, que estaba justo pegada a la entrada, donde se encontraba la barra, en la que apenas había un par de mesas con dos sillas y los aseos en una esquina; y luego, más hacia el interior, había unas pequeñas escaleras de madera de tres peldaños que daban acceso a la otra parte del

local donde seguía habiendo más mesas y sillas y un escenario al fondo para los eventos musicales de los fines de semana.

El ambiente del bar era muy acogedor y agradable, tenía una iluminación muy tenue y estaba decorado con mobiliario de color marrón oscuro y paredes revestidas de madera del mismo color. Y casi todos los días, por no decir siempre, había puesta música celta, que era la preferida de Thomas.

En una esquina estaban los señores Green, allí sentados en su mesa y discutiendo en su idioma sus tragedias familiares; en la barra estaba el señor Jonás, un anciano británico, leyendo el periódico y tomando su café americano; y cerca de la entrada, apoyada en la barra con sus nudillos, estaba la señora Moore cotilleando con el señor Johnson.... Las mismas personas de todos los días. Pero, de repente, observé a un señor al que no había visto nunca. Tenía pinta de ser más mayor que yo, me imaginé que rondaría los 40 años, de altura más o menos tendría 1,80 m, con el pelo castaño corto, los ojos azules, labios carnosos y vestido con un traje de marca de color gris perla, corbata azul oscura y zapatos de estilo francés.

Me quedé totalmente embobada mirándole y comencé a sentir un nudo en el estómago, no sabía si de los nervios de aquellas últimas semanas, en las que tenía los exámenes finales, o por ese hombre tan guapo que tenía frente a mis ojos. Me recordaba al David de Miguel Ángel porque era perfecto, no podía encontrarle un defecto, y mi subconsciente comenzó a divagar con pensamientos incontrolables. No dejaba de pensar como sería su cuerpo desnudo sin esa ropa que le cubría. ¡Ay, dios mío! Nunca me había pasado eso con nadie, y menos con un desconocido. Me sentía como la protagonista de un culebrón de esos que dan por la tele cuando ve por primera vez al que se convertirá en el amor de su vida y tiene ese momento especial en el que la escena se congela y ambos se miran a los ojos fijamente, y es ahí, en esa milésima de segundo, cuando descubren que se acaban de enamorar y que Cupido acaba de disparar su flecha de amor; pero, claro, allí la única eclipsada por ese hermoso hombre era yo.

Él seguía ahí sentado en la barra, mirando su móvil. Le miré de arriba abajo, sus ojos del color del mar y del cielo y sus finas y delicadas manos. Me imaginé que me acariciaba la piel con ellas y mi corazón comenzó a latir a mil por hora; fue entonces cuando él se percató que le estaba observando y entrecruzamos miradas. Creí ponerme roja, porque las mejillas me ardían. Fue entonces cuando bajé la cabeza e hice como que comenzaba a buscar algo en

mi mochila para disimular. ¡Menuda vergüenza!

Los días pasaron y siempre por las mañanas acabábamos coincidiendo; de repente, también se había convertido en una rutina para él acudir a ese rincón irlandés. Nos sentábamos en la misma barra a pocos metros de distancia y nos sonreíamos. Era como nuestro saludo mañanero. Aunque me moría de ganas de hablarle, no sabía cómo entrarle y entablar un tema de conversación con él. Varios días, mientras venía en el metro y hacía mi parada habitual en el bar para desayunar, meditaba sobre qué cosas podría decirle; quizás le interesara el fútbol, o la música. Pero luego pensaba: «¿Qué estás haciendo, Sara? Deja de pensar en este hombre, porque te estas empezando a enganchar por él».

Y entonces, si normalmente cuando me sonreía me ruborizaba, aquel día, cuando observé como este hombre misterioso me miraba fijamente, sentí que casi me desmayaba. Mi corazón latía a mil por hora y, claro, al percatarme de ello me puse muy nerviosa, y creo que Thomas también se dio cuenta, porque sin venir al caso me dijo:

—¿Oye, te encuentras bien? De repente te has quedado sin palabras.

—Sí, Thomas, no te preocupes, he tenido un lapsus mental.

—¿Un lapsus mental? No me hagas reír, que ya sabemos que es porque el señor Andrew te estaba mirando.

—Bobadas tuyas, Thomas, y baja la voz, no vaya a enterarse —le dije, intentado restar importancia al asunto.

—Yo creo que en fondo le caes bien. De hecho, ayer por la mañana, como no viniste por el bar porque tenías examen, me preguntó por ti.

—¿En serio? ¿Qué te preguntó?

—Pues me dijo: «Thomas, la chica tan madrugadora que siempre viene con sus libros no ha venido hoy, ¿no?»

—Nunca lo hubiera imaginado. ¿Y cómo dices que se llama?

—Se llama Andrew Miller, es irlandés, como yo. Tiene unos 40 años y lleva en España unos 2 meses. Según dice la señora Moore, que ya sabes que es muy cotilla, es un hombre bastante conocido en su país y de una posición económica bastante alta, se ha mudado aquí por cuestiones de trabajo, pero ya no te puedo decir más de su vida porque es lo único que sé.

—Pues ya sabe bastante más la señora Moore que cualquiera de nosotros. — Me eché a reír con Thomas y me despedí de él. Me tenía que ir a clase.

Mientras caminaba hacia la universidad, no paraba de pensar en Andrew. En el fondo me gustaba que me mirase, además era un hombre tan guapo que no



podía pasar desapercibido. Siempre con su ropa elegante: un día venía con pantalones chinos negros, mocasines marrones y jersey, otro día venía más formal, con traje de chaqueta, camisa y corbata.... Cada día era un descubrimiento para mí. ¿Cómo podía tener tan buen gusto? ¿Cómo podía caber tanta belleza en un hombre? Me encantaba como era; algo en el fondo me hacía sentirme atraída por él, pero pensaba: «¿Cómo va a fijarse este señor en alguien tan insignificante como yo? Una chica de barrio y mucho más joven que él. Tengo 22 años, apenas estoy empezando a vivir. Él seguro que debe de tener mil mujeres a su alrededor, es imposible», repetía una y otra vez en mi cabeza.

Después de pasarme todo el fin de semana metida en casa estudiando, ya que me encontraba en la recta final de exámenes, me apresuré a salir de casa temprano para hacer mi parada habitual de todas las mañanas en el bar Mulligan's. Pero aquel día el tiempo se me había echado encima, ya que el metro había tenido una avería y encima había amanecido lloviendo en Madrid, y para colmo casi no me daba tiempo apenas a tomarme un café. Me paré frente al bar con mis apuntes en una mano y miré mi reloj; entonces me di cuenta de que tenía tan solo 10 minutos para desayunar. Me tocaría meterle prisa a Thomas, pero no estaba dispuesta a irme a la universidad con el estómago vacío. Así que me apresuré a entrar y justo en ese preciso instante me tropecé con alguien que por la pinta que tenía debía tener más prisa que yo.

—¡Mierda! —exclamé cuando vi que se me cayeron al suelo todos los apuntes que llevaba—. ¿Pero es que no ves por dónde vas? ¿Estás ciego? —le dije sin mirarle a la cara.

—Disculpa, menudo humor tienes esta mañana —me dijo aquella voz varonil mientras me ayudaba a recoger mis apuntes, que al caerse al suelo se habían empapado de agua. Encima la letra azul de mi superboli Bic se había corrido y aquello era ilegible.

—¿Y qué humor quieres que tenga? ¡Mira cómo han quedado mis apuntes por tu culpa! —le grité enfurecida.

Fue ahí cuando le miré de manera desafiante y me di cuenta de que aquel señor con el que había tropezado y al que acababa de gritar era mi dios griego. En ese momento, al tenerle tan cerca, comprobé que era incluso más guapo de lo que pensaba y toda la furia que sentía hacia él por haber echado a perder mis apuntes se acababa de disipar al mirarle a los ojos. Esos ojos azules que me intimidaban.

—Te pido perdón nuevamente, lo siento mucho, iba distraído mirando el reloj porque voy con retraso al trabajo.

¡Dios mío! Qué voz más varonil y qué bien hablaba el español para ser irlandés. Qué labios tenía... «Sara, te estas yendo por las ramas, deja de pensar en él de esa manera», me repetía a mí misma.

—No, tranquilo si yo también iba distraída. Siento haberte hablado así — dije a modo de disculpa. Ya hasta me había olvidado de que tenía examen en 50 minutos y que mis apuntes estaban para tirarlos a la basura. El hombre perfecto había conseguido transportarme a un universo paralelo.

—Tranquila, estás perdonada, pero solo porque eres tú. La chica que me saluda con una dulce sonrisa todas las mañanas. —Entonces sí supe que ese hombre era perfecto, pensé que iba a desmayarme de la emoción—. Hoy tienes más prisa que de costumbre.

—Sí, disculpa, estoy bastante estresada. Tengo un examen dentro de 50 minutos y no puedo llegar tarde —le dije.

—¿Sabes qué solía decirme mi padre? Que las prisas y los nervios no sirven para nada. Estoy seguro de que tú eres una chica bastante preparada y vas a aprobar.

—¡Gracias!

—Mucha suerte, Sara, y mañana nos vemos, como siempre.

—Muchas gracias, pero ¿cómo sabes mi nombre?

—Después de dos meses cruzándome contigo por las mañanas, es imposible no saberlo. Hasta mañana.

Vi a mi hombre perfecto alejarse mientras caminaba hacia su coche mirándome con una sonrisa. Yo estaba tan nerviosa que sentía que se me salía el corazón.

Durante el fin de semana, no paraba de pensar en él. Era un hombre tan misterioso que me encantaba imaginarme como sería su vida; a veces me lo imaginaba viviendo en un piso solo, soltero, sin cargas familiares y dedicado por completo a su trabajo. Otras veces me lo imaginaba como el típico hombre soltero que no quiere comprometerse con nadie porque un día está con una chica y al otro día con otra, el clásico mujeriego. Y, por último, me lo imaginaba casado, con hijos y con una mujer esperándolo todos los días en su casa al volver del trabajo. En el fondo quería pensar que estaba soltero y que vivía sumido en su trabajo.

Empecé la semana con bastante energía. Hay quienes dicen que los lunes son los peores días de la semana, pero para mí son los mejores. Después de un fin de semana de descanso, toca volver a la rutina diaria con ganas.

Al entrar al bar saludé a Thomas y me senté en mi sitio preferido de la barra. Entonces me di cuenta de que Andrew aún no había llegado. Intenté olvidarme de él, apartarlo de mi cabeza, pero me di cuenta de que el desayuno de por las mañanas se había convertido en el momento más importante de mi día a día y que solo quería que llegase el día siguiente para volverlo a ver, aunque fuesen esos 15 o 20 minutos diarios.

Pero ese día ocurrió algo fuera de lo normal. Observé como siempre a Andrew entrar en el bar, pero, en vez de sentarse en su sitio habitual, se sentó en el taburete que estaba a mi lado.

—¡Hola, buenos días!

—Buenos días —contesté. El corazón me latía a mil por hora. Aquel hombre perfecto se había sentado a mi lado y me había saludado.

—¿Qué tal tu examen?

—Bien. Bastante bien, estaba convencida de que iba a ser más difícil.

—Ya sabía que lo harías bien, ya te dije que eres una chica bastante preparada. Ya solo te quedan unos meses para acabar la carrera, ¿no?

—Sí, pero ¿cómo sabes tú eso? —No entendía nada.

Andrew se echó a reír.

—Te escucho hablar con Thomas todas las mañanas y, aunque a veces intento evitarlo, ya sabes que habla tan fuerte que es imposible poder evitar oírle.

Empecé a reírme. Tenía razón; Thomas en vez de hablar parecía que gritase y, claro, normal que hubiese escuchado todo.

—Es cierto. Debo de estar tan acostumbrada que ya veo como algo normal su tono de voz. —Me quedé embobada mirándole y cada vez pensaba más que era el hombre perfecto. Entonces, no pudiendo aguantar la intriga de saber más acerca de él, le pregunté—: ¿Y tú vives cerca de aquí?

Andrew me observó con gesto serio, sonrió y bebió un sorbo de su café. Yo sentí que había metido la pata, quizás esa pregunta era demasiado directa y le había incomodado.

—A decir verdad, vivo a las afueras de Madrid. Pero me encanta este bar y, como trabajo cerca de aquí, me pilla de paso. Además, tiene algo que me recuerda mucho a mi país, es por eso por lo que vengo. Y tú ¿por qué motivo desayunas todos los días aquí?

—Porque a mí también me gusta mucho la cultura de tu país y es una forma de poder disfrutar de ella.

—Vaya, eres la primera persona española que conozco que admira mi país y nuestra cultura. ¿Y tú vives por esta zona? —me preguntó Andrew.

—Sí, vivo a unas calles de aquí.

—¿Y nunca has traído a este sitio a tus amigos o a tu familia?

—Alguna vez he venido con mis padres, pero de eso hace ya mucho. Mi padre y Thomas siempre acababan discutiendo por el fútbol y por eso dejaron de venir.

Andrew miró su reloj.

—Bueno, me tengo que ir, que, si no, llegaré tarde a trabajar.

—Sí, yo también, que llegaré tarde a la facultad. ¡Que te vaya bien el día!

—Igualmente —contesto él.

Y, desde el momento en el que Andrew decidió romper el hielo entre ambos y comenzar aquella conversación, eso derivó en una bonita amistad que fue forjándose cada día en aquel bar irlandés. Siempre nos encontrábamos en el mismo sitio, a la misma hora y en nuestro lugar habitual. Hablábamos de su trabajo, de mis estudios, de qué pensaba hacer el día de mañana con mi vida, sus metas profesionales, la cultura de su país... Cada día era un nuevo descubrimiento para mí. Pero seguía teniendo la sensación de que apenas conocía a Andrew. Poco a poco empecé a desarrollar un sentimiento cada día más fuerte por él y me daba miedo ilusionarme, porque no quería enamorarme.

Me levanté más pronto que de costumbre. Miré el calendario y ya habían pasado cuatro meses desde aquel primer día en el que cruzamos nuestras miradas mi dios griego y yo. Miré por la ventana y lucía un sol espléndido en aquel cielo contaminado de Madrid. Me había pasado todo el fin de semana anhelando que llegara el lunes para volver a verlo. Y hoy tenía pinta de que iba a ser un gran día. Me miré al espejo y decidí ponerme algo diferente a lo que acostumbraba a llevar diariamente a la universidad. Saqué de mi armario de Ikea mi mejor vestido y me puse mis medias y unos tacones. Quería sorprenderle.

De camino al bar, no dejaba de pensar en él. Sus ojos, sus labios, su pelo, esa voz... Cada día le deseaba más y estaba comenzando a sentir algo más que una fuerte atracción por él.

Me senté en nuestro lugar habitual como de costumbre y esperé ansiosa su llegada. «¿Se dará cuenta de mi *look* de hoy?», me preguntaba.

Thomas me miraba desde la cocina y me hizo un guiño mientras le vi acercarse.

—Vaya, Sara. ¡Qué guapa estás hoy!

—Gracias, Thomas.

—¿Es por algo? ¿O por alguien?

—Simplemente porque me apetecía. No tiene por qué ser por nadie en particular.

—Estoy seguro de que se sorprenderá al verte.

—¿Sorprenderse quién? —pregunté, algo confusa.

—El señor Andrew, seguro que se le cae la baba cuando te vea. Si ya lo hace habitualmente, imagínate ahora.

—Bah, Thomas, no digas tonterías. Entre Andrew y yo no hay absolutamente nada.

—Eso ya lo sé. Pero la química que desprendéis los dos es imposible de ocultar.

—Mira, vamos a dejar el tema —dije, tratando de mirar hacia otro sitio para no mirarle a los ojos. Thomas era como mi padre y me era imposible tener secretos con él.

—Como decía mi padre: ¡más sabe el diablo por viejo que por diablo!

Y en ese preciso instante, entro él. Venía tan guapo como siempre. Ese día vestía un traje de color azul oscuro y una corbata del mismo color. Le miré de arriba abajo y casi podía imaginármelo desnudo debajo de aquella ropa de marca. «Sara, deja de pensar en él de esa manera», me decía mi subconsciente.

Y entonces, cuando pensé que se sentaría a mi lado como de costumbre para desayunar juntos, vi que le acompañaba una chica. Tenía más o menos su edad, era morena, bastante alta, por cierto, y muy guapa. Se sentaron juntos al otro lado de la barra. Yo saludé a Andrew a lo lejos y observé como él me miró y me ignoró por completo. En ese momento sentí un fuerte dolor en el corazón. Era como si se hubiera roto en dos. Quizás me lo merecía por haberme imaginado algo diferente con él, ya que estaba equivocada. Me sentí estúpida, ridícula y decepcionada a la vez, porque me di cuenta de que Andrew no era el mismo conmigo cuando había gente de su entorno delante. Pero ¿quién sería esa chica? ¿Quizás su novia? ¿Alguna amiga? ¿O alguna compañera del trabajo? El caso era que se les veía a los dos tan bien. Hacían tan buena pareja. Era lógico que no quisiera ni saludarme. Yo era tan poca cosa al lado

de ella y de él. No entendía cómo había podido ser tan tonta al hacerme ilusiones con ese hombre. Jamás estaría a su altura.

Estaba rota en mil pedazos. Decidí dejar mi café a medias y me despedí de Thomas.

—Nos vemos mañana, Thomas. Me marcho, que tengo prisa.

—Sara, ¿te encuentras bien? —me preguntó preocupado.

—Sí, tranquilo, recordé que tengo que entregar un trabajo a primera hora y no quiero llegar tarde a la universidad.

—Sara, es un imbécil por hacerte ese desplante. Él se lo pierde —me dijo casi susurrando.

—Gracias, Thomas. Nos vemos mañana —dije. En ese preciso instante las lágrimas recorrieron mis mejillas y acto seguido salí deprisa del bar.

Después de eso me di cuenta de que tenía que olvidarme de él, de que me estaba haciendo mucho daño a mí misma y que lo mejor sería dejar de ir unos días por el bar. Tardé en convencerme de ello, pero, después de meditarlo y hablarlo con mis amigas de la universidad, decidí que era lo mejor.

Pasaron dos semanas de aquel duro día y, encontrándome sumergida en mis últimos días de exámenes, quedé en verme por la mañana en la biblioteca con Marcos, un compañero de la facultad. Me recogió en la puerta de mi casa y me propuso desayunar primero y coger fuerzas antes de ponernos a estudiar. Yo acepté, pero jamás imagine que me llevaría a desayunar a mi rincón irlandés.

Cuando entramos, todo estaba como de costumbre. Mi compañero se fue a saludar a Thomas, parecía que ya se conocían de antes.

Yo estaba muy nerviosa desde el fatídico día en el que Andrew fue con esa chica tan guapa y me ignoró al saludarle. No había vuelto a ir al bar. Thomas me miró muy serio y me dijo:

—Sara, tú y yo tenemos que hablar un día de estos.

—Vale —contesté desconcertada.

Marcos me preguntó que por qué me había dicho eso. Le dije que Thomas era demasiado enigmático a veces, pero que no sería nada malo, querría saber cómo me iba con los estudios.

Mientras ambos desayunábamos e íbamos haciendo un guion de todo lo que teníamos que repasar en la biblioteca aquella mañana, Andrew entró al bar. Yo estaba tan enfadada por su desplante de la otra vez que no estaba dispuesta ni a saludarle siquiera. Me di cuenta de que, mientras Marcos y yo charlábamos, él nos miraba descaradamente. Era como si tratara de hacerme ver que lo

estaba haciendo a posta, hasta que se levantó y se marchó sin haber terminado de tomarse su café.

En el fondo me sentía muy mal. No sabía qué le había pasado a Andrew conmigo y me sentía culpable de haberle ignorado, pero yo no había buscado esa situación.

Pasaron varias semanas y no volvió a aparecer por el bar. Yo estaba tan preocupada que le pregunté a Thomas por él.

—Oye, Thomas. ¿Sabes qué le ha pasado a Andrew, que hace mucho que no viene por el bar?

—Pues no lo sé. Llevo días queriéndote preguntar si entre tú y él ha habido algo.

—No entiendo, Thomas. ¿A qué viene esa pregunta? Sabes perfectamente que solo le conozco de verle aquí en el bar.

—Te pregunto porque, después el día en el que te fuiste corriendo cuando lo viste con aquella chica, los días siguientes que no viniste él me preguntó por ti. Que si sabía por qué no venías por el bar.

—¿Te preguntó por mí? Me dejas más sorprendida todavía. Bueno, Thomas, me tengo que ir. Nos vemos mañana.

Cada vez entendía menos la situación, ¿Por qué Andrew me ignoró? ¿Y luego por qué se interesó por mí, preguntándole a Thomas? Intenté olvidarme de él, pero me era imposible. Me sentía muy culpable y no sabía por qué.

Los siguientes días me mentalicé de que, si le volvía a ver por el bar, tenía que ignorarle por completo. De esa manera, las cosas se enfriarían y yo podría volver a hacer mi vida como antes, sin preocupaciones de ese tipo. Sentía muy dentro de mí que estaba comenzando a interesarme demasiado en él.

Mientras desayunaba, le vi entrar en el bar. Hacía más de tres semanas que no nos cruzábamos. Estaba algo cambiado, se había cortado el pelo, le vi más guapo que de costumbre y eso me hizo sentirme débil ante él. Aún seguía suspirando en silencio por ese hombre. Y entonces él se acercó.

—¿Podemos hablar un momento a solas, por favor? —me preguntó.

—No veo de qué —le contesté.

—Es importante lo que te quiero decir. ¿Te sientas conmigo en aquella mesa apartada de la barra?

Sin dirigirle la palabra, me levanté y le seguí hasta donde quería que hablásemos.

—Muy bien, ya estamos sentados. ¿Qué es eso tan importante que me quieres

decir?

—Verás. Quería pedirte disculpas por haberte ignorado aquella mañana, si no te hablé fue porque...

Le interrumpí.

—No tienes que darme explicaciones. Está claro, estabas con aquella chica y no querías que ella supiera que nos conocíamos.

—No, no se trata de eso. Aquella chica era periodista y me estaba haciendo una entrevista sobre mi labor en mi empresa y mi vida social. Como comprenderás, cuanto menos información tenga de mi vida personal, amigos, familia... es mejor.

En ese momento pensé: «¡Tierra, trágame!». ¿Una periodista? Me sentí tan estúpida, nunca me hubiese imaginado que esa chica era una periodista. Y yo pensando cosas feas de Andrew...

—Discúlpame, jamás pensé que podía tratarse de una periodista.

—No te preocupes, está olvidado. ¿Y quién pensabas que era?

—Pues tu novia o alguna compañera del trabajo.

—Que va. Yo no tengo novia. En cambio, tú sí creo que tienes novio, ¿no? Lo digo por el chico con el que estabas el otro día.

—No. Marcos es solo un compañero de la facultad y habíamos quedado para estudiar juntos.

Entonces Andrew se puso muy serio, me agarró la mano y me miró fijamente.

—¿Sabes una cosa? Nunca dejas de sorprenderme. Eres todo un misterio para mí, nunca logro descubrir realmente quién hay detrás de esta chica de pelo castaño y ojos grandes.

Yo me quedé atónita por esa frase. ¿A qué venía? No supe qué responderle.

—En el fondo creo que tienes una coraza y que no demuestras realmente tus sentimientos a los demás por el qué dirán —siguió diciéndome él.

Yo intenté restar importancia al asunto, diciendo una ocurrencia de las mías.

—¿Qué, me vas a hacer un psicoanálisis? Te recuerdo que la estudiante de psicología soy yo.

Andrew se echó a reír y me miraba con una gran sonrisa.

—Espero que olvidemos todo y que volvamos a ser amigos —me dijo él.

—Claro que sí. Todo olvidado —contesté yo.

Y ambos estrechamos nuestras manos, enterrando de algún modo el hacha de guerra y volviendo a ser los mismos de antes.

—Sara, ¿puedes acercarte un momento?



Me di cuenta entonces de que Thomas me estaba llamando desde el otro lado de la barra y me levanté y me dirigí hacia él.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Sí, claro, dime de qué se trata.

—Veras, el bar está perdiendo mucha clientela por las noches, ya no es lo mismo que era antes y he pensado que como tú cantas muy bien podrías venir algunos días y animar el ambiente.

—No sé, Thomas hace mucho que no lo hago, además nunca he cantado en un bar. No sé si voy a ser capaz.

—Claro que eres capaz. Además, pienso pagarte muy bien.

—No es por el dinero y lo sabes, es porque pueda hacerlo mal y en vez de animar la noche empeore la situación.

—Estoy seguro de que lo vas a hacer muy bien. Además, acuérdate: en las fiestas del barrio, siempre que cantabas, arrasabas con tu voz. Por favor, dime que sí.

Me quedé un rato en silencio pensando y decidí ayudarlo. Total, la clientela de ese bar eran todos gente mayor y de mediana edad, sería fácil que se lo pasaran bien.

—Está bien, pero solo porque eres tú. Pero, por favor, que no se vaya a enterar Andrew.

—Tranquila, eso está hecho.

Thomas me dio un abrazo mientras no dejaba de agradecerme la ayuda.

## 2

Llegó el ansiado sábado. Ese día era mi gran noche y estaba supernerviosa. El bar estaba más lleno que de costumbre. Thomas se había encargado de decirle a todo el mundo que esa noche cantaba. Mientras me maquillaba en el vestuario, me repetía a mí misma que todo saldría bien. Había traído mi guitarra, mis últimas canciones escritas y, lo más importante, me encantaba cantar y era uno de mis *hobbies* más secretos, por eso tenía que salirme todo bien.

—¿Estás preparada?

—Sí, Thomas. Creo que me tiemblan las piernas, pero estoy bien.

—¡Mucha mierda, Sarita!

Él subió al escenario e hizo mi presentación. Tenía la sensación de que me estaba tratando como una estrella y me dio por pensar incluso en dedicarme a la música al ver la fuerte acogida que tuve al subir al escenario.

—Buenas noches, damas y caballeros. Hoy es una noche muy especial porque vamos a tener el placer de contar con la insuperable voz de la famosa Sara. Recibámosla con un fuerte aplauso, por favor.

Todos comenzaron a aplaudir. Yo, temblorosa por los nervios, subí al escenario e hice mi presentación.

—Buenas noches a todos. Espero que sea de vuestro agrado la noche y que disfrutéis tanto de mi música como yo cuando la estaba componiendo.

Cuando estuve ahí sentada con mi guitarra, observé a todo el público. Eran muchas caras conocidas. En una esquina, la señora Moore; probablemente habría venido para luego dedicarse a cotillear sobre mis canciones. Los señores Green, el señor Jonás, vecinos del barrio... Me sentía como en casa. Así que cogí mi guitarra y empecé a cantar mientras observaba como todos me miraban con una gran sonrisa y mecían sus cuerpos al son de la melodía de mis canciones.

De repente, mientras cantaba, descubrí a Andrew en una esquina de la barra, sentado. Me quedé atónita y me puse muy nerviosa. ¿Pero qué hacía él ahí? Si solo iba por las mañanas a desayunar. ¿Cómo se había enterado de que yo

cantaba esa noche? Le había dicho a Thomas que no le dijera nada.

Andrew me observaba muy sonriente. Sentí como la voz me temblaba; entonces evité mirarle, porque de seguir así tenía la sensación de que iba a perder el hilo de la canción.

Cuando terminé mi actuación, solo escuchaba aplausos. Pero yo estaba totalmente eclipsada y no podía dejar de mirar a Andrew, que se había colocado al principio del escenario y me miraba con una sonrisa de oreja a oreja mientras aplaudía.

Recogí mi guitarra y mis cosas y bajé del escenario. Me acerqué a la barra para tomarme algo. Tenía la garganta seca de tanto cantar y de los nervios de la actuación. Justo en ese momento, se acercaron la señora Moore y el señor Jonás a felicitarme por lo bien que según ellos lo había hecho. Después de charlar un buen rato con ambos y de quedarme sola nuevamente, Andrew se acercó.

—Jamás dejarás de sorprenderme; aparte de ser una chica bastante preparada y muy guapa, cantas como los ángeles.

Mi cara en ese momento tenía que ser un poema. El hombre por el que suspiraba en sueños y que no podía apartar de mi mente me había dicho que era guapa. No podía creerlo. ¿Cómo un hombre como él, de esa categoría, podía haberme dicho eso a mí, una simple chica de barrio con miles de sueños pero que apenas había empezado a vivir?

—Muchas gracias, no sé qué decir, la verdad es que hace mucho que no cantaba, incluso he pensado que se me podía haber olvidado. ¿Y tú qué haces aquí? ¿Cómo has sabido que yo cantaba hoy? ¿Quién te lo ha dicho?

—Qué de preguntas, no sé cuál contestar primero. Digamos que tengo mis contactos.

—Pero si le dije a Thomas que no te dijera nada.

—No ha sido Thomas. ¿Pero por qué no querías que yo supiera nada? —me preguntó Andrew.

—Quería evitar ponerme nerviosa.

—No sabía que causaba ese estado en ti.

—Me refería a ver caras conocidas mientras cantaba, ya que los demás son vecinos a los que conozco de vista.

Intenté salir del paso como pude, se me había escapado decirle que su presencia me ponía nerviosa.

—Oye, te invito a tomarnos una copa fuera de aquí para celebrar tu éxito de

esta noche —me dijo Andrew.

Ahora sí que me había quedado sin palabras. ¿Me estaba invitando a tomarnos algo los dos solos? Además, fuera de nuestro sitio habitual de encuentro. Me encantaba la idea y estaba deseando estar a solas con él, pero algo me hizo detenerme y echarme atrás. Quizás mis miedos e inseguridades en mí misma.

—Te lo agradezco, pero estoy muy cansada y ahora lo único que me apetece es irme a casa y descansar. Hoy he tenido un día complicado.

—Bueno, al menos déjame que te acompañe a tu casa. Es de noche y me da miedo que te vayas sola.

—Está bien. Gracias.

Los dos salimos caminando del bar, calle arriba.

Yo en un principio estaba muy seria, no me salían las palabras. Era la primera vez que estaba a solas con él, sin la presencia de ningún cliente del bar. Él, en cambio, no paraba de hablar y de mirarme sonriente.

—¿Vamos bien por aquí hacia tu casa? —me preguntó.

—Sí, normalmente siempre tomo el paseo de la Castellana hacia abajo, todo recto, ya que a estas horas no hay metro y paso de esperar el bus nocturno y llegar a casa más tarde.

—Sí, pero ¿no te da miedo caminar sola al ser tan tarde?

—No, porque tampoco me he parado a pensarlo.

—Pues deberías. Es muy tarde y estas calles están muy solitarias. Bueno, cambiando de tema, ¿desde cuándo hace que cantas?

—Desde que tenía 16 años, me dio por ahí y me tiraba todo el día cantando. Mi madre ya estaba cansada de tanto escucharme. Me gustaba mucho encerrarme en mi habitación y ponerme a cantar y a bailar frente al espejo. Me imaginaba que era una gran cantante y que daba conciertos por todo el país. Qué ridícula, ¿verdad?

—Bueno, todos hemos tenido esos sueños alguna vez. En el fondo me recuerdas mucho a mí, y eso que nos llevamos algunos años. —Andrew sonrió.

—Sí, unos cuantos... —contesté yo.

—Por cierto, nunca te lo he preguntado, ¿qué edad tienes, Sara?

—Pues tengo la edad de una mujer que se siente todavía un poco niña, demasiado grande para volver atrás y todavía demasiado pequeña para dejar de soñar.

Mi frase le dejó anonadado por la forma en la que me miraba, incluso tardo unos instantes en responder.

—Vaya, no me esperaba esa respuesta, bonita reflexión. Por lo que veo no quieres decirme tu edad, pillina —me dijo sonriendo.

—A ver, dime, ¿cuántos me echas?

—Pues yo diría que tienes... ¿25?

—No, por favor, no tantos, tengo 22 —le dije entre risas.

—Bueno, la edad no es lo más importante, yo pienso que lo que importa es cómo sea la persona y cómo tenga la mente. He conocido a gente de mi edad que por su poca madurez podrían aparentar tener 18 años y gente, por ejemplo, como tú, que de mente podría tener 40 años.

—Vaya, gracias por el piropo, lo tomaré como un cumplido —le dije en tono sarcástico.

—No te lo tomes a mal, muchas de las chicas que he conocido a lo largo de mi vida no habían madurado ni una cuarta parte de lo que deberían haber madurado para la edad que tenían en ese momento.

—Debes de haber conocido a muchas chicas, ¿no?

—Bueno, algunas. Sobre todo por mi trabajo, pero ninguna ha llegado a despertar en mí ningún sentimiento. Muchas eran demasiados materialistas y solo querían estar conmigo por mi posición social y por mi dinero.

—Creo que nunca vas a fiarte realmente de nadie. Yo dudaría de los amigos que tengo, de posibles parejas...

—Sí, es cierto, realmente aprendes a ser desconfiado con la gente. Pero contigo es diferente, no sé, me da la sensación de que realmente eres una buena chica y que te interesas por mis cosas y por mis problemas. Es una lástima que nos hayamos conocido en esta situación. Ojalá hubiese sido antes.

Me quedé cohibida ante ese comentario, pero fui fuerte y le pregunté:

—¿Y por qué nos deberíamos haber conocido antes, según tú?

—No me hagas decir cosas de las que luego nos podamos arrepentir los dos. Dejemos las cosas así, que esta noche estoy hablando más de la cuenta.

Me quedé en silencio y vi que ya estaba llegando a la puerta de mi casa.

—Ya hemos llegado, esta es mi casa. Muchas gracias por acompañarme.

—De nada, para eso están los amigos. No creo que nos veamos esta semana porque me voy de viaje a mi país a arreglar unos asuntos personales. Así que ya nos veremos.

—Está bien. ¡Que tengas buen viaje!

Nos despedimos con un beso en la mejilla y le vi alejarse caminando calle abajo.

### 3

Pasó una semana y echaba tanto de menos a Andrew que no dejaba de preguntarme si estaría bien. Mis compañeras de la facultad, como sabían que me encontraba bastante afligida, me propusieron salir a una discoteca muy famosa que estaba situada en el centro de la ciudad. Yo acepté. «Total», pensé, «Andrew y yo no somos nada, no puedo estar todo el día triste por su ausencia y me va a venir muy bien distraerme un poco y olvidarme de mis problemas».

Cuando llegamos, la entrada estaba abarrotada de gente. Había una gran cola para poder entrar e incluso tuvimos que esperar como 15 minutos.

Una vez dentro, eché un simple vistazo a la pista, que estaba repleta de gente joven bailando. Era bastante amplia y lo bueno de este lugar es que estaba como separada, tenía la sala de baile por un lado y al otro extremo del local había una zona más tranquila para los que querían charlar y tomarse una copa, o incluso los había que aprovechaban para meterse mano. Era la primera vez que venía, pero el sitio tenía muy buena pinta; el techo era un espejo, de hecho, mientras la gente bailaba, podía verse reflejada. Era una absoluta pasada.

Mi amiga Carol nos hizo una señal para que la siguiéramos hasta una esquina libre en la que había varios asientos y una mesa. Mientras Luisa y Paula se sentaban, yo decidí acompañar a Carol a la barra a por unas bebidas. Nos costó hacernos un hueco entre la gente y sobre todo que el camarero nos hiciera caso, ya que estaba ligando con unas de las camareras. Yo empecé a cansarme de la situación, no entendía cómo podían contratar a gente así que luego pasaba de todo y se dedicaba a flirtear con las chicas. Por fin Carol logró que el camarero le hiciera algo de caso. Yo, mientras la esperaba, tuve que lidiar con varios chicos algo ebrios que pasaron por mi lado con unas copas y me empujaron, con tan mala suerte que casi me resbalo y me caigo encima de un señor que estaba detrás de mí sentado. Me giré para pedirle disculpas.

—Lo siento. Me han empujado.

En ese momento el señor se giró y pude ver su rostro. Me quedé sin palabras, era Andrew. Él me miró fijamente y entonces me lanzó una ligera

sonrisa al reconocermelo.

—Vaya, Sara, ¿qué haces tú aquí? —me preguntó.

—He venido con unas amigas a pasar el rato.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Muy bien también. He venido con unos compañeros del trabajo a divertirme un poco. Llegué ayer de Irlanda.

—Y en el viaje ¿todo bien? ¿Pudiste arreglar esos asuntos personales?

—Sí, está todo solucionado.

—Me alegro, Andrew. Bueno, me voy, que me esperan mis amigas.

—Pásalo bien, ya nos veremos por el bar.

Me alejé de la barra más cohibida que nunca. Carol se dio cuenta de mi estado.

—Cariño, ¿qué te pasa? Tienes una cara...

—Carol, ¿te acuerdas del hombre del que te hable, del que estaba enamorada?

—Sí, claro, cómo olvidarlo, el famoso Andrew, ¿no? Te has pasado toda la semana así de triste por él.

—Pues el hombre con el que tropecé era él.

—No puedo creerlo. ¿Pero no me dijiste que estaba fuera de España?

—Sí, pero me ha dicho que ha vuelto.

—¿Y por eso estás así? Cariño, olvídate de él, pásalo bien y disfruta —me dijo Carol.

—Tienes razón, pero me es complicado olvidarme de que está aquí.

—¿Ahora mismo le ves?

—No, porque está en la barra y con tanta gente es imposible.

—Pues ya está, él no está aquí. Tú has venido hoy a pasarlo bien con tus amigas y eso es lo que vas a hacer.

—Está bien, por una vez creo que tienes razón.

—Olvidas que siempre la tengo —me dijo Carol sonriendo.

Me acerqué a donde estaban Luisa y Paula. Cogí mi cerveza y bebí un trago. Carol hizo lo mismo que yo, después de eso me cogió del brazo y me llevo a la pista de baile. Estaba sonando una salsa y juntas comenzamos a bailar, me lo estaba pasando tan bien que incluso me olvidé de que Andrew estaba allí.

Mientras Carol y yo disfrutábamos más y más de la canción, varios chicos se acercaron a nosotras y nos pidieron bailar juntos esa canción.



El que se acercó a mí era casi de la misma estatura que yo, con el pelo moreno y los ojos marrones y vestía camisa azul y pantalones vaqueros. Era bastante majo, así que sin pensármelo dos veces acepté bailar esa canción con él.

—Me llamo Alfonso, ¿y tú?

—Sara.

—Qué nombre más bonito, te llamas igual que mi hermana.

Le sonreí.

—¿Y sueles venir mucho por aquí, Sara?

—No, de hecho, es la primera vez que vengo.

—Pues bailas muy bien. ¿No te gustaría que quedásemos otro día?

Cuando estaba a punto de contestarle, vi como Andrew se acercaba a nosotros y le tocaba en la espalda a Alfonso, que en aquellos momentos era mi pareja de baile.

—Disculpa, ¿te importa si te la robo un momentito? —preguntó Andrew a aquel chico.

—Sí me importa, porque estamos terminando de bailar esta canción.

—Ya, y no sabes cuánto lo siento, pero hay una chica ahí detrás que está mucho más interesada en bailar contigo.

Andrew señaló a una rubia que había sentada en la barra y que estaba saludando a Alfonso.

—Bueno, no pasa nada, la canción está a punto de terminar —dijo este.

—Gracias, tío —dijo Andrew.

Entonces él se acercó a mí, como siempre, con su gran sonrisa.

—Por fin puedo bailar contigo, vaya compañero de baile que te has buscado.

—Tampoco bailaba tan mal. Además, yo no le he buscado, me ha buscado él a mí.

—Ya, por eso tendré que tener más cuidado la próxima vez.

¿A qué venía eso? Estaba lanzándome indirectas, quizás le había molestado verme bailando con aquel chico y se había puesto celoso, o simplemente le apetecía bailar conmigo y no veía el momento de hacerlo.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dije.

—Sí, claro, lo que quieras.

—¿Cómo has conseguido que aquella chica rubia le saludara desde la barra? Andrew sonrió.

—Es una compañera del trabajo, le he tenido que prometer que le daría el

próximo fin de semana libre si me hacía ese favor. Me ha costado bastante.

Me eche a reír. Andrew era un hombre de recursos, sin lugar a duda.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo consigues siempre lo que quieres?

—No siempre consigo lo que quiero. Todavía me faltan algunos sueños por cumplir. Pero soy un hombre perseverante.

Andrew me agarró muy fuerte de la cintura y ambos nos miramos a los ojos siguiendo el ritmo de la canción. De repente, él comenzó a acercarse cada vez más, casi podía oír su corazón latir junto al mío. Comenzó a susurrarme al oído.

—Vaya, aparte de cantar fenomenal, bailas mejor todavía. Desde luego que eres una caja de sorpresas.

—Gracias, pero creo que nunca te lo he dicho. Mi madre es la dueña de una academia de baile y por las tardes trabajo con ella dando clases de salsa, tango...

—Me sorprendes aún más. ¿Algún día me darías unas clases de salsa?

—¿Por qué no? Pero deberías saber que, aparte de ser una chica bastante aplicada, también soy una profesora bastante exigente.

Andrew sonrió.

—Quizás por eso es por lo que me gustas tanto.

No podía creer lo que acababa de escuchar. Andrew me había dicho que le gustaba, no sabía si estaba soñando o aquello estaba pasando realmente. Me entraron muchos miedos ante lo que pudiese pasar después de aquello.

—Lo siento, Andrew, me tengo que ir.

—Pero ¿por qué? ¿Ha pasado algo?

—No, simplemente recordé que mañana tengo que madrugar para ayudar a mi madre con las clases.

—Pero si mañana es domingo —comentó Andrew.

—Ya, pero son unas clases especiales para unos vecinos que nos las han pedido.

Vaya mentira le estaba contando, ni yo misma me la creía.

—Bueno, al menos déjame que te lleve a casa en mi coche.

—No, gracias. Yo me voy con mis amigas.

—Pues tus amigas no creo que quieran irse, están pasándose bastante bien con aquellos chicos.

—Bueno, pues me voy sola —dije yo.

Salí corriendo de la discoteca y en mi afán por huir de allí me tropecé con

varias personas que se cruzaron en mi camino, no quería ni mirar atrás.

Una vez fuera de aquel lugar comencé a correr calle abajo. Mi cabeza no dejaba de pensar en él y en lo que podría haber pasado si yo no hubiese salido corriendo de la discoteca.

Corrí y corrí hasta que el cansancio se apoderó de mí y comencé a caminar lentamente en dirección a la entrada de metro. Entonces escuché a alguien gritar mi nombre.

—Sara, espera por favor. Sara, no te vayas. Sara...

Era Andrew. Venía corriendo hacia mí, hasta que se paró en seco y comenzó a respirar.

—Vaya, no sabía que corrías tan rápido, casi me da un infarto.

Me quedé muy seria mirándole.

—¿Se puede saber qué es lo que ha pasado?, para que salieras corriendo así.

—Ya te he dicho cuáles son los motivos, además tus amigos te deben de estar esperando.

—No me importan mis amigos. Me importas tú.

Ambos nos quedamos en silencio mirándonos.

—Mira, Sara, ya estoy cansado de negarme a mí mismo muchas cosas, ¿sabes? Y ya no puedo más.

—Andrew, lo mejor será que me vaya.

—No, no te puedes ir así, sin saber qué es lo que me está pasando.

Permanecí callada sin saber qué decir. Toda esa situación me había pillado por sorpresa y, aunque estaba muy enamorada de ese hombre, no dejaba de pensar que yo era muy poca cosa para estar a su lado.

Andrew se quedó en silencio por unos minutos. Agachó la cabeza y comenzó a dar patadas a las piedras que había en la acera.

—¡Ya estoy cansado de hacer lo que demás quieren, maldita sea! —gritó.

Entonces se acercó a mí y me cogió de las manos.

—Pero eso se terminó, pequeña. Ahora voy a hacer lo que realmente he deseado desde que el día en que te conocí.

Andrew me agarró suavemente por la cintura y me estrechó contra su cuerpo. Sus finas manos acariciaron mi cara y acto seguido posó sus carnosos labios sobre los míos y comenzó a llenarlos de pequeños besos para posteriormente introducir su lengua en mi boca. Me sentí rara y confusa a la vez, pero esa sensación de sentirlo tan cerca me encantaba. Mi lengua acariciaba tímidamente la suya y se unía a ella en una lenta y erótica danza de roces y

sensaciones, de sacudidas y de empuje.

Fue el beso más apasionado que alguien me había dado en toda mi vida; me sentí viva. Sentí que mis pies se alejaban del suelo y ambos subíamos hacia el cielo. Noté su erección contra mi vientre. Dios mío... Me deseaba. Andrew Miller, mi dios griego, el hombre perfecto, me deseaba, y yo le deseaba a él.

—Eres... tan... dulce —murmuró entrecortadamente.

Me aparté de él. Me sentía confusa por todos los sentimientos encontrados.

—Andrew, no sé qué decir... No me esperaba esto —le dije, roja como un tomate.

Él me interrumpió.

—No, por favor, no digas nada. Siento haberte besado así, pero ya no podía aguantar más, lo que siento por ti es muy fuerte. He intentado negármelo a mí mismo y me he repetido una y otra vez que esto no podía ser. Pero ya no me importa nada... Ni lo que piense la gente, ni la diferencia de edad, ni todo lo que pueda conllevar esta relación. Sara, me he enamorado de ti. No me preguntes ni cómo, ni cuándo... Solo sé que pasó y no me arrepiento de ello.

Me quedé muda, apenas podía articular palabra.

—Creo que estoy soñando, no puedo creer lo que me estás diciendo —le dije, más sorprendida que nunca ante la declaración de amor que me acababa de hacer.

—Pues créetelo, Sara, es cierto. Por ti me despierto todos los días con ganas de vivir y por ti estoy deseando que llegue la hora del desayuno, tan solo para poder verte. Pero ahora necesito saber si este sentimiento es compartido, de lo contrario te juro que me alejaré de ti y jamás te volveré a molestar.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas y vueltas. No sabía qué contestarle, en realidad me moría de ganas de decirle todo lo que sentía por él, pero también existían mis dudas de si las cosas marcharían bien, porque había muchos detalles de la vida de Andrew que desconocía. Y lo único cierto es que estaba locamente enamorada de él y ese sentimiento también era compartido.

Pero fui fuerte y me armé de valor.

—Andrew, yo también siento algo muy fuerte por ti. He intentado alejarme de ti de todo este tiempo porque no quiero sufrir, ya sufrí mucho por amor una vez y no quiero volver a pasar por lo mismo.

—Pero yo no voy a hacerte daño. Al contrario, solo quiero estar contigo para amarte y protegerte. Te quiero, Sara.

—Yo también te quiero, Andrew. Desde aquella primera vez que nos vimos

en aquel bar irlandés no he dejado de pensar en ti —murmuré entrecortadamente.

—A mí me paso lo mismo. Creo que me deslumbraste con tu inocencia y con tu dulzura; cada vez que te veía me entraban muchas ganas de hablarte, pero nunca sabía cómo hacerlo. Entonces aproveché aquel día que entrabas al bar e ibas distraída para chocar contigo.

—O sea, que ese choque ¿fue premeditado? —le pregunté entre risas.

—Sí, puede decirse que sí, perdóname, pero no se me ocurrió otra cosa.

Los dos nos echamos a reír.

—Sara, me gustaría que nos conociéramos más. Me muero de ganas de estar contigo.

Por favor, dame esa oportunidad y no te defraudaré.

—Creo que, si te dijera que no, me arrepentiría el resto de mi vida —le respondí sonriendo.

—¿Eso significa un sí?

—Sí —le dije entre risas.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo, pequeña.

Andrew me abrazó y ambos nos fundimos en un segundo y cálido beso.

Y después de eso nos besamos una y otra vez en medio de la calle, ajenos al mundo real y a todo lo que nos rodeaba. Era como si el tiempo se hubiese parado y solo existiéramos él y yo.

Andrew y yo nos veíamos todos los días con mucha frecuencia, aunque yo lo mantuve en secreto, sobre todo con mi familia; no quería que mis padres supieran nada, ya que iban a poner el grito en el cielo debido a la edad de Andrew. Aunque tampoco nos llevábamos tanto, solo eran 18 años. Mi subconsciente se reía de mí: «Tampoco es tanto, nena, solo 18 años. Sigue engañándote a ti misma con que no es mucho». «Maldito subconsciente», pensé.

Mis padres eran esa clase de personas que estaban muy chapadas a la antigua y también, al ser la única hija que tenían, pues me sobreprotegían demasiado. La verdad es que a veces eché de menos tener una hermana o hermano pequeño para que compartieran su cariño y a mí me dejaron un poquito más tranquila, pero según me había contado mi madre hace algunos años los pobres pasaron mucho para tenerme, ya que mi madre tenía problemas para quedarse embarazada y después de muchos años por fin lo lograron y, claro, ya también era muy tarde para tener otro hijo debido a la edad de ambos. Así que, como solía decir mi madre: «¡Nos plantamos contigo!». Y, sinceramente, no podía quejarme ni de la educación que me habían dado ni de todo lo que habían hecho por mí a lo largo de mi vida.

Aunque yo nací en Madrid, mis padres eran de Jerez de la Frontera, pero por circunstancias del trabajo se habían mudado aquí hacía ya muchos años. Ellos siempre solían decir que algún día, cuando se hubieran jubilado, volverían a su tierra a pasar sus últimos años de vida. Y aunque íbamos de vacaciones en verano y en Navidades, ya que toda mi familia vivía allí, sabía que ellos anhelaban mucho su tierra.

Y, volviendo al tema de mi relación con Andrew, el único que sabía sobre nuestra relación era Thomas, y la verdad es que se había puesto bastante contento. Me dijo que se alegraba mucho por los dos porque ambos éramos muy buenas personas, que ya se había dado cuenta desde hacía mucho tiempo por la forma en la nos mirábamos de que los dos estábamos enamorados.

Nunca en mi vida me había sentido tan feliz y dichosa; tenía todo lo que

podía desear. Había acabado la carrera con matrícula de honor y había conseguido el amor del hombre más maravilloso del mundo.

Andrew, al que comencé a llamar cariñosamente Andy, tenía todo lo que siempre había deseado en un hombre: era atento, cariñoso, detallista y tremendamente guapo; me sentía muy afortunada de haber conseguido su amor.

Mientras estaba a su lado, las demás cosas de mi alrededor no existían. Perdía la noción del tiempo cuando estaba junto a él.

Nuestra relación poco a poco fue haciéndose más estrecha y él comenzó a sincerarse más conmigo. Me habló mucho acerca de su vida, de su familia, de lo importante que habían sido sus padres para él, a los que por desgracia perdió cuando tan solo tenía 18 años debido a un trágico accidente y, claro, debido a eso tuvo que madurar antes de tiempo y hacerse un hombre. Ya solo le quedaban dos hermanas. Una de ellas vivía en Irlanda y era una gran diseñadora de moda y la otra vivía en Francia junto a su marido y sus hijos.

Me contó que a veces se sentía muy solo en España y añoraba su país. Pero que, desde que estaba a mi lado, apenas echaba en falta esas cosas.

Yo empecé a quererlo con mucha más fuerza que antes, le amaba apasionadamente y lo que más deseaba era estar a su lado siempre.

Recuerdo que una tarde, mientras caminábamos por el parque del Retiro, Andrew me dijo:

—¿Sara, puedo hacerte una pregunta?

—Claro. Soy toda oídos —le dije sonriendo.

—Antes de estar conmigo, ¿ha habido algún otro hombre en tu vida? Te lo pregunto porque como me dijiste aquel día que habías sufrido mucho por amor...

Me extrañó su pregunta, pero quise ser sincera con él, ahora era mi pareja y debía saber todo acerca de mí.

—Sí, solo uno.

—¿Y qué paso?

—Pues que no era para mí.

—¿Cómo os conocisteis? —me preguntó él, interesado.

—Pues éramos compañeros de la facultad.

—Al final tenía razón y era aquel chico del bar con el que estabas estudiando aquella mañana, ¿no?

Me eché a reír.

—¿Con Marcos? Que va. Como te dije, solo era un compañero de clase. La

verdad es que es muy buen chico, pero nunca hemos tenido nada. Con quien tuve una relación fue con Ricardo. Es un chico un año mayor que yo. La primera vez que le vi hablando en clase me gustó bastante su personalidad y desde ese día intenté conocerle. Pero él era bastante más popular que yo y siempre estaba rodeado de chicas guapas, por eso decidí olvidarle, ya que al final me di cuenta de que nunca sería lo bastante interesante para él. Pasaron los meses y un día, mientras estudiaba en la biblioteca, llegó Ricardo. Se sentó a mi lado y comenzamos a hablar, y sin quererlo se nos pasaron las horas volando. Entonces él me dijo que se lo había pasado bastante bien conmigo y que le gustaría invitarme un día al cine o a tomar un café. Yo acepté, estaba tan ilusionada con él...

—¿Y después de eso qué pasó?

—Pues que quedamos muy seguidos y entonces un día ocurrió lo que tenía que ocurrir. Él me dijo que yo le gustaba y que quería comenzar una relación conmigo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Pues acepte. Me sentía muy ilusionada por haber conseguido su amor. Estuvimos juntos unos meses hasta que...

Me quedé en silencio. Era la primera vez después de tres años que volvía a recordar aquella historia triste de mi vida y no me hacía bien.

—¿Estás bien, pequeña? —me preguntó Andrew.

—Sí, tranquilo. Como te decía, estuvimos juntos hasta que un día le fui a buscar a su lugar de entrenamiento. Él jugaba al fútbol todos los martes, así que me presenté allí para darle una sorpresa y cuando llegué la sorprendida fui yo, porque me dijo su entrenador que llevaba más de 3 meses sin ir por allí, que según él tenía muchos exámenes. Pero, claro, a mí siempre me decía que los martes nunca podía quedar porque ese día era cuando tenía fútbol. Claramente me estaba engañando, así que decidí esperarme al martes siguiente y seguirle después de que saliera de su casa para ver a dónde iba.

—¿Y qué paso?

—Pues que había quedado con otra chica de la facultad. Estuvieron toda la tarde en el parque del barrio de al lado besándose y haciéndose cariñitos. Me estaba engañando.

—¡Qué miserable! ¿Pero cómo pudo hacerte eso?

—Después de eso yo terminé con él y desde entonces no he vuelto a saber nada de Ricardo, siempre que nos cruzábamos en los pasillos de la facultad



ambos nos ignorábamos.

—Siento mucho lo que te paso, pequeña. Y ¿no has estado con nadie más después de terminar con él?

—No, Andy, no se ha dado el momento con nadie más. Además, yo tampoco soy una chica que salga mucho. Vivo por y para los estudios y eso pasa factura en mi vida social, la cual, como puedes ver, no tengo —dije sonriendo.

Andrew arqueó las cejas mientras me miraba sorprendido.

—Bueno, ahora háblame de ti, apenas sé nada de tu vida —le rogué.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó mi hombre perfecto.

—Pues ¿cuántas novias has tenido?

—Unas cuantas —respondió Andrew sonriendo.

—¡Así que unas cuantas!

—Sí, pero ninguna tan especial como tú.

—No seas mentiroso.

—No lo soy, es la verdad. A ver, sigue preguntándome.

—¿Cuánto hace que dejaste de tener novia?

—Pues yo creo que hace ya más de ocho años.

—¿Tanto tiempo? No me lo creo.

—Pues créeme. Es la verdad.

—Pero es imposible que en ocho años no hayas tenido ninguna relación.

—¿Por qué no dejamos de hablar de mí, que tengo una vida superaburrida, y disfrutamos de nuestra tarde juntos?

—Está bien. Pero me debes algunas.

Esa tarde, después de sincerarme con Andrew y de contarle la historia de mi vida, me sentí más unida a él que antes, y creo que a él le pasó lo mismo.

Llegó el viernes por la noche y, después de salir de trabajar, Andrew me recogió al principio de mi calle y me invitó a cenar a su casa. Había preparado él mismo la comida y quería sorprenderme.

El chalé en el que vivía era muy lujoso y estaba situado en una de las mejores zonas de la ciudad. Tenía piscina, jacuzzi, un jardín de miles de metros de zonas verdes, varias habitaciones, una gran cocina con una isla en el centro, un salón que me recordaba al de las famosas de las revistas e incluso tenía chofer privado y jardinero.

Me comentó que tenía contratada a una chica que venía por las mañanas a limpiarle la casa y a hacerle la comida. Sin lugar a duda, era un hombre con

una buena posición económica y eso en el fondo me incomodaba, porque yo no estaba acostumbrada a tanto lujo; me di cuenta de que me había enamorado de alguien muy importante y algo me hacía echarme hacia atrás, me daba miedo meterme en ese mundo.

Después de la cena, Andrew puso una de sus canciones favoritas y ambos nos abrazamos y comenzamos a bailar. Él comenzó a besarme apasionadamente y fue bajando sus manos poco a poco hasta llegar a mi trasero. Yo en ese momento me puse algo nerviosa, me di cuenta de que quería hacer el amor conmigo y yo también lo estaba deseando, pero lo cierto era que aún no había mantenido relaciones sexuales con nadie y me daba vergüenza decírselo y que pensara que era aún inexperta en esos temas del amor.

—Sara, me vuelve loco este vestidito que llevas hoy. Es demasiado para mí —me susurró al oído.

Me ruboricé ante su comentario y no supe qué decirle.

—Pequeña, me muerdo de ganas de hacerte el amor —me seguía susurrando al oído.

—Andrew, verás, yo... nunca... —Entonces, ante la vergüenza, dejé de mirarle a los ojos.

—¿Cómo? Sara... Tú...

—Sí... Bueno... Yo nunca... —respondí, sin poder terminar la frase.

—Sara, ¿eres virgen? —me preguntó Andrew, dejando de bailar y mirándome totalmente sorprendido.

—Sí, Andrew, yo nunca he estado con un hombre.

Me interrumpió.

—Yo pensé que tú y Ricardo...

—Yo nunca llegué a entregarme a él, ya que no estuve segura del todo. Siempre he soñado que esa primera vez fuese algo especial y la conservase como un bonito recuerdo... Y, bueno, con Ricardo nunca surgió... ¿Te has decepcionado? —pregunté, preocupada.

—Al contrario, pequeña, me ha sorprendido. ¿Cómo una mujer como tú aún no ha estado con nadie? Me acabas de confirmar aún más lo maravillosa y especial que eres, ya no quedan mujeres así. Bueno, pues vamos a tener que arreglar esta situación.

—¿Qué vas a hacer?

—Pues voy a hacerte el amor ahora mismo.

—Andrew yo... no sé...

Él me interrumpió.

—Pequeña, quiero ser tu primer hombre, y créeme que pienso hacerte pasar la mejor noche de tu vida y hacer que tu sueño se haga realidad. ¿Confías en mí?

—Sí, Andrew, confié en ti... Pero estoy algo nerviosa.

Me volvió a interrumpir.

—Tranquila, todo va a estar bien, pienso tratarte con mucho cariño. Pero quiero que estés segura.

—Sí, Andrew, estoy segura de lo que siento por ti y yo también deseo que me hagas el amor.

—Entonces déjate llevar, no tengas miedo... —me dijo guiñándome un ojo.

Andrew me tomó de la mano y me condujo hasta su dormitorio. Entonces me besó en la boca con ardor, con un fuego contenido desde hacía meses, los meses que hacía que nos conocíamos y que ambos suspirábamos en silencio el uno por el otro. Antes de que me diese cuenta empezó a desabrocharme los botones del vestido buscando mis pechos; dejó escapar un suspiro de satisfacción cuando notó que no llevaba sujetador y al ver los pechos soltó un gemido de excitación, complacido con lo que veía. Y, como un niño, se puso a jugar con ellos. Los tocó, los acarició, los apretó entre las manos y, cuando acercó su boca a ellos, supe que ya no podría detenerse hasta hacerme el amor. Con lentitud empezó a cubrirlos de besos, después pasó la lengua por mis pezones que, para sorpresa de él, estaban completamente erectos, y finalmente se los llevó a la boca y succionó con ganas, como si intentara alimentarse hasta quedar completamente saciado.

Me escuchaba a mí misma gemir. Nunca había sentido lo que estaba sintiendo; además, siendo tan pudorosa con Ricardo, esta vez no sentía la intromisión de Andrew en mi cuerpo. Es más, antes de darme cuenta, un impulso me hizo empujarlo a la cama para colocarme a horcajadas sobre él para besarlos en los labios y empezar a jugar. Repartí besos desde su cuello, pasando por su pecho y, cuando llegué a su cintura, le miré, traviesa, y, con una sonrisa, le abrí el pantalón y busqué su miembro. Su pene se escapó grande y duro en mi dirección. Yo no daba crédito a lo que veía, era enorme, tan grande y largo que, cuando lo tomé entre las manos, no alcancé a abarcarlo en toda su extensión. Era la primera vez en mi vida que veía algo así. Era cierto que alguna vez lo había visto en alguna película porno, sobre todo cuando tenía 14 años y quedaba con mis compañeras del instituto y a todas

comenzaba a picarnos la curiosidad por cómo sería hacer el amor con alguien o cómo tenían los hombres su miembro viril; pero ahora verlo así por primera vez me hizo detenerme por un momento. Él se dio cuenta y me susurró al oído:

—Tranquila, pequeña, no te va a pasar nada malo. Deja que el sentimiento de hacer el amor te invada y entrégate al placer. Deja que el deseo, la pasión y la seducción tomen el control de tu cuerpo.

Cuando me decía esas cosas al oído, hacía que mi cuerpo se estremeciera más y más de placer. ¡Dios mío! Aquel hombre era todo un seductor.

Volví a gemir con los brazos en torno a su cuello. El vestido, ahora enroscado en mi cintura, me molestaba, por lo que, con la mano que tenía libre, Andrew me lo bajó muy despacio y me lo sacó por las piernas para arrojarlo lejos y que así quedáramos piel con piel.

Acto seguido me bajó las braguitas también y se colocó encima de mí, después comenzó a tocar mi clítoris con sus dedos. Empezó por masajear, acariciar y tocar todos los puntos más íntimos de mi cuerpo, los que nadie hasta ese momento había descubierto. Se sorprendió al escucharme pedir más. Andrew me complació, se inclinó sobre mi vientre, me separó las piernas y empezó a hacer con la lengua movimiento circulares sobre mi sexo. Yo me movía debajo de él, completamente agitada y caliente, anhelando tenerlo dentro de mí, y entonces no me defraudó. Primero usó su lengua, despacio, creando círculos en torno a mi sexo, y luego sacó un pequeño paquetito plateado, lo abrió, se colocó el contenido de este en el pene y me penetró lentamente hasta escucharme gemir. Yo sentía que el corazón se me iba a salir por la boca, notaba mariposas en el estómago, le amaba desesperadamente, ese momento era el mejor de todos los que había tenido en mi vida. Después se separó de mí y sonriendo se incorporó, buscando mis labios para volver a besarme apasionadamente. Su cuerpo se pegó al mío para penetrarme. Entonces levanté las caderas al sentir su miembro entre mis piernas, supe que era el momento, estaba húmeda, lista para recibirlo, y él suspiró aliviado porque ya no podía esperar más.

Se sostuvo en mis hombros y empujó fuerte. Yo estaba rígida y eso lo detuvo, no quería ser brusco conmigo; pero realmente quería estar dentro de mí, así que gimió, respiró y, antes de que me diera cuenta, estaba dentro de mí.

Me acarició dulcemente la cara tratando de relajarme, ya que estaba algo nerviosa, era mi primera vez.

Por un momento me quede quieta, no podía moverme, era la primera vez que

sentía esa sensación de que alguien irrumpía dentro de mí, pero esa sensación me gustaba, era placentera.

Levanté las caderas y volví a gemir, realmente me gustaba lo que estaba sintiendo. Me aferré al cuerpo de Andrew y cerré las piernas para mantenerle dentro de mí y que no saliera todavía. Él me miró, sonrió y lo entendió perfectamente.

—Pequeña, no me iré a ningún lado. Todavía tengo mucho por hacer contigo esta noche... —me dijo mientras me guiñaba un ojo.

Entonces comenzó a embestirme más y más rápido. Yo jadeaba de placer, notaba su corazón, pegado al mío, latir a mil por hora. Dos cuerpos entregados a la pasión y el deseo, dos cuerpos amándose cada vez más intensamente y saboreando cada centímetro del otro como si formaran uno solo. Noté una sensación extraña, el placer se volvió más intenso todavía y eso me hizo sentirme como si me hinchara y estallara en mil pedazos; supe ahí que había llegado a experimentar mi primer orgasmo. Él también comenzó a gemir más intensamente y a embestirme con más y más fuerza, y pasados unos segundos lanzó un último gemido, el más fuerte de todos, y se tumbó a mi lado exhausto.

Le observé mirándome embobado mientras sonreía.

—¿Por qué me miras así? —le dije, incorporándome encima de él y mirándole fijamente a los ojos.

—Eres perfecta para mí. Me has hecho sentir con esto el hombre más feliz del mundo.

—Te quiero, Andy.

—Yo también te quiero, pequeña.

—Me gusta que me llames pequeña.

—Y a mí encanta decírtelo, porque eres y siempre serás mi pequeña princesa. Te amo, Sara.

Y ambos nos quedamos dormidos abrazados el uno al otro.

## 5

Nuestra relación iba viento en popa hasta que, después de tres meses de relación feliz, de repente un día Andrew desapareció sin dejar señal.

Le llame mil veces a su teléfono móvil y me salía como que el número ya no existía. Le busqué en su chalé y me dijo el vigilante de aquella urbanización de lujo que el señor Andrew se había marchado de allí. Y, por si fuera poco, después de eso tampoco volvió a aparecer por el bar.

—Lo siento, señorita, el señor Andrew se mudó de esta casa hace varios días.

—¿Pero no le dijo a dónde pudo haber ido? ¿Una dirección? ¿Un teléfono?

—Ya le he dicho no ha dejado nada —me respondió con desgana aquel conserje.

Me quería volver loca, no entendía nada. ¿Qué había podido pasar para que desapareciera así, sin ni siquiera dar una explicación?

Pasadas varias semanas sin ninguna noticia, decidí buscarle en su lugar de trabajo. Era el último sitio al que tenía pensado acudir, ya que alguna vez me dijo que nunca quería que le llamase ni le buscase por allí, que quería mantener su vida personal al margen del trabajo, pero yo necesitaba zanjar las cosas y continuar con mi vida, al menos que me diera una explicación de por qué ese cambio tan repentino conmigo, por qué había desaparecido de esa manera sin decir nada.

Mientras iba en el metro de camino hacia su trabajo, iba poniendo en orden mis ideas y pensando en todas aquellas cosas que le quería decir. Me sentía bastante enfadada por no saber nada de él y me entraban ganas de recriminárselo, pero me di cuenta de que lo único que quería saber era si estaba bien y qué había pasado para que hubiera dejado de llamarme y de quererme de la noche a la mañana.

Me dirigí a ese gran edificio de varios metros y entré en su interior. En la recepción pregunté por él a una de las chicas que estaban allí sentadas.

—Buenos días, deseaba hablar con el señor Andrew Miller. ¿Se encuentra aquí?

—Sí, el señor está en su oficina. ¿Cuál es su nombre, señorita?

Por un momento, mientras venía en el metro, llegué a pensar que quizás Andrew tuvo que volver a su país por algún asunto de vital importancia y por eso no se pudo despedir, pero ahora saber que seguía trabajando en España y que había pasado totalmente de llamarme o ir a verme me hizo darme cuenta de que él ya no sentía nada por mí o nunca lo había sentido.

—Me llamo Sara, él sabe quién soy.

Observé cómo aquella chica hablaba con él por teléfono.

—Señorita, dice el señor Andrew que le espere en la cafetería que se encuentra dos plantas por debajo de esta, que él bajará enseguida.

—Está bien. Muchas gracias, dígame que estaré allí esperándole.

Por fin podría hablar con él y aclarar las cosas. Me sentía en cierto modo feliz, porque, fuese lo que fuese, sabía que iba a obtener una explicación por su parte.

Mientras le esperaba en la cafetería, observaba a toda aquella gente ahí sentada desayunando. Era gente muy distinguida, con mucha clase y elegancia, chicas jóvenes guapísimas de largas piernas y altos tacones. Entonces me di cuenta de que Andrew y yo pertenecíamos a dos mundos muy diferentes y que lo mejor era que ambos acabáramos nuestra relación. «¿Pero qué relación?», pensé, «si esto ya está más que roto». Después de semanas sin tener ninguna noticia suya y encima tras saber que estaba trabajando en el mismo lugar y que no se había puesto en contacto conmigo durante todo ese tiempo. Aquello me hizo entender que lo nuestro había acabado.

De repente, alguien me tocó el hombro:

—Hola, ¿tú eres Sara?

Me giré y observé a un señor más o menos de la edad de Andrew, moreno, de ojos rasgados, pelo engominado y que vestía un traje de chaqueta color gris.

—Sí, soy yo. ¿Usted quién es?

—Discúlpame, qué grosero. Me llamo Juan. Soy amigo de Andrew.

—¿Te ha enviado él a hablar conmigo? —le pregunté.

—Sí, Andrew está bastante ocupado desde que llegó su familia.

—No lo sabía. ¿Han venido sus hermanas a visitarle?

—No, han venido su mujer y sus dos hijos a pasar una larga temporada en España.

En ese momento quise que la tierra me tragara. No podía creer lo que mis

oídos acababan de escuchar. ¿Cómo era posible que Andrew estuviera casado? Me había estado engañando todo este tiempo y yo como una idiota le había creído todo. ¿Cómo era posible que no me hubiese dado cuenta? Andrew era un mentiroso y un miserable por haber jugado así con los sentimientos de una chica que le había dado todo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero me contuve, ante todo tenía dignidad. Creo que el señor se dio cuenta.

—Mira, Sara, lo mejor será que te olvides de él. Andrew me ha dicho que te diga que le disculpes por todo y que siente mucho todo lo que ha pasado, pero que, por favor, no le busques más.

Aquella otra frase era todavía más dura que la primera.

—Está bien, dígame a Andrew que jamás volverá a tener noticias mías y que le deseo que sea muy feliz en su matrimonio, y dígame también que espero que cuando se vayan su mujer y sus hijos y se sienta solo no se dedique a seducir a jovencitas para solventar su soledad con ellas.

Inmediatamente después de decir eso me levanté de la silla, me colgué el bolso y salí de la cafetería. Tomé el ascensor hasta llegar a la primera planta, donde se encontraba la salida, con tan mala suerte que, cuando se abrió el ascensor, me encontré con Andrew y con una señora de pelo rubio corto agarrada a su brazo. Supuse que sería su mujer.

Los dos estaban esperando al ascensor. En ese momento me dieron ganas de gritarle a la cara lo sinvergüenza que había sido conmigo, cómo me había engañado y traicionado e incluso pensé en contárselo todo a su mujer, pero me contuve. No iba a humillarme delante de ese tipo de gente, probablemente él acabaría negándolo todo delante de ella y yo quedaría como una loca.

Ahora entendía tantas cosas... Con razón siempre evitaba hablarme de sus relaciones pasadas, con razón evitó saludarme aquella mañana en el bar cuando estaba dando la entrevista a aquella periodista, no quería hacer nada que le pudiese comprometer y por eso siempre me dijo que mantuviéramos la relación en secreto. Él siempre decía que era por mi familia, pero estaba claro que lo único que le importaba era su situación. ¡Qué estúpida había sido! Ahora lo entendía todo. Encima yo me había entregado en cuerpo y alma. Me maldije mil veces más por eso. Probablemente eso era lo que él quería.

Cuando Andrew me vio saliendo del ascensor se quedó muy sorprendido, nuestras miradas se cruzaron por un momento hasta que él, imagino que abatido por la vergüenza, apartó su mirada y se dirigió a su mujer.



—Vamos, cariño, entra rápido al ascensor, que tenemos prisa.

Cuando salí a la calle, respiré aire fresco y me agarré a una columna de metal que había justo al lado de la puerta de entrada de aquel gran edificio. Fue entonces cuando mis ojos se llenaron de lágrimas y, sin pensármelo dos veces, comencé a correr calle abajo desesperadamente. Quería morirme, me sentía tan imbécil... Cómo había podido jugar así con mis sentimientos. Era el peor de los hombres.

## 6

Me pase varias semanas encerrada en casa. No quería salir ni hablar con nadie, incluso hasta mis padres se dieron cuenta de que algo grave me estaba pasando. Sentía que mi vida no tenía sentido y que él había acabado con las pocas ilusiones que tenía. Lo único que hacía era llorar y llorar y castigarme a mí misma por haberme enamorado de él.

—Pero, hija, ¿qué te pasa?

—Nada, mamá, ya te lo he dicho mil veces.

—Esto no es normal, te pasas todo el día llorando, sin ganas de comer ni de salir de tu habitación, algo grave habrá pasado, ¿no?

—Nada importante, de verdad.

—Soy tu madre y sé que estas así por un chico, pero te digo que no merece la pena. Olvídalo e intenta seguir con tu vida. Ya te ha pasado una vez, cuando ocurrió lo de Ricardo, y supiste salir adelante, ahora debes hacer lo mismo.

Después de un mes encerrada en casa sin querer salir y sin contestar a ninguna de las llamadas de mis amigas, una mañana, mientras me lavaba la cara, me miré al espejo y me di cuenta de que tenía los ojos totalmente hinchados de tanto llorar, mi pelo había perdido su brillo, lo tenía totalmente apelmazado, y mi sonrisa se había desdibujado de mi rostro. Siempre llevaba pijama y apenas me arreglaba, y pensé: «¿Sara, en esto te has convertido? Tú, una chica llena de ilusiones que estaba deseando terminar la carrera de psicología para ponerse a buscar trabajo». ¿Cómo había podido olvidar todo eso? Por un hombre que probablemente ni se acordaría de mí.

Entonces me armé de valor y decidí salir adelante. Sería difícil, porque cuando me pasó lo de Ricardo no estaba tan enamorada de él como ahora lo estaba de Andrew, pero tenía que conseguirlo.

Así que me fui a la peluquería, me teñí el cabello de color castaño rojizo y me hice un corte diferente de pelo. Me sentía muy bien. Era una nueva Sara.

Después de eso, decidí que había llegado el momento de buscar trabajo. Me pasé más de dos semanas dejando currículums en varias empresas e inscribiéndome por internet en varias ofertas de empleo.

Hasta que, un día, alguien me llamó para concederme una entrevista de trabajo en una de las multinacionales más importantes del país. Era una empresa que se dedicaba al mundo de la publicidad y el *marketing*. Yo no podía creerlo, era mi sueño hecho realidad, siempre había deseado trabajar en un sitio así.

Así que me fui toda una mañana de tiendas y me compré ropa elegante y ejecutiva; tenía que causar buena impresión en la entrevista, solo de esa manera me contratarían.

Después de más de tres horas de entrevista, me dijeron que, si en cinco días no me había llamado, es que no habría sido seleccionada.

Me pasé cuatro días pegada al teléfono móvil hasta que por fin sonó. Corriendo fui a cogerlo y era el entrevistador, me decía que me habían seleccionado para el puesto y que empezaba a trabajar la siguiente semana. Cuando colgué, comencé a gritar como una loca, mis padres se acercaron y al escuchar la noticia me felicitaron por la buena nueva. Por fin había conseguido lo que tanto había deseado.

Entonces me di cuenta de que tenía que seguir luchando. Ahora mi objetivo era olvidarme de Andrew. Sabía que en mi interior aún seguía enamorada de él, pero no podía permitirme seguir guardando esos sentimientos por alguien que me había engañado tan suciamente y que cuya única intención había sido probablemente llevarme a la cama.

Llegó mi primer día de trabajo y me arreglé bastante bien para la ocasión. Me puse una camisa blanca, una falda de color gris, una chaqueta negra y mis tacones. Me colgué mi bolso y me dispuse a entrar en el edificio que desde ese día sería mi lugar de trabajo.

La verdad es que supe adaptarme bastante bien, mi jefe era bastante simpático y mis compañeras y compañeros también. Y prácticamente en dos meses ya me había hecho con todo.

Me dediqué por completo a mi trabajo y de vez en cuando salía con mis compañeras a tomarnos algo. Me sentí bastante integrada desde el principio y eso me gustaba, la verdad, porque a pesar de ser la novata de la oficina me habían tratado como si fuera una más y, siempre que había tenido alguna duda, ellos habían estado ahí para ayudarme.

Una mañana, mientras desayunaba con mis compañeras de trabajo, me ofrecieron la posibilidad de que me mudara con ellas, ya que estaban buscando una compañera para compartir piso. Después de pensarlo unos días

y meditarlo, decidí que había llegado el momento de marcharme de casa y hacer mi vida. Además, el piso estaba a pocos kilómetros de la oficina y eso ante todo era una comodidad.

Les di la noticia a mis padres y, aunque no estaban del todo de acuerdo, entendieron que ya era hora de que hiciera mi vida.

En un par de días me mudé, la verdad es que mis compañeras se portaron muy bien conmigo e incluso me ayudaron con la mudanza. Y, después de un tiempo viviendo juntas, Blanca, Martina, Violeta y yo nos convertimos en inseparables.

Tras varias semanas de duro trabajo, mi jefe nos reunió a todos en el gabinete de recursos humanos y nos comunicó que en unos días visitaría la empresa el presidente de la misma y que quería que por favor todo estuviera en perfecto orden. Este quería reunirse con nuestro gabinete para tratar algunos cambios importantes que se iban a llevar a cabo dentro del área. Todos estábamos bastante asustados, pensando en la posibilidad de que despidieran a algunos de nosotros. Pero mi jefe nos tranquilizó y nos dijo que eran otro tipo de cambios, nada que ver con reducción de plantilla.

Durante el almuerzo, mis compañeras y yo hablamos ante la posibilidad de conocer al presidente.

—¿Alguna de vosotras le ha visto alguna vez? —pregunté yo a las chicas.

—Bueno, yo una vez y era un señor bastante amable. Un poco serio, pero muy atractivo, nada que ver con los sapos que tenemos por compañeros en la oficina —dijo Blanca.

—No seas mala, Blanca, algunos son guapos. No todos son feos —dijo Violeta.

—Pues, chica, creo que debes graduar tus gafas, porque no sé dónde están los guapos esos que tú dices.

Todas nos echamos a reír ante la ocurrencia de Blanca.

—No me digáis que Alex no es guapo —dijo Martina.

—Es verdad. Ahí te doy la razón, Martina —dijo Blanca

—Y, volviendo al tema de antes, chicas, he oído rumores en la oficina de que el presidente quiere establecer su oficina principal en este edificio —dijo Violeta.

—¿En serio? —se sorprendió Martina.

—Sí, ya sabéis que él tenía su oficina en el edificio principal, pero tengo entendido que allí las cosas están yendo mejor y en esta sede las ventas han

bajado y la producción también. Creo que quiere tomar cartas en el asunto personalmente.

—Pues me parece bien, quizás él sepa encauzar un poco todo este desbarajuste —dije yo.

—Pues a mí no me gusta nada en absoluto, tener que verle la cara todos los días al presidente y sonreír es demasiada presión, ¿no os parece? —dijo Violeta.

—Estoy de acuerdo con Sara. A mí no me parece mal, al contrario, así nos alegrará la vista todos los días —dijo Blanca.

Todas nos volvimos a reír, Blanca siempre estaba igual con sus bromas.

Pasada una semana, llegó el tan esperado día. Todos estábamos muy nerviosos ante la llegada del presidente de la compañía, las chicas y yo nos habíamos arreglado más de la cuenta, teníamos que causar buena impresión.

Yo me compré un vestido negro para la ocasión e incluso fui a la peluquería; pensé que quizás me había pasado un poco, pero cuando vi a Martina y a Blanca me di cuenta de que yo me había quedado corta. Ellas se habían peinado de tal manera que, en vez de parecer que iban a una reunión de trabajo, parecía que iban a una boda; de hecho, todos los compañeros de la oficina no paraban de bromear con ellas acerca de eso. Se habían hecho unos recogidos y habían sacado todas sus joyas de las ocasiones especiales.

Mi jefe, al verlas, dijo:

—¿No os parece, chicas, que este no es el *look* adecuado para recibir al presidente?

—Claro que es el adecuado, es el mejor. Además, él estará acostumbrado a tratar con mujeres así, tan glamurosas —dijo Blanca.

—No creo. Lo que sí creo es que seguro que nunca ha tratado con ninguna mujer que lleve el pelo de tal forma que parezca una piña adornada en vez de un recogido.

Todos nos echamos a reír y Blanca y Martina se fueron muy enfadadas a retocarse al baño.

Los demás, mientras, pasamos a la sala de reuniones y nos sentamos en aquella larga mesa a esperar la llegada. A mi lado se sentó Álex, el chico guapo de la oficina, según decía Martina.

Álex me miró y me guiñó un ojo.

—¿Nerviosa?

—Un poco, la verdad.

—Tranquila, ya verás como no será para tanto.

—Eso espero.

—Yo me muero de ganas de conocerle. Es una de las personas más importantes de su país —dijo Álex.

—Creo que ahora estoy más nerviosa todavía.

—Tú respira hondo y olvida que es el presidente.

Minutos más tarde, Blanca y Martina se unieron al grupo. Se habían quitado el recogido y habían improvisado otro peinado. Al entrar en la sala, todos nos miramos y reímos bajito. Ellas nos miraron y sacaron la lengua, haciendo gesto de desagrado hacia todos nosotros. Entonces fue cuando avisaron a nuestro jefe de que el presidente estaba subiendo hacia allí.

—Chicos, ya está aquí.

Todos nos pusimos de pie para recibirle.

En ese momento entró en la sala de reuniones un grupo de hombres. Se presentaron ante nosotros como socios de la empresa, tras ellos estaba el presidente.

Tenía tantas ganas de conocerle. Había oído mil cosas buenas sobre él, que era un gran ejecutivo, un modelo a seguir por muchos, que a pesar de su posición social no hacía distinciones entre los empleados, que a todos los trataba por igual. Tantos datos sobre él, que yo misma le respetaba y admiraba antes de haberle conocido. Pero hoy iba a tener esa posibilidad y me hacía mucha ilusión poder conocerle en persona.

Observé como mi jefe le saludaba:

—Bienvenido nuevamente, señor presidente.

Tenía los nervios a flor de piel. No sabía cómo comportarme ante semejante ejecutivo. Las chicas y yo intentábamos abrirnos paso entre la multitud de compañeros para colocarnos en primera fila. Pero apenas podíamos verle, estaba rodeado por los otros socios de la empresa y por varios tipos trajeados que me imaginé que serían sus guardaespaldas.

—Sara, ya verás cuando le veas. Es un bombón —murmuró Blanca.

—Blanca, deja de pensar en el presidente de esa manera.

Entonces aquella multitud de hombres comenzó a abrirse paso y fue entonces cuando pude conocer por primera vez al líder de nuestra empresa.

Cuando vi su rostro quise morirme. No podía creerlo. El presidente de la compañía para la que trabajaba era... Andrew. Su nombre comenzó a retumbar en mi cabeza: Andrew, Andrew, Andrew... Me puse pálida. Noté como mis

piernas comenzaron a temblar. En ese momento, sin pensármelo dos veces, hui rápidamente de la primera fila y me puse al final del todo. ¿Qué iba a hacer? ¡Dios mío! Tenía que salir de allí como fuera. No quería que por nada del mundo me viera. Recordé la serie de televisión *Los protegidos* y entonces por un momento quise parecerme a uno de aquellos chicos que tenía poderes, en este caso a Culebra, que tenía el poder de hacerse invisible. Ojalá yo hubiera podido desaparecer en ese momento de allí. Las manos me comenzaron a sudar.

Mi compañero Álex se dio cuenta y me susurró bajito:

—Sara, recuerda: respira hondo y olvida que es el presidente.

Me entraron ganas de decirle que no estaba así porque fuera el presidente, sino porque era el hombre del que estaba enamorada. Un hombre que me engañó y me hizo a un lado sin ningún tipo de explicación. Un hombre que había sido un cobarde conmigo porque no tuvo las agallas de decirme que era un hombre casado y con hijos y que me había estado engañando todo ese tiempo.

Pero fui fuerte y me contuve. Ahora ese era mi lugar de trabajo y ante todo debía ser profesional. Como solía decir mi jefe, los problemas personales se deben quedar fuera del trabajo. El caso es que no sabía cómo actuar ante él.

Habían pasado casi cuatro meses después de aquel fatídico día que estaba tratando de borrar de mis recuerdos y, cuando ya pensaba que lo estaba olvidando, ahora me lo tenía que volver a encontrar, y encima en mi lugar de trabajo. Intenté poner la mente en blanco, pero era casi imposible.

—Muchas gracias, es un placer volver por aquí de nuevo. ¿Qué tal marchan las cosas? —dijo Andrew.

—Bien, como siempre. Voy a presentarle a los miembros del actual equipo de recursos humanos, hay algunas caras nuevas.

—Me parece fantástico —dijo Andrew.

—Bueno, a Blanca y a Martina creo que ya las conoce.

Andrews les sonrió y les dio la mano.

—Ellos son David y Alberto, son nuevos en el grupo —dijo nuestro jefe.

—Un placer, chicos. ¿Qué tal os han tratado al principio?

—Bastante bien, señor —contestó Alberto.

Nuestro jefe continuó con las presentaciones.

—A Violeta y a Lola también las conoces.

—¿Qué tal estáis, chicas? —dijo Andrew.

—Muy bien, señor, gracias —contestó Violeta.

—Él es Álex, lleva con nosotros 7 meses.

—Un placer, Álex. Ya he oído hablar de ti, dicen que eres bastante bueno en tu trabajo —dijo Andrew.

—Muchas gracias, hago lo que puedo —dijo Álex, restando importancia al asunto.

Las presentaciones siguieron unos minutos más, hasta que solo quedaba yo.

Entonces mi jefe se acercó a mí. En ese momento me puse más nerviosa de lo que ya estaba, aún Andrew no se había dado cuenta de mi presencia y ahora ya no había vuelta atrás.

—Y, por último, le presento a Sara, lleva muy poquito tiempo con nosotros, pero estoy seguro de que va a hacer grandes cosas en esta empresa —dijo mi jefe, tocándome el hombro.

En ese instante levanté la cabeza y observé como Andrew me miraba atónito. Se quedó muy serio. Creo que todos se percataron de la situación, pero él supo reaccionar a tiempo. Me estrechó la mano y me saludó como a una más.

—Bienvenida a la compañía.

Me quedé muda, no podía articular palabra y lo único que hice fue afirmar con la cabeza e inmediatamente le solté la mano. Él se dio cuenta de mi malestar, apartó la mirada y dio comienzo a la reunión.

Durante la hora y media que duró, Andrew no paró de hablar de lo mal que iban las cosas en la compañía y de que había decidido hacer unos cambios drásticos después de ver que nosotros no éramos capaces de remontar. Así que a partir de ese momento él pasaría a trabajar con nosotros y establecería su oficina en nuestro edificio hasta que las cosas mejorasen.

Observé que Andrew apenas me miraba durante la reunión. Se dirigía hablando hacia cada uno de mis compañeros menos hacia mí, pero bueno, sabía que eso era lo mejor. Yo, en cambio, le escuché bastante atenta e hice varias anotaciones en mi cuaderno de las cosas que estaba diciendo, ante todo él era nuestro jefe principal y yo tenía que hacer mi trabajo correctamente, como hasta ahora lo había estado haciendo.

Después de terminar la reunión, Andrew fue el primero en abandonar la sala y los demás le siguieron. Yo recogí mis cosas y salí la última, no quería volver a verle más, aunque sabía que eso era casi imposible, ya que a partir de entonces le tendría que ver todos los días.

A la mañana siguiente, mientras esperaba al ascensor para bajar unos



papeles a archivo, me cruce con él en los pasillos. Bajé la mirada e hice como que no le había visto. Él me miró también, pero bajó la cabeza.

«Vaya situación más incómoda», pensé. No sabía si podría aguantar mucho verle todos los días, ya que, a pesar de todo lo que me había hecho, aún seguía queriéndole.

Llegó la hora de la comida y me dispuse a ir a la planta de arriba a buscar a Martina, Blanca y Violeta. Las cuatro habíamos quedado en almorzar juntas ese día. Cuando llegué a la sala donde estaban sus escritorios de trabajo, no las encontré y entonces me dijo Álex que ya habían bajado a mi planta a buscarme. Me di la vuelta para volver por donde había venido y mientras esperaba el ascensor escuché a mi jefe hablar con Andrew. Observé que la puerta estaba un poco entreabierta y me acerqué para escuchar la conversación. Parecía que discutían.

—Lo siento mucho, señor Andrew.

—Ya no hay vuelta atrás. No podemos despedirla tampoco, no sería justo.

—¿Pero qué le incomoda de esa chica? —le preguntó mi jefe.

—No me gusta, no me inspira confianza.

—Con el debido respeto que usted se merece, creo que está siendo injusto con ella. Se está dejando guiar por las apariencias.

Me di cuenta de que estaban hablando acerca de alguna compañera y me picó la curiosidad de saber quién podía ser.

Andrew siguió diciendo:

—Te digo que estoy en lo cierto, porque conozco a ese tipo de chicas.

—Mire, señor Andrew, creo que Sara ha demostrado bastante su valía en la empresa para el poco tiempo que lleva trabajando en ella, es una chica bastante responsable y puntual y jamás he recibido ninguna crítica negativa por parte de sus compañeros.

Estaban hablando de mí, no podía creerlo. Y Andrew estaba diciendo que ya era tarde para despedirme. Pero ¿qué le había hecho yo? ¿Por qué me odiaba tanto? Yo tenía muchos más motivos que él para no querer ni mirarle a la cara y, sin embargo, aún algo en mi interior me hacía sentir amor por él.

—Solo te digo que no la quiero trabajando para mi directamente, así que búscate a otros miembros de tu departamento para trabajar en mi equipo. Ella que siga trabajando donde está.

—Yo solo quería que tuviera alguna oportunidad.

—Pues ya habrá más oportunidades para que pueda desarrollar esa valía que

según dices tiene. Pero conmigo desde luego que no.

En ese momento corrí hacia el baño. Me encerré en uno de los aseos y comencé a llorar desconsoladamente. Fue entonces cuando me repetí a mí misma que jamás derramaría una lágrima más por él y que a partir de ese momento la Sara buena iba a convertirse en la Sara dura y fría con él.

Pasaron varias semanas y la situación de encontrarnos Andrew y yo e ignorarnos se repitió muchas veces más y siempre en diferentes circunstancias. Hasta que, de repente, una mañana, mientras iba sola en el ascensor, coincidió que él también se subió en una de las paradas que hizo el mismo. Ambos nos miramos cuando el ascensor paró. Me di cuenta de su cara al verme, creo que hubiese hecho lo que fuera para no subirse conmigo al ascensor, pero no tuvo más remedio. Yo intente hacerme la tonta mirando los informes que sostenía en la mano y fue justo en ese momento cuando él rompió el silencio.

—Ya te advertí que dejaras de buscarme y veo que no me has hecho caso.

¿A qué venía eso? Se estaba pensando que yo estaba trabajando allí por él. Pero ¿quién se había creído que era? Me enfadé bastante y estaba dispuesta a ponerlo en su sitio.

—¿Te atreves a dirigirme la palabra solo para decirme eso? ¿Tan importante te crees en mi vida como para pensar que soy capaz de trabajar aquí por ti? Estás muy equivocado, Andrew. Si hubiese sabido que tú eras el presidente de la compañía, jamás hubiese aceptado el trabajo. ¿Y sabes por qué? Porque lo que menos me apetece es volver a verte, porque tú solo eres un simple recuerdo en mi vida, algo que he borrado y que pertenece a mi pasado, y ahora estamos en el presente y en ese presente tú ya no tienes cabida.

Se quedó muy serio. Creo que le dejé sin palabras. En ese momento se abrió el ascensor y los dos salimos.

—Me alegro de que sea así —murmuró Andrew.

Yo seguí caminando pasillo adelante y le ignoré por completo.

Ese mismo día, a las 16:00 de la tarde, teníamos reunión el gabinete de recursos humanos con Andrew. Yo llegué diez minutos antes, como siempre. Me gustaba ser bastante puntual. Ocupé la silla más lejana a la de Andrew. Detrás de mí, entró Álex.

—¿Qué tal, Sarita?

—Pues bien, ¿y tú?

—Mucho mejor ahora. Tenía ganas de hablar contigo.

—¿Sí? ¿Y de qué?

—Pues es que me siento muy solo desde que mis compañeros de piso se han ido de vacaciones y me muero de ganas de ir al cine mañana viernes a ver la nueva película de Nicole Kidman, *Australia*, pero no me gustaría ir solo. Por eso he pensado que tú podrías acompañarme.

—No sé si podré, Álex.

—Por favor, dime que sí.

—Pero ¿por qué no se lo pides a alguna otra compañera de la oficina? Estoy segura de que Martina seguro que diría que sí.

—Ya lo sé, pero con ninguna de ellas me siento tan cómodo como contigo. Dime que sí.

En ese momento entraron en la sala de reuniones Andrew y algunos de sus socios. Yo seguía pensando en qué hacer, ya que a mí también me apetecía mucho ver esa película y también me sentía cómoda con Álex.

—Está bien, te acompañaré.

—Genial, entonces te recojo mañana a las nueve en tu casa. No te vas a arrepentir, te lo aseguro, además pienso invitarte a cenar.

—No es necesario, Álex —le susurré bajito para que nadie nos oyera.

—Sí, claro que es necesario, y que no se hable más del tema.

Ambos nos miramos sonriendo.

—¿Saben ustedes dos dónde están su jefe y el resto de sus compañeros? —nos preguntó Andrew con un humor de perros.

—No lo sé, señor —dijo Álex.

—Faltan dos minutos para las cuatro y aquí no aparece nadie —volvió a decir Andrew mientras no dejaba de mirar su reloj. Y acto seguido comenzó a hablar con sus asesores—: ¡Esto es increíble! Dos de los asistentes llegan como diez minutos antes y se dedican a perder el tiempo hablando y el resto llega tarde.

Me quedé atónita ante ese comentario. Pero ¿qué más le daba que llegáramos diez minutos antes? Y encima lo estaba diciendo en voz alta para que Álex y yo le oyéramos. Desde luego que Andrew se había convertido en un hombre sin respeto por nada ni por nadie. Y yo no estaba dispuesta a quedarme callada.

—Discúlpeme, señor Andrew.

—¿Me está hablando a mí? —me preguntó en tono burlón.

—No veo otro señor Andrew por aquí —continúe yo con tono sarcástico.

Me miró con cara de perro dóberman.

—¿Qué es lo que quiere? —me preguntó furioso.

—Preguntarle qué problema hay en llegar diez minutos antes a la reunión. Creo que es mejor llegar antes que llegar fuera de la hora establecida. Siempre me ha gustado ser puntual y, si lo que le molesta es que hablemos, pues no se preocupe, que a partir de ahora antes de empezar las reuniones nos quedáramos todos en silencio como si asistiéramos a misa.

Miré a Álex y le dije:

—Álex, a partir de ahora las cosas que tengas que hablar conmigo, ya sabes, cuando salgamos de trabajar.

Andrew hizo un gesto de desazón, tragó saliva y dijo:

—Creo que su comentario está totalmente fuera de lugar.

Y yo creo que el suyo también —le contesté yo.

Le vi más enfurecido que nunca, pero no estaba dispuesta a quedarme callada ante él.

—¿Me está desafiando, señorita? —me preguntó.

En ese preciso instante entró el resto del grupo. Andrew se sentó y me miraba con cara de pocos amigos, pero no volvió a decir nada al respecto y dio comienzo la reunión. Esta vez el asunto a tratar era una nueva campaña comercial que querían llevar a cabo. Mi jefe propuso los nombres de las personas que iban a trabajar directamente con Andrew en este nuevo proyecto.

Las personas elegidas eran Blanca, Álex y Alberto.

Ahora entendía la discusión de la otra mañana. Mi jefe había apostado por mí para llevar a cabo ese proyecto y el presidente no quería.

Andrew se levantó y dio por finalizada la reunión.

—Bueno, señores, esto es todo por hoy, ya pueden volver a sus puestos de trabajo. Menos Sara, tú espérate un momento, que tengo que hablar contigo.

Me puse algo nerviosa, no sabía que querría decirme, quizás me iba a despedir por haberle hablado como le hablé. Igualmente pensé que eso era lo mejor, después de todo era lo que había escuchado que él le decía a mi jefe.

Mi compañero Álex se acercó hacia el presidente.

—Señor Andrew, por favor, disculpe a Sara, todos estábamos muy nerviosos.

—Usted no tiene nada que hacer aquí, vuelva a su puesto de trabajo, por favor —le ordenó Andrew a Álex sin darle más opción a explicaciones.

Él inmediatamente salió de la sala. Yo seguía de pie sin inmutarme. Creo que

me temblaba todo el cuerpo. Andrew cerró su maletín y se dirigió hacia mí.

—Bien, señorita Sara, quiero que sepa que jamás voy a volver a consentir otra falta más de respeto hacia mi persona como la de esta tarde.

—Creo que nunca te he faltado el respeto.

—Y otra cosa, no vuelvas a tutearme nunca más, ahora soy tu superior.

—Está bien, disculpe, señor Andrew, jamás volveré a tutearle. ¿Algo más?

Andrew agachó la cabeza. Me di cuenta de que se mordía los labios, estaba tan diferente a aquel hombre que un día conocí...

—Te crees muy valiente, ¿verdad? —me preguntó.

—No sé a qué se refiere.

—Sabes que tienes a toda la oficina de tu lado, hasta tu amiguito Álex, que se atreve a pedir disculpas en tu nombre.

—Está muy equivocado, señor.

—Sabes que no.

—No voy a seguir discutiendo con usted y yo también le rogaría que jamás volviera a tutearme, para usted ahora soy la señorita Sara.

—Cuánto has cambiado, te has vuelto más altiva y arrogante.

—Esto es en lo que usted me ha convertido. Y si lo que quiere es que me vaya, pídamelo y hoy mismo le firmaré la baja voluntaria y me iré.

Aquel hombre ya no tan perfecto se quedó en silencio durante unos segundos.

—No se atreva a ponerme en esa tesitura, porque soy capaz...

—¿Capaz de qué? —le grité.

—Vuelva a su puesto de trabajo inmediatamente.

Salí de la sala rápidamente y cerré la puerta, dejándole allí dentro.

Esa noche, mientras descansaba en casa, no podía pegar ojo al tratar de olvidarme de lo que había ocurrido aquella tarde en la oficina, me era casi imposible.

Me levanté a las tres de la madrugada y me fui a la cocina a hacerme una manzanilla; recordé que alguna vez me dijo mi madre que era muy buena para poder dormir.

Mientras me la preparaba, entró Blanca.

—Pero ¿qué haces despierta a estas horas? —me preguntó con los ojos pegados.

—Lo mismo iba a preguntarte yo.

Las dos nos miramos y sonreímos.

—¿Qué te pasa? Estás así por lo del presidente, ¿no?

Me quedé en silencio mientras removía con la cuchara la manzanilla.

—Sara, no te preocupes, de verdad, lo mismo le pillaste en un mal día, pero seguro que mañana ya ni se acuerda.

—¿Tú crees? —le pregunté yo.

—Claro que sí, tonta. No es tan malo como parece.

Cuando escuché ese comentario, me dieron ganas de gritarle a Blanca a la cara lo equivocada que estaba por pensar eso. Pero me contuve, nadie de la oficina ni mis propias compañeras de piso sabían nada y ante todo yo debía seguir guardando el secreto, no por Andrew, sino por mí misma. Si me atrevía a contárselo a la gente, mi reputación quedaría en entredicho.

Cuando casi conseguí dormirme, sonó el despertador para levantarme a trabajar. Me vestí, desayuné con las chicas y juntas nos fuimos camino de la oficina.

Esa mañana, después de rellenar mil informes y de entrevistar a varias chicas interesadas en la vacante de modelo para la próxima campaña de publicidad, por fin pude descansar un poco.

Me acerqué a la cafetería a tomarme un café y me encontré con Álex.

—Hola, Sara. Hoy es el gran día, no se te habrá olvidado...

—No, como para olvidarlo, ya son dos veces las que me lo dices esta mañana.

—Bueno, personalmente solo ahora, lo de antes ha sido por mensaje de texto.

—Qué ocurrencias tienes.

—¿A qué hora sales hoy?

—Termino a las ocho.

—Entonces como yo, si quieres luego te acerco a tu casa.

—No hace falta, ya sabes que vivo muy cerca de aquí.

Terminé mi café y subí a la oficina, ya solo me quedaba ponerme con el informe que tenía que entregar en tres días al presidente. Me senté en mi escritorio y entonces recibí una llamada de mi jefe en la que me pedía que fuese a su oficina.

Cruce varios pasillos hasta llegar a donde se encontraba él. Toqué en la puerta y me hizo el gesto de que pasara.

—Sara, qué rapidez.

—Dijo que era importante.

—Sí, y lo es. ¿Te acuerdas cuando te dije que tenía que entregar el informe

de personal al señor Andrew antes del miércoles?

—Sí, claro, de hecho, estoy trabajando ya en eso ahora mismo.

—Pues resulta que me acaba de llamar y me ha dicho que lo necesita para hoy antes de que te vayas.

—Pero eso es imposible, usted sabe que no me va a dar tiempo. No entiendo a que vienen esas prisas.

—Según el señor Andrew, es importante.

—Ya y lo entiendo, pero yo tenía planes, había quedado.

—Lo siento, Sara, debes acabarlo hoy. No sé cómo vas a hacerlo, pero quiero ese informe sobre la mesa del presidente antes de que te marches a casa

—me dijo en tono severo.

—Qué remedio, no me queda otra.

Salí de la oficina de mi jefe, más furiosa que nunca. Resultaba que justo tres horas antes de terminar mi turno de trabajo me avisaban de que debía terminar ese informe.

¿Qué iba a hacer? Le tendría que decir a Álex que no podríamos quedar. Me sentía fatal, pobre chaval, con la ilusión que le hacía ver esa película, y en fondo a mí me pasaba igual.

Decidí aprovechar las tres horas al máximo, anulé las entrevistas que tenía para el resto de la tarde y me puse manos a la obra. Estaba tan concentrada que adelanté bastante, hasta que solo me quedaba la parte final, pero ya eran las 20:00 horas y aún no había terminado.

Avisé a Álex por teléfono de que debía quedarme para terminar un informe. Justo a los cinco minutos de hablar con él, se presentó en la planta en la que me encontraba trabajando.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó algo preocupado.

—Pues ahí voy, solo me queda la parte final.

—No entiendo nada, seguro que esto es obra del presidente, ¿verdad?

—Sí, eso tengo entendido.

—Claro, está molesto por tu comentario de ayer y quiere hacértelo pagar con esto. Vaya sinvergüenza.

—Olvídate de él, no merece la pena. Álex, lo mejor será que te busques otra persona, a mí todavía me queda un rato.

—No, de eso ni hablar, yo me quedo contigo a ayudarte.

—No, Álex, no quiero meterte en más líos por mi culpa con el señor Andrew. Tú vete, por favor.



Él se quedó pensativo en ese instante.

—Está bien, solo porque sé que como nos vea juntos luego la que va a pagar las consecuencias vas a ser tú. Te voy a estar esperando abajo.

—Pero Alex...

Él me interrumpió.

—Nada, cuando termines me avisas. Voy a estar en el parking, metido en mi coche.

—Lo siento, de verdad.

—No pasa nada, no es culpa tuya —me dijo sonriendo.

Continúe con mi informe. Volví a concentrarme y entonces recibí una llamada de teléfono.

—Diga —contesté.

—¿Sara? —Escuché la voz de mi jefe.

—Sí, dígame.

—Me tengo que ir. Me ha dicho el señor Andrew que cuando termines el informe se lo llesves a su oficina, que el mismo te lo recogerá. Se va a quedar un poco más hoy, tiene trabajo atrasado que hacer.

—Está bien, no se preocupe, yo se lo llevaré.

Encima tendría que verle la cara a Andrew, después de todo lo que me estaba haciendo. Estaba casi segura de que eso era obra suya.

Cuando por fin había terminado el informe, miré el reloj y eran las 22:00 horas de la noche. Me dirigí a la oficina de Andrew y toqué en su puerta.

—Pase —me dijo él.

—Le traigo el informe terminado. —Me acerqué a su escritorio—. Aquí se lo dejo. —Y se lo dejé encima de su mesa.

—No, entréguelo a mí y siéntese, quiero repasarlo y comprobar que todo esté bien.

Encima eso. Mientras él lo leía, yo no paraba de mirar el reloj y de preocuparme. Me sentía tan culpable, el pobre Alex seguía abajo esperándome.

—¿Está todo bien? —pregunté ansiosa.

Andrew seguía con la mirada puesta en aquellos papeles.

—Estas fórmulas y estos porcentajes no están bien.

—No puede ser, lo he comprobado mil veces antes de entregárselo a usted en mano.

—Pues están mal. Así que vuelva a modificarlo, por favor.

No podía creerlo, cuando pensaba que estaba a punto de irme, me hacía aquello. Entonces se me ocurrió la idea de decirle que no se preocupara, que cuando yo lo hubiera terminado se lo dejaría en su escritorio y ya él lo revisaría tranquilo. De esa manera, el lunes me vendría dos horas antes de mi turno y lo podría acabar sin ningún problema.

—No se preocupe, yo tengo tiempo de sobra, tengo mucho trabajo atrasado, no me importa esperar a que usted acabe —me dijo Andrew muy sonriente.

La única salida que tenía se había desvanecido, así que no tuve otra opción que terminar aquel maldito informe. Por suerte, no me llevó más de 20 minutos modificarlo. Volví a ir a su oficina.

—Ya está, aquí lo tiene.

—Está bien, lo revisaré, un momento.

Me tuvo de pie como cinco minutos más, mientras él miraba una y otra vez aquellos papeles.

—Ahora está todo en orden.

—Muy bien entonces me voy —le dije yo.

—Parece que tiene mucha prisa, ¿no?

—Teniendo en cuenta que ya debería haber salido hace más de dos horas y media, pues sí, la verdad es que tengo prisa.

—Está bien, puede marcharse.

—Hasta luego.

Me dirigí hacia el parking lo más rápido que pude y ahí seguía todavía el pobre Álex metido en su coche. Toqué en la puerta para que me abriera.

—¿Qué tal estás? —me preguntó preocupado.

—Muy cansada, la verdad.

—Lo mejor será que te lleve a tu casa, mira qué cara tienes.

—Lo siento mucho, Álex, de verdad.

—No lo sientas tanto, no ha sido culpa tuya. Además, ya quedaremos otro día —me dijo sonriendo.

—Te agradezco que seas tan comprensivo.

En esos momentos los dos vimos como Andrew también se dirigía a su coche, que tenía aparcado en el otro extremo del parking. Por suerte no nos vio.

—Qué casualidad que él también se vaya ahora. ¿No me dijiste que tenía mucho trabajo atrasado? —me preguntó Álex.

—Sí, eso me dijo el jefe.

—Pues creo que era una mentira de este capullo para asegurarse de que terminabas el informe.

Me di cuenta de que Álex tenía razón, Andrew lo había hecho para ver con sus propios ojos que yo acababa ese maldito informe.

## 8

Llegó el lunes. Después de haber pasado un fin de semana estupendo con mis padres en el campo y de haber revivido muchos momentos de mi infancia, tocaba volver al trabajo. La verdad es que no me apetecía mucho, y menos después de que el viernes había trabajado más de la cuenta. Sentía que el descanso del sábado y el domingo se me había hecho corto. Pero decidí echarle ganas, y ese día me apetecía arreglarme más que de costumbre. Recordé que hacía unas semanas me había comprado un vestido rojo bastante bonito y decidí que ese lunes era el día de estrenarlo. Me puse un cinturón alrededor de la cintura para que me hiciera la figura más esbelta y unos tacones negros. También decidí pintar mis labios de rojo para ir a juego con el vestido. Debo admitir que cuando me miré al espejo me sentía hasta diferente, no estaba acostumbrada a ir con ese tipo de colores.

Cuando salí de mi habitación y mis compañeras me vieron, se quedaron impresionadas.

—Qué guapa estás —me dijo Blanca.

—¿Y ese cambio? —me preguntó Martina.

—Nena, vas a arrasarlo —afirmó Violeta.

—Gracias, chicas, sois muy amables. El cambio simplemente es porque me apetece ir diferente, Martina.

Llegamos a la oficina y, como cada mañana después de desayunar, nos tocó esperar al ascensor. Siempre nos pasaba lo mismo, mientras esperábamos iba llegando cada vez más gente que también quería tomarlo y luego íbamos todos apretujados sin apenas podernos mover.

Casualmente coincidió que Andrew también llegaba y se paró al lado de nosotras a esperar el mismo ascensor.

—Buenos días, chicas —dijo él.

Observé como me miraba fijamente. Creo que no esperaba verme así vestida y no se creía que fuera yo. Yo le miré descaradamente para que se diera cuenta de que sabía que me estaba mirando hasta que él mismo, viéndose descubierto, agachó la cabeza.

—Buenos días, señor Andrew —contestó Blanca.

Creo que fue la única que le contestó, las demás estaban bastante disgustada con él por lo que me había hecho.

Cuando el ascensor paró en nuestra planta, me dirigí a mi escritorio, me senté en mi mesa de trabajo y saqué mi agenda para leer todas las tareas que tenía que hacer ese día. Entonces algo llamó mi atención, sobre mi mesa había un ramo de rosas rojas con una nota.

Me quedé muy sorprendida y estaría mintiendo si me atreviera a negar que lo primero que se me pasó por la cabeza era que podían ser de Andrew, tal vez para pedirme disculpas por lo que había pasado el viernes. Entonces leí la nota:

*«Para Sara, con todo mi cariño.*

*Un beso, Álex».*

Las flores eran de Álex, jamás me lo hubiese imaginado.

En ese momento Blanca se acercó a mi mesa a pedirme unos informes y entonces vio el ramo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Te han regalado flores! Tienes que decirme ya de quienes son.

—Blanca, por favor, baja la voz.

—¿Tienes un admirador secreto en la oficina?

En ese momento Blanca me arrebató la tarjeta que tenía encima de la mesa del escritorio y comenzó a leer la nota.

—Blanca, devuélvemela, es mía.

—Esto es muy fuerte, las flores son de Álex.

Entonces Blanca comenzó a llamar a Martina y a Violeta, que estaban trabajando unas mesas más atrás de la mía.

—¡Eh, chicas, tenéis que ver esto! A Sara le han enviado flores.

Todos mis compañeros de la oficina comenzaron a mirarme y a sonreír. Yo estaba más abochornada que nunca, me moría de la vergüenza.

En ese preciso instante entraron en nuestro departamento mi jefe y Andrew. Mis compañeras de piso seguían gritando a los cuatro vientos que me habían regalado flores.

—Pero, Sara, ¿de quién son? —preguntó Martina.

—Cuando te enteres vas a flipar —dijo Blanca.

Me di cuenta de que mi jefe y Andrew se dirigían a mi mesa.

—Dímelo ya, no puedo aguantar más —dijo Martina intrigada.

—Son de Álex —repitió Blanca.

La cara de Martina cambio por completo, se puso bastante triste. Yo incluso me sentí mal. Sabía que a ella le gustaba Álex y seguro que se estaba imaginando que entre él y yo había algo, pero no era el caso. Álex y yo solo éramos buenos amigos.

—Bueno, ya está bien, devolvedme mi ramo y mi tarjeta. No tenéis ningún derecho a ventilar mis intimidades de ese modo.

Mi jefe nos interrumpió.

—Buenos días, chicas, tan temprano y ya discutiendo —dijo en tono molesto.

—No es nada, jefe, lo que pasa es que a Sara le han enviado flores y estábamos preguntándole que de quién son, pero ya ve el genio que se gasta la chica cuando se meten en su vida privada. —dijo Blanca.

—Es que ustedes siempre están igual. Son todas unas cotillas, dejen que su compañera siga haciendo su trabajo y ustedes vayan a empezar el suyo.

Todas se fueron hacia sus escritorios cuchicheando. Yo estaba bastante enfadada con todas ellas. Cuando llegáramos a casa me iban a oír, me repetía a mí misma con tono malhumorado.

—Sara, luego me gustaría que hablásemos —me pidió mi jefe. Debo admitir que hasta me había olvidado de que él y Andrew seguían allí de pie.

—Sí, claro, jefe, cuando usted me diga.

Mi jefe se dirigió entonces hacia nuestro presidente.

—Bueno, señor Andrew, estaré en mi oficina para cualquier cosa para la que me necesite.

Me voy, que tengo muchas cosas que hacer.

Mi jefe se alejó. Pero Andrew seguía allí de pie mirándome. Y cuando pensé que se marcharía, se acercó hasta mi mesa, como si tratara de decirme algo susurrando para que nadie le oyera.

—Ahora entiendo por qué tenías tanta prisa el otro día, habías quedado con tu amiguito.

—¿A qué viene eso?

—La cita debió de ser fabulosa si al siguiente día ya te está enviando flores.

—Eso es algo que a usted no le importa, pero si tanto interés tiene en saberlo le diré que fue la mejor cita de mi vida.

Le dije eso para que me dejara en paz. En realidad, no tuvimos ninguna cita, el pobre Álex me dejó en la puerta de mi casa y se fue.

Andrew me miró de manera desafiante y entonces se dio la vuelta y se marchó por donde había venido.

Aunque ya era la hora del almuerzo, apenas tenía hambre. Estaba bastante enfadada con mis compañeras y no me apetecía comer con ellas. Entonces decidí llamar al restaurante para pedirles que me trajeran la comida a mi departamento. Justo cuando estaba a punto de empezar a comer, recibí una llamada de Andrew en la que me pedía que por favor fuera a su oficina.

—¿Es muy importante? Estoy a punto de empezar a comer ahora —le dije, bastante molesta.

«Es que no me va a dejar ni comer tranquila», pensé.

—Sí, es importante.

—Está bien, deme cinco minutos.

Así que volví a poner la tapa a mi comida, para evitar que se enfriara, y tomé rumbo a su oficina.

Cuando llegué toqué en la puerta, aunque estaba entreabierta, como siempre.

—Puede pasar —me dijo él.

—Usted dirá.

—Siéntese, por favor. Necesito que hablemos de algo muy importante. Desconozco si cuando comenzó a trabajar aquí su jefe le comentó algunas normas internas de la compañía.

—No sé a qué normas se refiere.

—Pues a que una de las principales políticas de esta empresa es que las personas que trabajan en ella tienen terminantemente prohibido mantener relaciones amorosas con miembros del mismo equipo.

En ese momento me eche a reír ante la absurdez tan grande que me estaba contando.

—¿Le hace mucha gracia lo que le estoy contando? —me preguntó él, bastante molesto.

—La verdad es que sí.

—Pues es algo muy grave, ya que sé que usted y el señor Álex están manteniendo una relación sentimental y eso no está permitido.

Yo me levanté de la silla e invadí parte de su mesa, inclinándome hacia adelante y mirándole a los ojos.

—Mire, señor Andrew, déjeme decirle algo. Yo, con mi vida privada, voy a hacer lo que me dé la real gana, y eso que usted me está contando es todo mentira. ¿Qué se cree, que no me he leído el libro de procedimientos internos?

En ese momento Andrew se quedó en silencio. Creo que ya no tenía ninguna salida, le había descubierto. Pasaron varios segundos hasta que por fin reventó.

—No me gusta ese chico para ti.

—Pues no sabe cuánto lo siento, pero usted no es nadie en mi vida y yo puedo decidir estar con quien quiera.

—¿Pero es que no te das cuenta de que ese imbécil solo quiere llevarte a la cama?

—Igual que hizo usted conmigo.

—No estamos hablando de nosotros ahora mismo.

—Claro, qué pronto se olvidó de eso.

—No tienes ni idea de qué fue lo que pasó, pero eso ya no importa. Solo me preocupo por ti.

—Pues no hace falta que se preocupe, yo sé cuidarme solita.

—No lo creo. Antes no te importaba que te protegiera y te cuidara.

—Usted lo ha dicho, antes, cuando no sabía que había estado saliendo con un hombre que me había engañado, un hombre que estaba casado y tenía dos hijos.

—Sara, por favor, escúchame.

—Mire, señor Andrew, esta conversación ha llegado a su fin. No estoy dispuesta a escuchar más tonterías.

—Aquí el que dice si te puedes levantar e irte soy yo.

—Claro, qué pronto salió a relucir su superioridad.

—No puedo creer cuánto has cambiado. ¿Dónde está esa Sara tan dulce e inocente que fue capaz un día de cautivarme? Ahora te has vuelto altiva, te vistes de una manera tan diferente, con esos tacones, eres tan mujer...

—Ahora esta soy yo y debe irse acostumbrando, porque la Sara dulce que un día conoció en aquel rincón irlandés ya no existe para usted.

—Es imposible hablar contigo, pero te aviso de que no estoy dispuesto a permitir esa relación dentro de mi empresa. Y ya te puedes ir. No tengo nada más que hablar contigo.

Salí de su oficina dando un portazo. Me sentía tan furiosa... No entendía absolutamente nada. Me daba la sensación de que Andrew quería hacerme la vida imposible y a la vez me sentía increíblemente débil ante él. Aunque a veces quisiera demostrarle lo contrario, mis sentimientos por él seguían vivos y eso me molestaba muchísimo, porque había tratado por todos los medios de



olvidarme de él y era imposible. En un primer momento, cuando me dijo que Álex y yo estábamos juntos, me dieron ganas de decirle la verdad, más que nada por no meter en más líos al pobre Álex, pero cuando vi su chulería conmigo, quise hacerle pensar lo contrario. En el fondo, pensaba que estaba celoso y por eso actuaba de ese modo, o quizás lo hacía porque todo lo que yo hiciera le molestaba, era como si de repente me odiara.

## 9

Pasaron las semanas y llegó la Navidad a nuestras vidas. En la empresa nos encontrábamos en uno de los mejores momentos. La última campaña había sido todo un éxito y los resultados empezaban a dar sus frutos. En todo ese tiempo que había pasado, había vuelto a retomar mi amistad con mis compañeras, a las que no tardé mucho en perdonar, ya que las adoraba a todas. Con Álex seguía manteniendo una bonita amistad y con Andrew seguía guardando las distancias, aunque ahora le notaba más amable conmigo, al menos cuando me veía por los pasillos me saludaba y jamás había vuelto a tocar el tema de la supuesta relación con Álex. Pero, a pesar de todo, yo le evitaba. Aunque había intentado olvidarle en todos esos meses que habían pasado, me había sido imposible; aún seguía soñando con él y deseando sus besos a cada momento, pero la razón me hacía mantenerme firme.

A las 11:00 terminamos la reunión de todos los lunes con Andrew. Este nos comentó que ese viernes sería la fiesta de Navidad de la empresa y que estábamos todos invitados a cenar en un famoso restaurante y que luego iríamos a tomarnos una copa y a divertirnos a una famosa discoteca del centro.

Todos nos alegramos, ya que un poco de diversión no venía mal, e inmediatamente Blanca hizo una de sus preguntas más importantes:

—Señor Andrew, ¿cómo hay que ir vestido?

Todos nos miramos y empezamos a reírnos bajito. Andrew sonrió e intentó aguantar la risa.

—Blanca, como si quiere ir usted disfrazada de Papá Noel —le dijo en tono sarcástico.

—¿En serio? ¿Pero es una fiesta de disfraces? —preguntó Blanca inocentemente.

—Sí, claro. Ahora, que si usted no quiere ir disfrazada... —volvió a decirle Andrew, bromeando con ella.

—No, por supuesto, si hay que ir disfrazada, se va.

Todos nos echamos a reír al ver semejante situación. Yo, no pudiendo aguantar más la cara de la pobre Blanca, le dije:

—Blanca, es una broma, mujer, te estamos tomando el pelo. No te preocupes, tú ponte el famoso vestido lila y no creo que haya problema.

—Así que era broma, ¡jo! Con la ilusión que me hacía.

En ese momento las carcajadas fueron más fuertes todavía.

Pasaron unos días y llegó la tan ansiada noche del viernes. Habíamos quedado a las 22:00 horas en aquel famoso restaurante. Yo elegí para la ocasión un pantalón de pitillo negro que iba a juego con mis tacones y una blusa ajustada de lentejuelas color beige. Llegue junto con mis compañeras y justo a la entrada del restaurante ya había algunos compañeros esperando a que llegara el resto.

Mientras charlaba con Álex observé como se paraba frente a la puerta del restaurante el coche del presidente y cuál fue mi sorpresa al ver que esta vez Andrew no venía solo como de costumbre, sino que venía acompañado por su mujer. Su chofer se bajó del coche y les abrió la puerta a ambos.

Aquella señora tan elegante se bajó de aquel coche de lujo y fue entonces cuando la miré de arriba abajo. Era delgada, de pelo rubio bastante corto, por cierto, y un poco más alta que Andrew, tan elegante y distinguida. Era el tipo de mujer que pegaba con él.

Ella se agarró de su brazo y ambos se acercaron hacia nuestro grupo.

—Buenas noches, señores. Qué elegantes, por cierto —nos dijo en tono sonriente.

Todos le saludaron.

—Bueno, quiero presentarles a mi esposa. La señora Lisa.

Después de decir eso, Andrew me miró fijamente. La verdad es que no entendía muy bien por qué, a lo mejor se sentía culpable por haberla llevado a la cena sabiendo que yo también iba a estar ahí.

Observé como aquella señora me miraba de arriba abajo mientras sonreía.

Me sentí bastante molesta ante aquella situación.

Todos entramos al restaurante y nos sentamos ante aquella gran mesa; éramos como cincuenta personas. Me senté al final, de esa manera evitaría estar cerca del presidente. Álex y las chicas se sentaron junto a mí, pero cuál fue mi sorpresa cuando la esposa de Andrew le dijo a este de sentarse frente a nosotros. Quería salir huyendo de allí, no me apetecía para nada tenerlos sentados frente a mí toda la noche.

Comenzó la cena y el camarero trajo varios vinos para que los probásemos y le dijésemos cuál queríamos.

—Buenas noches. ¿Quién quiere hacer el honor de probar ambos vinos? —dijo el camarero.

Todos nos quedamos callados. Debo decir que no tenía ni idea de catar vinos y creo que la mayor parte de mis compañeros tampoco. No estábamos acostumbrados a comer en sitios tan elegantes.

—Vamos a dejar la situación en manos de esta señorita —dijo la mujer de Andrew al camarero y comenzó a apuntarme a mí con su dedo, sonriendo.

En ese momento me quedé pálida, no sabía qué responder, no tenía ni idea de aquello. Entonces preferí ir con la verdad por delante, no quería mentir con respecto a la situación.

—Lo siento, mejor que lo haga otra persona. Yo no tengo mucha idea de catar vinos, la verdad —dije en tono pausado.

—Vaya, qué lástima, no es oro todo lo que reluce.

La mesa entera se quedó en silencio. ¿Por qué esa señora se había atrevido a lanzarme esa pullita? ¿Pero qué le había hecho yo? Me di cuenta de que esa mujer no era trigo limpio y después de su comentario observé como Andrew la miraba bastante enfadado mientras cuchicheaban.

Acto seguido la señora Lisa probó ambos vinos y fue ella quien eligió el que más se adaptaba al momento y a la comida. Intenté restar importancia al asunto y olvidarme de aquel incidente para no echar a perder la noche.

Después de más de una hora y media en el restaurante cenando, todos partimos dirección a aquella famosa discoteca. Una vez dentro, las chicas y yo nos dimos cuenta de que se trataba de una discoteca-karaoke, y la verdad es que nos encantaba la idea de ver a muchos compañeros de la oficina cantando.

Las chicas y yo nos sentamos en la barra y pedimos un Martini. Andrew y su mujer volvieron a sentarse cerca de nosotras. Esta vez él se apartó de la mesa para charlar con algunos compañeros mientras su mujer se quedaba sola sentada en la barra.

Blanca no paraba de decir que teníamos que cantar una canción todas juntas, una de mujeres.

—Venga, chicas, ¿os animáis? Este es el momento. Vamos a demostrarles a todos que somos las *spice girls* de la oficina —nos dijo sonriendo.

—¡Estás loca, Blanca! Y hacer el ridículo delante de todos, y lo peor es que te lo van a estar recordando para el resto de tu vida —dijo Martina.

—Anda, no seáis tontas, pero qué más da hacer el payaso un poco. Además, nosotras solo vamos a hacer los coros, la que va a cantar es Sara —volvió a

decir Blanca.

—¿Perdona? Conmigo no contéis para vuestros líos —le advertí a Blanca.

—Pero, Sara, si tú cantas muy bien, te he oído algunas veces en casa y cantas fenomenal.

—Blanca, tú lo has dicho, en casa, pero aquí olvídale.

Álex nos interrumpió.

—¿En serio cantas tan bien, Sara? —preguntó sorprendido.

—Canta como los ángeles —dijo Blanca.

—No canto tan bien, Álex, solo soy una aficionada, como cualquier persona.

—Estoy seguro de que lo haces muy bien. Oye, ahora que lo pienso, ¿por qué no cantamos los dos una canción a dúo?

—¿Estás loco? Olvídale.

—Venga, por favor, pero si es solo una canción. Además, me lo debes por lo que paso aquella fatídica noche del informe.

—No puedo creerlo. ¿Me estás haciendo chantaje emocional?

—Venga, di que sí. Para que veas que soy bueno, te voy a dejar un tiempo para que te lo pienses.

Entonces Álex se alejó de la barra y las chicas siguieron convenciéndome para que aceptara.

De repente, vimos a Álex subido al escenario con un micro en la mano. Debo decir que mis piernas comenzaron a temblar, me estaba imaginando la encerrona.

—Buenas noches, compañeros. Como veo que ninguno os animáis a abrir la noche, he decidido junto con mi compañera favorita de la oficina dedicaros esta bonita canción. Por favor, Sara, sube.

Yo no sabía si echar a correr o aguantar el tipo. Miré a mis compañeras y todas comenzaron a corear:

—¡Que suba Sara!

Me di cuenta de que todas las miradas estaban fijas en mí, incluso Andrew había dejado de charlar con aquellos compañeros y me miraba sorprendido.

Entonces, queriendo que aquella situación terminara lo antes posible, decidí echarle valor y me subí al escenario junto a Álex, que había elegido una canción romántica, así que ya no tenía elección. Comenzamos a cantar y por un momento me olvidé de que había gente en aquella discoteca, ya que estaba haciendo una de las cosas que más me gustaban en esta vida, que era cantar. Después de terminar la canción, todos nos aplaudieron y comenzaron a

elogiarnos a ambos.

—¡Bravo, parejita! ¡Qué romántico! ¡Lo tienes en el bote, Sara!

«Dichosos comentarios», pensé. «Ahora la gente se estará pensando lo que no es».

Me acerqué a la barra, donde estaban mis compañeras. Álex me siguió y me di cuenta de que Andrew y su mujer no dejaban de mirarnos.

Las chicas comenzaron a felicitarnos:

—Chicos, lo habéis hecho fenomenal, si parecíais unos cantantes de verdad —dijo Blanca.

En ese momento la mujer de Andrew, junto a este, nos interrumpió.

—Disculpad, chicos. Simplemente deciros que habéis cantado muy bien los dos, se nota que hay sentimientos de por medio, si no jamás lo hubierais hecho tan bien. Sois pareja, ¿verdad?

¿A qué venía esa pregunta? ¿Pero esa mujer de qué iba?

—Que va, señora, no somos pareja. Pero ¿ha visto lo buenos actores que somos? Hasta usted se lo ha creído.

—Sí, ya me he dado cuenta. Pues déjenme decirles que hacen ustedes una bonita pareja, pertenecen a la misma clase social, misma cultura... ¿Verdad, Andrew?

—Sí, hacen muy buena pareja —dijo Andrew, más serio que nunca.

No entendía nada, ahora nos estaba llamando gente pobre a la cara. Me armé de valor y le dije una frase de las mías.

—Sí, eso sí es cierto, ambos pertenecemos al mismo nivel social y somos de un barrio obrero, pero estamos muy orgullosos de serlo.

—Sí, eso ya se ve —nos dijo mientras nos miraba de arriba abajo.

Andrew no dijo nada, lo único que hacía era beber de su copa.

—Disculpe, señora, pero comienza una de mis canciones favoritas y quiero bailar con Sara —dijo Alex a la señora Lisa.

—Sí, claro, vayan a divertirse.

Álex me cogió del brazo sin apenas haberme dado tiempo a darle una negativa por respuesta, me sacó a la pista de baile y comenzamos a bailar.

Andrew también sacó a bailar a su mujer y ambos comenzaron a hacerse arrumacos y a darse besos. Él, mientras la besaba, me miraba.

Tenía la sensación de que él disfrutaba de aquella situación. Yo me sentía muy mal, en el fondo aún le seguía queriendo y verle así con otra mujer, su mujer, me hacía sentirme aun peor. Me moría de rabia y de celos y decidí

alejarme de la pista de baile e ir unos minutos al baño a refrescarme la cara y las ideas.

—Álex, necesito ir un momento al baño, ahora vuelvo.

—Pero ¿estás bien, Sara? —me preguntó preocupado.

—Sí, tranquilo, enseguida vuelvo.

Me alejé lo más rápido que pude de la pista de baile y me encerré en el baño. Después de refrescarme la cara, intenté poner en orden mis pensamientos y decidí no darle ninguna importancia. Andrew ya no era nada en mi vida, él solo había sido un mentiroso que me había engañado y yo tenía que odiarle por eso. Esa era la actitud, pero ¿cómo se aprende a odiar a alguien de quien estás enamorada?

Me miré al espejo del baño. Decidí retocarme un poco el maquillaje y el peinado y volver a la pista de baile. Por suerte, en un par de horas la velada quizás habría terminado y yo volvería a casa e intentaría olvidar esa fatídica noche.

Abrí la puerta y, justo cuando estaba a punto de salir, alguien me empujó hacia adentro nuevamente y cerró la puerta del baño de chicas. Entonces me di cuenta de que era Andrew.

—Estarás contenta, ¿no? —me dijo totalmente fuera de sí.

—No sé a qué se refiere, señor Andrew.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, a tu dúo con Álex.

—¿Qué pasa con mi dúo con Álex?

—No te hagas la tonta, ahora todo el mundo sospecha que entre tú y él hay algo.

—¿Y qué pasa si hay algo?

—O sea, que me estás confirmando que sois pareja.

—Yo nunca he dicho eso.

—Sí lo has dicho.

—No, solo he intentado decir que haya o no haya nada, lo que la gente piense sobre eso me da igual. Creo que esta conversación no viene al caso, déjeme salir.

Andrew seguía detrás de la puerta del baño de chicas sin dejarme salir.

—No pienso dejarte salir sin antes hablar conmigo. Estoy cansado de ver a ese imbécil siempre pegado a ti como una lapa.

—No tiene por qué insultarle.

—Ahora encima le defiendes. Pues déjame decirte que jamás voy a aprobar

esa relación.

—¿A usted sabe lo que le pasa? —le dije yo, enfurecida de rabia.

—¿Qué me pasa, señorita lista?

—Que se muere de celos cada vez que Álex se me acerca.

Andrew comenzó a reírse.

—Me da la risa. ¿Celoso, yo? Por favor.

—Sí, celos, aunque le cueste reconocerlo.

—Para estar celoso hay que estar enamorado y sentir algo hacia esa persona y este no es el caso —me dijo Andrew fríamente.

Sus palabras me dolieron más todavía. Si no estaba enamorado de mí, ¿qué es lo que quería? ¿Hacerme daño? Pues si ese era su propósito, lo estaba consiguiendo.

—Me parece perfecto que no sienta nada por mí, porque yo tampoco siento nada por usted.

—No me hagas reír, sé que aún sigues enamorada de mí.

—¿Eso es lo que cree?

—Sí, además sé que sigues deseando mis besos, tus ojos no me mienten.

¿Y ahora qué pretendía? Ya me había dicho que no sentía nada por mí, ¿porque me martirizaba de esa manera? ¿Quizás para hacerme más daño? Decidí pagarle con la misma moneda y comencé a decirle cosas que no sentía solo para hacerle ver que él ya no me importaba en absoluto, aunque fuese mentira.

—¿Sus besos? Sus besos solo me producen asco. Mire, señor Andrew, los únicos besos que yo deseo son los de Álex.

No podía creer lo que había dicho, creo que fue un impulso. Ahora ya no había vuelta atrás.

Andrew se acercó a mí lleno de rabia y me agarró fuertemente de la cintura.

—Así que mis besos te producen asco. Ahora dímelo mirándome a los ojos.

—Señor Andrew, suélteme, me hace daño.

—No estoy dispuesto a soltarte hasta que me lo digas mirándome a los ojos.

—No voy a decírselo otra vez, ya lo sabe.

—¿Así que mis besos te dan asco? Pues ahora veremos el asco que te dan.

Andrew me agarró más fuerte todavía por la cintura y me besó a la fuerza. Intenté evitarlo y me aparté de él después de pegarle una bofetada en la cara. Pero él, no teniendo bastante con eso, volvió a tomarme a la fuerza y a besarme. Esta vez lo hizo tan apasionadamente que yo no pude evitarlo y cedi



a sus besos. Después de eso, me aparté de él con la cabeza agachada.

Él se quedó callado sin decirme nada. Yo, no pudiendo aguantar más, le pedí explicaciones.

—¿Por qué me hace esto?

Él me miro a los ojos.

—¿Todavía no te has dado cuenta?

—¿Darme cuenta de qué? ¿De que lo único que quiere es hacerme la vida imposible?

—No, Sara, yo no pretendo eso. Siento todo esto, de verdad, pero no puedo más.

Él también agachó la cabeza y miró al suelo.

—Señor Andrew, no podemos seguir así. Lo mejor será que me vaya de la empresa, solo así cada uno hará su vida y dejaremos de hacernos daño.

Él volvió a mirarme a los ojos.

—Pero yo no quiero hacerte daño. ¿No te das cuenta de que me muero de celos cada vez que te veo con él? No puedo aguantar más esta situación.

—Antes había negado que estuviese celoso.

—Lo sé, pero no puedo más, Sara. Me he dado cuenta de que estoy loco por ti y no puedo soportar verte con otro hombre.

—No siga, por favor, no me haga más daño, usted está con su mujer.

Andrew se acercó nuevamente hacia mí y me agarró de la cintura.

—Por favor, Sara, escúchame.

Inmediatamente aparté sus manos de mi cintura.

—Nunca más vuelva tocarme ni a besarme y olvídense de mí, porque yo ya me he olvidado de usted.

—Sara, no he podido olvidarme de ti todo este tiempo.

—Ese es su problema, no el mío. Y ahora apártese de la puerta si no quiere que comience a gritar.

En ese preciso instante, Andrew se apartó de la puerta y yo pude salir.

## 10

Después de pasar todo el fin de semana encerrada en casa pensando todo el tiempo en lo que había sucedido entre Andrew y yo, me di cuenta de que volvía a estar sufriendo nuevamente por él. Me había jurado a mí misma que jamás volvería a derramar una lágrima más y estaba incumpliendo mi promesa.

Llegué a la oficina temprano, como siempre, y ocupé mi mesa de escritorio. No había hecho más que encender mi ordenador cuando recibí una llamada de mi jefe, que quería que me reuniese con él y con el señor Andrew en su oficina.

No entendía nada, la verdad, y debo decir que lo único que se me ocurría era que ambos iban a despedirme. En el fondo pensé que quizás era lo mejor, así me podría olvidar de una vez por todas de Andrew, pero también pensaba que dónde podría encontrar un trabajo así. Me sería muy complicado volver a tener tanta suerte.

Me detuve frente a la puerta de la oficina del presidente antes de entrar, tragué saliva y quise mentalizarme de que hoy era mi último día en la compañía.

—Buenos días a los dos —les dije.

—Bueno días, Sara. Toma asiento, por favor —me dijo mi jefe.

Observé que ambos estaban sentados justo al otro extremo del escritorio. Yo ocupé mi lugar frente a ellos dos.

—Bueno, Sara, lo que queríamos comentarte el señor Andrew y yo es sobre la vacante que existe actualmente para el puesto de asistente personal y secretaria de presidencia.

—Sí, sé que la secretaria del señor Andrew está de baja por maternidad, pero ¿eso qué tiene que ver conmigo?

—Tiene mucho que ver, ya que usted va a pasar a ocupar temporalmente el puesto de secretaria y asistente del señor Andrew —dijo mi jefe.

No podía creerlo. ¿Cómo? ¿Yo trabajando codo con codo con Andrew? Ya era lo último que faltaba por oír después de todas las movidas que habíamos

tenido trabajando a metros el uno del otro, y ahora me iba a tocar trabajar directamente para él.

—No entiendo por qué me lo proponen a mí habiendo compañeras mucho mejor preparadas que yo y con más años de experiencia.

—Sara, ha sido una decisión conjunta.

—Pues yo no estoy de acuerdo en ocupar ese puesto, no tengo experiencia apenas.

—No sé preocupe, que yo pienso enseñarle —me respondió Andrew, guiñándome un ojo.

—No me cabe la menor duda, pero no quiero abandonar el puesto que tengo actualmente.

—Sara, es nuestra última decisión —dijo mi jefe.

—Está bien, no tengo otra opción por lo que veo, o no me están dejando tenerla.

—Sara, aprovecha esta maravillosa oportunidad de demostrar lo que puedes hacer —me propuso mi jefe.

—Pero, jefe, yo...

Él me interrumpió.

—Sara, creo que eres la persona más indicada para ocupar este puesto. En los pocos meses que llevas trabajando para la compañía, has progresado muchísimo más que compañeras que llevan aquí años. Te hemos elegido a ti porque consideramos que reúnes los requisitos para ello. No me defraudes, muchachita, por favor.

—Jefe, yo no quiero defraudarle, es solo que...

Me daban ganas de decirle que era solo que iba a trabajar codo con codo con Andrew. Aquel hombre que me había engañado tan solo para poder acostarme conmigo.

—¿A qué le tienes miedo, muchachita? —me preguntó mi jefe, consternado.

—A nada señor, son solos los nervios. Discúlpeme.

—Tranquila, Sara, lo vas a hacer genial —me animó mi jefe.

—¿Y cuándo empezaría? —pregunté, dándome cuenta de que ya no había vuelta atrás.

—Hoy mismo. Vaya a su escritorio a recoger sus cosas y trasládelo todo a esta oficina.

—¿A esta oficina? —pregunté yo.

—Sí. ¿Por qué la duda? —preguntó Andrew.

—Porque su anterior secretaria trabajaba fuera, cerca del pasillo.

—Sí, lo que pasa es que como a usted voy a tener que enseñarle tantas cosas, prefiero tenerla cerca —dijo Andrew.

Salí de la oficina enfurecida. Estaba segura de que todo lo había hecho Andrew para tenerme más vigilada todavía, pero ¿qué pretendía con todo eso? Aun así, no estaba dispuesta a dejarle que se propasara conmigo como había hecho aquella noche en el karaoke, esta vez iba a ser implacable con él y a ponerle las cartas sobre la mesa.

No tardé más de diez minutos en recoger mis cosas y mudarme a la oficina de Andrew.

—Ya estoy aquí, señor Andrew. ¿Dónde voy a trabajar? —pregunté ansiosa.

—He pedido que trasladasen el escritorio de Marta, mi anterior secretaria, aquí, al lado de mi mesa.

—Sí, ya me doy cuenta —le dije enfadada.

—¿Te molesta? —preguntó Andrew

—¿Por qué hace esto?

—No entiendo a qué viene tu pregunta.

—Sabe perfectamente a lo que me refiero, a trasladarme aquí para trabajar con usted. ¿Por qué lo hace?

Me di cuenta de que Andrew sonrió pícaramente, pero no decía nada, se quedó en silencio.

—Ahora se queda callado.

—Creo que las palabras sobran. Ahora, por favor, ocupe su lugar y vamos a ponernos a trabajar.

Llegada la hora de la comida y después de estar más de tres horas pasando informes a limpio en el ordenador, le dije a Andrew que bajaría a comer con mis compañeras.

Cuando entré en el restaurante, las vi a todas ahí sentadas, preocupadas además porque habían visto mi escritorio vacío y no sabían qué estaba pasando.

—¿Se puede saber que ha pasado? —preguntó Blanca ansiosa.

—Nada, calmaos. Voy a suplantar temporalmente a Marta, la secretaria del señor Andrew.

—¿En serio? Pues nos dejas más tranquilas, pensábamos que te habían despedido —dijo Martina.

—Sí, debo deciros que yo también lo había pensado, pero finalmente se

trataba de esto.

—¿Y por qué no te alegras? Deberías estar feliz por ocupar ese puesto, no cualquiera puede tener esa oportunidad, y más después de todos los problemas que has tenido con el señor Andrew.

—Ya lo sé, chicas, pero no me apetece para nada tener que trabajar codo con codo con él.

—Bueno, eso es cierto, te entendemos, no vas a poder estar a tu aire, pero al final te acabarás acostumbrando —dijo Blanca.

Después de todo las chicas tenían razón, pero ellas no tenían ni idea de todo lo que me había pasado con Andrew. Si lo supieran, entenderían mi preocupación. Terminé de comer y volví a la oficina. Al entrar, me di cuenta de que aún no había llegado Andrew.

Me senté en mi escritorio y me dispuse a continuar con mis tareas. En ese preciso momento entró Álex.

—¿Qué tal, Sarita? Ya me han contado las chicas lo de tu cambio de puesto. ¿Cómo te encuentras?

—Pues bastante molesta, la verdad, lo que menos me apetece era trabajar cerca del señor Andrew.

—Te entiendo y más sabiendo que le vas a tener encima de ti todo el tiempo, pero tranquila, piensa que esto es un premio a tu trabajo.

—Si lo miras desde ese punto de vista...

—Claro que sí, debes ser optimista. Mira, para que te alegres, quiero invitarte a cenar esta noche, y déjame decirte que no voy a aceptar un no por respuesta.

—Lo siento, Álex, pero estoy muy cansada y lo único que me apetece es marcharme a casa.

—Venga, Sara, por favor, me lo debes desde aquel día que pasó lo del cine.

—Pero serás malo, ¿no te cansas de recordármelo?

—No y no voy a parar de recordártelo hasta que por fin aceptes mi invitación a cenar.

—Eres un tramposo —murmuré.

—Venga, Sarita, di que sí.

—Pero prométeme que jamás vas a volver a recordarme lo ocurrido aquel día.

—Está bien. ¿Eso es un sí? —me preguntó sorprendido.

—Sí, pesado.

En ese preciso momento, Andrew irrumpió en la oficina.

—Buenas tardes, señor Álex. ¿Qué necesita? —preguntó con cara de pocos amigos.

—Nada, señor Andrew, estaba felicitando a Sara por su nuevo puesto.

—Pues ahora no es momento para felicitaciones, deje a la señorita Sara continuar con su trabajo.

—Sí, disculpe. Sara, luego a las nueve te recojo en tu casa.

—Sí, vete ya, pesado —le dije a Álex sonriendo.

Andrew cerró la puerta de la oficina y se sentó en su escritorio.

—Bueno, señorita Sara, sigamos. Necesito que me entregue los informes que le pedí.

—Sí, claro, ya los tengo terminados, aquí los tiene.

Andrew los ojeó durante un buen rato mientras yo continuaba con mis otras tareas. Hasta que, de repente, se levantó de su mesa alzando la voz.

—Esto es ilegible, no entiendo absolutamente nada de este informe, es usted un auténtico desastre.

—Perdone, ¿qué me está diciendo? —pregunté yo, sorprendida.

—Que es usted una incompetente que no es capaz ni de hacer un simple informe de gastos.

—¿Que yo soy una incompetente? Mira quién fue a hablar, el señor listo que todo lo sabe.

—No se haga la chula conmigo.

—Usted me ha ofendido y no estoy dispuesta a permitirselo.

—No la he insultado, solo le he dicho que es usted un desastre y creo que con razón. Normal, si estuviera pendiente a su trabajo y no con la cabeza en cenas y chorradas, no le pasarían estas cosas.

Me comencé a reír. Claro, ahora lo entendía todo, había escuchado mi conversación con Álex y por eso estaba así.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —me preguntó, bastante furioso.

—Me rio de la situación, no creo que su enfado y su forma de tratarme sean debido al informe.

—¿Y a qué se deben, señorita lista?

—A esos celos infernales que le persiguen.

—¿Celoso, yo? Por favor, deja de decir eso.

—El otro día fue muy claro al reconocerlo.

Andrew se quedó en silencio por unos minutos mientras me miraba fijamente

a los ojos.

—Voy a ser muy sincero contigo, Sara. El otro día te volví a mentir. No siento celos porque no estoy enamorado de ti, solo me atraes mucho físicamente y lo único que pretendía era volver a engatusarte para conseguir llevarte otra vez a la cama, eso es lo único que quiero de ti.

No podía creer lo que estaba escuchado. En el fondo debo reconocer que me dolía muchísimo, porque yo aún seguía enamorada de él, y haber escuchado de su propia boca lo que yo tantas veces me había repetido a mí misma sin atreverme a creerlo me había sentado como un jarro de agua fría.

Debo decir que en ese momento no supe qué decirle, solo evité derramar una lágrima delante de él, no se lo merecía.

—Muchas gracias por sus sinceras palabras, empiezo a conocerle realmente. Déjeme decirle que ahora estoy mucho más segura de que jamás estaría con un hombre como usted.

# 11

Eran las 21:00 cuando bajé las escaleras del portal de casa y me encontré a mi compañero Álex. Estaba de pie frente a su coche gris plateado de marca Seat Córdoba, mirándome con una gran sonrisa y con un ramo de flores en sus manos.

—Hola, Sarita. ¿Qué tal estás?

—Hola, Álex. Muy bien, algo cansada por el trabajo —le respondí mientras le daba un beso en la mejilla.

—Bueno, pues ahora olvídate, porque vamos a pasar una noche muy divertida. Por cierto, estas flores son para ti.

—Muchas gracias, Álex, tú tan caballero como siempre.

Eso de que me hubiera regalado flores otra vez me estaba haciendo sospechar que quizás Álex estaba empezando a sentir algo por mí y eso en el fondo me incomodaba, porque yo no le veía de esa manera sino como un buen compañero de trabajo. En mi cabeza solo había pensamientos para Andrew Miller, mi gran amor imposible.

Ambos nos subimos al coche y pusimos rumbo al teatro Lope de Vega. Esa noche estrenaban una obra muy buena y Álex tuvo el detalle de invitarme a verla. La velada fue maravillosa y la obra hizo que se me saltaran las lágrimas incluso. Álex me observó divertido mientras sacaba un pañuelo de su chaqueta y me lo daba.

A las 22:30, una vez hubo terminado la función teatral, ambos caminamos hasta el paseo de la Castellana. Álex había reservado mesa en un bonito restaurante. El lugar era perfecto. Muy acogedor e íntimo, con camareros muy amables, bonita iluminación y música... No podía encontrarle ningún defecto, y mira que yo era una persona bastante exigente en estos temas, pero Álex había acertado en todo lo relacionado con esta noche.

—Oye, nunca me has hablado de ti, Sara —murmuró Álex mientras cortaba un trozo de carne del solomillo que había pedido.

—Pues no sé, dime qué te gustaría saber —le respondí mientras bebía un sorbo de vino blanco.



—Déjame que piense, a ver... Por ejemplo, ¿eres de Madrid?  
—Por supuesto que sí —le contesté entre risas.  
—¿Cuál es tu signo del zodiaco? —me preguntó con bastante interés.  
—Ja, ja, ja. ¿En serio me estás preguntando por mi signo zodiacal? —le pregunté entre risas.  
—Por supuesto que sí, creo mucho en esas cosas.  
—Está bien, señorito Álex, si tanto interés tiene en saberlo, le diré que soy leo.  
—¿Leo? ¡Vaya! Un signo de fuego.  
—¿Qué pasa? —le pregunté al ver su cara de preocupación.  
—Pues que yo soy capricornio, un signo de tierra.  
—Perdóname, Álex, pero no te estoy siguiendo.  
—Pues que somos dos signos incompatibles.  
«Esta conversación está siendo de lo más surrealista», pensé.  
—Bueno, no pasa nada, tampoco creo mucho en estos temas del horóscopo.  
—Por tu cara parece lo contrario —le respondí mientras me terminaba de comer la ensalada que me había servido el camarero.  
—¿Puedo hacerte una última cuestión? —me preguntó.  
—Sí, claro.  
—¿Estás enamorada de alguien en estos momentos?  
—¿A qué viene esa pregunta?  
—Me gustaría saberlo.  
—Esto, en vez de una cena, parece una entrevista —murmuré entre risas.  
—Perdona si soy un poco pesado, pero me interesa mucho saberlo.  
—Pues sí, estoy enamorada.  
—Lo sabía. ¿Y es alguien de la oficina? —me preguntó mientras se incorporaba en su silla.

No tenía ni idea de qué responderle, no le iba a decir que estaba enamorada del presidente de la compañía, tenía que inventarme algo.

—Prefiero no hablar de ello, Álex. Lo pasé bastante mal en su momento por culpa de esa persona y no quiero tener que volver a remover mi pasado.

—Está bien, perdona, preciosa.

Me había llamado preciosa. Por un momento me acordé de los momentos tan maravillosos que pasé junto a Andrew, cuando él me trataba con tanto cariño y dulzura; pero sus palabras de ese día habían sido tan duras que aquel simple y bonito recuerdo se había borrado en un segundo al recordar lo mal que se

había portado conmigo.

Pero ahora no estaba con Andrew, sino con Álex, ese chico tan bueno y cariñoso que siempre se había portado tan bien conmigo.

—Sara, llevo mucho tiempo queriendo decirte algo muy importante que ya no puedo esconder más.

¡Madre mía! Ya me estaba imaginando qué era ese algo. Esperaba que no fuera lo que estaba pensando, porque no sabía qué iba a decirle.

—Dime, Álex. ¿De qué se trata?

—Es sobre nosotros, Sara. Tú me gustas y creo que estoy empezando a enamorarme de ti.

—Álex, yo... —Aunque ya me había imaginado de qué iba a ir esa conversación, no sabía qué responderle. Me sentía nerviosa ante él.

—No, por favor, no digas nada. Ya sé que tú estás enamorada de esa persona que te hizo tanto daño, pero yo puedo ayudarte a olvidarle.

Jamás me hubiese esperado esa declaración de su parte. Sentía que la cabeza me iba a estallar. Me sentía saturada. Sabía que en el fondo Álex era un buen chico y que se había portado conmigo como nadie lo hubiese hecho, pero yo solo le veía como a un amigo y no quería hacerle daño. Ojalá le hubiese conocido en otro momento de mi vida, quizás las cosas hubieran sido distintas.

—Sara, por favor, dame una oportunidad para hacer que te enamores de mí, te juro que jamás te voy a reprochar nada. Yo sé que tú no sientes lo mismo por mí, pero puedo conseguir que te enamores, solo tienes que dejarme que te conquiste.

—Álex, me siento muy alagada por tus palabras y por que hayas puesto tus ojos en mí, pero ya te he dicho que estoy enamorada de otra persona y, aunque sepa que es un sinvergüenza y un miserable, no quiero que tú salgas lastimado con todo esto.

—Ya te he dicho que estoy dispuesto a asumir las consecuencias, porque sé que tarde o temprano tú te vas a enamorar de mí.

—No sé si estoy preparada para comenzar una nueva relación, hace muy poco tiempo de todo aquello y...

Álex me interrumpió.

—Mira, preciosa, ¿por qué no dejamos que las cosas fluyan? Tú solo déjame conquistarte poco a poco, prometo que iremos despacio, yo no voy a hacer nada que tú no quieras que pase. Cuando estés preparada para avanzar más en la relación, me lo dices, al igual que si pasa el tiempo y no llegas a sentir nada

por mí. Estaré dispuesto a asumir mi derrota.

Sus palabras me sonaron tan sinceras que me di cuenta de que quizás tenía razón.

—¿Tan seguro estás de que me voy a acabar enamorando de ti? —le pregunté sonriendo.

—Segurísimo, soy un buen partido. Entonces ¿debo entender eso como un sí? —me preguntó Álex entusiasmado.

Le miré sonriendo, afirmando con la cabeza.

No sabía si estaba haciendo bien con todo eso, pero Álex era un chico maravilloso y podía hacer que me olvidara de una vez por todas de Andrew. Además, me sentía tan cómoda estando con él, que en el fondo pensé que podría tratarse de mi alma gemela y que quizás yo aún no me había dado cuenta.

## 12

Miré el reloj. Eran las 13:30 y por ese motivo el estómago me rugía cada vez con mayor intensidad. Llevaba horas sin comer y me sentía cansada después de haberme pasado toda la mañana rellenando informes frente al ordenador. Por suerte, hoy no había tenido que verle la cara a Andrew, que se había pasado la mañana de reunión en reunión.

Álex se presentó en la oficina para que le acompañase a comer, como siempre.

—¿Qué tal estás, preciosa? ¿Qué tal la mañana?

—Pues con bastante trabajo.

—Y el señor Andrew ¿dónde está?

—Tenía varias reuniones esta mañana.

—Mejor, así al menos puedes trabajar más tranquila. Debe ser un jefe muy agobiante, ¿no?

—Bueno, ya me he acostumbrado a él y a su forma de trabajar —respondí mientras apagaba el ordenador y me colgaba mi bolso.

—Hay algo en él que no me cierra —me dijo mientras fijaba su mirada perdida en algún punto de aquella oficina.

—¿A qué te refieras con eso, Álex? —pregunté sorprendida.

—A nada, preciosa. No me hagas caso. Bueno, cambiando de tema, ¿tienes mucha hambre?

—Sí, la verdad es que bastante.

—Pues que no se diga más, vamos a comer, que como tardemos mucho vamos a desperdiciar nuestra hora.

En el restaurante nos esperaban las chicas como siempre con sus gritos, que se oían nada más salir del ascensor.

—Menos mal que habéis llegado, nos moríamos de hambre —dijo Blanca.

—Gracias por esperarnos, chicas. Tenemos algo muy importante que contaros Sara y yo —dijo Álex mientras ambos nos sentábamos a la mesa.

Todas comenzaron a mirarse sorprendidas y a gritar para que Álex hablase.

Ante eso, no sabía si Alex les contaría lo nuestro. No me había consultado

nada y yo aún no había decidido contárselo a las chicas. Más que nada por Martina, pues sabía lo coladita que estaba por Álex y no quería que se sintiera mal.

—Vamos, habla ya —dijo Martina.

—Bueno, chicas, espero que nos felicitéis a Sara y a mí porque a partir de ahora ambos hemos decidido darnos una oportunidad para conocernos un poco mejor.

—¿Qué? ¡No puedo creerlo! —gritó Blanca.

Creo que todo el restaurante entero nos miró ante los gritos de ella. Yo estaba aturdida ante la situación. No me esperaba para nada que Álex decidiera actuar por libre y no consultarme nada con respecto a este tema, y menos cuando yo aún no había decidido decirle nada a las chicas. Todo había ocurrido la noche anterior y me hubiese gustado esperar un tiempo para ver cómo se lo decía a Martina. Sabía lo que ella sentía por Álex y no quería hacerle daño. Me sentía totalmente fuera de lugar, era como aquel trofeo que debía ser mostrado a los demás solo por el simple hecho de haberlo conseguido, sin preguntarme si eso era realmente lo que yo quería.

—Ya era hora, chicos. Dadme un abrazo los dos, no sabéis cuánto me alegro —dijo Blanca entusiasmada.

—Por fin, demasiado habéis tardado —dijo Violeta.

Martina, la pobre, no dijo nada, solo permaneció inmóvil ante todo aquel alboroto.

—Martina, ¿no vas a felicitarlos a tu amiga y a mí? —preguntó Álex.

—Lo siento, es la emoción. ¡Muchas felicidades! —dijo Martina con lágrimas en los ojos y se fue al baño corriendo.

—No os preocupéis, a Martina siempre estas cosas le han afectado mucho —dijo Blanca, restando importancia al asunto.

Yo me preocupé bastante y quise ir al baño a ver como estaba, pero Blanca me lo impidió.

—Déjala, Sara, ella debe afrontar esto sola —dijo en voz baja.

A pesar de que hasta hacía unos minutos me moría de hambre, aquella situación me cerró el estómago y apenas probé bocado. La comida se me hizo eterna y me sentía como ausente. Apenas quise mirar a la cara a Álex, que se pasó toda la comida hablando de todos los planes que tenía pensado hacer conmigo este verano. Planes que ni a mí me había comentado. Debo de confesar que hasta me arrepentí de haber comenzado una relación, o como

queramos llamarlo, con él, sobre todo por haber hecho sufrir a la buena de Martina, que apenas se dejó ver por la comida después de la noticia. Ella no se merecía eso. Yo sabía lo que era sufrir por amor, porque eso era lo que yo sentía cuando veía a Andrew junto a su esposa.

Subí a la oficina a continuar con mis tareas. Observé que la puerta estaba cerrada, no entreabierta como de costumbre. Llamé porque no sabía si habría alguien dentro y me abrió la puerta la mujer de Andrew con cara de pocos amigos.

—Vaya, qué inoportuna, parece que estabas detrás de la puerta esperando el momento justo para llamar —dijo Lisa.

—Disculpe, no la entiendo.

—No hace falta, creo que Andrew me entendió perfectamente, ¿verdad, querido? Te veo luego en casa, tengo que ir a por los niños.

Lisa cogió su bolso y salió de la oficina cerrando la puerta de un portazo.

Andrew estaba ahí de pie en medio de la oficina mirándome fijamente, pero sin decir nada al respecto.

—¿Se puede saber por qué su mujer me ha dicho eso? —le pregunté enfadada.

—No tengo por qué darte explicaciones de mi vida privada.

—Yo tampoco le estoy pidiendo explicaciones de su vida privada, solo le he preguntado por qué su mujer me ha hablado de ese modo, usted debe de saberlo.

—Yo no tengo por qué explicarte nada, ¿acaso me has contado que entre tú y Álex hay una relación?

—¿Cómo sabe usted eso? —pregunté sorprendida.

—Porque yo me entero de todo, y déjame decirte que no pienso aprobarla.

—Lo que usted haga me trae sin cuidado.

—Pues debería importarte, ya que tu trabajo depende de mí.

—¿Qué se piensa, que porque me despida no voy a seguir viendo a Álex?

—¿Sabes lo que creo? Que estás despechada.

—¿Despechada yo? Qué equivocado está, señor Andrew.

—No lo creo, sé que te vuelves loca de celos cada vez que me ves junto a mi mujer.

—En absoluto. Usted me produce asco. Le doy gracias a su mujer porque el haberla conocido me ha hecho darme cuenta de la clase de hombre que tiene a su lado.

La mirada de Andrew desprendía ira y rabia contenidas. Parecía un león a punto de atacar a su presa. Mis palabras debieron de dolerle, porque después de decirle eso me agarró fuerte por la cintura, acercándose a él.

—Eres una mentirosa. Tu boca dice una cosa, pero tu corazón grita a voces otra. ¿Crees que no noto que tu piel se derrite cada vez que te toco? Sara, te mueres de deseo por que te haga el amor.

—Qué equivocado está, señor. ¿Qué busca con todo esto? ¿Qué quiere, volver a martirizarme?

—No, lo que quiero es que te des cuenta de que ese tío no te conviene.

—¿Y quién me conviene? Según usted.

Andrew permaneció callado. Entonces dejó de apretar mi cintura y me soltó.

—Vaya, ahora se ha quedado mudo. ¿Quién me conviene? ¿Alguien como usted? Alguien que es capaz de engañar a su mujer a miles de kilómetros de distancia.

—Mira, Sara, tú no tienes ni idea de todas las cosas por las que he pasado.

—Sí, claro, ya me imagino los remordimientos que debe de tener.

—No es eso, nunca quise jugar contigo.

—Ah, ¿y entonces qué hizo? —pregunté enfadada.

—Tú me despertaste cosas maravillosas, y si no te quise decir nada fue por el miedo a perderte.

—¿Qué está intentado? ¿Engatusarme otra vez? Mire, señor Andrew, este tema ya me cansa. Vamos a ponernos a trabajar, por favor.

Después de varias horas de trabajo codo con codo con Andrew y sin dirigirnos apenas la palabra, solo para tratar asuntos de trabajo, terminó mi turno. Alguien llamó a la puerta de la oficina.

—Buenas noches, señor Andrew. Vengo a recoger a Sara. ¿Puedo pasar? —preguntó Álex.

—Buenas noches. Sí, pase —dijo Andrew con total indiferencia hacia él.

Debo decir que aún seguía bastante enfadada con Álex, porque por su culpa, por no consultarme antes las cosas, la pobre Martina lo estaba pasando mal. Pero en ese momento no me apetecía hablar con él del tema y mucho menos que me llevara a casa, prefería irme sola y caminar un rato mientras pensaba en qué iba a decirle a Martina para que lo entendiera.

Álex entró en la oficina. Yo aún seguía sentada en mi escritorio sin moverme, estaba pensando en qué iba a decirle para no irme con él.

—Venga, Sarita, vamos, he reservado en un restaurante para invitarte a

cenar.

—Lo siento, Álex, pero no voy a poder ir contigo esta noche.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Pues porque tengo que quedarme un rato más a terminar unos asuntos pendientes.

—Pero ¿tan importantes son para que tengas que quedarte más tiempo? Señor Andrew, ¿no podría terminarlos el lunes?

Andrew se quedó en silencio, tan solo cruzamos nuestras miradas y creo que, al ver mi cara de preocupación ante la mentira que estaba echando, decidió seguirme el juego.

—Lo siento mucho, señor Álex, pero debe quedarse un rato más a terminar esos asuntos pendientes que tenemos.

Álex me miró bastante afligido.

—Bueno, pues entonces habrá que posponerlo para más adelante. ¿Quieres que te espere en el parking y así te acerco a tu casa?

—No, gracias, Álex, puedo irme sola.

—Pero me da miedo que camines sola de noche.

Qué pesadilla, por dios. Me sentía como si me estuviera tratando como a una niña pequeña. Antes de salir con él siempre me iba sola caminando a casa y ahora me estaba controlando. Pero pensé: «¡Sara, cálmate! Por favor, todo lo hace porque él sí que te quiere y se preocupa por ti y no quiere que te pase nada malo».

Andrew nos interrumpió.

—No se preocupe, señor Álex. Le diré a mi chofer que la lleve a su casa, puede irse tranquilo.

—Bueno, gracias, señor. En ese caso, ya me voy. Luego, cuando llegues a tu casa, me llamas —me rogó Álex.

—Sí, claro, tranquilo.

Álex se fue y yo seguía ahí sentada en mi escritorio sin articular palabra. Vaya momento más incómodo. Creo que hubiese sido mejor haberle dicho la verdad en vez de estar mintiéndole. No sé cuánto tiempo me quedé absorta en mis pensamientos, ya que incluso olvidé que Andrew seguía ahí sentado a mi lado, mirándome sin decir una palabra.

El silencio fue roto por él.

—No vuelvas a ponerme en una situación como la de ahora —me dijo bastante enfadado.



—Lo siento, señor Andrew. No volverá a pasar.

Me levanté de mi escritorio más afligida que nunca y cogí mis cosas para irme.

—Hasta mañana, señor.

Andrew no me contestó, apenas levantó su mirada de su ordenador.

Caminé hacia el pasillo para tomar el ascensor, absorta en mis problemas. La cabeza me daba vueltas y vueltas. Empecé a notar un calor terrible por todo el cuerpo y me di cuenta de que me estaba mareando, sentía que el aire me faltaba. Intenté encontrar un sillón o algo para sentarme, pero no vi nada. Poco a poco me empecé a encontrar peor, mire a ambos lados del pasillo y no encontré a nadie para pedir que me ayudara. Me agarré como pude a una pared para evitar caerme, y después de eso me sumí en un profundo sueño.

Soñé cosas maravillosas. Volví a vivir aquellos momentos tan bonitos que pasé junto a Andrew, nuestros primeros encuentros en el bar irlandés, sus besos, sus caricias, sus dulces palabras... Luego pasaban los años y aun seguíamos juntos, veía mi boda junto a él, nuestra luna de miel... ¡Qué bonito! Era como si hubiese despertado de un sueño terrible en el que Andrew estaba casado y yo trabajaba para él. Todo había seguido igual o mejor aún.

De repente, me desperté en un sofá. Alguien estaba gritando mi nombre.

—¡Sara, despierta! ¡Despierta, por favor!

Abrí los ojos y creí seguir soñando, porque vi frente a mí a Andrew. Me desperté bastante aturdida y apenas podía abrir los ojos.

—Andrew, ¿qué me ha pasado?

Le vi sonreír de alivio.

—Qué susto me has dado, pensé que te había pasado algo grave al ver que no despertabas, me estaba volviendo loco. ¿Estás bien?

—Sí, me encuentro mejor, pero no recuerdo nada.

—Estaba saliendo de la oficina cuando te vi tirada en el suelo del pasillo, pensé que estabas muerta, menos mal que estás bien, de lo contrario no me lo hubiese perdonado a mí mismo.

—Estoy bien, se lo agradezco. Me voy a ir a casa antes de que se haga más tarde.

—De eso ni hablar, no puedo dejar que te vayas en estas condiciones.

—Ya estoy bien, señor Andrew.

—Vaya, cuando me llamas señor Andrew siento que vuelves a ponerte seria conmigo.

—Es lo que usted me pidió aquella vez, que jamás volviera a tutearle, y es lo que hago desde entonces —le dije mientras me incorporaba y me sentaba en el sofá.

—A veces digo muchas tonterías. Ahora, si no te importa, voy a llevarte al médico para que te revise —me dijo Andrew en tono autoritario.

—No es necesario, estoy bien, de verdad.

—No lo creo, no me obligues a cogerte a hombros y a llevarte al hospital.

—Es muy tarde, mañana antes de venir a trabajar me pasaré por el centro de salud.

—Insisto en llevarte.

—Se lo agradezco, pero usted tiene que marcharse a su casa y yo también.

—Bueno, entonces al menos déjame que te acerque a casa en mi coche.

—Discúlpeme, señor Andrew, pero prefiero que no, seguro que su chofer se lo dirá a su mujer y después tendrá problemas con ella por haberme acercado a mi casa.

—No te preocupes, eso está solucionado.

Le vi sacar su móvil del bolsillo y llamar a su chofer.

—William, quiero pedirle que coja el otro coche que tenemos en el garaje y se marche a casa. No se preocupe, esta noche conduciré yo.

Andrew me sonrió y me guiño un ojo.

De camino a casa apenas pude decir nada. Recordé todo lo que había pasado antes de mi desmayo, la mentira que le había contado al pobre Álex, y mi expresión cambio por completo, me sentía muy culpable. Eso no iba a salir bien, yo no sentía nada por Álex y no lo iba a sentir nunca, porque en mi interior seguía amando intensamente a mi actual jefe. Creo que Andrew se dio cuenta, por eso puso un poco de música en un volumen no muy alto.

Yo seguía absorta en mis pensamientos pensando en qué hacer. ¿Qué decirle a Martina? ¿Qué hacer con todo eso que seguía sintiendo por Andrew? Pensaba incluso si no sería mejor dejar todo aquello, dejar mi trabajo, mi actual casa, a mis compañeras, acabar con mi absurda relación con Álex y alejarme de todo eso. Marcharme a algún país en el extranjero. Quizás a Irlanda, siempre había querido vivir allí y a lo mejor esa era la única manera de olvidarme de una vez por todas de Andrew.

—Estás muy callada ahora.

Le miré encogiéndome de hombros.

—Estás preocupada por lo que ha pasado con Álex, ¿verdad?

No sabía qué decirle, me quedé totalmente en blanco.

—Sara, te conozco y sé cuándo estás triste y preocupada.

—Sí, la verdad es que lo estoy —dije susurrando.

—No debes preocuparte tanto, mira lo que te ha pasado por ponerte así.

—Ya lo sé, pero es superior a mí.

—¿Habéis discutido? Puedes contármelo.

—No sé si usted es la persona más adecuada para contarle mis problemas.

—A pesar de todo lo que haya pasado entre nosotros, me preocupo por ti y quiero que estés bien.

—No hemos discutido, solo es que yo aún no estaba preparada para contárselo a la gente.

—Hablas de tu relación con él, ¿verdad?

—Sí, eso es, y él ha decidido contárselo a todo el mundo sin antes haberme consultado nada.

—Claro, ahora lo entiendo. Y por eso no querías ir a cenar con él, porque te sientes molesta.

—Eso es.

—¿Por esta dirección voy bien hacia tu casa?

—Sí, tiene que girar a la derecha por esa calle y ya hemos llegado.

El coche se detuvo frente a mi edificio.

—Mira, Sara, yo no sé si soy el mejor dando consejos, pero te diré que siempre hagas lo que te dicte tu corazón. Si no te sientes bien por lo que ha dicho Álex, díselo.

—Creo que tiene razón, jamás pensé que usted me diría eso.

—Créeme que yo tampoco, porque no sabes lo que me molesta verte con él. Pero no quiero volver a discutir contigo, me hace daño y la verdad es que esta noche quiero dormir.

Le miré sorprendida por lo que acababa de decirme.

—Quiero que sepas que todas las cosas que te dije cuando estaba contigo eran porque las sentía.

—Señor Andrew... Por favor...

—No quiero que te sientas mal por lo que te voy a decir, pero solo quiero que seas feliz, te lo digo de corazón.

—Yo también quiero que usted lo sea. A pesar de todo lo que ha pasado, no le guardo rencor.

## 13

Subí hasta el quinto piso, donde vivíamos. Antes de meter la llave en la cerradura, me mentalicé de qué les iba a contar a las chicas, porque ahora empezarán todas con el interrogatorio y no sabía cómo iba a explicarles lo mío. Y, sobre todo, tenía que hablar con la pobre Martina.

No había hecho más que entrar cuando las vi a todas ahí de pie paradas frente a la puerta en plan madres enfadadas esperándome.

—¿Se puede saber por qué llegas tan tarde? Nos tenías preocupadas —me regañó Blanca.

—Sara, estás pálida. ¿Te encuentras bien? —preguntó Violeta ansiosa.

—Sí, chicas, tranquilas, estoy bien.

—Ven, por favor, siéntate en el sofá, tenemos que hablar —me rogó Blanca.

Les hice caso y me dirigí al sofá. Nos sentamos todas y me di cuenta de que Martina no estaba presente.

—¿Dónde está Martina? —pregunté preocupada.

—De eso queríamos hablarte, lleva toda la tarde muy triste, la verdad es que no sabemos qué decirle para hacerla reír. Está encerrada en su habitación llorando.

—Sabía que esto le iba a afectar, no estaba entre mis planes contarle nada por ahora, pero se ve que Álex no pensaba igual.

—Bueno, cariño, tú tranquila, ya sabes que ella estaba muy enganchada por él, pero cuando se dé cuenta de que ya no tiene nada que hacer lo acabará aceptando. Además, ya sabes que ella te quiere muchísimo —me tranquilizó Blanca.

—Ya lo sé, chicas, pero os juro que esto no ha sido a mala intención.

—Ahora lo entiendo, por eso Álex ha decidido no subir contigo —me dijo Violeta.

—No, chicas, no he venido con Álex.

—Y ¿cómo es que has llegado tan tarde si no has estado con él? —me preguntó preocupada Blanca.

—Chicas, os voy a contar algo, pero me tenéis que prometer que no se lo

vais a contar a Álex.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? —preguntó Violeta alarmada.

—Bueno, hoy Álex, después de trabajar, me había invitado a cenar a un bonito restaurante, pero decidí mentirle y le dije que me tenía que quedar en la oficina para terminar unos informes.

—¿Pero por qué has hecho eso? —me preguntó Blanca sorprendida.

—Porque estaba rabiosa con él por haberos contado lo nuestro y sobre todo por haberle hecho daño a la pobre Martina, y por eso no me apetecía salir con él. El señor Andrew, ante la petición de Álex de que me dejara salir antes, me ha seguido el juego al ver mi cara de preocupación y después de eso se ha enfadado bastante conmigo. Me he sentido tan ridícula por lo que había pasado que justo cuando estaba a punto de irme me he desmayado en el pasillo y luego de eso me he despertado al rato acostada en el sofá de la oficina del señor Andrew.

—¿Qué? —gritó Blanca.

—¿Quieres hablar más bajo, Blanca? Es muy tarde —le rogué.

—Pero cómo quieres que hable bajo si esto que nos estás contando es muy fuerte. O sea, que el señor Andrew te ha levantado en brazos y te ha llevado hasta su sofá. Qué emocionante, chicas, como si fuera el príncipe de Blancanieves.

—¿Te has vuelto loca, Blanca? Solo tú puedes bromear con algo como esto. Menuda vergüenza la que he pasado.

—Bueno, y luego ¿qué paso? —preguntó más ansiosa todavía Violeta.

—Pues me quiso llevar al médico para que me revisaran por lo que me había pasado, pero yo me negué, así que se ofreció a traerme a casa en su coche.

—Joder, tía, qué suerte, no sabes lo que yo daría por que el señor Andrew me trajese a casa en su coche —me dijo Blanca.

—Pues no es nada cómodo, la verdad, después de todo lo que ha pasado esta noche —repliqué.

—¡Qué caballero! Veis, chicas, ahora me gusta mucho más que antes —dijo Blanca.

—Bueno, chicas, voy a hablar con Martina. Quiero ofrecerle una disculpa.

Toqué en su puerta y escuché una triste voz desde el fondo que me decía que pasara.

—Martina, ¿cómo estás? —pregunté preocupada.

—Estoy bien, Sara, de verdad.

—Siento mucho lo que ha pasado, amiga. No era mi intención hacerte daño y no quería que te enteraras de esta manera.

—Ya lo sé, Sara, no tienes por qué sentirte mal. Yo he sido la que se ha enamorado de Álex, tú no tienes la culpa. Siempre he sabido que no era correspondido por su parte.

—Pero, Martina, yo no quiero que lo pases mal por mi culpa. Creo que lo mejor será dejarlo.

—Pero ¿qué dices? No tienes que hacer eso. A Álex se le ve que está loquito por ti y yo he tardado en darme cuenta, pero sé aceptar una derrota y admitir que nunca íbamos a estar juntos —me dijo Martina con lágrimas en los ojos.

Debo reconocer que jamás pensé que ella me hablaría de esa manera. Pensé que se enfadaría tanto que no me hablaría durante mucho tiempo, pero su cambio de actitud me sorprendió. En el fondo Martina y yo éramos muy parecidas, ambas estábamos enamoradas, pero nuestro amor no era correspondido por la otra persona, y eso en el fondo de nuestra alma nos estaba consumiendo por dentro.

—Gracias, amiga, por tu comprensión —le dije a Martina, agarrándole las manos.

—Sabes que siempre vas a poder contar conmigo, te has ganado todo mi cariño y amistad.

Y entonces ambas nos abrazamos.

\* \* \*

Cerré la puerta de casa. Eran tan solo las 7:30 de la mañana, pero me había levantado temprano para ir al médico a averiguar qué me había podido pasar el día anterior. Las chicas aún seguían dormidas. Bajé las escaleras de mi portal y antes de salir me puse mi bufanda y mi sombrero. Esa mañana hacía un frío de mil demonios. Cuando salí a la calle apenas había gente. Todo estaba aún oscuro, casi no había amanecido y solo había un par de basureros comenzando su jornada laboral. Comencé mi marcha rumbo al centro de salud, estaba como a 1 km desde casa, no estaba muy lejos, así que decidí irme andando en vez de esperar el bus, que seguro que tardaría más de la cuenta.

Mientras caminaba, mis pensamientos estaban centrados en todo lo que había ocurrido el día anterior. Me sentía tan mal por haber hecho sufrir a la pobre Martina, por haberle mentado a Álex y encima por haberme tenido que desmayar delante de Andrew y que me hubiera tenido que traer a casa. ¡Madre

mía! Pues sí que tenía cosas para sentirme culpable, no debía darle tanta importancia a todo.

Recordé las palabras que me dijo Andrew, que hiciera lo que dictara mi corazón, y eso era lo que yo no estaba haciendo, estaba saliendo con alguien por quien no sentía nada solo por darme la oportunidad de enamorarme de otra persona que no fuese Andrew, pero no estaba siendo justa, debería tratar primero de olvidarme de él y luego empezar una relación con Álex. Sentía que estaba haciendo las cosas totalmente al revés.

De repente, observé como un coche se paraba justo al lado de la acera por donde estaba caminando. No presté atención, aún seguía absorta en mi paraíso de preocupaciones.

El claxon de coche sonó varias veces y, justo seguida, una voz.

—¡Sara, espera!

Me giré para ver quién era.

—Señor Andrew, ¿qué hace usted aquí? —pregunté sobresaltada.

—Buenos días. Te he visto desde lejos, pasaba por aquí.

—Usted por este barrio y tan temprano... —le dije sorprendida

—Sí, suelo venir por aquí a desayunar. Ya no voy al rincón irlandés como antes.

—Vaya, quién lo diría.

—¿Qué, vas al médico? —me preguntó preocupado.

—Sí, voy a que me revisen para quedarme tranquila.

—Sube al coche, te llevo.

—No hace falta, se lo agradezco, pero prefiero irme sola, además usted ha venido aquí a desayunar.

—Mira, Sara, no me hagas enfadar y sube al coche, no pienso permitir que vayas sola.

Me agarró fuerte por el brazo y me obligó a subir a su coche.

Me sentía sin fuerzas ante él. Cuando se ponía así, tan autoritario, no podía negarme a nada de lo que él me pidiese. Le miré varias veces mientras conducía sin dirigirle la palabra y pensé lo bello y especial que era, lástima que fuera un hombre casado y solo hubiera querido llevarme a la cama.

En el fondo debía reconocer que estaba locamente enamorada de él, amaba a ese hombre como nunca pensé que amaría a un hombre en mi vida y solo el hecho de verle preocupado por mí me hacía sentir más amor por él. Pero mi subconsciente me decía: «¡Nena, estás volviendo a caer es sus garras!

¡Mantente fiel a tus principios! ¡No caigas en la tentación!».

—Ya hemos llegado, es este el sitio, ¿no? —preguntó Andrew.

—Sí, es aquí, gracias por haberme traído, no debería haberse molestado.

—No es ninguna molestia, no podía dejarte caminando sola después de lo que te pasó ayer.

—Gracias de nuevo.

Me bajé del coche y me alejé lo más rápido que pude sin mirar atrás. Creo que cuando escuché el motor de Andrew arrancar y salir de allí pude respirar tranquila. Los cinco minutos que había durado el trayecto me habían parecido eternos, apenas hablamos. Creo que a él le pasaba lo mismo que a mí, que también estaba sumido en sus preocupaciones.

Después de media hora esperando a que me atendiera en urgencias, salí del centro de salud. Por suerte, ese día la cosa había sido rápida. Incluso me daba tiempo a pararme en alguna cafetería a desayunar antes de ir a la oficina.

Cuando ya tenía claro mi objetivo, me di cuenta de que el coche de Andrew aún seguía parado frente al centro de salud, pero miré hacia dentro de su coche y él no estaba. ¡Qué raro! Quizás estaría desayunando en algún bar cercano al edificio.

En ese preciso instante me tocaron el hombro.

—Sara, ¿qué te ha dicho el médico? —preguntó Andrew ansioso.

—Pero ¿qué hace usted todavía aquí? —pregunté enfadada.

—No has contestado a mi pregunta.

Estaba furiosa. ¿Pero ese hombre había estado todo el tiempo allí fuera esperándome?

—Nada malo, solo que pudo ser un ataque de ansiedad por la presión de algo que me estresó, que me tome las cosas con calma y que evite las situaciones de estrés.

—Menos mal, me dejas más tranquilo. Aun así, ahora debes cuidarte y evitar las situaciones de estrés.

—Ahora responde a mi pregunta.

—¿Qué quieres escuchar? ¿Qué he estado esperando a que salieras? Pues sí, es cierto, estaba bastante preocupado por ti, apenas he podido pegar ojo esta noche.

Esa frase me dejó más anonadada que nunca. ¿Que no había podido dormir por mi estado de salud? Desde luego que no estaba entendiendo nada, pero tenía muy claro que Andrew y yo no nos habíamos encontrado de casualidad,



seguro que lo había hecho intencionadamente.

—Pues no hace falta que se preocupe por mí.

—Yo puedo preocuparme por quien quiera, señorita meticona, y ahora pienso invitarte a desayunar y juntos nos iremos a la oficina.

—Yo no voy a ir con usted a ningún sitio.

—No hagas que te coja a hombros y te meta en mi coche, porque no sabes de lo que soy capaz.

—No lo creo, usted es mucho de hablar y luego nunca hace nada.

—Me doy cuenta de que apenas me conoces.

—Claro que apenas le conozco, si lo que viví junto a usted fue una gran mentira.

—Creo que puedo demostrarte de lo que soy capaz, niña lista.

En ese preciso momento Andrew me agarró por la cintura y me subió a sus hombros, como si yo fuese un saco de patatas, y se dirigió caminando a su coche, mientras yo gritaba que me bajara.

—Andrew, ¡te has vuelto loco! ¡Bájame! Te ordeno que me bajes.

—Vaya, vuelves a tutearme, me encanta que vuelvas a ser la misma de antes, señorita gritona —me decía riéndose.

Él, haciendo caso omiso a mis ruegos, abrió la puerta de su coche y me sentó en el asiento del copiloto, incluso poniéndome el cinturón de seguridad. ¿Qué se pensaba, que iba a hacer conmigo lo que quisiera? Agradecí que fuese temprano y apenas hubiese gente en la calle, porque ver a una chica a hombros de un chico y gritando como una loca no creo que fuera una imagen agradable para nadie y menos para mí. ¡Vaya recuerdo más vergonzoso!

Andrew arrancó el coche y puso rumbo no sé hacia dónde.

—¿Estás enfadada? —preguntó en tono suave y dulce.

—¿Usted qué cree?

—Perdóname, no quise hacerte sentir mal, pero si te soy sincero me ha encantado cogerte por la cintura y subirte a mis hombros. Eras como una niña pequeña enfadada con el mundo.

—Querrá decir enfadada con usted.

—Me encanta que te enfades conmigo, pones una cara tan graciosa...

—Vaya, ahora encima se ríe de mí.

—No me malinterpretes, no me estoy riendo de ti, quise decir que cuando te enfadas me gustas más todavía.

Me puse roja como un tomate. ¿Pero qué pretendía ese hombre?

—Vaya, te has puesto roja. No me irás a decir que no te ha gustado que te cogiera a hombros.

—Pues no me ha gustado y no pienso volvérselo a consentir.

—Sé que estás mintiendo, en el fondo te ha gustado.

—¿Me va a decir dónde piensa llevarme? —le grité.

—Tranquila, pequeña, no hace falta que grites, vamos a desayunar a un bar nuevo que está aquí, en esta esquina.

—No vuelva a llamarme pequeña, ¿entendido? —le grité bastante enfadada.

—Algún día me vas a volver pedir que te lo vuelva a decir, estoy seguro.

Detuvo su coche frente a una pequeña cafetería que hacía esquina.

Observé aquel pequeño edificio de ladrillo. Era un sitio sobrio y misterioso. Apenas se podía ver su interior, ya que las ventanas eran oscuras. Comencé a reírme, ya que aquel edificio pegaba perfectamente con la forma de ser de Andrew. Era tan misterioso y sobrio algunas veces que parecía que aquel edificio estuviese hecho para él.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —me regañó Andrew.

—Solo que pensaba que este edificio es muy parecido a usted, sobrio y misterioso a la vez.

—¿Ahora quién es la que se está burlando de mí? —me preguntó Andrew malhumorado.

Entramos en la cafetería. Solo había un par de personas desayunando y el camarero al otro lado de la barra.

—Voy a ir un momento al baño, ¿quieres ir pidiendo tú? —me rogó Andrew.

—Está bien, no se preocupe.

Me acerqué a la barra.

—¡Hola, buenos días! Querríamos tomar un par de cafés y dos tostadas.

—Claro que sí, preciosa, lo que tú quieras —me respondió aquel camarero bastante sonriente—. Por cierto, nunca te había visto por aquí. ¿Es la primera vez que vienes? —me preguntó aquel chico de ojos verdes y pelo castaño.

—Sí, es la primera vez.

Andrew salió del baño y se acercó a la barra

—Claro, jamás podría olvidar unos ojos tan bonitos como los tuyos.

Me quedé blanca ante tal piropo, no supe qué responderle a aquel chico, aunque creo que no hizo falta ya que Andrew lo hizo por mí.

—¿Te está molestando este chico, pequeña? —me preguntó Andrew sin dejar de quitarle la vista de encima a aquel camarero.

—No, tranquilo, ya he pedido el desayuno —dije más cohibida que nunca.

Andrew me cogió por el brazo y me llevó hasta la última mesa, la que estaba más lejos de la barra. Ambos nos sentamos. Me di cuenta de que el camarero agachó la cabeza, frustrado por la situación. De seguro, al ver la actitud de Andrew, se había pensado que él era mi novio. ¡Vaya bochorno! Pero es que ni siquiera lo era. Mi novio estaba ajeno a toda esta situación y eso en el fondo me hacía sentir mal. ¡Pobre Álex!

—Vaya cretino el camarero, es que es darme la vuelta y dejarte sola y mira lo que pasa —dijo Andrew enfurecido.

—Mire, señor Andrew, tengamos la fiesta en paz.

—No me pidas que me calme cuando veo que otros te miran de esa manera.

—Usted no es mi dueño y no tiene por qué intervenir en mi vida de esa manera.

—Sí intervengo, porque yo... —Andrew se quedó callado.

—¿Usted qué? —le pregunté ansiosa.

—Mira, vamos a desayunar, que es muy tarde y tenemos que irnos ya a la oficina.

Miré el reloj mientras subíamos en el ascensor de aquel rascacielos lleno de oficinas. Por suerte, a esta hora ya estarían todos en sus despachos y no nos verían llegar juntos a los dos.

A las 14:00 llego el ansiado almuerzo. Álex me envió un mensaje diciéndome que me esperaba en el pasillo para ir juntos a comer.

—¿Qué tal estás, preciosa? Me tenías muy preocupado anoche, no me enviaste el mensaje cuando llegaste a tu casa, menos mal que le pregunté a Blanca y me dijo que habías llegado muy cansada y que te habías metido en la cama.

—Sí, lo siento, Álex, se me pasó por completo —me disculpé.

—Oye, me gustaría que luego cuando terminásemos de trabajar cenáramos juntos —me rogó con carita de pena y poniéndome ojitos.

—Sí, a mí también me gustaría, tengo algo importante que hablar contigo.

—No me asustes, ¿qué es eso que tienes que hablar conmigo?

—Luego, cuando terminemos el trabajo, Álex.

—No, ahora no me puedes dejar con la duda.

—Es sobre lo que dijiste ayer de nuestra relación.

—¿El qué dije? —preguntó sorprendido.

—Estoy muy disgustada, Álex, no me consultaste nada y decidiste contárselo a las chicas sin mi permiso.

Creo, por la cara que puso, que no esperaba esa respuesta por mi parte.

—Discúlpame, Sara, no pensé que te enfadarías por ello. Al contrario, pensé que te haría feliz. Son tus amigas.

—El problema, Álex, es que una de mis amigas siente algo por ti y perdóname, pero esto es una relación y las decisiones debemos tomarlas los dos juntos.

Álex se quedó totalmente sorprendido con mi respuesta.

—¿Quién es?

—Creo que no hay que ser muy listo para darse cuenta de ello. Violeta está muy enamorada de ti y no quiero hacerle daño con esta relación.

—¿Violeta? —preguntó sorprendido.

—Sí, ella lleva muchísimo tiempo coladita por ti.

—No tenía ni idea, Sara, pero no quiero que te preocupes, yo no siento nada por ella. Solo somos amigos.

—Eso ya lo sé, Álex, y sé de sobra que ella jamás haría nada que pudiera perjudicarme. Es como una hermana para mí. Pero tampoco quiero hacerle daño.

—Lo siento, Sara, jamás volverá a pasar. A partir de ahora todas las decisiones que tomemos serán juntos.

Justo en ese preciso instante, mientras esperábamos el ascensor, se abrió la puerta del mismo y me di cuenta de que era Lisa, la mujer de Andrew.

—Vaya, qué coincidencia, buenos días, chicos —nos dijo esta.

—Buenos días, señora, un gusto en volver a saludarla —le dijo Álex.

—Por cierto, ¿han visto a mi marido? Tú debes de saber dónde está, es tu jefe ahora, ¿no?

—Sí, está dentro de su oficina —murmuré yo.

—Muchas gracias y por favor le rogaría que no nos molestase nadie, le voy a dar una pequeña sorpresa y no quiero ninguna interrupción, ¿de acuerdo?

—Está bien, señora, no se preocupe —respondí.

Sentía una opresión en el pecho que me estaba ahogando. Eran celos, debo admitirlo. Unos celos muy fuertes al ver que esa mujer iba a estar a sola con él, encerrados en la oficina. ¿Qué sorpresa querría darle? Mi subconsciente me hablaba y gritaba que dejara de ser tan estúpida y asumiera la realidad, ¡Andrew era un amor imposible! «¡Olvídate ya de él! ¡Estúpida, que eso es lo que eres!».

Mientras comíamos, mi cabeza estaba en otra galaxia, en el planeta Andrew. Apenas había probado bocado y Álex se había dado cuenta.

—¿Te encuentras bien? Tienes muy mal aspecto —me preguntó preocupado.

—Sí, estoy bien.

—¿No te habrá hecho nada el presidente?

—No, Álex, ¿por qué me preguntas eso?

—Porque ese señor no me gusta. Creo que tiene otras intenciones contigo.

—¡Bah! Álex, no digas tonterías. Soy su empleada y nada más.

—Yo creo que le gustas. ¿No te has fijado en cómo te come con la mirada en las reuniones?

—Creo que estás imaginando cosas donde no las hay —le respondí algo

molesta.

—Discúlpame, Sara, tienes razón, estoy viendo cosas donde no las hay. ¿Pero de verdad que estás bien? Te he notado ausente durante toda la comida.

—Lo siento, Álex, debe ser que he dormido poco esta noche.

—Ya me imagino. Bueno, tranquila, preciosa, que hoy cuando salgamos de aquí pienso llevarte a tu casa, te voy a hacer yo personalmente la cena y luego te vas a meter en la cama.

—Gracias, Álex, pero no hace falta.

—Claro que sí, quiero consentirte y mimarte para que esa sonrisa tan bonita que tienes vuelva a dibujarse en tu rostro.

Qué bueno era Álex. ¿Por qué no podía enamorarme de alguien como él?, en vez de estar loca por el mentiroso de Andrew. Pero en el corazón no se manda y uno no puede decidir a quién amar.

—Eres tan bueno, gracias por ser así conmigo —le susurré.

—Gracias a ti por existir —me dijo acariciándome las manos.

Nos despedimos y ambos tomamos caminos por diferentes pasillos hasta nuestras oficinas. Mientras me dirigía hacia allí, pensaba en si ya se habría marchado la mujer de Andrew, pues de lo contrario me tocaría esperar en el pasillo hasta que ella se fuera. Rogué para que se hubiese largado ya.

Me di cuenta de que la puerta de la oficina estaba cerrada, pero antes de entrar me quedé ahí parada escuchando por si había alguien dentro, para no ser inoportuna como la otra vez. Escuché las risas de Andrew y de su mujer.

—¿Te ha gustado mi regalo? —le preguntaba ella.

—Ya sabes que siempre me han gustado mucho las sorpresas —le respondía Andrew.

—No sabes lo mucho que te echo de menos. Me hacían tanta falta tus besos y tus caricias que he venido por eso, a que me dieras lo que me pertenece —le decía su mujer en tono sensual.

—¿Y has conseguido lo que buscabas? —le preguntaba Andrew de muy buen humor.

—Claro que sí, ya lo creo.

Después de eso, ambos se quedaron callados. Miré por el hueco de la puerta y los vi besándose apasionadamente.

Me fui corriendo al baño, me encerré en un aseo y comencé a llorar desconsoladamente.

Como había podido ser tan estúpida de volver a pensar que yo le importaba,

era un lobo con piel de cordero, qué hombre más mentiroso, cómo podía jugar así con los sentimientos de las personas.

Esa mañana fue a buscarme para fingir que se preocupaba por mí, para luego echarse a los brazos de su mujer. Estaba claro que yo no tenía remedio. Después de todo lo que me había hecho aún seguía llorando y sufriendo por él. Tenía que seguir hacia adelante, eso no podía hundirme, eso había sido otro golpe más para que yo, la necia de Sara, me diera cuenta de que este hombre no me convenía.

Me sequé las lágrimas, me lavé la cara y salí del baño dispuesta a continuar con mi vida como si nada de eso hubiera pasado.

Me encontré con Álex en los pasillos.

—Preciosa, justo iba a buscarte para pedirte que me firmes unos documentos. Tienes los ojos hinchados... ¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que los tengo así de haber dormido poco.

Me sentía tan mal que me abrace a él.

—Vaya, es la primera vez que me abrazas así. ¡Me encanta! —me susurró Álex.

—A mí también me gusta mucho abrazarte.

Ambos nos miramos y nos fundimos en un tierno beso. Fue un beso bastante dulce y a la vez doloroso, porque la culpa me comía por dentro.

En ese preciso instante salieron Lisa y Andrew de su oficina.

—Bueno, querido, me voy. Luego te veo en casa —dijo Lisa.

—Luego nos vemos —murmuró Andrew.

—¡Vaya! Mira, tu secretaria con ese chico, al final tenía razón y eran pareja o como lo quieran llamar hoy en día —dijo Lisa en voz alta para que le escucháramos.

Yo, al darme cuenta, me aparté de Álex y ambos nos miramos sonriendo y nos limpiamos el resto de carmín de los labios.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —gritó Andrew—. ¿Usted qué hace ahí parada y perdiendo el tiempo con esto, con este chico? Ya la quiero ver en la oficina. Y usted y yo vamos a tener un problema un día de estos, se lo advierto —le retó Andrew a Álex.

—Disculpe, señor, no era mi intención.

—Apártese de mi vista —le gritó Andrew furioso a Álex.

Su mujer encima aprovechó para echar más leña al fuego.

—Ya te dije, querido, que esta chica no me inspiraba confianza. ¡Ahora

entiendes por qué?

—Lisa, no está el horno para bollos, márchate a casa.

Lisa se subió al ascensor con cara de pocos amigos y se marchó.

—Entra en la oficina —me ordenó con una actitud que jamás le había visto.

Me senté en el escritorio para continuar con mi trabajo.

—Tú y yo tenemos que hablar ahora mismo, esto no se va a quedar así, no pienso consentir una falta más de respeto dentro de esta empresa.

Yo permanecí callada y pensé que, si no le dirigía la palabra, la situación acabaría cuanto antes.

—Esto que usted ha hecho no tiene nombre y encima delante de cualquiera. Ahora entiendo la clase de persona que es. Me he dado cuenta de que no merece la pena ni como mujer ni como nada.

Antes sus dolorosas palabras me levanté y le di una cachetada, no estaba dispuesta a aguantar una falta más de respeto por su parte.

—No vuelva a hablarme más en ese tono, usted no tiene ningún derecho, nunca lo ha tenido.

Andrew me miró fijamente a los ojos sin decir nada.

—Esto se terminó, señor Andrew. Se terminó. ¿Me ha oído? —le grité furiosa.

Me levanté, cogí mi bolso y me largué de la oficina.

—Sara, ¡espera, por favor! —me gritó Andrew.

Comencé a correr escaleras abajo, sin esperar al ascensor. No quería permanecer ni un segundo más allí. Él me siguió.

—Sara, por favor, ¡escúchame! —gritaba Andrew.

Yo bajaba las escaleras cada vez con más velocidad mientras él me seguía.

—Espera, por favor, siento lo que te he dicho. No quería hacerte daño.

Dejé de correr, me paré y le planté cara.

—Mira, Andrew, iros al diablo tú y tu empresa. Esto es lo que querías al principio de empezar a trabajar aquí, deshacerte de mí, o al menos eso es lo que le decías a mi antiguo jefe. Pues lo has conseguido, mañana vendré a firmarte mi baja voluntaria.

—Sara, por favor, déjame explicarte. Verás, yo...

Le interrumpí.

—No quiero volver a escucharte nunca más en mi vida. Yo necesito ser feliz y desde que te conocí no lo soy. He intentado hacer mi vida y mantenerme al margen de ti, pero esto ya no tiene ningún sentido y no quiero enfermar de



tristeza.

—Sara, por favor, necesito explicarte tantas cosas...

—No me interesa escuchar lo que tienes que decirme, me he dado cuenta de que no eres el hombre que yo alguna vez imaginé y todo lo que tenga que ver contigo me trae sin cuidado. Y ahora, si me disculpas, tengo que irme.

Continúe bajando las escaleras rápidamente y me di cuenta de que Andrew dejó de seguirme.

Cuando por fin abandoné aquel edificio, fue cuando mis ojos se llenaron de lágrimas por todo lo ocurrido. En mi corazón sabía que a partir de ahora mi vida iba a cambiar por completo.

Avisé a Álex por mensaje que no me encontraba bien y que me había ido a casa, que sentía mucho lo ocurrido y que ya hablaríamos.

Mensaje para Sara 10/02/2009 16:32

*Está bien, preciosa, no te preocupes. No sé si me va a dar tiempo a pasarme, porque el señor Andrew me ha pedido que le haga unos informes y creo que me va a llevar más tiempo. De todas maneras, luego si puedo te llamo y hablamos un rato, estoy bastante preocupado por lo que ha pasado con el presidente esta tarde.*

Mensaje para Álex 10/02/2009 16:37

*Gracias, Álex. No te preocupes por nada. Todo se solucionará. Un beso.*

Mensaje para Sara 10/02/2009 16:42

*Sí, princesa, todo se arreglará. Tú descansa y ponte bien para mañana. Te quiero.*

Después de pasarme toda la noche llorando, evité a la mañana siguiente contarles lo ocurrido a las chicas. No me sentía con fuerzas para explicarles lo que había pasado y tener que volver a remover lo ocurrido.

—Chicas, hoy no voy a ir a trabajar, me encuentro mal. Ahora llamaré a la oficina y se lo diré al señor Andrew —les dije.

—Está bien, Sara, pero para cualquier cosa, por favor, avísanos, de lo contrario no vamos a estar tranquilas —me rogó Blanca.

—Sí, no os preocupéis.

Por fin se marcharon, después de repetirme una por una que para cualquier cosa les avisara.

Me senté en el sofá de casa. Iba echa un desastre, con pijama, zapatillas, pelo recogido en un moño y con una cara de amargada que no podía con ella. Pensé pasarme toda la mañana tumbada en el sofá viendo programas del corazón, pero me dije a mí misma que tenía que tomar una rutina diaria. A partir de ahora tenía que empezar a buscar trabajo y hacer algo, no podía quedarme ahí y ver la vida pasar frente a mis ojos.

Ese día me iba a dedicar a descansar. Limpiaría toda la casa y luego por la tarde, sobre las 15:00, me acercaría al trabajo, al departamento de recursos humanos, a firmar mi baja. Con suerte, a esa hora Andrew aún no habría llegado a la oficina y no tendría que encontrármelo por los pasillos.

Cogí todos los productos de limpieza y comencé habitación por habitación. Estaba tan sumida en mi trabajo que incluso olvidé todos los problemas que había tenido el día anterior.

Escuché que me habían enviado un mensaje al móvil. Miré el mensaje.

Mensaje para Sara 11/02/2009 9:30

*Hola, preciosa, me tienes bastante preocupado, ya me han dicho las chicas que hoy no vas a venir a trabajar, que sigues enferma. Luego, cuando termine de trabajar, me pasaré por tu casa para verte y estar contigo. Te quiero, princesa.*

Mensaje para Álex 11/02/2009 09:35

*Gracias por preocuparte por mí, estoy mejor, tranquilo. Luego nos vemos.*

Le di a enviar mensaje y seguí con mis tareas. Había puesto música y estaba escuchando a Cyndi Lauper, me encantaban sus canciones tan despreocupadas y alocadas. ¿Por qué yo no podía ser así? Y tomarme la vida de otra manera.

Volví a escuchar otro mensaje. Seguro que era Álex nuevamente.

Mensaje para Sara 11/02/2009 09:50

*Sara, estoy muy preocupado por ti, necesito saber si estás bien. Siento mucho todo lo que te dije ayer, a veces cuando me enfado digo las cosas sin pensar, pero sabes de sobra que no pienso eso de ti, estaba bastante enfadado por varias cosas y lo pagué contigo, pero quiero pedirte que me perdones y que, por favor, reconsideres volver a la empresa. Andrew*

Volví a leer el mensaje nuevamente, buscando no sé qué cosa. No podía creerlo, pero parecía que ese hombre no pensaba dejarme en paz ni estando

fuera de la empresa.

Decidí no contestarle y continuar con mis tareas. Me acordé de la imagen de él junto a su mujer, los dos besándose apasionadamente, y, de la misma rabia, subí más el volumen de la canción para olvidarme de ese recuerdo amargo.

Ya casi había terminado y estaba a punto de empezar a hacer la comida cuando escuché que llamaban a la puerta. Seguramente era el de Correos, con el paquete que había pedido Violeta. Creía recordar que hacía unas semanas se había comprado un bonito vestido por internet, seguro que era eso.

Abrí la puerta y, efectivamente, era el chico de Correos con el paquete para Violeta.

—Muchas gracias, señorita, y que tenga usted un buen día —me dijo aquel chico amablemente.

—Gracias, igualmente.

Dejé el paquete encima de la cama de Violeta. «¡Qué contenta se va a poner!», pensé.

Volví a escuchar nuevamente que llamaban a la puerta. Seguro que era el chico de Correos otra vez, que se había olvidado de pedirme el DNI.

Abrí la puerta con seguridad y, cuando vi que aquella persona que estaba ahí parada frente a mí no era el chico de correos, sino Andrew, no podía creerlo, mi cara de sorpresa y nerviosismo era más que evidente.

Le miré de arriba abajo, venía tan guapo como siempre, con sus pantalones de lino negro, su camisa y corbata y su chaqueta en una mano. Me miraba como consternado.

—¿Qué haces aquí? —exclamé nerviosa.

—Sara, no me has contestado al mensaje y estaba preocupado, temía que te hubiese pasado algo.

—Pues estoy bien, ya lo ves, así que ya puedes irte.

—Por favor, tenemos que hablar.

—No tenemos nada que hablar.

—Yo creo que sí, que tenemos muchas cosas que decirnos.

Y, sin haberle invitado, pasó hacia dentro de la casa.

—No te he invitado a pasar —le dije molesta, y entonces me di cuenta de que me miraba de arriba abajo y se ría. Ahí justo caí en la cuenta de que estaba en pijama y con pinta de maruja. ¡Qué vergüenza!—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —le pregunté más furiosa que nunca.

—Perdóname, pero nunca te había visto así.

—¿Así cómo? Con pintas de andar por casa.

—No te enfades, Sara, me hace gracia porque incluso vestida así y sin maquillar estas guapísima. Anda, por qué no te sientas aquí a mi lado y hablamos como dos personas civilizadas.

Me puse roja como un tomate, ¿que se suponía que debía decirle ahora? Decidí sentarme a su lado y escucharle.

—Está bien, ahora dime, ¿por qué has venido? —le pregunté aturdida por toda la situación.

—Sara, necesito que me disculpes por lo que pasó, no era mi intención haberte dicho todas esas cosas, pero me dolió muchísimo verte besándote con ese.

—Mira, Andrew...

Él me interrumpió.

—Escúchame, por favor. Sé que no tengo ningún derecho a recriminarte nada, pero no puedo soportar imaginarte en brazos de otro hombre, tú eres mía.

Comencé a reírme. ¿Que yo era suya? Ese hombre había perdido el juicio totalmente.

—Mira, Andrew, yo no soy un objeto, soy un ser humano y tú no eres mi dueño.

—Pero me encantaría serlo, he intentado olvidarme de ti, te lo juro, pero me ha sido imposible.

Sara, no dejo de pensar ni un minuto en ti, estás en mi corazón, en mi cabeza...

Le interrumpí.

—Por favor, Andrew, no me vengas con tonterías de que no puedes olvidarme y todas esas cosas que me acabas de decir, porque justo ayer por la mañana después de hacer todo lo que hiciste por mí te vi por la tarde comiéndole los morros a tu mujer en tu oficina.

Él se quedó en silencio mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Claro, ahora lo entiendo, estabas despechada por lo que pasó y por eso te besaste con Álex.

—Pero ¿qué tonterías dices?

—No son tonterías, ahora lo entiendo todo, pero déjame decirte que las cosas no fueron así.

Lisa vino a verme y me pidió que le hiciera el amor en la oficina, yo por

supuesto me negué y, claro, ella se dio cuenta de que algo raro pasaba, por eso le tuve que decir que esta noche la invitaría a cenar y ella, agradecida, me besó, pero fue por eso. Sara, no tienes ni idea de todos los problemas que tengo en mi vida personal, vivo en una continua mentira.

—Claro, si se dedica a enamorar a jovencitas...

—No pienses que pierdo mi tiempo haciendo eso, de hecho, tú eres la única chica con la que he estado después de casarme con Lisa.

—De todas maneras, yo no te he pedido explicaciones de tu vida.

—Ya lo sé, pero soy yo el que quiere dártelas porque no quiero que te lleves una mala impresión de mí, me importa demasiado lo que puedas pensar.

—Pues no te debería importar tanto.

—Pero me importas y esa es la única verdad en mi vida, yo tampoco lo entiendo, pero es así.

—¿Sabes lo que creo, Andrew? Que a pesar de que dices que estoy en tu corazón y que quieres formar parte de mi vida, creo que eres un cobarde. No te veo capaz de dejar a tu mujer por mí. Y, si te soy sincera, yo tampoco estaría de acuerdo en que lo hicieras.

—Sara, no sabes de lo que puede llegar a ser capaz.

—No lo dudo, pero en ese tema creo que eres débil.

—No me tientes, pequeña, porque ganas no me faltan.

—Mira, Andrew, vamos a dejar el tema. ¿Por qué has venido? ¿Qué es lo que quieres?

—He venido porque quiero rogarte que vuelvas a la empresa, no soporto estar solo en esa oficina que se me hace enorme, no sé por dónde empezar y me estoy volviendo loco con tanto papeleo. Y te echo de menos, se me hace difícil mirar hacia tu mesa y no encontrarte allí sentada, con tu maravillosa sonrisa. Por favor, dime que sí aceptas volver. Te necesito, Sara.

—No creo que sea lo mejor.

—Yo sí lo creo. Además, te prometo que jamás voy a volver a portarme así contigo.

—Es cierto que necesito el trabajo, pero no podría volver a sufrir lo que sufrí ayer.

—Nunca más voy a volver a entrometerme en tu vida, si eso es lo que quieres saber.

—No te creo.

—Sé que hasta ahora no he hecho más que hacerte daño todo este tiempo,

pero te prometo que eso va a cambiar.

—Andrew, es tarde, tú tienes que volver y yo tengo muchas cosas que hacer.

Ambos nos levantamos del sofá. Entonces él se acercó hacia donde yo estaba, me agarró las manos y me miró a los ojos.

—Júrame que al menos lo vas a pensar —me dijo a modo de súplica.

—No te prometo nada. Ahora, por favor, vete —le dije autoritaria.

Entonces se acercó a mi cuello y me olfateo, era como si tratara de embriagarse con mi aroma.

—Hueles muy bien.

Yo permanecí inmóvil. «No, por favor, no te acerques más», le rogaba mi subconsciente. No sabía si sería capaz de contenerme. Ese hombre me hacía perder la cabeza.

Sus manos rodearon mi cintura mientras me susurraba al oído y comenzaba a llenar mi cuello de dulces besos.

—No tienes ni una ligera idea de las cosas que te haría en estos momentos.

—Andrew, no sigas, por favor.

—Comenzaría quitándote este pijama tan sexy que llevas y comprobaría entusiasmado que no llevas ropa interior debajo. Te tomaría entre mis brazos y aquí en este sofá te haría el amor desesperadamente. No habría poro de tu cuerpo que no acariciara ni centímetro de tu piel que no recorriera con mi lengua. Te deseo tanto, Sara... Venga, pídemelo, pequeña, si lo estás deseando. Pídemelo y te haré mía ahora mismo.

¡Dios mío! Todo eso era superior a mí. Me sentía débil frente a él, esos ojos azules que me miraban fijamente, su olor, su voz tan sensual. Era todo un seductor. Me sentía totalmente mojada y no deseaba nada más en este mundo que volver ser suya. Pero no podía flaquear en esos momentos. Debía ser fuerte.

—Andrew, por favor, necesito que te vayas.

—¿Estás segura? —me preguntó susurrando al oído.

—Sí —respondí titubeando, apenas me salían las palabras.

—Está bien, no volveré a proponértelo más. Voy a ser paciente y a esperar que seas tú la que me lo proponga a mí. Estoy seguro de que tarde o temprano vendrás a pedirme que te haga mía.

—Vete, por favor.

En ese momento le acompañé a la puerta.

—Espero que nos volvamos a ver pronto, Sara, y déjame decirte que ese

pijama te sienta muy bien —me guiñó un ojo, sonrió y entonces se dio la vuelta y se fue.

Cerré la puerta más confundida que nunca. No podía creerlo, Andrew había estado en mi casa conmigo, había venido a rogarme que volviera a su lado porque me necesitaba. ¿Por qué la vida era tan complicada? Y ¿por qué yo aún seguía tan enamorada de él? Le deseaba tanto a pesar de todo que no soportaría perderle, aunque ya sabía que era una estúpida por seguir queriéndole después de todo lo que me había hecho, pero cuando me miraba a los ojos sentía que me amaba, o eso me hacía creer.

No sabía qué hacer. Por un lado, necesitaba el trabajo y, por otro lado, sabía que si volvía tendría que volver a ver todos los días a Andrew. Decidí meditarlo y esperar hasta el día siguiente para ver qué haría finalmente.

Sonó el despertador, como cada mañana. Me levanté y comencé a vestirme. Mientras me miraba en el espejo, me preguntaba si hacía bien en volver a la empresa. Después de toda una noche sin apenas haber podido pegar ojo, había decidido escuchar a mi corazón y volver a trabajar junto a Andrew. Cada vez que pensaba en lo que estaba a punto de hacer me sentía tan mal conmigo misma que me daban ganas de volver a meterme en la cama y no despertarme en muchos días.

Mientras seguía absorta en mis pensamientos, escuche mi móvil, era un mensaje.

Mensaje para Sara 12/02/2009 07:50

*Buenos días, señorita Sara. Espero que haya meditado mi proposición y que podamos volver a trabajar hoy nuevamente juntos. No he podido dormir en toda la noche preocupado por tu decisión. Espero verte muy pronto. Un beso, Andrew.*

En el fondo parecía que se sentía mal por lo que había pasado el otro día y creo que no sabía qué hacer para disculparse conmigo. Pero ¿por qué tenía que ser así? De esa manera me costaba más decirle que no; si fuese más déspota y malo conmigo, quizás, como al principio, me sería más fácil olvidarme de él.

Ya en el trabajo, me dirigí hacia mi oficina y observé que la puerta estaba medio abierta, como siempre. Divise desde lejos al gran amor de vida sentado en su escritorio con gesto serio y sumido en su trabajo. Antes de entrar, toqué en la puerta.

—¿Se puede? —pregunté tímidamente.

Observe como miraba hacia la puerta y al verme en su rostro se dibujó una ligera sonrisa.

—Claro que sí, para ti siempre se puede. Pasa, por favor.

Andrew se levantó de su asiento y se dirigió hacia mí, y ambos nos quedamos de pie mirándonos fijamente.

—¿Qué tal estás? —preguntó él.



—Muy bien. Bueno, póngame al día, ¿por dónde tenemos que empezar?

—Claro que sí, siéntate, tenemos muchas cosas de las que hablar. Por lo pronto, agradecerte que hayas vuelto a trabajar con nosotros y, por otro lado, decirte que en las próximas semanas tenemos que macharnos de viaje a Nueva York.

—¿A Nueva York? —le pregunté sorprendida.

—Sí, tenemos que presentar un proyecto para un acuerdo comercial que vamos a firmar con una gran compañía norteamericana y tenemos que ir nosotros personalmente a presentarlo.

—Pero ¿yo qué pinto en Nueva York? —le pregunté preocupada.

—Mucho, Sara, ahora eres mi mano derecha y la que lleva mi agenda y todos mis asuntos, debes acompañarme.

—Pero ¿quiénes viajaremos?

—Viajaremos tú, yo, Juan y dos asesores.

—Vaya, la noticia me ha pillado por sorpresa.

—Tranquila, todavía tenemos tiempo, no te preocupes.

—No sé si será lo más adecuado que yo os acompañe.

—¿Por qué dices eso? Claro que debes acompañarnos, tú nos serás de gran ayuda —me dijo Andrew.

—Está bien, si no hay más remedio, os acompañaré.

—Me alegra escuchar eso, porque creo que ese viaje nos va a venir muy bien para limar asperezas entre los dos.

—Señor Andrew, no quiero volver a tener que recordarle...

—Ya lo sé, tranquila, sé respetar el acuerdo que hemos tenido —me interrumpió Andrew.

A las 14:00 de la tarde, después de horas preparando el proyecto que tendríamos que presentar en Nueva York, llegó el almuerzo, pero nosotros seguíamos sumidos en nuestro trabajo. Teníamos tanto atrasado que no nos iba a dar tiempo ni a ir siquiera a comer al restaurante.

—Sara, he pedido que nos suban la comida a la oficina. Al menos debemos parar por unos minutos para comer algo, no quiero que te vuelvas a poner enferma como el otro día.

—Ya estoy bien, Andrew. Disculpe, quería decir señor Andrew —le dije sonrojada por la falta de respeto.

—Prefiero cuando me llamas solo Andrew, me gusta más.

—No creo que sea lo adecuado, además usted me dijo una vez que nunca lo

hiciese.

—Mira, Sara, he cometido muchas tonterías contigo, por ser así es que ahora no estamos juntos, de lo contrario ten por seguro que jamás me hubiese separado de ti.

Me quedé en blanco, no podía creer la confesión que me estaba haciendo, pero no quería hacerme nuevamente ilusiones con él y volver a llevarme otro desengaño.

—Señor Andrew, será mejor que dejemos este tema.

—A lo mejor por primera vez, Sara, voy a ser yo quien no quiera dejarlo. Hay tantas cosas que me gustaría que supieras de mí...

—Pero es que a mí no me interesa conocerle más de lo que ya le conozco.

Tocaron en la puerta de la oficina y era el camarero que nos traía la comida. La dejó encima de nuestros escritorios y se marchó, no sin que antes Andrew le hubiera dado una buena propina por sus servicios.

Me senté en mi escritorio sin volver a dirigirle la palabra nuevamente, él me siguió e hizo lo mismo. El silencio era muy incómodo para ambos, o al menos para mí lo era.

—¿Puedo contarte un secreto? —me preguntó Andrew dejando de comer y girando su sillón de ruedas hacia mí para mirarme de frente.

—¿Qué secreto? —pregunté algo confusa dejando de comer también y colocando mi silla frente a la suya.

—Sara, desde que nos conocimos yo no he vuelto a tener relaciones con Lisa, mi mujer; de hecho, dormimos en camas separadas. Ella está intentando luchar por nuestro matrimonio, pero soy yo el que no puede volver a ser el de antes. Lisa y yo somos muy diferentes. Me he dado cuenta de que nunca he estado enamorado de ella.

Su confesión me dejó sin palabras.

—No entiendo por qué me está contando todo esto —le dije titubeando ante los nervios.

—Porque quiero que lo conozcas todo de mí, quiero que sepas cómo soy y también quiero que te des cuenta de que cuando estuve contigo llegué a sentir algo muy fuerte por ti —me confesó mientras acercaba más su sillón hacia mí y acariciaba mis manos.

—Señor Andrew, ¿qué quiere, volverme loca? No entiendo nada. Un día me hace creer que me ama y que está loco por mí, al otro día me deja sin ninguna explicación, luego me dice que solo quería llevarme a la cama y ahora me dice

esto.

—Ya sé que me he portado como un imbécil contigo, pero no sabes lo que me he tenido que aguantar cuando te tenía delante para no comerte la boca de un beso. Sara, te quiero y estoy locamente enamorado de ti.

Yo sentía que mi corazón se iba a salir y me estaba derritiendo ante su atenta mirada de ojos azules. Entonces, acto seguido, acarició con sus manos dulcemente mi cara mientras no dejaba de mirar mis labios. Era como si tratara de gritarme con la mirada que estaba deseando besarlos. Yo no quise detenerle, necesitaba sus besos por primera vez desde hacía mucho tiempo. Y cuando sus labios y los míos se rozaron, fuimos interrumpidos por la llegada de Álex, mi olvidado novio. Y digo olvidado porque durante esas milésimas de segundo olvidé por completo que tenía una relación con él.

—Disculpe, señor Andrew, la puerta estaba abierta como siempre. Vengo a hablar con mi novia.

—Pues Sara y yo ahora mismo estamos ocupados y no puede atenderle.

—Creo que están comiendo, yo pienso que sí tiene un momento para atenderme.

—Señor Álex, le repito que estamos ocupados. ¡Váyase! —le ordenó Andrew.

Creo que, si los ojos de Andrew tuviesen poderes, le hubiese fulminado con una mirada de fuego para quitárselo de encima.

—Necesito hablar con mi novia y usted no va a impedírmelo —le gritó Álex a Andrew.

Andrew se levantó de su escritorio furioso y se dirigió hacia él.

—¿Está usted sordo? Le estoy diciendo que se vaya —le repitió Andrew en tono más calmado, pero con total firmeza.

—Le repito que he venido a hablar con mi chica y no pienso marcharme de aquí hasta que hable con ella.

—Álex, por favor, márchate, no empeores las cosas —le supliqué yo.

—Sara, necesito que hablemos, será solo un momento.

Decidí salir de la oficina y hablar con él en los pasillos. Estaba bastante alterado y no quería que se liaran más las cosas, seguro que nos había visto a mí y Andrew antes de entrar y por eso estaba así de furioso. En el fondo me sentía mal por lo que había estado a punto de hacer y decidí hablar con él sinceramente.

—Está bien. Ahora vuelvo, señor Andrew —le dije, pero no me respondió.

Por su cara, estaba que echaba humo por cómo le había hablado mi novio—. ¿Qué ocurre, Álex? —le pregunté tratando de que se calmara mientras nos dirigíamos al otro extremo del pasillo.

—He visto cómo ese imbécil intentaba besarte. Ya te dije que este tío tenía otras intenciones contigo y no me quisiste creer.

—Álex, necesito que hablemos de eso. Verás, yo...

Me interrumpió.

—Sara, no soy tonto. Sé que entre tú y él ocurrió algo en el pasado. Pero no me gusta que jueguen conmigo.

—Álex, te prometo que jamás ha sido esa mi intención.

—Pero esto se terminó, ¿me oyes? Ahora mismo quiero que entres en esa oficina y le digas que renuncias a tu puesto de secretaria.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí, estoy loco, completamente loco de celos al saber que ese imbécil y tú... ¡Dios! No puedo ni pensarlo. Porque tú eres mía, ¿me entiendes? Solo mía —me gritó mientras me agarraba las manos por las muñecas y me apretaba con fuerza.

—Álex, me estás haciendo daño. Suéltame, por favor —le suplicaba con lágrimas en los ojos.

—No me conoces en absoluto, Sara. No sabes hasta donde soy capaz de llegar para conseguir lo que es mío.

—Cálmate, por favor, la gente nos está mirando.

Varios compañeros que venían de una reunión nos miraron con cara de asombro por la situación que estaban observando.

—Me da igual la gente. Ahora entra en la oficina y dile a ese estúpido que no quieres trabajar más para él.

—No voy a hacer eso, Álex.

—¿Te atreves a desafiarme?

—Álex, estás irreconocible —le confesé entre sollozos.

—Este soy yo, Sara. Ya es hora de que me vayas conociendo. Ahora te ordeno que entres a donde tu jefe y le digas que dimites —me repitió, apretándome cada vez más fuerte las muñecas.

—Suéltala, Álex —le ordenó Andrew.

—Usted váyase de aquí. Esta es una conversación entre mi novia y yo.

—No te lo voy a repetir. ¡Suéltala!

En ese preciso instante me soltó y Andrew me agarró inmediatamente y me

puso detrás de él. Creo que era una manera de protegerme frente a la violencia de Álex. Yo estaba muy nerviosa por todo lo sucedido, porque había pasado todo muy rápido y aún no había digerido los acontecimientos. Acto seguido, apareció por los pasillos el señor Juan, que venía a la oficina de Andrew a traerle unos documentos que tenía que firmar.

—¿Qué está pasando aquí, amigo? —le preguntó a Andrew.

—Nada, el señor Álex ha tenido un mal día y va a marcharse en este momento a su casa a descansar.

Álex parecía un toro a punto de salir al ruedo. Su respiración estaba acelerada y no dejaba de mirarme de manera desafiante.

—Está bien. Yo me voy a ir a casa, pero Sara se viene conmigo.

Yo me agarré con fuerza a la chaqueta de Andrew por detrás. Estaba aterrada. No quería nada que tuviera que ver con él.

—Eso no va a ser posible, señor Álex, porque Sara tiene mucho trabajo pendiente en la oficina y no puede irse todavía —le respondió Andrew.

—Sara, por qué no le dices lo que me acabas de decir a mí hace unos minutos.

—No sé de qué me estás hablando, Álex —le respondí.

—Dile que quieres dejar tu trabajo de secretaria con él.

—Álex, estás mintiendo, yo nunca he dicho que fuese a dejar mi trabajo de secretaria.

—Por supuesto que no lo has dicho. Yo he estado escuchando toda la conversación y él está mintiendo.

—Entonces, si ha escuchado toda la conversación, habrá oído lo que he dicho sobre usted.

—Mire, señor Álex, no quiero tener que discutir. ¡Márchese a casa! Mañana hablaremos usted y yo largo y tendido sobre algunos temas.

—Ya sé que me va a despedir, porque no le interesa tenerme aquí cerca de Sara.

—No quiero repetírselo. ¡Lárguese a casa! —volvió a ordenarle Andrew.

—De esta te vas a arrepentir. Ya hablaremos —me amenazó Álex mientras trataba de acercarse a mí y no podía hacerlo porque Andrew le interrumpía el paso.

—No te vuelvas a acercar a ella, ¿me has oído? Si a Sara le pasa algo, te juro que vas a conocer al verdadero Andrew y puedo asegurarte que te vas a arrepentir.

—No le tengo miedo, señor Andrew.

—Pues deberías.

—Usted no sabe de lo que puedo llegar a ser capaz.

—Señor Álex, no complique más las cosas. ¡Márchese a casa! —le ordenó Juan y entonces, acto seguido, se fue.

Juan nos entregó los documentos y nos dijo que hablaría con recursos humanos sobre lo ocurrido con Álex, pero estaba claro que era un tema delicado.

Andrew me agarró por la cintura y me condujo hasta su oficina.

—Siéntate en el sofá. ¿Estás bien? ¿Quieres un poco de agua? —me preguntó bastante preocupado.

—Sí, estoy bien. Solo un poco nerviosa. No se preocupe.

—Pero este imbécil ¿quién se ha creído que es? —murmuró Andrew furioso.

—Cálmese, por favor.

—¿Que me calme? ¿Has visto cómo te ha amenazado y lo violento que se ha puesto contigo?

—Estoy bastante sorprendida, nunca lo había visto comportarse así.

—Sara, esto no podemos dejarlo pasar. Este tío no puede seguir trabajando para esta empresa.

—Ya me he dado cuenta, Andrew. Es muy violento. Estoy muy asustada, después de esto pienso romper con él.

—Iba a pedirte ahora mismo. Que terminaras tu relación con él. No quiero que sufras y mucho menos que algún indeseable te haga daño. Me importas demasiado. Si te pasara algo, te juro que me moriría. Eres la única razón por la que me levanto todas las mañanas con ganas de seguir adelante.

—Andrew, yo...

Después de esas hermosas palabras, le vi acercarse más hacia mí en aquel cómodo sofá. Era como si tratara de gritarme a voces algo que ocultaba en su interior. Ambos nos miramos a los ojos y nos fundimos en un apasionado beso. Cuando sentí sus labios sobre los míos, creí que volví a la vida. Nuestras lenguas se entrelazaron en una dulce melodía llamada amor. Andrew me sujetó por la cintura mientras nos poníamos en pie. Me besó y me abrazó tan fuerte que casi podía sentir su corazón latiendo junto al mío. Me di cuenta de que ahora le amaba más todavía que antes, le deseaba tanto, me moría de ganas de estar junto a ese hombre. Mi cuerpo temblaba junto a él, solo deseaba que me hiciera el amor y poder sentirle dentro de mí, era lo único que me importaba.

Pero entonces puse los pies en la tierra y me di cuenta de que me estaba dejando llevar por toda la pasión y amor que sentía hacia él y ante todo debía recordar que Andrew era un hombre casado.

Le aparté de mí.

—Lo siento, Sara, no podía aguantar más, te necesito mucho. Me moría de ganas de besarte.

—Andrew, ¿por qué me haces esto? —pregunté con lágrimas en los ojos.

—No, por favor, no llores, perdóname. Es que no soporto más tenerte tan cerca y a la vez tan lejos.

—Esto no puede ser, tú eres un hombre casado.

—Ya lo sé, pero no entiendes lo cansado que estoy de esta situación, no estoy dispuesto a seguir con esta mentira, quiero romper con Lisa y estar contigo.

—¿Estás loco? —exclamé exaltada.

—Sí, ya te lo he dicho, estoy loco por ti. Y sé que tú también lo estas por mí, me lo has demostrado en ese beso.

—Esto nunca debió haber pasado.

—Pero pasó. ¿Por qué intentas evitarlo, pequeña? ¿No te das cuenta de que ambos sentimos lo mismo? —me dijo Andrew cogiéndome de las manos.

—Andrew, esto no puede ser, aunque sintamos lo que sentimos, esto es imposible —le dije llorando.

—¿Por qué es imposible? Tú lo has reconocido, ambos sentimos lo mismo. Desde que te conocí en aquel bar irlandés no he podido apartarte de mi mente y sé que a ti te pasa lo mismo.

—Sí, pero esto no puede ser.

—Pero ¿por qué no? Pequeña, yo quiero jugármelo todo por estar contigo, es lo único que deseo en esta vida.

—Yo no podría separarte de tus hijos —dije tratando de secarme las lágrimas.

—Hay muchas cosas que no sabes pero que te contare algún día para que puedas entender por qué me porte así de mal contigo. Pero ahora no es el momento.

—Yo tampoco creo que sea el momento, ahora tenemos que seguir trabajando.

—Está bien, pero tú y yo tenemos una conversación pendiente —me dijo guiñándome un ojo.

\* \* \*

A las 20:00 Andrew recibió una llamada de Lisa diciéndole que uno de sus hijos estaba enfermo y tuvo que marcharse antes de haber acabado todo el proyecto que tenemos que presentar en nuestro viaje de negocios.

—Me tengo que ir, Sara, me ha llamado Lisa diciendo que mi hijo Arthur estaba volando de fiebre.

—Cuanto lo siento, señor Andrew. ¿Pero está muy mal? —pregunté preocupada.

—No, tranquila, solo es fiebre, le llevaremos al médico ahora y ya verás cómo enseguida se le pasa.

—Espero que no sea nada.

—No te preocupes, yo en cuanto termine me vengo corriendo para la oficina, tenemos que terminar ese proyecto hoy sin falta, ya sabes que hay que presentarlo mañana.

—No creo que haga falta que usted vuelva, yo lo termino y se lo envío a su correo electrónico para que usted lo vea.

—No pienso dejarte a ti con todo el marrón, esto es un trabajo de los dos.

—Ya lo sé, pero no creo que haga falta que venga tratándose de que su hijo hoy está enfermo.

—Ya te he dicho que en cuanto termine vuelvo.

—Está bien, nunca me deja llevarle la contraria.

—Te veo en un par de horas. Por favor, come algo, llevas muchas horas sin parar.

—Sí, tranquilo, no se preocupe —le dije en tono tranquilizador.



Eran ya las 21:00 de la noche y aún seguía encerrada en la oficina ocupada con aquel proyecto tan importante. Estaba totalmente atascada en la parte final de aquel informe que debíamos presentar mañana antes la junta directiva.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por un mensaje que había llegado a mi móvil.

Mensaje para Sara 12/02/2009 21:10

*Hola, pequeña, ¿qué tal lo llevas? Creo que me voy a demorar una hora más, estoy en el hospital con mi hijo y aún estamos esperando el diagnóstico, en cuanto termine estoy ahí. Voy a llevar la cena para los dos, porque estoy seguro de que aún no has comido. Un beso.*

Mensaje para Andrew 12/02/2009 21:12

*No se preocupe, de verdad, ya me queda poco para terminar, en un par de horas lo tengo. Gracias por la cena, pero no hace falta, comeré algo de camino a casa. Y no me llame pequeña.*

Mensaje para Sara 12/02/2009 21:14

*De eso ni hablar, pienso ir, ya lo sabes. Y sabes que me encanta llamarte pequeña. Andrew.*

Este Andrew era tan controlador y protector conmigo... Me encantaba que fuera así, porque en el fondo me daba cuenta de que le interesaba, o al menos eso me hacía creer. Pero me estaba empezando a ilusionar con él y no quería volver a sufrir.

Volví a concentrarme en mi trabajo y entonces, cuando ya comenzaba a volver a tomar el hilo, habría pasado otra hora más, no lo sabía porque había perdido la noción del tiempo, escuché un ruido en los pasillos. Seguro que era el chico de seguridad, que estaba apagando las luces, y yo aún seguía allí sin poder dejar de trabajar por terminar el dichoso proyecto de Nueva York.

Algo llamó mi atención. Descubrí parado junto a la puerta de mi oficina a Álex con cara desencajada y con una botella de alcohol en las manos. Le miré y estaba despeinado y con la ropa totalmente desaliñada.

—Álex, ¿se puede saber qué haces aquí? —le pregunté sorprendida.

—¿Aquí dónde? —me dijo titubeando por haber bebido tanto alcohol.

—Álex, ¿estás borracho? Será mejor que te vayas a casa. Ya te lo advirtió el señor Andrew. Por favor, no empeores las cosas. ¡Márchate a casa! Mañana, cuando estés sobrio, hablamos.

—No pienso irme ahora. Voy a hacer contigo lo que me dé la gana.

Sus palabras me dieron mucho miedo, no sabía qué iba a pasar, las piernas me temblaban y rezaba a dios para que aquello no fuese más que un susto por su parte, porque si se atrevía a hacerme algo... Estaba sola, no había nadie en la oficina.

Álex se acercó hacia mí, con paso sigiloso pero a la vez decidido. Yo me levanté de mi escritorio y bordeé la mesa para salir corriendo. Su mirada era la de un ser malvado que iba a hacerme algo malo. Corrí deprisa hacia la puerta y salí al pasillo, pero Álex corrió más deprisa que yo y me atrapó, me agarró por el brazo y me empujó de nuevo hacia la oficina de Andrew.

—Álex, ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? ¿Qué pretendes?

—Tú y ese imbécil de tu amante me habéis vuelto loco.

—¿Estás desvariando? Entre el señor Andrew y yo no existe absolutamente nada.

—Eres una zorra mentirosa y con él sí estás dispuesta a todo, pero, claro, para mí nunca tienes tiempo.

—Álex, estás muy borracho, yo no tengo por qué aguantar esto.

—Claro que lo vas a aguantar, porque tú te mereces todo lo peor, ahora vas a saber lo que es bueno.

Álex comenzó a quitarse el cinturón y a bajarse los pantalones. Yo quise huir, pero él volvió a atraparme antes de haber salido por la puerta y me empujó hacia el sofá. Aquel sofá que hace unos días me había servido de ayuda cuando me desmaye en el pasillo y Andrew me encontró. Pero ahora esa situación era tan diferente, estaba sentada en aquel sofá sin apenas poder moverme, tenía encima de mí a Álex totalmente borracho e intentando hacerme suya a la fuerza.

—Suéltame, Álex, te ordeno que me sueltes —le imploraba llorando.

—Ahora vas a ser mía, aunque te repudie y solo desees estar con él, vas a tener que aguantarte.

Yo lloraba desesperadamente e intentaba zafarme de él, pero era imposible, él era mucho más fuerte que yo. Álex intentaba quitarme los botones de mi vestido rojo para besar mis pechos y hacer con ellos lo que le diera la gana;

como no atinaba con los botones, me rompió el vestido por la parte de arriba y comenzó a lamer con su lengua todo mi torso. Sus manos subieron por mis mulos directas a mis ingles. Yo cada vez gritaba más, le odiaba por todo lo que me estaba haciendo, era un maldito miserable, maldije cada segundo el haber comenzado una relación con ese loco borracho.

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Ayuda! —gritaba con todas mis fuerzas.

Sus manos me pellizcaban los mulos y me hacía tanto daño que creo que era más el dolor del corazón que lo que él me estaba tratando de hacer en aquel momento.

—Llora y grita todo lo que quieras, zorra, nadie va a venir a ayudarte. Estás sola.

Intenté quitármelo de encima escupiéndole, pero él me golpeó brutalmente en la cara. Por un momento perdí la visión de mi ojo derecho, pero por suerte volví a ver casi al minuto.

—Eres una maldita perra.

—Suéltala, imbécil —dijo una voz.

Andrew irrumpió en la oficina, tiró su maletín al suelo y se abalanzó contra Álex. Comenzó a golpearle en la cara, en el cuerpo... Yo estaba muerta de miedo por toda la situación, no quería que Álex le pudiese hacer algo a Andrew.

Andrew le tiró al suelo mientras le seguía golpeando con todas sus fuerzas.

—Eres un hijo de puta, por qué no te metes con alguien de tu mismo sexo en vez de pegar a mujeres —le gritaba Andrew a Álex mientras le tenía tirado en el suelo.

—Andrew, déjale ya, no merece la pena —le gritaba yo muerta de miedo.

—Este imbécil va a pagar todo lo que te ha hecho, Sara —me respondió mientras continuaba golpeándole en la cara.

—Déjale ya, le vas a matar. No merece la pena.

Entonces Andrew paró de golpearle. Álex estaba inconsciente por toda la paliza recibida.

Yo permanecía en silencio y temblando, sin apenas poder articular palabra. Observé a Andrew llamar al vigilante de seguridad por teléfono y pedir que sacara a Álex inmediatamente de allí.

El vigilante subió en menos de 5 minutos junto a otro de sus compañeros y se disculpó con Andrew por haberle dejado entrar. Al parecer Álex le había dicho que se había dejado su móvil en su escritorio y por eso no le pareció

raro que viniera a estas horas. No pensó que tuviera esas intenciones ni que estuviera tan borracho.

—¿Estás bien, pequeña? —me preguntó Andrew mientras corría a abrazarme en el sofá.

Yo comencé a llorar desconsoladamente.

—No te preocupes, yo estoy aquí contigo, llora todo lo que tengas que llorar —me dijo mientras me abrazaba y me besaba el cabello.

Estuvimos así un par de minutos hasta que por fin logré controlarme.

—Vaya, veo que estás mejor. Mírame a la cara, preciosa, conmigo no debes tener miedo.

—No te tengo miedo, Andrew —le dije mirándole a la cara.

En ese momento Andrew vio mi rostro golpeado.

—No puedo creer lo que te ha hecho ese imbécil, te juro que si no me llegas a gritar que le deje lo mato aquí mismo. ¿Cómo puede haber sido capaz de hacerte esto? Ese capullo se va a cagar, le voy a meter una denuncia que va a flipar. Por suerte, no te hice caso y quise venir, de lo contrario no sé qué habría pasado.

Yo seguía aguantándome con las manos el vestido roto por arriba.

—Sara, ¿por qué tienes las manos así cruzadas? ¿Qué escondes?

Me moría de la vergüenza, no quería que me viera con el vestido roto y casi sin sujetador.

—Andrew, ese loco me ha roto el vestido, quería hacerme suya a la fuerza. Por suerte, no lo logró porque tú apareciste antes —le dije con lágrimas en los ojos.

La mirada de Andrew se encendió aún más, estaba más rabioso que nunca, pero se contuvo. Se quitó su chaqueta y me la puso para evitar que yo me sintiera peor todavía.

—Tranquila, pequeña, todo ha pasado, desde mañana esto no va a volver a ocurrir más. Ahora te llevaré a tu casa.

Andrew me cogió en brazos y me sacó de la oficina. Yo me abracé a su cuello tratando de encontrar alivio a tal humillación vivida aquella noche.

En el parking me llevó hasta su coche y me sentó en el asiento del copiloto. Yo estaba tan asustada pensando que Álex pudiese estar allí escondido... Creía que me estaba volviendo loca y creía verle por todos lados.

—Sara, no te preocupes, ese miserable no está aquí, con la borrachera que tenía no creo que se despierte hasta mañana. Ahora vamos a ir al hospital a

que te revisen —me dijo mientras me agarraba la mano, tratando de darme apoyo.

—No, Andrew, no quiero tener que dar explicaciones por lo ocurrido a nadie.

—Sara, ya sé que esto no es fácil para ti, pero puede que este imbécil te haya causado alguna lesión interna y no estaré tranquilo hasta que un médico te revise y me diga que todo está bien.

—De acuerdo, pero ¿tendré que denunciarle luego?

—Por supuesto que sí. Es más, si no lo haces tú, lo haré yo.

—Está bien, pero, Andrew, tengo mucho miedo... —dije mirando hacia el suelo.

—No debes tener miedo, yo estoy aquí y no va a volver a pasarte nada malo nunca más.

Después de una hora en el hospital junto a Andrew haciéndome toda clase de chequeos, el médico me dio el alta y me dijo que todo estaba bien, que simplemente tenía las heridas por los golpes propiciados pero que en unas semanas desaparecerían, y me aconsejó que fuese a la policía a denunciarle.

—No se preocupe, doctor, que lo haremos, puede usted estar seguro —dijo Andrew mientras me echaba su brazo por encima en señal de protección.

Mientras salíamos del hospital, Andrew recibió una llamada telefónica, pero como iba conduciendo decidió poner el manos libres.

—Diga —contestó.

—¿Dónde te has metido? Ya es muy tarde —preguntó la otra voz.

—Lisa, he tenido un problema en la oficina y se me ha echado el tiempo encima.

—Lo suponía, como siempre, te recuerdo que tu hijo sigue malo con fiebre. ¿Es que no te importa?

—Lisa, no digas tonterías, claro que me importa cómo está Arthur, pero para mí tampoco ha sido una noche fácil.

—Claro, como siempre es más importante tu vida laboral que tu propia familia, seguro que hay otra mujer en tu vida.

—Mira, Lisa, estoy cansado de tus reclamos y de tus celos, esto ya no va a ningún sitio.

—Andrew, perdóname, por favor, estoy muy preocupada por Arthur y lo he pagado contigo.

—Ya, claro, como siempre. Ahora te veo en casa. Tenemos que hablar.

Me quedé en silencio sin decir nada, era la primera vez que le escuchaba discutir con su mujer y aunque me daba pena porque en el fondo sabía que Andrew no era feliz con ella, preferí no decir nada y seguir con la mirada perdida en el horizonte.

Andrew paró su coche frente a mi casa. Y entonces rompió el silencio.

—Pequeña, no dejo de preguntarme qué hubiese pasado si no hubiese llegado. Te juro que, si ese imbécil te hubiese hecho algo, me hubiese vuelto loco.

—Ya está, Andrew, no ha pasado nada grave por suerte, menos mal que llegaste.

—Que no ha pasado nada grave... ¿Pero tú has visto cómo te ha dejado la cara?

—Ya lo sé, pero por suerte no ha llegado a conseguir lo que él quería.

—Mi amor, no estoy dispuesto a permitir que vuelvas a ir sola al trabajo o a volver sola, a partir de mañana pienso venir a recogerte y a traerte a tu casa todos los días.

No sabía si estaba más sorprendida porque me había llamado «mi amor» o si era porque me iba a recoger en su coche todos los días.

—¿Por qué no me dices nada? —me preguntó sorprendido.

—Andrew, nunca me has llamado mi amor y tampoco me esperaba que me dijeras lo de traerme y recogerme en coche.

—Te he dicho mi amor porque eso eres para mí. Sara, ya te lo he dicho, estoy loco de amor por ti. Te amo como nunca he amado a nadie en mi vida y quiero que estés siempre a mi lado.

—Pero, Andrew, tú estás casado y yo...

—Ya lo sé, pero eso va a cambiar. Pienso hablar con Lisa y terminar con este absurdo matrimonio.

—Andrew, no sé qué decir... Yo no quiero que...

—No digas nada, hoy han sido muchas emociones fuertes y necesitas descansar.

—Gracias por todo.

—No tienes que darme las gracias. Ahora baja del coche, que pienso acompañarte hasta la puerta de tu casa.

—No es necesario, de verdad.

—Para mí sí lo es, necesito saber que estás a salvo y que ese imbécil no va a volver a hacerte daño.

—Está bien.

Andrew me acompañó hasta la puerta de casa y me despidió con un beso en la mejilla.

—Cuídate, pequeña.

Cuando cerré la puerta de casa y eché la llave, aún me temblaban las piernas por las emociones vividas aquella noche. Seguía cerrando los ojos y viendo a Álex totalmente ebrio mientras intentaba abusar de mí, aquella imagen me aterraba y me hacía sentirme mal conmigo misma, me repudiaba recordar sus manos tocando mis senos... Por suerte, la cosa no había llegado a mayores por la rápida aparición de Andrew, de lo contrario no sé qué habría ocurrido aquella noche.

Me dirigí al salón y allí estaban todas mis compañeras sentadas en el sofá mientras hablaban de los cotilleos de la oficina.

—Sara, te estábamos esperando, ¿por qué has llegado tan tarde? —preguntó Blanca ansiosa por saber.

En ese momento se me pasó por la cabeza todo lo sucedido aquella noche y la verdad es que no sabía por dónde empezar, pero tampoco podía mentirles. Álex había sido despedido o quizás lo fuese a ser al día siguiente por Andrew y me parecía absurdo mentirles a las chicas con algo tan serio.

—Cariño, ¿qué te ha pasado en la cara? ¿Quién te ha hecho esto? —preguntó Martina, preocupada ante mi cara amoratada por los golpes de Álex.

—Chicas, no sé por dónde empezar, esto se me hace muy difícil —dije entre lágrimas.

—Sara, no soporto verte en este estado. Por favor, habla de una vez, ¿quién te ha golpeado? —preguntó Blanca más preocupada que nunca.

—Ha sido Álex, él me ha golpeado.

—No puede ser, ¿pero por qué? ¿Qué ha pasado para que ese bruto animal te haya hecho esto?

—Chicas, no me encuentro muy bien, de verdad.

—Sara, no podemos quedarnos así después de lo que nos has dicho, eres nuestra amiga. Mira, vamos a darte un calmante y cuando te sosiegues nos cuentas lo ocurrido.

Después de tomarme el calmante y de darme una ducha, en la que froté mis senos y el resto de mi cuerpo muy fuerte para intentar borrar toda huella de ese



desgraciado de Álex, me sequé y me puse una crema hidratante. Me había frotado tan fuerte que incluso llegue a dejarme la piel enrojecida. Ahora había llegado la parte más importante, tenía que darles una explicación a las chicas. Decidí optar por decirles toda la verdad, ellas se merecían saberlo, siempre habían estado ahí.

Entré nuevamente al salón y me senté al lado de Martina.

—¿Estás mejor ya? —preguntó Martina, triste y pálida.

—Sí, chicas, ya estoy mejor, voy a contaros lo ocurrido. Hoy, durante el transcurso de la tarde, Álex vino a verme a la oficina y me dijo que quería hablar conmigo. Me dijo que estaba cansado de que trabajara tanto y que creía que el señor Andrew tenía otras intenciones conmigo.

—¿Qué intenciones? —preguntó Blanca.

—Según Álex, intenciones amorosas. Acto seguido, me ordenó que entrase en la oficina de mi jefe y le dijera que quería renunciar a mi puesto de secretaria. Como me negué, me trato de manera muy violenta, tanto es así que me sujetó salvajemente por las muñecas, haciéndome bastante daño. Después de eso, el señor Andrew, me imagino que alertado por los gritos, salió y al ver la situación le dijo que se marchase a casa, que ya mañana tendrían tiempo de hablar con él. Pero después de eso me quedé hasta tarde con el señor Andrew porque teníamos que terminar un informe que teníamos que entregar mañana, pero él tuvo que ausentarse por unos minutos porque su hijo se había puesto enfermo. En ese momento, Álex irrumpió en la oficina, totalmente borracho, e intento violarme y hacerme suya a la fuerza. —No pude continuar con mi relato de lo ocurrido porque comencé a llorar desconsoladamente.

—Tranquila, cariño, no llores —me trató de tranquilizar Martina.

—Maldito desgraciado... ¿Pero entonces qué paso? —preguntó Blanca alarmada.

Traté de calmarme por un momento. Estaba demasiado nerviosa por estar recordando los momentos vividos hacía unas horas.

—Yo intenté zafarme de él y le escupí en la cara, pero él me golpeo salvajemente, entonces apareció el señor Andrew y lo tiró al suelo a golpes.

—¡Madre mía! No puede creerlo, el señor Andrew te ha salvado.

—Sí, chicas, si no llega a ser por él, ese animal seguro que hubiese abusado de mí.

—Y ¿qué pasó luego? —preguntó nuevamente Blanca.

—El señor Andrew me llevó al hospital a que me revisaran y luego me trajo

de vuelta a casa.

—Chicas, cada vez me cae mejor el presidente, si no llega a ser por él, no sabríamos cómo estaría nuestra amiga ahora —dijo Blanca.

—Bueno, por suerte, todo ha pasado. El señor Andrew me ha dicho que lo van a despedir y que desde mañana me va a venir a recoger todos los días, al menos hasta que se calmen las cosas por lo que ha pasado con Álex.

—Qué caballero, ¿y tú qué le has dicho? —preguntó Violeta ansiosa.

—Pues aún no le he dicho nada de los nervios por todo lo ocurrido, pero ahora le mandaré un mensaje diciéndole que gracias, pero que no es necesario.

—Pero serás tonta, yo que tú no me negaba, es una buena ocasión para acercaros más... —dijo Blanca.

—¿Qué estás tratando de decir? Es un hombre casado, Blanca —le dije enfadada ante tal comentario.

—Ya, no me malinterpretes, no quise decir ese acercamiento, sino me refería a algo más profesional. Él comienza a verte como su mano derecha y eso es lo que debes aprovechar. Ya sabes, nena, en los negocios hay que estrechar relaciones con los peces gordos.

—Blanca, estás diciendo tonterías, yo no quiero conocer más al señor Andrew de lo que ya le conozco.

—Aunque, pensándolo bien, hacéis buena pareja y no se le veía muy feliz la noche de la cena junto a la bruja de su mujer.

Todas nos reímos ante la ocurrencia de Blanca.

—Pero, chicas, si es verdad. ¿No os fijasteis en que tenía cara de Cruella de Vil? —dijo Blanca.

Por un momento, Blanca consiguió que me olvidase de todo lo ocurrido aquella noche.

—Ahora en serio, Sara, ¿qué vas a hacer con lo que ha pasado con Álex? ¿Vas a denunciarle? Porque ese cretino no puede quedarse en la calle como si nada después de todo lo que te ha hecho —preguntó Blanca más seria que nunca.

—No lo sé, chicas, me siento tan mal por lo ocurrido que lo único que quiero es olvidarme de todo, no soportaría tener que volver a ver a Álex nuevamente. —Mi cara volvió a palidecer.

—Bueno, ya está, olvidemos este asunto por hoy. Vamos todas a dormir, no queremos que te vuelvas a poner mal. —Me abrazó Violeta.

—¿Quieres que duerma contigo? —me preguntó Blanca con cierta lástima.

—No hace falta, de verdad, gracias, pero estoy bien.

—Está bien, cariño, pero si me necesitas, ya sabes, me pegas un grito, que tu amiga Blancanieves vendrá a salvarte —me dijo tratando de animarme.

Mensaje para Andrew 13/02/2009 01:02

*Hola, señor Andrew. Buenas noches. Siento molestarle tan tarde, pero era simplemente para agradecerle nuevamente todo lo que ha hecho por mí y para decirle que he pensado lo que me dijo de traerme a casa todos los días y he decidido que no, no creo que sea buena idea, ya ha hecho demasiado. Gracias y que descanse.*

Mensaje para Sara 13/02/2009 01:08

*Buenas noches, señorita Sara. No tienes por qué darme las gracias, sabes que lo haría una y mil veces, porque lo único que me importa en esta vida es tu bienestar. Y no te pedí tu opinión cuando te dije que te llevaría a tu casa, es algo que voy a hacer porque me apetece, estés de acuerdo o no. No estoy dispuesto a que te pase algo peor. Un beso, Andrew.*

Mensaje para Andrew 13/02/2009 01:11

*No es necesario, señor controlador, les diré a las chicas que me acompañen todos los días si eso le tranquiliza, pero no quiero que venga a recogerme. Sara.*

Mensaje para Sara 13/02/2009 01:15

*Pequeña, eres una testaruda, pero olvidas que hablas con don controlador. Es muy tarde ya, vete a dormir. Buenas noches y que sueñes conmigo. Andrew.*

Mensaje para Andrew 13/02/2009 01:16

*No soy testaruda, solo quiero hacer lo correcto. Buenas noches, y no pienso soñar contigo. Sara.*

Salí de casa junto a las chicas rumbo a la oficina. Me puse mis gafas de sol para evitar que la gente de la oficina me viera la cara amoratada por los golpes de Álex. Mientras bajábamos las escaleras, me preguntaba si Andrew habría venido a recogerme. La verdad es que no me apetecía causarle más problemas con su mujer y no quería volver a ilusionarme nuevamente, le amaba demasiado y en el fondo esa era mi perdición.

Salimos a la puerta las chicas y yo. Entonces vimos a Andrew fuera de su

coche esperándome.

—Buenos días, chicas.

—Buenos días, señor Andrew —contestaron todas.

—Buenos días, Sara. ¿Cómo te encuentras hoy? —me preguntó preocupado.

—Muy bien, gracias, señor, pero no hacía falta que viniera a por mí, ya le dije que con las chicas estaría bien.

—Ya te dije que iba a venir a por ti. Prefiero llevarte yo, no estoy dispuesto a que vuelva a ocurrir lo de anoche.

—Claro, Sara, con él estarás más segura —dijo Blanca.

—No seas tonta, sube al coche —dijo Violeta.

—Gracias, chicas —les dijo Andrew guiñándoles un ojo.

Me subí al coche, me puse el cinturón y ambos pusimos rumbo a la oficina.

—¿Has dormido bien, pequeña?

—La verdad es que no muy bien, he tenido varias pesadillas esta noche.

—Yo tampoco he podido pegar ojo, discutí con Lisa y me he marchado de casa.

—Andrew, no quiero que discutas con tu mujer por mi culpa, es mejor que nos olvidemos de todo esto, yo puedo arreglármela solita.

—Sara, ya te he dicho que estoy dispuesto a todo por estar contigo y esta vez no me va a importar nada, ni Lisa, ni la gente...

—Pero tú eres un hombre casado y con hijos y yo no quiero ser la causante de la ruptura de ese matrimonio.

—Mi matrimonio ya está más que roto, tú no eres la culpable.

—Aun así, yo sería incapaz de separarte de tus hijos.

—Pero no me vas a separar de ellos, yo voy a seguir siendo su padre y voy a seguir viéndolos, pero no voy a seguir viviendo con su madre, nuestra relación es más que insostenible.

—Andrew, yo no estoy preparada para empezar de nuevo con todo esto, he sufrido demasiado y no quiero volver a derramar ni una lágrima más por ti.

—Esta vez va a ser distinto, Sara, te lo prometo.

—¿Por qué has cambiado de dirección? ¿No vamos a la oficina? —pregunté.

—No, te voy a invitar antes a desayunar, estoy seguro de que no has comido nada.

—Sí, la verdad es que apenas he desayunado, pero no quiero más atenciones, Andrew.

—Ya sabes que para mí no hay pero que valga.

Andrew volvió llevarme a desayunar a aquel bar misterioso de hacía unos días. Esta vez había más gente que la anterior, varias parejas de compañeros y compañeras, me imaginaba que de alguna empresa cercana, sentados en la barra y aquel dichoso camarero del otro día.

—Buenos días, señores. ¿Qué van a tomar?

—Buenos días, yo querría un café y una tostada y mi novia ahora le dirá... —dijo Andrew mientras me miraba.

—Yo querría lo mismo, por favor —le dije al camarero.

—Perfecto, pueden tomar asiento y en unos minutos se lo acerco.

Nos sentamos en el mismo sitio de la última vez. Yo estaba bastante molesta por la situación de antes.

—¿Por qué le has dicho eso al camarero? —pregunté bastante ofendida.

—Porque es la verdad, tú eres mi novia y quiero que a él le quede muy clarito.

—Pero, Andrew, por favor, ese chico y yo apenas nos conocemos y que no se te olvide que tú eres un hombre casado y yo no soy tu novia.

—Eso va a cambiar a partir de ahora.

—Te veo muy seguro de ti mismo.

—Lo estoy, porque tarde o temprano tú vas a ser mi mujer.

Aquella frase me dejó más tocada todavía, mi vida estaba comenzando a cambiar de repente y yo todavía no me había dado cuenta.

Sobre las 18:00, Andrew y yo terminamos de presentar ante la junta directiva de la empresa el proyecto de Nueva York. Yo apenas hablé durante la reunión ya que, aunque me había maquillado mi ojo amoratado por el golpe de Álex no quería llamar mucho la atención, no se fueran a dar cuenta.

Terminada la reunión, salí de la sala de juntas mientras que Andrew se quedó allí unos instantes más, terminando de ultimar todos los detalles de nuestro viaje.

Tomé el pasillo dirección hacia nuestra oficina para continuar con mi rutina diaria, pero no había hecho más que dar unos pasos cuando me encontré parado frente a mí a Álex. Estaba con mejor semblante que el día anterior, ya que en aquel momento estaba totalmente ebrio. Tenía toda la cara llena de golpes y moratones. Jamás pensé que Andrew le fuese a pagar tan duro, pero en el fondo me alegraba porque se lo merecía.

Me puse tan nerviosa ante su presencia que mis piernas comenzaron a

temblar del miedo, aun recordaba sus golpes y todas esas palabras e insultos hirientes.

Él permanecía inmóvil y mirándome fijamente con cara de cordero degollado y suplicando una disculpa.

—Sara, ¿cómo estás? Siento mucho lo que pasó. Me gustaría hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar.

—Sara, por favor, he venido hasta aquí para recoger mi carta de despido y ofrecerte una disculpa por lo ocurrido.

—No creo que pueda perdonarte en mucho tiempo, lo que me hiciste no tiene nombre. Y ahora apártate de mi camino.

Álex se interpuso en mi dirección y agarró mi brazo para evitar que me fuese.

—No vuelvas a ponerme la mano encima —le grité llena de dolor mientras arrancaba su mano de mi brazo.

—Solo quiero que hablemos.

—No tenemos nada de lo que hablar.

—Claro, como siempre, estás muy liada con el trabajo y nunca tienes tiempo para mí.

Hice como que no le escuchaba y volví a poner rumbo a la oficina, muerta de miedo. Álex se volvió a acercar a mí y me volvió a agarrar el brazo apretándome con fuerza, su única intención era que le escuchase. ¿Para qué? No lo sabía, me imaginaba que para pedirme disculpas por lo ocurrido y para que volviese con él.

—Déjame en paz, no quiero volver a verte en mi vida, Álex.

—Claro, ahora a quien deseas es a ese imbécil del señor Andrew.

—¿Quieres bajar la voz?

—Me da igual, quiero que todo el mundo se entere de que tú no vales nada como mujer.

Observé como varios compañeros que estaban dentro de sus oficinas asomaron sus cabezas por encima de las mamparas, alertados por los gritos de Álex.

—Suéltala, imbécil, ¿no tuviste bastante con lo de ayer? —gritó Andrew, que irrumpió en el pasillo, me imagino que al escuchar el ruido.

—Andrew, por favor, no merece la pena... —le supliqué con lágrimas en los ojos.

De repente, empezó a salir gente al pasillo alertada por la situación. Yo me

moría de la vergüenza.

—No tienes por qué preocuparte, Sara, este capullo va a aprender a respetarte.

—Tú no tienes que meterte en esto, esto es algo entre ella y yo.

—Todo lo que sea con Sara es conmigo, ¿entiendes?

—Te he dicho que te largues, imbécil, desde que llegaste a nuestras vidas lo has estropeado todo.

—¿Olvidas que estás hablando con el dueño de la empresa?

—Y tú parece que has olvidado que Sara estaba conmigo antes de que llegases a su vida como su jefe tirano.

—Mire, señor Álex, no quiero tener que volver a golpearle como ayer, lárguese de mi vista. Ahora ya no pertenece a esta empresa, ha sido despedido.

—Claro, eso es lo que te interesaba, que yo estuviese lejos de la vida de Sara para poder acercarte tú. Ahora venga, niégalo delante de todos.

—Álex, deja de decir tonterías, ¿te has vuelto loco? —le grité llorando.

—Tú y él habéis conseguido volverme loco, cómo has podido enrollarte con un hombre como él, vas a ser una desgraciada toda tu vida.

Andrew se acercó a él y lo cogió por el cuello de la camisa mientras le apretaba con fuerza.

—Andrew, por favor, déjalo, no merece la pena —le suplicaba entre lágrimas.

—Andrew, amigo, ya hemos llamado a seguridad, este hombre jamás volverá a pisar la empresa, ahora suéltalo —le alentaba Juan.

—Tienes razón, no merece la pena. Ahora solo te digo una cosa, hombrecillo de poca monta, no vuelvas a molestar a Sara ni vuelvas a acercarte a ella, porque te juro que te mato.

—Claro, eso es lo que quieres, que me aleje para poder acercarte tú, sé que estás enamorado de ella.

—Lo que yo sienta por Sara no es asunto tuyo ni de nadie, ahora lárgate de una maldita vez. —Andrew le soltó del cuello y le empujó contra la pared.

Mientras todos nos miraban asombrados a ambos, creo que estarían como yo, no podrían creer lo que Andrew había dicho. «¡Madre mía! ¿Qué va a pasar ahora?», pensé. Andrew había dado a entender que sentía algo por mí.

Yo seguía ahí parada inmóvil, me temblaban las piernas del miedo y de la vergüenza por la situación. Divisé entre la multitud a mis compañeras, todas

bastante preocupadas por la situación vivida en aquellos momentos.

Los de seguridad obligaron a Álex a abandonar aquel recinto, no sin antes, mientras se marchaba, maldecirme una y otra vez.

—Te juro, Sara, que te vas a arrepentir de esto. No voy a descansar hasta que pagues por ello.

—No te atrevas a volver a acercarte a ella, imbécil, porque te juro que esta vez te mato, ella es sagrada y jamás vas a volver a ponerle un dedo encima — le gritaba Andrew mientras se lo llevaban de los pasillos. Se acercó hacia mí.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo ese desgraciado?

—No, tranquilo, estoy bien.

—Menos mal. Bueno, señores, ya se acabó el espectáculo, vuelvan todos a sus puestos de trabajo ahora mismo —dijo Andrew mientras dirigía su mirada al resto.

—Sí, Andrew, eso está hecho. Venga, vamos, chicos, todos a trabajar —les ordenó Juan.

Todos comenzaron a desalojar el pasillo. Las chicas me miraron con cara de preocupación, pero yo les hice un gesto para que se fueran, no quería que las regañaran por mi culpa.

—¿Estás bien, amigo? —le preguntó Juan a Andrew.

—Sí, Juan. Quiero que esta persona, si se le puede llamar así, no vuelva a poner un pie en esta empresa ni vuelva a hacerle más daño a Sara.

—Tranquilo, daré la orden abajo. Tú, Sara, ¿necesitas algo?

—No, gracias, señor Juan, solo estoy un poco nerviosa, pero se me pasará.

—Juan, cancela la reunión que tenemos dentro de una hora con los asesores. Sara y yo nos vamos, ella debe descansar y yo estoy agotado de todo lo vivido, necesitamos desconectar.

—Está bien, no te preocupes. Si ocurre algo, ¿dónde puedo localizarte?

—Sara y yo estaremos en mi apartamento, no pienso dejarla sola en su casa para que ese imbécil vuelva a hacerle daño.

—Está bien, idos tranquilos los dos. Cualquier cosa, te aviso.

Me sentía confusa por todo lo vivido y ahora encima Andrew pretendía llevarme a su apartamento. De repente, recordé nuestra primera noche de pasión en su lujoso chalé. No sé si estaba preparada para volver a estar a solas con él. Entonces me di cuenta de que aquello había conseguido que me olvidara por un instante de todo lo vivido aquella mañana.



Andrew me agarró de la cintura y caminamos hacia el ascensor.

—¿De verdad que ese imbécil no te ha hecho nada?

—Sí, Andrew, estoy bien. Ahora solo quiero pedirte que por favor me lleves a mi casa, no quiero ir contigo a ese apartamento.

—Olvídalo, Sara, no pienso dejarte allí sola. ¿No te das cuenta de que me importas demasiado?

—Ahora me empiezo a dar cuenta de eso, pero, Andrew, no quiero que la gente piense cosas que no son.

—Pequeña, me da igual lo que la gente piense, estoy dispuesto a todo por estar contigo.

El ascensor se abrió en el parking, y juntos caminamos hacia el coche de Andrew.

—¿Por qué no me llevas a casa de mis padres? Ahí también estaré bien.

—Ya te he dicho que no, quiero estar seguro de que estás bien y eso solo puede pasar si estás conmigo.

Mientras me daba una ducha con agua bien caliente en aquel apartamento, analizaba cómo había sido mi vida desde hacía unos meses, tan distinta a lo que un día pude imaginar. Siempre pensé que terminaría la carrera, encontraría un trabajo de lo mío y tarde o temprano conocería al que sería el hombre de mis sueños, pero nunca me imaginé que ese hombre pudiese ser Andrew y que fuera a traer tanto sufrimiento y dolor a mi vida.

Pero mi cabeza estaba bloqueada, no sabía cómo manejar aquella situación, me sentía muy confusa. Si intentaba apartarme de él e irme de la empresa, me buscaba y me rogaba que volviese a su lado y yo era débil ante eso, aún le seguía amando demasiado y no podía dejarle solo. Mi corazón se negaba a aceptar la lógica de mi derrota, parecía inmune a todo lo que Andrew me hizo un día y solo cuando estaba con él era como si todo lo anterior hubiese sido un mal sueño.

—¿Estás bien, pequeña? —Escuché la voz de Andrew al otro lado de la puerta—. Llevas mucho rato ahí dentro, ¿te pasa algo?

—No, tranquilo, estoy bien, Andrew.

—Te estoy preparando algo de comer, te he dejado en mi habitación mi pijama, no sé si te estará bien, pero quiero que estés cómoda.

—Gracias.

Cuando ya me hube secado, entré a la habitación de Andrew y cogí el pijama que me había dejado encima de su cama. Le escuché a lo lejos hablar por teléfono, así que cerré la puerta y me lo puse. La verdad es que no me sentaba tan mal como yo pensaba. Me recogí el pelo en una coleta y me dirigí a la cocina. Al entrar, escuché a Andrew discutir con alguien por teléfono.

—No, ya te he dicho que no vamos a llegar a ningún acuerdo más, esto se terminó, quiero que me prepararen los papeles desde este preciso momento, ahora no estoy a miles de kilómetros y las cosas han pasado en España, así que se pueden arreglar desde aquí. Por cierto, quiero que me prepares los videos que te dije, los necesito para denunciar a este individuo, por suerte todo quedó grabado. No, ahora no vamos a ir, Sara está muy cansada y quiero

que descansa, ya mañana cuando nos levantemos la llevaré a que preste declaración y así podamos poner la denuncia. No, Juan, mañana no vamos a ir a trabajar, Sara y yo vamos a tomarnos unos días libres, quiero llevarla algún sitio a que se divierta y se olvide de todo. Gracias por todo, amigo, nos vemos la semana que viene.

Entonces colgó y dejó su teléfono encima de la encimera de la cocina.

—¿Todo va bien, Andrew?

—Pequeña, no sabía que estabas ahí. Ese pijama te sienta de maravilla, te ves preciosa hasta con algo para hombres —me dijo sonriente, pero con semblante de preocupación.

—Gracias, pero te he oído decirle a Juan que mañana no vamos a ir a trabajar.

—Eso es, mañana vamos a descansar y a tomarnos el día libre para los dos.

—Andrew, no quiero recordarte lo que ya sabes, eres un hombre casado y yo no estoy dispuesta a tener una relación contigo.

—Te he preparado algo de comer, ¿te gustan los espaguetis con queso?

Vaya, parecía que esa conversación no le interesaba mucho y por eso había decidido cambiar de tema.

—Sí, claro. Pero ¿no me digas que has cocinado tú?

—Por supuesto, señorita. ¿Con quién se piensa usted que está hablando? —me dijo sonriendo.

—Pues con alguien que tiene chofer, ama de llaves, jardinero y cocinera —le respondí entre risas.

—Qué poco me conoces. Es cierto que yo apenas cocino, pero eso no quita que me guste, además quiero consentirte —respondió sonriente ante mi anterior comentario.

Terminamos de cenar y recogí la mesa, dispuesta a ponerme a fregar los platos.

—¿Se puede saber qué intentas hacer?

—Recoger la mesa y fregar lo que hemos ensuciado.

—De eso ni hablar, ya mañana la señora Pilar se encargará de limpiarlo todo. Además, es muy tarde y debes de estar cansada, así que nos vamos a ir a dormir.

—Es cierto, dormir. Andrew, aún no sé dónde voy a dormir.

—¿Cómo que dónde vas a dormir? Por supuesto que conmigo.

—¿Qué? ¿Estás loco? Yo no pienso dormir contigo.

—Pues déjame decirte que no hay más camas disponibles en este apartamento. Cuando vivía en el chalé tenía más estancias, pero este apartamento solo cuenta con una habitación.

—No puedo creerlo. Pues entonces dormiré en el sofá.

—No pienso permitirlo, señorita testaruda. Usted va a dormir conmigo. No tienes por qué tenerme miedo, no va a pasar nada que tú no quieras, solo vamos a dormir.

—Aun así, Andrew, yo no quiero...

Él me interrumpió.

—Que no se hable más, ya me he cansado. —Entonces me cogió en brazos y me llevó hasta su habitación. Y me soltó justo enfrente de su cama—. Muy bien, ¿qué lado prefieres para dormir, el derecho o el izquierdo?

—Eres odioso, siempre hay que hacer lo que tú quieras.

—Yo también te quiero, pequeña. Ahora dime: derecha o izquierda.

Sin decirle nada me dirigí hacia el lado derecho y me metí en la cama. Estaba furiosa, cada vez que intentaba alejarme él me lo hacía más y más difícil.

—Muy bien, buena elección.

Ambos nos acurrucamos sin movernos. Yo me pegué lo máximo posible al borde la cama y él se quedó en el centro tumbado boca arriba y mirando al techo. Yo apenas le miré, me volví hacia el lado opuesto e intenté dormirme, aunque no creía que fuera a pegar ojo en toda noche sabiendo que él estaba detrás de mí.

—¿Estás dormida ya?

—No, Andrew, aún estoy despierta. ¿Qué quieres ahora?

—Sé que estás enfadada, ¿tan poco te gusta tener que dormir a mi lado?

—No es eso, duérmete ya. Es muy tarde.

—Entonces ¿por qué te molesta tanto?

—Porque estás casado y yo dormida a tu lado parezco tu amante furtiva.

—Sara, mírame, por favor.

Me volví hacia su lado para ver qué quería decirme.

—No eres mi amante, eres la persona con la que quiero compartir el resto de mi vida.

—Andrew, a veces pienso que quizás te estás precipitando y que realmente no tienes claro cuáles son tus sentimientos por mí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando comenzamos una relación en su momento nunca fuiste sincero conmigo, siempre eludías ciertos temas. Luego, de la noche a la mañana, desapareciste sin dejar señal y cuando fui a buscarte para hablar contigo no tuviste las agallas de hacerlo y enviaste a Juan para que me dijese que estabas casado, que tenías dos hijos y que te dejara en paz. Después me trataste supermal, me dijiste que solo me querías para llevarme a la cama. Y ahora de repente me dices que me amas y que soy la mujer de tu vida. De verdad que no sé qué pensar, me siento confusa.

—Yo también lo estaría después de todas las cosas que te hice, pero quizás si conocieras mi versión entenderías por qué me porté así contigo.

—¿Tu versión?

—Sí, pequeña, hay una parte oscura detrás de todo esto que desconoces, pero creo que ha llegado el momento de revelártela para que ambos podamos poner un punto y aparte en esta relación.

Me quedé en silencio, mirándole fijamente a aquellos ojos azules que me cautivaban cada vez más.

—Creo que voy a empezar por el principio. La primera vez que te vi en aquel bar irlandés, hubo algo en ti que me llamó mucho la atención. No sabía qué era, pero cada vez que te veía por la mañana hablando con Thomas no podía dejar de mirarte. Recuerdo una mañana que te descubrí mirándome y te sonrojaste cuando me di cuenta. Después de eso intente apartarte de mi mente, pero me era casi imposible, estabas todo el tiempo en mi cabeza y eso en cierto modo me gustaba. Me di cuenta de que necesitaba hablar contigo, pero como no sabía cómo, decidí tropezar aquella mañana que ibas distraída. ¿Recuerdas nuestra primera conversación? Porque yo jamás la olvidaré. Después de aquello mi única motivación era volver a verte a la mañana siguiente. Poco a poco comenzamos a entablar una bonita amistad que para mí se convirtió en mi pequeño refugio del día a día, solo contigo me sentía bien y podía ser yo mismo. Después de eso me di cuenta de que cada vez me gustabas más y más y estaba comenzando a experimentar una atracción casi imparable por ti, pero algo me hacía detenerme y recordar que era un hombre casado. Por eso aquella mañana cuando estaba dando aquella entrevista para aquel famoso periódico evité saludarte. En cierto modo me sentí fatal porque sabía que te había hecho daño, pero seguía repitiéndome a mí mismo que no podía verte ni desearte con otros ojos más allá de la amistad. Después de aquello recuerdo que te enfadaste mucho conmigo y optaste por ignorarme aquella mañana en la

ibas acompañada por aquel chico. Recuerdo que aquello me dolió mucho y en cierto modo me dieron celos al verte acompañada de otro chico que me hicieron plantearme que estaba comenzando a obsesionarme por algo imposible y que, quizás al estar prohibida para mí, me aferraba más a la idea de tenerte. Recuerdo que estuve dos semanas sin aparecer por el bar. Intenté olvidarme de todo aquello, pero me costaba mucho concentrarme en el trabajo, tenía todo el tiempo tu recuerdo en mis pensamientos y por eso decidí que lo mejor sería hablar contigo y zanjear las cosas de una vez por todas. Por suerte, aunque al principio te enfadaste un poco y te hiciste la interesante conmigo, luego aceptaste mi perdón y todo volvió a ser como antes. Días después, me enteré por la señora Moore que ibas a cantar ese sábado en el bar. Algo en mi interior me decía que tenía que ir a verte, pero por otro lado me repetía a mismo: «Andrew, te estas empezando a enganchar demasiado, esto no te va a traer nada bueno». Pero era más el deseo de verte y escucharte cantar que escuchar a la propia razón. Cuando te vi allí subida cantando y bailando pensé: «Esta chica tiene que ser para mí», pero me daba rabia no haberte conocido en otras circunstancias y tener que conocerte ahora que estaba casado. Por eso, cuando te acompañé a tu casa caminando aquella noche en la que creo recordar que casi se me escapa todo lo que sentía por ti, decidí marcharme unos días a Irlanda a ver a mi familia. Solo de esa manera pensaba que tal vez me olvidaría de esa atracción desmedida que sentía por ti cada vez que te veía. Pero en Irlanda no logré olvidarme de ti. Cuando vi a mi mujer, me di cuenta de que ya no sentía lo mismo por ella y cada vez que me daba un beso o me pedía que le hiciera el amor en mi recuerdo solo estabas tú. Por eso pasado esos días decidí volver a España, le conté todo lo que me estaba pasando a Juan y este me aconsejó que me olvidase de ti y que saliéramos con los compañeros de la oficina a una discoteca a tomarnos unas copas y a divertirnos un rato. Pero parece que el destino quería que volviéramos a cruzarnos y entonces fue cuando nos volvimos a ver. Recuerdo que te pusiste muy nerviosa y te fuiste superrápido de la barra. A mí me pasó lo mismo y, claro, ya no podía dejar de buscarte con la mirada. Cuando te observé bailando en la pista con otro chico se me encendió el alma. Me dio tantos celos el pensar que ese chico pudiese gustarte que sin pensármelo dos veces hablé con Carolina, una compañera de la otra oficina central, y le rogué que me siguiera la corriente. Juan me dijo que estaba totalmente loco, pero me dio igual, lo único que quería era bailar contigo y quitarte a aquel chico de

encima. Reconozco que quizás me pasé un poco, pero no podía evitarlo, me gustabas demasiado y te quería solo para mí. Recuerdo que comenzamos a bailar y sentí el fuerte impulso de decirte que me gustabas. Me sentía tan atraído por ti... Te veías tan sensual bailando que me dieron ganas incluso de besarte y fue entonces cuando tú saliste huyendo sin dar ninguna explicación, pero eso no me detuvo. Corrí detrás de ti dispuesto a decirte todo lo que sentía y eso fue lo que hice. Me di cuenta de que ya no podía aguantar más ese deseo de estar junto a ti. Sin darme cuenta me estaba empezando a enamorar, por suerte ese amor era correspondido por ti también y eso me hizo en aquellos momentos el hombre más feliz del mundo. Jamás podré olvidar nuestro primer beso, ha sido el momento más bonito de toda mi vida.

Me sonrojé ante lo que me estaba contando.

—Seguro que ha habido momentos más importantes en tu vida, Andrew.

—Hasta antes pensaba que sí, pero después de aquel día te puedo asegurar que no. Bueno, continúo. Pues, como te decía, después de aquello comenzamos una bonita relación que cada día se fue convirtiendo en algo más y más especial. A veces sentí las ganas de revelarte lo de que estaba casado, pero cuando me contaste lo que habías sufrido por amor me di cuenta de que aquello te haría mucho más daño y por eso opté por no decirte nada.

—Claro, era mejor callar que decir la verdad —le eché en cara.

—Ya sé que no estuvo bien, pequeña, pero no quería perderte, te amaba demasiado y comencé a darme cuenta después de que hiciéramos el amor. A partir de ahí no podía despegarme ni un segundo de ti, te necesitaba en mi vida al 100 %.

—Y entonces ¿qué pasó, Andrew, para que cambiaras conmigo de la noche a la mañana?

—Aquí viene la parte de mi vida que desconoces. Una noche, después de cenar contigo, cuando llegué a casa me llamaron de un hospital de Irlanda diciéndome que Lisa estaba muy grave debido a que había tenido un accidente de tráfico, por eso inmediatamente me marché hacia Irlanda sin apenas poder despedirme de ti. Lisa estaba bastante grave debido a los traumatismos sufridos en el accidente y la única persona que quería que estuviese a su lado era yo. Me contaron sus familiares que Lisa llevaba varios días bebiendo sin parar, ya que pensaba que yo no la quería como antes y que había decidido remplazarla por alguna mujer de España. Cuando la vi tan pálida y casi al borde de la muerte, me sentí tan culpable, tenía tantos remordimientos de que

por mi culpa hubiese pasado aquello que decidí olvidarme de ti y permanecer al lado de Lisa. Por solo pensar en mí había hecho daño a una persona inocente. Por suerte, Lisa se recuperó y en cuanto estuvo bien del todo le dije que quería que se vinieran ella y los niños a pasar una larga temporada conmigo a España, solo así pensaba que las cosas entre nosotros se arreglarían y podría sentirme bien conmigo mismo por el mal que le había causado. En el fondo también me sentía mal por haber desaparecido de tu vida sin dar ninguna explicación, pero me aferré a ese sentimiento de culpabilidad y para no haceros más daño a ambas decidí romper con lo nuestro. Pensé que después de aquellas dos semanas en que no di señales de vida te olvidarías de mí, pero fue imposible. Cuando la recepcionista me dijo que estabas en las oficinas centrales preguntando por mí, no podía creerlo. En ese momento estaba con Lisa y no podía bajar a hablar contigo, por eso le dije a Juan que te dijera la verdad y que te olvidaras de mí. Me sentí tan mal en aquel momento... Yo aún estaba muy enamorado de ti y sabía que esto acabaría por destruirte.

—Pues sí lo conseguiste, pero, por suerte, de todo se sale en esta vida.

—Siento mucho lo que tuve que hacer, pero pensé que odiándome por todo lo que te había hecho te olvidarías de mí. Después de que Juan hablase contigo, recuerdo que ambos nos cruzamos en el ascensor. Cuando te vi la cara tan pálida y rota de dolor, quise morirme por dentro. Me sentía tan culpable por lo ocurrido que guardé ese simple recuerdo, pensando que jamás volvería a verte. Pasaron los meses y mi matrimonio iba de mal en peor, la relación con Lisa era insostenible, no me apetecía hacerle el amor y cada vez me gustaba menos su forma de ver la vida y entender las cosas. Me preguntaba: «Andrew, ¿cómo te pudiste casar con ella? ¿Qué te atrajo de Lisa?». Varias veces quise separarme, pero ella siempre manipulaba a los niños de tal manera que incluso Arthur, mi hijo, me dijo que, si me separaba de su madre, me odiaría por toda la vida. Eso me hizo dar marcha atrás y seguir junto a ella a pesar de no amarla.

Pasados unos meses cambié, como sabes, mi oficina central por la otra secundaria y entonces fue cuando por casualidades del destino volví a cruzarme contigo. Cuando nos presentaron y te vi ahí parada frente a mí tan cambiada y tan guapa, me quedé atónito y apenas podía articular palabra. Me di cuenta de que aún seguía enamorado de ti, pero lo nuestro no podía ser y por eso intenté apartarte de mi mente y demostrar total desinterés por ti,



aunque por dentro me estuviese muriendo. Por eso pensé que lo mejor sería tratarte mal, solo de aquella manera me odiarías aún más y te apartarías de mi camino, pero me salió el tiro por culata.

—¿Por qué dices eso? —pregunté sorprendida.

—Porque no contaba con que se te acercaría otro chico.

—¿Lo dices por Álex?

—Sí, por él. Cuando empecé a ver que le interesabas me moría de celos y eso me hizo volverme loco y comenzar a persuadirte para que rompieras con él. Pagué toda mi furia contigo e incluso te hice quedarte un día más de la cuenta para terminar un informe que no necesitaba.

—Ya, lo recuerdo, siempre supe que lo hiciste a posta.

—Ya lo sé y te pido disculpas, pequeña, pero escuché que él te había invitado a cenar y me moría de celos solo con pensar que ese imbécil pudiese intentar besarte o llevarte a la cama. Reconozco que me pasé, pero eso no impidió que cada vez él se interesara más por ti. Recuerdo aquella cena de navidad que incluso te sacó al escenario a cantar con él. Después de aquello me volví loco, comencé a beber en la barra para desahogar mi dolor y cuando te vi bailando junto a él en la pista saqué a Lisa solo con la esperanza de que tú aún siguieras sintiendo algo por mí y pudieses sentir en carne propia todos los celos que yo sentía cada vez que te veía junto a él. Me di cuenta de que al verme besando a Lisa te marchaste inmediatamente de la pista de baile y por eso decidí seguirte y enfrentarte, pero cuando me dijiste que mis besos te daban asco y que los únicos que te interesaban era los de Álex, me acabaste volviendo loco del todo y solo sentía rabia, ganas y deseos de besarte. Por eso te tomé a la fuerza y te besé. Aún recuerdo el dolor de tu bofetada, pero luego con el segundo beso caíste rendida a mis pies. Eso me hizo darme cuenta de que aún seguías enamorada de mí. Después de aquello, decidí hacer todo lo posible para conseguirte y por eso te nombré mi secretaria. Solo quería que estuvieras todo el tiempo a mi lado y así poder tenerte solo para mí. A Lisa le extrañó que entre todas las chicas te hubiese escogido a ti y por eso empezó a sospechar que entre tú y yo podía haber algo. Por eso te habló de aquella manera aquel día que irrumpiste en la oficina. Después de eso, la cosa se complicó. Ella cada vez me pedía más y más que le hiciera el amor y yo siempre acababa esquivándola. Cuando me enteré de que tú y Álex erais novios me llené de furia, y recuerdo que te dije que nunca me habías interesado como mujer, que solo había pretendido llevarte a la cama. Estaba

totalmente despechado, pero cuando te vi desmayada aquella noche en el pasillo acabé arrepintiéndome de todo lo que te había hecho y me di cuenta de que eras la mujer de mi vida y por eso decidí intentar reconquistarte. Estaba cansado de continuar con un matrimonio que era una farsa y decidí pensar solo en mí, en lo que quería en ese momento, y eso que tanto anhelaba eras tú.

—Andrew, yo...

—No digas nada, por favor. Solo quiero pedirte que, por favor, me des la oportunidad de volver a estar a tu lado, es lo único que deseo en esta vida. Te quiero, Sara.

—Yo también te quiero, Andrew, jamás he dejado de hacerlo. Si comencé a salir con Álex fue para tratar de olvidarme de ti.

—Lo sé, pequeña, siempre lo supe.

Andrew se acercó más hacia mí y entonces nos besamos, aquel beso fue tan intenso y pasional que unas cosquillas me recorrieron todo el estómago, sentí deseos de acariciarle y dejarme llevar por toda la pasión y atracción que sentía por él.

—Sara, quiero hacerte el amor —me susurró al oído.

«¡Ay, dios mío!», pensé. «¿Qué hago? Yo también quiero. Estoy deseándolo». Ese hombre me volvía loca, su olor, su intensa mirada de ojos azules, sus tiernas palabras, aquella revelación que me acababa de hacer... Le necesitaba tanto que no iba a poder negarme ante él.

—Andrew, te necesitaba tanto, mi amor... —le dije mientras me besaba.

En ese momento sucumbí ante él. Me quitó la camiseta que llevaba puesta y comenzó a besarme el cuello mientras cada vez iba bajando más hacia abajo.

—Oh, Sara, eres preciosa, me encantas toda tú —me decía mientras continuaba haciéndolo.

Aquello me hizo sentir que la sangre me hervía aún más todavía de deseo y de pasión. Oh, dios, ese hombre era maravilloso, cómo podía hacerme sentir todo aquello con unas solas palabras.

Andrew continuó besando y acariciando cada centímetro de mi piel. Comenzó a tocar con sus finos dedos mis senos, los apretó, los acarició y entonces paseó su lengua por ellos. Era como si tratara de recordarlos.

—Sara, me vuelve loco el aroma de tu cuerpo —me susurraba al oído.

Sus palabras hacían que me encendiera más y más. Desde luego que mi dios griego era todo un seductor cuando quería. Acto seguido, comenzó por masajear y acariciar mi sexo.

—¿Te gusta, pequeña? —me preguntó.

—Sí, mi amor, me vuelves loca.

Andrew introdujo sus dedos dentro mi sexo y comenzó a hacer movimientos circulares en su interior. Yo me movía agitada y caliente, ansiando tenerle dentro de mí. Le observé y su exigente boca sonrió y me incitó con la mirada para que posara mi sexo en ella. Lo hice y exploté y jadeé nada más notar su contacto. Andrew me agarró por las caderas y me hizo apretar mi sexo contra su boca. Me sentí extraña, perversa, en aquella postura.

Él estaba boca arriba y yo me encontraba sobre él, moviendo mi sexo sobre su boca. Me gustaba. Me enloquecía. Noté cómo el orgasmo crecía en mí mientras me agarraba por la parte superior de los muslos y me devoraba totalmente. Su lengua entraba y salía de mí cada vez con más rapidez. Mil sensaciones tomaron mi cuerpo. Era suya. Suya completamente. Él me lo hacía saber con su posesión, y cuando cogió mi clítoris con cuidado entre sus dientes y noté que tiraba de él, grité y enloquecí.

—Sara, vuelve a tumbarte en la cama —me ordenó, parando por un momento.

Con la respiración entrecortada, lo hice.

—Abre las piernas, pequeña, quiero verte —me exigió, totalmente enloquecido. Yo le hice caso.

Se quitó la parte de arriba del pijama y lo lanzó a una esquina de la habitación. Sus bíceps eran impresionantes. Luego hizo lo mismo con su pantalón.

Ya desnudos y totalmente expuestos el uno al otro, comenzó besando mi barbilla. Su boca bajaba por mis pechos. Se entretuvo en mis pezones hasta endurecerlos de nuevo, y después utilizó sus dedos para excitarlos. Siguió bajando hasta llegar a mi ombligo, y noté como mi respiración volvía a acelerarse. Sentí como su boca llega hasta mi vagina, la besaba y me volvía a abrir las piernas. Su boca se posó en mí de nuevo. Me chupó. Me succionó. Y yo jadeaba mientras me abría de piernas totalmente para que tomara todo lo que quisiera de mí.

Jadeé... Jadeé e intenté cerrar las piernas.

No me lo permitió.

Sus dientes ahora mordisqueaban uno de mis labios internos y yo creía morir. Me movía, gemía enloquecida, y abrí más las piernas. Su juego me gustaba y me excitaba. Paseó su mano suavemente por mi trasero. Me cogió de

las nalgas y me apretó contra su boca.

—Me encanta tu sabor, pequeña —me repitió mientras apretaba mis muslos y rasgaba el preservativo que sacó del cajón de su mesita de noche—. Abre las piernas para mí.

Hice lo que me pedía y entonces su cuerpo encajó con el mío. Sentí su pene duro contra mi húmeda vagina.

—¿Qué quieres, pequeña? ¿Qué quieres que te haga en estos momentos? Venga, pídemelo. Sé que lo estás deseando.

¡Dios mío! Ese hombre conseguía volverme loca en la cama. Me moví, impaciente y húmeda. Le miré a los ojos y le dije:

—Andrew, te quiero dentro de mí.

Le vi sonreír. Entonces me tocó y me abrió los labios vaginales para introducir la totalidad de su pene en mi interior. Apenas me moví.

—¿Es esto lo que querías? —me preguntó.

Asentí. Casi no podía hablar. Contuve un gemido mientras sentía que mi cuerpo volvía a arder. Me pellizcó suavemente los pezones y me sonrió cuando se dio cuenta de que había entrado demasiado bien.

La cama cada vez se movía más y más deprisa. Y, sin sacar su pene de mí, se puso de rodillas sobre la cama. Me sujetó las caderas con las manos y comenzó un bombeo infernal. Dentro... Fuera... Dentro...

Tenía la sensación de que me iba a partir en dos de tanto placer.

Escuché sus jadeos, su respiración entrecortada a escasos metros de mí. Cada vez abría más las piernas para él. Y entonces estallé en mil pedazos. Acababa de correrme. Era como una muñeca entre sus manos, y paladeé la plenitud de su posesión. Entonces se inclinó sobre mí y, tras una salvaje embestida final, oí su gruñido de satisfacción.

Ambos nos tumbamos sobre la cama, exhaustos por el momento vivido anteriormente. Le miré a los ojos y todavía no me creía que estuviera ocurriendo todo eso.

Andrew se acercó y me abrazó.

—Gracias, princesa, me has hecho el hombre más feliz del mundo. Te necesitaba tanto...

—No, las gracias te las tengo que dar yo por hacerme sentir tan amada.

—Sara, quiero que estés conmigo, no estoy dispuesto a perderte otra vez.

—Pero, Andrew, tu mujer Lisa...

—Lisa ya sabe que me quiero divorciar de ella y tarde o temprano tendrá

que entenderlo.

—Pero ¿y tus hijos?

—No te preocupes, mi amor, todo va a estar bien con ellos. Pienso pedir la custodia compartida y, aunque al principio su madre los envenenará en mi contra, tarde o temprano se darán cuenta de que yo los voy a seguir queriendo.

—No sé si todo esto es buena idea, Andrew.

—Tranquila, todo va a salir bien porque estamos juntos. Ahora quiero que duermas, mañana después de ir a poner la denuncia a ese desgraciado te tengo preparada una sorpresa.

—Andrew, no estoy segura de querer denunciarle, no quiero tener que volver a verle la cara en un juicio.

—Sara, no me hagas enfadar, lo vamos a denunciar. Ese tío te ha amenazado y estoy seguro de que no se va a quedar tranquilo.

—Está bien. Pero estoy muerta de miedo. Nunca he denunciado a nadie — dije acariciándole el pelo.

—No te preocupes, yo estaré contigo.

Sonó el despertador. Eran tan solo las 09:00 de la mañana. Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que Andrew estaba todavía tumbado a mi lado mirándome fijamente. Le sonreí al darme cuenta y me puse algo nerviosa. ¿Cuánto tiempo llevaría mirándome? Qué vergüenza, ¿y si había roncado? Mi subconsciente me decía: «¡Sara, relájate!».

—Eres preciosa incluso dormida.

—Andrew, por favor, no me digas esas cosas, que me muero de la vergüenza.

—Pero ¿por qué no? Si es la verdad, eres preciosa. Por cierto, te tengo preparada una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Sí, ayer con todo lo que pasó me olvidé de dártela.

—Andrew, no me gustan las sorpresas. ¿En qué estás pensando?

—Pequeña, hoy es 14 de febrero. Es nuestro primer San Valentín juntos y quiero demostrarte todo mi amor invitándote a pasar unos días conmigo en París.

—Tu y yo ¿juntos en París? —exclamé sorprendida, pero a la vez feliz por su sorpresa.

—Sí, ¿no te parece una buena idea?

—Claro que sí, me encantaría viajar contigo a París. Pero no sé... si tu mujer y tus hijos...

Me interrumpió.

—No te preocupes por ellos. Hablé con Lisa y le dije que estaría fuera unos días. Por si necesitaba llamarme por algún asunto de los niños. Tú solo preocúpate de lo bien que nos lo vamos a pasar los dos juntos.

—Andy, gracias por ser tan bueno conmigo.

—Me has llamado Andy... Hacía tanto tiempo que no lo hacías. Gracias a ti por haberme devuelto la felicidad. Y ahora, pequeña, vamos a darnos prisa porque el avión sale a las 18:00 de la tarde y tenemos muchas cosas por hacer. Tenemos que ir a denunciar al desgraciado ese y luego a comprarte ropa.

—¿A comprarme ropa? No hace falta, Andrew.

—Sí que hace falta, no podemos viajar a París sin ropa.

—Pero puedo ir a mi apartamento y coger algo de allí.

—No, señorita testaruda. Quiero regalarte ropa nueva y no vas a contradecirme por ello también.

—Aunque lo haga, vas a hacer lo que quieras al final —respondí entre risas.

—Por supuesto —me respondió también riendo mientras se abalanzaba encima de mí y me llenaba de besos y arrumacos.

—Andrew, estás loco.

—Sí, pero loco por ti, mi amor.

—¿Por qué siempre consigues de mí lo que quieres?

—Porque no puedes negar, pequeña, que estás enamorada de mí hasta las trancas. —Me reí ante tal comentario, tenía toda la razón.

—Es cierto, me tiene hechizada, señor presidente.

Ambos nos volvimos a reír

—Bueno, preciosa, vamos a prepararnos rápido.

—¿Y hasta cuándo vamos a estar? —pregunté mientras me levantaba de la cama.

—Hasta el martes. Ya he hablado con Juan y le he dicho que no cuente con nosotros durante unos días.

—Andy, no sé si será lo correcto, sabes que esto va a dar de que hablar en la oficina y más después de todo lo que pasó ayer.

—Lo sé, pequeña, pero me da igual. Yo soy el dueño de la empresa y tú eres mi empleada y si yo decido darte unos días libres pues es problema nuestro, no de los demás.

—Ya, pero ¿sabes cómo va a mirarme la gente de la oficina a partir de ahora?

—Eso no debe importarnos.

—Pero ¿y si se entera tu mujer?

—Lisa a estas horas ya se habrá enterado por algún cotilla de la oficina, pero me da igual, pequeña. Estoy dispuesto a todo por estar contigo.

—Andy, tengo que avisar a las chicas de por qué no he pasado la noche en casa. Deben de estar preocupadas.

—No te preocupes, le dije a Juan ayer por teléfono que les avisara que ibas a pasar la noche en mi apartamento para mayor seguridad.

—Pero debo avisarlas de que me voy a ausentar de Madrid por unos días.

—Está bien, preciosa, cuando llegemos a París llama a algunas de ellas y así te quedas más tranquila.

Después de una mañana llena de gestiones, en las que nos pasamos varias horas en la comisaria poniendo la denuncia a Álex y luego varias horas más comprando ropa, casi no llegamos a tiempo al aeropuerto. Enrique, el chofer de Andrew, nos acompañó hasta la zona del *check-in* y nos ayudó con las maletas. Nos deseó un buen viaje y desapareció entre la multitud de viajeros.

A las 17:50 embarcamos en el avión que ponía rumbo a la ciudad del amor. Ambos ocupamos nuestros asientos. Yo estaba un poco nerviosa, nunca había viajado en avión.

—¿Qué te pasa, pequeña? ¿Estás nerviosa?

—Sí, un poco. Es la primera vez que me subo a un avión.

—No te preocupes, preciosa, todo va a salir bien. Dame tu mano. Ahora estamos juntos y nada puede salir mal.

Su comentario me tranquilizó. No dejaba de mirar por la ventana y de preguntarme cuánta velocidad y altura cogería este cacharro. No sabía si estaba más nerviosa por viajar en avión por primera vez o por la persona con la que viajaba.

—Pequeña, no puedo creer que vaya a París contigo. He soñado con este momento tantas veces...

—Pues créetelo, Andrew, estamos juntos.

—Sara, quiero enseñarte París, no sabes lo bonito que es. Quiero que visitemos la torre Eiffel, la catedral de Notre Dame... Hay tantas cosas que quiero enseñarte...

—Claro que sí, Andrew, visitaremos todo lo que quieras.

—¿Y sabes lo mejor de todo? Que pienso hacerte el amor a todas horas —me susurró al oído.

Me puse roja como un tomate y un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo. Creo que ese comentario había logrado desestabilizarme por completo.

Pero mi hermoso dios griego continuó con sus comentarios picarones.

—¿Sabes una cosa? Siempre he soñado con hacer el amor en el baño de un avión —me susurró.

Le miré con cara sorprendida, pero entendí su indirecta. Estaba tratando de ver hasta donde llegaba yo. Decidí seguirle el juego, en fondo me gustaba comportarme así con él.

—Quizás ha llegado el momento de cumplir su sueño, señor presidente. Discúlpeme, por favor, tengo que ir un momento al baño a retocarme el maquillaje.

Andrew me miraba con una sonrisa pícaro y algo sorprendido ante dicho comentario.

Me levanté de mi sillón y caminé con paso decidido hasta el baño. Por los pasillos me crucé con una de las azafatas, que llevaba un carrito con café y dulces de leche. Continué hacia el baño. Mi subconsciente me decía: «Muy bien hecho, Sara, le has dejado KO. Andrew no se atreverá a continuar con el juego y tú has logrado desestabilizarle ante tal indirecta».

Me encerré en el baño y me miré al espejo. Decidí retocarme el maquillaje y justo en ese momento tocaron a la puerta.

—Está ocupado —contesté.

Continuaron tocando.

—¿No me escucha? Está ocupado —repetí.

Pero continuaron tocando, y entonces se me vino a la cabeza Andrew.

Abrí la puerta y este entró rápidamente dentro, volviendo a cerrar la puerta con llave.

—¿Pensabas que no iba a venir? —me preguntó mientras sus manos rodeaban mi cintura y ambos nos estampábamos contra la pared del baño.

—Ahora vas a tener que cumplir ese sueño que dices que siempre has tenido —le dije mientras le agarraba el pelo con las manos y buscaba su boca. En ese preciso momento sentí su erección, él me deseaba y yo a él también.

—Yo encantado, señorita Sara. Te voy a hacer disfrutar como nunca.

—Demuéstramelo con hechos, no con palabras —le dije susurrando al oído.

—Por supuesto.



Entonces se abalanzó sobre mi boca. Nuestras lenguas se volvieron locas de deseo y de pasión, el comenzó a besarme el cuello y a buscar mis pechos. Me quitó el precioso vestido de marca que horas antes habíamos comprado en una tienda de lujo y me desabrochó el sujetador de encaje negro. Lo miré pícara.

—¡Qué maestría desabrochando sujetadores! —exclamé.

—En esta vida he aprendido de todo, pequeña —se mofó él.

—¡Serás fanfarrón!

Y en un ataque de ira, lo atraje hacia mí. Me volví loca de pasión y deseo. Ese hombre lograba sacar de mí una parte totalmente desconocida. Le bajé los pantalones y comencé a tocarle el miembro erecto.

—¡Qué maestría para tenerme a tu merced! —me indicó Andrew con una sonrisa.

—En esta vida he aprendido de todo, pequeño —repliqué, dándole donde quería.

Las chispas entre los dos saltaban. Era imposible resistirnos a la atracción que sentíamos el uno por el otro. Tomé su miembro entre mis manos y comencé a llenarlo de besos para posteriormente comenzar a chupar y succionar con más intensidad. Él jadeaba de placer. Entonces me pidió que parase, porque estaba a punto de alcanzar el clímax y no quería llegar todavía.

Acto seguido volvió a atraerme hacia y él y comenzó a introducir sus finos y delicados dedos en mi sexo y a hacer movimientos circulares. Yo gemía e intentaba guardar la calma, estábamos en el baño de un avión y no quería ponerme a gritar.

Cada vez esos movimientos eran más rápidos y yo estaba totalmente sofocada y a punto de llegar al orgasmo.

—Andy, no aguanto más...

—Dímelo, pequeña... ¿Qué quieres en estos momentos? —me preguntaba mientras seguía con esos movimientos circulares que cada vez me volvían más loca de placer.

—Penétrame.

—Tus deseos son órdenes. Ahora vas a disfrutar. ¡Rodea con tus piernas mi cintura!

Hice lo que me pedía y acto seguido noté su miembro atravesar las paredes más ocultas de mi sexo. Un escalofrió recorrió mi cuerpo. Estaba totalmente lista y empapada para recibirlo. Me agarré a su cuello mientras él entraba y salía de mí cada vez más rápido. Yo jadeaba de placer, la sangre me hervía y

el corazón me latía a mil por hora, era el momento más erótico de toda mi vida.

Las embestidas cada vez eran más intensas y rápidas y mi cuerpo estaba a punto de estallar.

—Oh, Andrew... Me vuelves loca —exclamé totalmente agitada y llena de deseo.

En ese preciso instante alguien tocó en la puerta del baño. Andrew paró, alertado por el ruido.

—¿Está ocupado? —preguntaba una voz desconocida desde fuera.

Ambos nos miramos, mientras sonreíamos y nos poníamos la ropa rápidamente.

Comencé a ponerme colorada de la vergüenza. ¿Qué íbamos a hacer ahora? Si salíamos, la persona que estaba fuera nos iba a ver y por nuestras caras iba a suponer que había pasado lo que tenía que pasar.

—¿Andrew, qué hacemos? Nos han pillado —le dije mientras sonreía.

—Tranquila, pequeña, primero sal tú y luego saldré yo —me ordenó mientras se subía la cremallera del pantalón con una gran sonrisa.

—Está bien.

Volví a comprobar que mi vestido estuviese bien puesto. Me miré al espejo, coloqué bien mi peinado y entonces abrí la puerta para salir. La señora que estaba esperando fuera del baño tendría unos 50 años, tenía el pelo corto y canoso y en su rostro ya se dibujaba más de una arruga. Esta me sonrió y agarró el pomo de la puerta para entrar, pero entonces justo en ese momento salió Andrew también.

La señora se paró en seco, frente a la puerta, mientras nos miraba con cara de horror.

Andrew me dio la mano mientras ambos reíamos bajito y entonces acto seguido volvimos a dirigirnos a nuestros asientos.

—¿Estás bien? —me preguntó ya sentados en los asientos del avión.

—Ahora sí. ¡Qué momento más bochornoso!

—¿No me vas a decir que lo anterior al momento no ha merecido la pena?

—Ha sido espectacular. Me ha encantado hacer el amor contigo.

—¿Hacer el amor? No, pequeña, eso no ha sido hacer el amor, eso ha sido follar duro. Hacer el amor es lo que voy a hacerte en París. —Me ruboricé ante su comentario.

Ambos nos cogimos de la mano mientras intentábamos disimular mirando el

paisaje a nuestros pies por la pequeña ventanilla.

Observé como la señora del baño pasó por nuestro lado, se sentó unas filas más atrás y rápidamente comenzó a cotillear con su marido. Me imaginé lo que le estaría contando. «¡Señora, por dios, ¿usted no ha hecho alguna locura de estas por amor?!», pensé. Supuse que no, por la edad que tenía debía de ser la típica mujer tradicional que este tipo de cosas le parecerían lo peor del mundo.

Miré a Andrew y en su rostro noté cierta preocupación.

—¿Estás preocupado por algo? —le pregunté.

—No, pequeña, estate tranquila, solo es que olvidé que el lunes es la presentación de la obra de teatro del colegio de mi hijo.

—¿En serio? Pero cómo pudiste haberlo olvidado, Andrew, eso no está bien. El lunes regresaremos antes para que puedas estar con él.

—No, mi amor, tranquila, telefonaré a Lisa esta misma tarde y le diré que quiero hablar con Arthur para explicarle por qué no puedo estar. Él lo entenderá, es bastante maduro para la edad que tiene.

—No me parece bien, Andrew, ese niño necesita a su padre.

—Y lo tendrá, pero estos días son para disfrutarlos contigo.

En el fondo me sentía culpable por todo. Yo era al fin y al cabo la otra, la amante... Y estaba separando a un padre de su familia. Pero por otro lado me consolaba el pensar que Andrew no era feliz en su matrimonio y que yo podía darle esa felicidad que él tanto necesitaba.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por los movimientos del avión, que estaba comenzando a aterrizar. Miré a Andrew, que seguía agarrándome de las manos con fuerza, y cuando el avión pisó tierra fue cuando pude respirar tranquila y mirarle a los ojos.

—Ya hemos llegado. ¡Bienvenida a París, pequeña! Ahora comienza nuestra segunda etapa.

## 19

La habitación del hotel era bastante acogedora, en la entrada principal había un salón con un sofá de diseño en blanco y un gran mueble equipado con libros y con un televisor de plasma. También tenía un gran baño con jacuzzi y una ducha más pequeña en un extremo. Me di cuenta de que incluso tenía un teléfono en una esquina.

La cama de la habitación era enorme, de madera de roble, y tenía un gran dintel que la adornaba y le daba ese toque de cama del siglo XVII. Me encantaba la habitación, por la pinta debía de ser la mejor de todo el hotel.

—¿Te gusta nuestra habitación, preciosa?

—Es maravillosa, Andrew.

—Pues verás cuando veas la terraza y las vistas tan fabulosas.

Andrew me agarró de una mano y me llevó hasta lo que parecía una gran puerta de cristal.

—Ven, cierra los ojos, no los abras hasta que yo te diga.

—Está bien, no los abro.

Entonces me tapó los ojos con sus manos. Escuché como abría la puerta de cristal y me ayudaba a caminar hasta la terraza.

—Ahora puedes abrirlos.

Cuando abrí los ojos y divisé aquel bonito paisaje, quise desmayarme de la emoción. La torre Eiffel estaba justo enfrente de nosotros, no podía creerlo.

—¿Te gusta mi regalo?

—Oh, esto es maravilloso, es el mejor regalo que me han hecho en mi vida.

—Esto no es nada comparado con las cosas que tengo planeadas para nosotros.

—Te quiero, Andrew.

Entonces ambos nos besamos apasionadamente mientras aquel bonito monumento era testigo de nuestro amor.

Ya eran más de las 21:00 de la noche y decidimos quedarnos en la habitación y descansar, ya mañana domingo pasearíamos por la ciudad para conocerla. Mientras Andrew hacía un par de llamadas de negocios en el

despacho de aquella enorme suite, yo recordé que no había llamado a las chicas y pensé que quizás debían de estar subiéndose por las paredes de la preocupación. Cogí mi móvil y marqué el número de Blanca.

—Al fin llamas, nos tienes superpreocupadas —exclamó Blanca sin tan siquiera saludarme

—Hola, Blanca, lo primero.

—Hola vas a decir, espero que me des una buena explicación de lo que está pasando.

—Pareces mi madre. No ha pasado nada, todo está bien, es muy largo de explicar.

—Pues tengo todo el tiempo del mundo.

—Blanca, esto no es algo que pueda contaros por teléfono.

—Sara, ya sabemos que tú y el presidente estáis juntos, no hay que ser muy listo para darse cuenta de cómo te defendió ante ese canalla de Álex. ¿Dónde estáis ahora?

—Por favor, Blanca, prométeme que no vas a decírselo a nadie de la oficina.

—Que sí, tranquila, ya sabes que soy cotilla, pero cuando se trata de mis amigas sé guardar un secreto.

—Estoy en París ahora mismo con Andrew.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Tú y el presidente en París?

—Sí, Blanca, como te he dicho esto es muy largo de explicar por teléfono. Cuando volvamos a España el martes, te prometo que en cuanto llegue a casa os cuento todo. Pero solo puedo decirte que estoy bien, más que bien, diría yo, nunca me he sentido tan feliz en toda mi vida.

—Me alegro mucho por ti, cariño, ya sabes que para mí y para las chicas lo más importante es tu bienestar. Eres como una hermana para nosotras y no sé por qué, pero me da la sensación de que el presidente está loquito por ti, o al menos esa manera de defenderte frente a todos es digna de admirar. No seas tonta y disfruta del momento.

—Gracias, amiga. En cuanto regrese a España tenemos que vernos y hablar largo y tendido.

—Está bien, cuenta con eso, tenemos que hacer reunión de chicas nocturna. Que tengáis una buena noche los dos —me dijo Blanca con tono pícaro.

—Gracias, Blanca, dormiremos bien.

—¿Dormir solo?

—Buenas noches, Blanca. —Y colgué el teléfono entre risas. Siempre estaba

pensando en lo mismo.

Salí de la habitación y escuché a Andrew hablando por teléfono con el restaurante del hotel.

—Pequeña, he pedido que nos suban la cena a la habitación. Vamos a comer en la terraza, divisando estas preciosas vistas.

—Me parece muy bien, mi amor.

—Vaya, nunca me habías llamado así...

—¿Cómo?

—Me has dicho «mi amor» —me dijo Andrew con los ojos radiantes de felicidad.

—No me he dado cuenta, ha sido sin pensar.

—Me encanta que me llames así.

Ambos nos fundimos en un tierno y cálido beso que fue interrumpido por el sonido del timbre de la puerta. En este caso era el camarero, que nos traía la cena.

—Señor Andrew, aquí les dejo su cena. Le hemos preparado lo que siempre suele pedir cada vez que nos visita. Esperemos que sea todo de su agrado. ¡Que aproveche y buenas noches!

—Muchas gracias.

El camarero lo preparó todo en la mesa de la terraza y fue entonces cuando abandonó la habitación, no sin antes haber recibido una buena propina por parte de Andrew.

—Ven, pequeña, siéntate aquí a mi lado. Ahora vas a probar una de mis comidas preferidas de París, se llama *coq au vin*.

—¿Qué significa, Andrew?

—Es un plato muy típico de aquí, es pollo al vino.

—Tiene muy buena pinta.

—Pues verás cuando lo pruebes, está más rico todavía.

Mientras comíamos, ambos no parábamos de hablar. Hacía tanto tiempo que no me encontraba tan cómoda y relajada con un hombre... Creo que desde que terminamos nuestra relación hacía casi un año jamás había vuelto a sonreír y a sentirme tan bien conmigo misma.

—Por el comentario del camarero, veo que has venido ya algunas veces a París, ¿no?

—Sí, he tenido que viajar por cuestiones de negocios algunas veces y siempre me gusta alojarme en este hotel, es bastante agradable la atención del

personal y me hacen sentir como en casa.

—Se nota que debes de haber viajado mucho.

—¿Por qué lo dices?

—Porque conoces mucho de la vida y de la cultura de otros países.

—A decir verdad, todos mis viajes han sido por trabajo. Si te soy sincero, nunca había visitado París como ciudad, siempre he estado de pasada.

—Y en vacaciones ¿qué soléis hacer tu familia y tú?

—Normalmente las pasamos en una villa que tienen mis padres en el campo, está justo al lado de un lago y los niños se lo pasan en grande. Lisa siempre quiere que les deje allí con mis padres todo el verano y que ella y yo nos vayamos a recorrer varios países. Pero yo prefiero pasarlas con ellos, no me gusta estar solo con Lisa, a ella solo le gusta visitar las mejores tiendas de ropa y gastar y gastar para luego presumir y fanfarronear con sus amigas en las fiestas a las que me obliga a ir sin yo quererlo.

—Por tus palabras, parece que no tengáis mucho en común.

—A decir verdad, no tenemos nada. Ella siempre quiere acudir a fiestas y grandes eventos sociales en los que destacar y yo prefiero quedarme en casa tranquilamente viendo una película o descansando simplemente, por eso siempre chocamos.

Escuchar a Andrew hablar así me hacía sentir en cierto modo lástima por él. Se le veía tan infeliz en su matrimonio... Tal pareciera que su mujer solo le quería por su apellido y por su posición social y económica.

—Bueno, ya está bien de hablar de mí. Es cierto que mi vida no ha sido de color de rosa, pero a partir de ahora sí lo va a ser, porque contigo todo eso va a cambiar. A pesar de llevarnos algunos años, somos tan parecidos, Sara... Bueno, pequeña, después de esta fabulosa cena y de haber hablado contigo acerca de mi vida, creo que llegó el momento de comernos el postre.

—Sí, ya he visto que nos han traído una tarta de chocolate exquisita con *topping*.

—Sí, pero vamos a comérmola en otro sitio.

—¿Dónde? ¿En el salón?

—No, vamos a comérmola en la habitación, quiero que juguemos a un juego que te va a encantar.

Me puse algo nerviosa y los colores afloraron en mis mejillas. ¿Jugar a un juego? ¿Qué clase de juego? ¡Ay, dios mío! Ese hombre era tan misterioso algunas veces... Cuando me imaginaba su juego, me temblaban las piernas. Me

condujo hasta el dormitorio.

—Ven conmigo, ahora vas a disfrutar como nunca lo has hecho en tu vida. Ven, tumbate en la cama y desnúdate, luego voy a ponerte una venda en los ojos. No debes tener miedo, no va a pasarte nada, es parte del juego.

—Está bien.

Hice lo que me pedía y me desnudé.

—Ahora voy a vendarte los ojos. ¿Confías en mí?

—Sí, confío en ti.

—Muy bien, voy a desnudarme yo también. Ahora quiero que abras la boca.

Hice lo que me pedía y me introdujo con sus fríos dedos un trozo de tarta en la boca. Estaba tan deliciosa... Después de habérmela comido, Andrew volvió a introducir sus dedos en mi boca, esta vez me dio a probar el sabroso *topping* de chocolate.

—¿Te gusta, pequeña?

Afirmé con la cabeza.

—Espera, voy a darte un poco más.

Volvió a darme a probar nuevamente de aquella delicia extrema, pero esta vez el sabor se convirtió en algo totalmente distinto. Después de darme chocolate, noté su lengua tratando de entrelazarse a la mía y robándome parte de aquel sabor exquisito.

—Oh, Sara, tu boca es mi locura.

Después dejó de besarme y noté como algo frío comenzaba a recorrerme todo el cuerpo. Andrew estaba envolviendo parte de mi torso con aquel botecito que contenía chocolate en su interior. Cada vez que me impregnaba de aquel maravilloso sabor su lengua recorría cada palmo de mi cuerpo, lamiéndolo.

Yo gemía de placer y ante eso Andrew lo hacía cada vez más deprisa, despistándome cada vez más hasta tal punto que no sabía dónde había impregnado nuevamente mi cuerpo y por donde volvería a pasar su lengua esta vez. Me impregnó el cuello, los pechos, la barriga, las ingles... ¡Ay, dios mío, ese hombre era espléndido! Jamás me había sentido tan viva.

Los músculos de mi parte más profunda y oscura se tensaban de infinito placer, me sentía totalmente empapada y no sabía hasta donde llegaría Andrew, solo sabía que deseaba más que nunca que me hiciera el amor.

—Sabes muy bien, ¿lo sabías? Pero, además, hueles mejor todavía...

—Andrew, ya no aguanto más...



—Tranquila, pequeña, tu peor pesadilla ha terminado. Ahora cruzaremos el infierno y te elevaré hasta los cielos. ¿Tienes idea de lo mucho que te deseo?  
—me susurraba.

Se me cortó la respiración. Como me hubiera gustado no tener esa venda para poder mirarle fijamente a los ojos. Esos ojos azules que me cautivaban y me hipnotizaban cada vez que hacíamos el amor.

Me besó. Su beso era exigente, su lengua y sus labios, persuasivos. Gemí y mi lengua indecisa se encontró con la suya. Me rodeó con sus brazos, me acercó a su cuerpo y me apretó muy fuerte. Una mano seguía en mi pelo, y la otra me recorría desde los pechos hasta la cintura. Siguió avanzando, trazó la curva de mi trasero y me empujó suavemente contra sus caderas. Sentí su erección, que empujó lánguidamente contra mi cuerpo. Volví a gemir sin apartar los labios de su boca. Apenas podía resistir aquellas desenfundadas sensaciones.

—Eres muy hermosa, Sara. Me muero de ganas por estar dentro de ti.

¡Vaya manera de hablar! Era todo un seductor. Me cortaba la respiración.

Siguió besándome la barriga y me introdujo la lengua en el ombligo. Sus labios ascendieron hacia el torso. Me ardía la piel. Estaba sofocada. Por un momento, sentí mucho calor, luego frío, vaya cúmulo de sensaciones.

—¿De verdad quieres hacerlo? —me preguntó en voz baja.

—Por favor —le supliqué.

—Levanta las rodillas —me susurró al oído en tono firme.

Obedecí de inmediato.

—Ahora voy a hacerte el amor, señorita Sara —murmuró, colocando la punta de su miembro erecto delante de mi sexo.

Escuché como rompía un pequeño paquetito plateado y me penetraba suavemente. Retrocedió con exquisita lentitud, gimió y volvió a penetrarme.

Yo, ante eso, estallé de placer.

—¿Más? —me susurró con voz salvaje.

—Sí —le contesté.

Volvió a penetrarme. Se apoyaba en los codos, de modo que sentía su peso sobre mí, aprisionándome. Al principio se movía despacio, entrando y saliendo de mi cuerpo. A medida que subía el grado de pasión entre los dos, empecé a mover las caderas hacia las suyas. Él aceleró. Gimió y me embistió con más fuerza.

Me agarró la cabeza con las manos, me besó tiernamente y tiró de mi labio

inferior con los dientes. Continuó embistiéndome. Mi cuerpo comenzaba a ponerse rígido, y entonces alcancé el orgasmo y estallé en mil pedazos bajo su cuerpo. Y, mientras, él gimió de placer también y gritó mi nombre, dio una última embestida y se quedó inmóvil, como si se vaciara dentro de mí. Yo aún jadeaba. Intenté calmar mi respiración y los latidos de mi corazón, pero no podía ni tan siquiera pensar...

Andrew me quitó la venda y abrí los ojos. Apoyó su frente en la mía y entonces me lanzó una mirada dulce. Se inclinó, me besó suavemente en la frente y, muy despacio, empezó a salir de mi cuerpo.

—Andrew, eres espléndido, no conocía esta faceta tuya en la cama —le dije con la respiración entrecortada aún.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, pero he de decirte que yo también estoy empezando a descubrir a un hombre que antes no conocía. Será porque me vuelves loco. Sara, no sabes lo mucho que te deseo, te volvería a hacer el amor ahora mismo otra vez.

Le miré ensimismada, yo también lo volvería a hacer.

—Pero es muy tarde y debes de estar muy cansada, no quiero parecer un obsesivo, aunque es cierto que lo soy, pero solo contigo —me susurró al oído con una ligera sonrisa.

Me desperté a media noche, empapada en sudor por una terrible pesadilla. Miré el reloj y eran tan solo las 3:00 de la madrugada. A mi lado yacía plácidamente dormido Andrew. Le miré fijamente y pensé: «¿Cómo es posible que esté aquí en París con él, y cómo es posible que este hombre tan bello haya puesto sus ojos en una persona tan insignificante como yo?». Él era tan guapo, tan varonil, tan culto e inteligente, y yo aún seguía sintiéndome empequeñecida a su lado.

Me levanté sin hacer ruido y me dirigí a la terraza a que me diera un poco el aire frío de la noche parisina. Necesitaba poner en orden mis ideas y asumir todo lo que había pasado desde que Álex había intentado violarme aquella noche en la oficina. Desde entonces apenas había tenido tiempo para pensar, todo había pasado tan rápido... La pelea de Andrew con Álex delante de todos los de la oficina, luego nuestra noche en el apartamento, en la que Andrew me reveló toda su historia y por qué se había portado así conmigo, nuestra fogosa noche de pasión, la sorpresa del viaje a París...

De repente mis pensamientos fueron interrumpidos por una llamada a mi teléfono móvil. ¿Quién podría ser a esas horas? Miré la pantalla y el número

registrado no estaba entre mis contactos.

—Diga —contesté.

—Buenas noches, zorra. ¿Estás durmiendo cómoda al lado de mi marido?

—¿Perdone...? —Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—No te hagas la tonta, sabes perfectamente quién soy. Soy Lisa, y ese hombre que está durmiendo a tu lado es mi marido, querida.

—Disculpe, señora, no tengo por qué aguantar ningún insulto por su parte. Además, no entiendo por qué me llama.

—Te llamo para decirte que nunca vas a ser feliz con Andrew, porque él es mío y de nadie más y pienso hacer hasta lo imposible para lograr separaros y que él vuelva a mi lado.

—Mire, Lisa, por mucho que me diga, no pienso escucharla ni creerla. Siento mucho que las cosas se hayan dado así, pero Andrew y yo nos queremos y creo que él ha sido totalmente sincero con usted.

—Ay, por favor, no me hagas reír. ¿Que Andrew y tú os queréis? Andrew nunca ha querido a nadie, solo se quiere a sí mismo y si está contigo es por un capricho pasajero, nada más.

—Mire, Lisa, el hecho de que usted no le haya hecho feliz no significa que él no pueda serlo con otra persona...

Lisa me interrumpió.

—Mira, poca cosa, voy a ser muy clara contigo: o dejas a mi marido o mis hijos, los hijos de Andrew, van a pagar las consecuencias. ¿Es eso lo que quieres?

—¿Me está amenazando, señora?

—Sí, exactamente eso, voy a ser siempre la señora, cosa que tú nunca podrás llegar a ser, ya que eres la otra, la amante... Y sí, te estoy amenazando.

—Usted es de lo peor, cómo puede jugar así con los sentimientos ya no de su marido, sino de sus propios hijos.

—Es lo que hay, zorra, o lo aceptas o atente a las consecuencias.

Y entonces Lisa colgó.

Después de estar toda la noche sin apenas poder pegar ojo pensando en qué hacer al respecto, decidí que lo mejor sería contárselo todo a Andrew. Él debía saberlo, ya que su mujer no estaba muy bien de la cabeza y me daba miedo que cumpliera su amenaza y que los que salieron peor parados fuesen los hijos de ambos.

Me levanté si hacer apenas ruido, ya que él aún seguía dormido, y decidí darme una ducha mientras pensaba como iba a contarle todo lo que me había dicho su mujer y, lo que era peor, la amenaza que me había hecho. Mientras el agua me recorría cada poro del cuerpo, sentí un escalofrío, era como si el miedo se hubiese apoderado de mí. Esa mujer había conseguido su objetivo, desestabilizarme y volverme paranoica al respecto.

Salí de la ducha y me di cuenta de que el amor de mi vida ya no dormía en la cama. Le escuché hablando por teléfono en la terraza. ¡Vaya, seguro que debía ser algún asunto de la oficina! Decidí dejarle tranquilo por unos minutos mientras me terminaba de vestir y de secarme el pelo.

Corrí las cortinas de la habitación para que la luz del amanecer invadiera cada rincón de aquella suite de hotel. Mientras me secaba el pelo, observaba aquel bonito paisaje frente a mí, pero me era imposible divisarlo como antes. Desde que Lisa había llamado la noche anterior, era incapaz de pensar en nada diferente a aquello.

—Buenos días, preciosa —me saludó Andrew con un beso en la mejilla.

—Bueno días, Andy.

—¿Estás preparada?

—¿Preparada? ¿Para qué? —pregunté sorprendida.

—Para pasar un magnifico día conmigo visitando esta hermosa ciudad.

—Claro que sí. Estoy preparadísima.

Después de un delicioso desayuno en el que probamos las famosas *viennoiseries*, que son una selección de los dulces más típicos de allí, como *croissant* de mantequilla, *pains au chocolat* y brioche de pan con uvas, Andrew me llevó a recorrer la ciudad. Comenzamos con un recorrido en el

barco turístico más famoso de París, el Batobus, que recorre el río Sena haciendo parada en los principales puntos turísticos de interés de la ciudad.

Luego ampliamos nuestra visita a pie y recorrimos la catedral de Notre Dame, el museo del Louvre, los Campos Elíseos y por último visitamos la torre Eiffel, en la que decidimos sentarnos en sus hermosos jardines verdes a descansar un rato.

—¿Te está gustando mi sorpresa, pequeña? —me preguntó Andrew.

—Más que gustarme, estoy fascinada. Siempre había soñado con viajar a París y ahora estar aquí y contigo es mucho más de lo que siempre hubiese podido desear.

—Para mí también, mi amor. Hacía mucho tiempo que no era tan feliz como lo estoy siendo ahora.

—Me alegra oírte decir eso, Andy.

—Sara, me gustaría decirte algo.

—Sí, claro, dime.

—Quiero que sepas que voy a divorciarme de Lisa y cuando eso ocurra...

Le interrumpí. Lisa, ese nombre. Casi había olvidado la llamada de la noche anterior en la que me había amenazado con que dejara a Andrew o sus propios hijos pagarían las consecuencias. Entonces decidí decirle todo a mi gran amor. Él debía saber lo que Lisa sería capaz de hacer si yo no terminaba mi relación con él.

—Andrew, de eso quería hablarte... Verás... Anoche... —dije titubeando y nerviosa por no saber cómo introducir ese tema.

Pero Andrew me interrumpió.

—Déjame terminar, pequeña, necesito decirte lo que siento en estos momentos.

—Pero, Andrew, es importante... —dije volviendo al asunto que quería contarle.

—Lo mío también. Quiero que sepas que cuando por fin sea un hombre libre me gustaría que tú y yo...

¡Dios mío! ¿Qué me iba a proponer? El corazón me latía a mil por hora.

—Ven, ponte en pie conmigo, necesito decirte algo.

Entonces hice lo que me pedía, mientras le observé ponerse de rodillas y sacarse una cajita roja de terciopelo del bolsillo de su pantalón.

—Sara, quiero que pedirte frente a la torre Eiffel, el símbolo del amor en París... —Su mirada penetrante se había clavado en la mía. Yo sentía que

estaba soñando, todo eso que me estaba pasando no podía ser real. Era todo tan perfecto que me daba miedo pensar que algo malo viniese detrás—. Sara, ¿quieres casarte conmigo? —Y entonces sacó de la cajita roja un precioso anillo de diamantes.

—Andrew... Yo...

Apenas me salían las palabras. Por supuesto que quería casarme con él, era mi sueño más deseado.

—¿Qué dices, mi amor? ¿Te casas conmigo?

—Sí, Andrew... Mil veces sí —le respondí con lágrimas en los ojos.

Ambos nos abrazamos y acto seguido nos fundimos en un cálido y apasionado beso. En ese momento escuchamos aplausos a nuestro alrededor y fue ahí cuando nos dimos cuenta de que había algunas personas que, habiendo sido testigos de esa petición de matrimonio, aplaudían emocionados.

Andrew y yo comenzamos a sonreír a todos y a darles las gracias a los que se acercaban a felicitarnos. Debo admitir que me sentía como la protagonista de una película de amor.

Ya de vuelta en el hotel, después de llamar a las chicas y contarles con pelos y señales la petición de matrimonio de Andrew y de que todas nos felicitaran por teléfono, Andrew se encerró en el despacho, ya que tenía que hacer unas cuantas llamadas relacionadas con el trabajo. También me comentó que tenía que hablar con sus hijos para saber si todo iba bien con su madre.

Yo decidí darme una ducha, estaba exhausta y necesitaba darme un buen baño y relajarme. Mientras el agua caía por mi cuerpo, no dejaba de pensar en la petición de matrimonio de Andrew y debo decir que cada vez que lo recordaba me ponía a sonreír como una boba. Estaba completa y absolutamente enamorada de él, pero también sentía en mi interior que eso no iba a ser tan fácil como parecía. Recordé la amenaza de Lisa la noche anterior y decidí que esta vez sí tenía que hablar seriamente con Andrew de ese tema, él debía saberlo todo.

Ya frente al espejo de nuestro lujoso dormitorio, mientras me peinaba, meditaba cómo iba a introducirle el tema de Lisa.

Entonces, de repente, Andrew irrumpió en la habitación con la cara blanca y con los ojos desorbitados. En cuanto me di cuenta solté el peine en la cama y me acerqué rápidamente a él. Supe que algo malo había pasado y recordé la amenaza de Lisa la noche anterior. Le agarré la cara entre las manos.

—Andrew, ¿qué ha pasado?

—Sara, es mi hijo.

—¿Qué le ha pasado a Arthur?

—Ha desaparecido —me dijo con la mirada perdida en algún punto de la habitación.

—¿Cómo que ha desaparecido? —le pregunté más preocupada que nunca.

Andrew seguía inmóvil sin inmutarse, tratando de asimilar dicha noticia.

—Andrew, por favor, mi amor, reacciona, dime algo —le gritaba mientras le zarandeaba con fuerza.

Estaba blanco, sus ojos habían perdido ese brillo que hasta hace tan solo unas horas tenía. Me angustiaba tanto verle así... Él lo era todo para mí y cualquier dolor o tristeza que tuviera yo lo sentía en mi interior como si lo estuviese viviendo en primera persona.

Por fin, Andrew rompió a llorar.

—No sé qué ha pasado, me acaba de llamar Lisa llorando, diciendo que esta mañana cuando ha ido a despertarle para llevarle a su entrenamiento de fútbol no estaba en su cama.

—No puedo creerlo, pero ¿qué pensáis que ha podido pasar?

—No lo sabemos, dice Lisa que ayer Arthur estuvo toda la tarde muy triste y apenas quiso comer cuando se enteró de que yo no iba a poder estar en su fiesta del colegio.

—¿Y piensas que ha podido marcharse él o que alguien se lo ha podido llevar?

—No lo sé, espero que sea una rabieta de él, pero, Sara, te juro que, si le pasa algo a mi hijo, jamás me lo voy a perdonar —me decía, llevándose las manos a la cabeza.

—Tranquilo, Andrew, por favor. Vamos a hacer todo lo posible por encontrarle, ve haciendo la maleta, yo voy a llamar al aeropuerto a ver si podemos pillarnos el próximo vuelo. No te preocupes, todo va a salir bien.

Mientras buscaba el número del aeropuerto para llamar, recordé la amenaza de Lisa de que, si no dejaba a Andrew, sus hijos pagarían las consecuencias. Entonces pensé que quizás ella estaba detrás de todo aquello de la desaparición del pequeño Arthur, pero algo en mi interior me decía que podía ser tan solo una simple casualidad. No creía que una madre pudiera ser capaz de montar todo eso, pero la amenaza de Lisa parecía tan real... Mi cabeza daba vueltas y vueltas a todo aquello: «¿Le cuento a Andrew mis sospechas

sobre Lisa? ¿Me creerá si se lo digo? ¡Ay, dios mío! ¿Qué hago?».».

Regresamos a España de madrugada, ya que nos tocó coger el último vuelo disponible y ese era el de más tarde. Andrew y yo nos despedimos en el aeropuerto.

—Sara, tengo que ir a casa, necesito saber si hay alguna noticia sobre mi hijo.

—Está bien, Andrew. Por favor, llámame en cuanto puedas para darme alguna noticia. Y prométeme que estarás bien —le dije mientras le acariciaba la cara.

—Sí, tranquila, hasta luego.

Y se fue sin apenas despedirse con un beso en la mejilla. Pero entendí que estaba tan preocupado que era normal que se hubiese ido así.

Metí la llave en el cerrojo de la puerta de casa y antes de que me hubiese dado tiempo a darle la vuelta a la llave las chicas abrieron la puerta.

—Sara, ¿qué haces aquí? —preguntó Blanca.

—¿Pero no volvías el miércoles? —continuó Martina.

—Tienes muy mala cara, ¿te encuentras bien? —le siguió Violeta.

—Hola, chicas. ¿Qué hacéis a esta hora despiertas todavía?

—¿Solo dices eso? Habla, ¿qué ha pasado? —me digo Blanca.

En aquel momento me sentía como si hubiese cometido un terrible asesinato y estuviese siendo interrogada por los tres polis duros de la comisaria.

Solté las pocas cosas que traía y me acomodé en el sofá, las chicas me siguieron...

—Tranquilas. Andrew y yo tuvimos que volver antes, al parecer su hijo Arthur ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —preguntó Violeta.

—Sí, chicas, es lo único que sabemos. Lisa le llamó y le dijo que el niño no estaba en su cama. No os podéis imaginar el mal rato que hemos pasado, Andrew está hecho polvo.

—¿Y tú qué haces aquí, que no estás con él en estos momentos? —me reprochó Violeta.

—Andrew y yo nos despedimos en el aeropuerto, me dijo que iba a ir a su casa a ver qué estaba pasando. No quise decirle nada al respecto, debía haber salido de él que lo acompañase y entiendo que mi presencia allí ahora mismo no resulte nada gratificante.



—Pues yo creo que deberías presentarte allí y brindarle todo tu apoyo, no vaya a ser que ahora la lagarta de su mujer aproveche la oportunidad para acercarse a él.

—Ya lo sé, chicas, pero no puedo hacer más. Yo confío en Andrew y sé lo que ambos sentimos el uno por el otro, pero me preocupa lo que pueda hacerle su mujer a sus hijos.

—¿Pero por qué dices eso? —preguntó Blanca con cierto tono de duda.

—Chicas, la pasada noche recibí una llamada de Lisa diciéndome entre otras cosas que o dejaba a Andrew o sus hijos iban a pagar las consecuencias.

—¿Pero esa mujer está loca? ¿Cómo puede haber hecho algo así? —murmuró Violeta.

—Seguro que ella está detrás de la desaparición del niño —exclamó Blanca.

—Yo también lo he pensado, chicas, pero no sé qué hacer.

—¿Has hablado con Andrew de esto? —me preguntó Blanca.

—No le he dicho nada, le vi demasiado preocupado y pensé que cuando se lo dijese no iba a creerme.

—Pero, Sara, cómo puedes ser tan tonta. Esa mujer te ha amenazado con algo muy grave y parece ser que lo ha cumplido. Llama a Andrew y cuéntale lo mismo que nos has dicho a nosotras.

—Está bien, supongo que tenéis razón y cuanto antes lo sepa, mejor, no vaya a ser que esa loca de su mujer cometa algo peor en contra de su propio hijo.

Me encerré en mi habitación, me puse el pijama y me tumbé en la cama. Traté de pensar en cómo iba a decirle a Andrew lo de la amenaza de su mujer de la otra noche. Miré mi móvil y no tenía ninguna llamada de él, ni tan siquiera un simple mensaje. Decidí esperar un poco a ver si me llamaba él antes. No quería molestarle, sabía que estaría tan preocupado por su hijo que era normal que se le hubiese olvidado.

Pasé toda la noche en vela sin apenas poder pegar ojo mirando mi móvil constantemente y preocupada por ese pobre niño. Cuando conseguí conciliar el sueño, me despertaron las risas de los hijos de los vecinos de arriba. Miré el reloj y eran tan solo las 09:00 de la mañana. Recordé lo ocurrido el día anterior con el hijo de Andrew y miré mi móvil. Seguía sin tener noticias suyas.

Me levanté de la cama descalza, fui al baño, me enjuagué un poco la cara y me lavé los dientes e hice gárgaras. Estaba decidida a llamarle y no quería tener voz de recién levantada. Decidida, volví a mi habitación, cogí el móvil y

marqué su número.

—Diga —dijo bastante serio.

—Hola, Andrew, soy Sara, no he sabido nada de ti desde anoche y estaba preocupada. ¿Sabes algo de Arthur?

—No sabemos nada todavía, ahora mismo no puedo hablar.

—Está bien, no te preocupes, en cuanto sepas algo llámame, por favor.

Pero no escuché nada más, ni un simple adiós, Andrew había colgado. La verdad es que me molestó en cierto modo, pero también me había dicho que no podía hablar, lo mismo estaba con la policía en ese momento y no podía atenderme, pensé tratándome de calmarme a mí misma.

Pasaron varios días y seguía sin tener noticias de Andrew. La impaciencia al no tener respuesta de nada me estaba volviendo loca. Me levanté aquel jueves decidida a volver al trabajo, ya que en casa no tenía nada que hacer y en la oficina seguro que había mucho trabajo acumulado.

Mientras almorzaba con las chicas, todas intentaban convencerme de que lo mejor sería que me presentase en casa de Andrew e intentase averiguar algo sobre su hijo. Por lo pronto, en los telediarios aún no se había publicado la noticia de nada, pero no era normal que en esos dos días que habían pasado no supiera nada de él. Algo en el fondo me hacía preocuparme por dentro y sentirme culpable, pero ¿culpable de qué? ¿De amarle más que a mi propia vida? No podía sentirme culpable por eso.

—Sara, ¿has pensado en que te acompañe alguien a su casa? —me preguntó Violeta preocupada.

—No sé si será lo correcto presentarme allí después de estos días de no tener noticias de él. De verdad, chicas, no insistáis más, que no pienso ir.

—Pero, cariño, no puedes seguir así, estás mal, apenas comes, tienes ojeras, lo único que haces es poner la televisión a todas horas para ver si dicen algo de ese pobre niño y miras el móvil no sé cuántas veces por minuto. Debes verle y estar con él, yo desde luego haría eso si estuviera en tu lugar. Y no te olvides de que su mujer te amenazó con hacerle algo a sus hijos, lo mismo todo esto tiene que ver con la desaparición del pequeño Arthur y tú aún sigues sin llamarle y contarle toda la verdad.

—No sé qué hacer, Blanca. ¿No crees que se enfadará si me presento en su casa sin avisar? Mira que el otro día me colgó sin apenas despedirse y después de eso no he vuelto a saber nada de él.

—Sara, estoy segura de que tu visita es lo único que le va a fortalecer en estos momentos, y lo de colgarte es normal, estaría ocupado con la policía o con alguien, no te preocupes. Mira, si quieres, yo te acompaño y así vas más tranquila.

—¿De verdad harías eso por mí?

—Claro que sí, tonta, por una amiga lo que haga falta.

Quedé con Blanca en que después de trabajar, sobre las 20:00, nos presentaríamos en la casa de Andrew. Por suerte, pude obtener la dirección de su casa de una de las agendas privadas que tenía en su oficina.

Ya en el parking, Blanca y yo metimos la dirección de la casa en el GPS. Por suerte, no vivía muy lejos, estaba a tan solo unos quince minutos de la oficina. Me puse el cinturón y en todo el camino no pronuncie apenas ni una sola palabra, estaba sumida en mis pensamientos, intentando poner en orden mis ideas y pensando en cómo iba a tomarse Andrew que me presentara allí de repente. Cuando Blanca, que era la que conducía, aparcó frente a su casa, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Intenté calmarme a mí misma. Eché un simple vistazo a la casa y era enorme.

Aquel chalé tendría unos 300 metros cuadrados, había cámaras en la calle y un garaje a la derecha. Apenas se podía divisar la estructura, ya que estaba totalmente rodeada de muros y verjas negras metálicas.

—Sara, cariño, ¿estás bien? —me preguntó Blanca con cierta preocupación.

—Estoy un poco nerviosa, Blanca. Creo que le voy a llamar antes a su móvil para decirle que estoy aquí fuera, me imagino que hasta el telefonillo debe de tener cámaras y no quiero causarle más problemas con su mujer.

—Me parece bien. Si quieres, bájate y yo voy a aparcar el coche un poco más adelante en esta calle, así podéis hablar tranquilos aquí fuera.

—Está bien, gracias, amiga.

—Suerte, ya verás como todo saldrá bien —me dijo guiñándome un ojo.

Me bajé del coche, me coloqué justo enfrente de la puerta de su casa y marqué su móvil.

—Dime, Sara —contestó Andrew, su tono me sonó como que le molestaba en cierto modo mi llamada, o al menos eso me pareció en ese instante.

—Hola, Andrew. Llevamos muchos días sin hablar y estaba preocupada, estoy aquí fuera, en la puerta de tu casa, necesitaba verte y saber si estás bien.

—¿Cómo? ¿Que estás aquí? ¿Cómo has conseguido mi dirección? —me preguntó bastante molesto.

—La conseguí de una de tus agendas de la oficina. No quiero que te enfades conmigo, entiéndeme, era tal el grado de desesperación después de la desaparición de tu hijo y de no tener noticias tuyas que creí que iba a volverme loca.

Tardó varios segundos en contestar hasta que por fin respondió.

—Estate tranquila, ahora mismo salgo. —Esta vez su tono fue el de siempre conmigo.

—Está bien, te esperaré en la esquina de la calle.

Cuando le vi acercarse, le noté muy diferente a hacía unos días. Llevaba puesto un pantalón vaquero y una camisa negra de lino, estaba algo despeinado y, aunque apenas podía verle bien, ya que la luz de las farolas de la calle era poco luminosa, en sus ojos se podía reflejar un semblante de cansancio. En cuanto le tuve cerca le abracé y le di un tierno beso en los labios.

—Andrew, estaba tan preocupada por ti... Apenas he podido pegar ojo todas estas noches pensando en la desaparición de tu hijo. Siento preséntame aquí en tu casa, no quería molestarte.

—No debiste hacerlo, te dije que yo te llamaría.

—Ya lo sé, pero nunca lo hiciste y necesitaba saber qué había pasado con Arthur. ¿Tenéis noticias tuyas?

—Sí, Arthur apareció esta mañana.

—¿De verdad? ¡Qué alegría, Andrew! No puedo creerlo, es la mejor noticia que podías darme. Pero ¿dónde estaba?

—Al parecer salió solo de casa, quería marcharse. Lisa le dijo que nosotros nos íbamos a separar y él, no pudiendo aguantar la tristeza, se escapó. Después de eso, una señora del barrio de al lado le encontró caminando solo por el parque y se lo llevó a su casa. Por suerte, era una buena mujer y dio parte a la policía y pudimos encontrarle.

—Cuánto me alegro, Andrew, de verdad.

—Sara, necesito que hablemos, pero aquí no. Te veo dentro de una hora en el apartamento.

—Está bien, yo también tengo que decirte algo muy importante.

Me dirigí calle arriba y divisé a lo lejos el coche de Blanca. Me subí y le conté todo lo ocurrido y le pedí que me llevase hasta el apartamento de Andrew. Ella aceptó de buena gana.

Blanca me dejó justo en el portal del edificio y se marchó a casa. Le dije que luego seguramente me llevaría Andrew en su coche.

Como llegué antes que él, me tocó esperarle como veinte minutos sentada en las frías escaleras del portal. No sabía qué podría querer hablar conmigo así tan de repente, pero entendía que lo mismo allí en la puerta de su casa no era el lugar adecuado para hablar de ciertas cosas. Mientras, para amenizar la espera, puse mis auriculares en el móvil y escuché una bonita canción del grupo *Ha-ash*. Su letra me hacía recordar tantas cosas vividas en mi pasado junto a Andrew... Recordé que cuando estuve aquel mes encerrada en casa cuando él me dejó sin apenas haberme dado una explicación por su parte la escuchaba mucho...

*Entraste como un rayo de luz,  
como un aire encantador,  
liberaste con tu hechizo  
a mi recluso corazón.*

*Tu dulzura corrió por mis venas,  
creí en tu intención,  
no pensé que fuese un engaño  
ni una mentira tu amor.*

*Me dices que te está llamando,  
te vas sin un adiós.  
Sé muy bien qué harás en sus brazos,  
dime qué hago yo.*

*Qué hago con mis labios  
si me ruegan tus besos.  
Qué hago con mis manos  
cuando suplican tu regreso...*

De repente, observé a Andrew parado frente a mí en el portal de aquel edificio. Me quité los auriculares y le sonreí, él se acercó a mí y me abrazó.

—Siento haberte hecho venir a estas horas. Estás helada, subamos al apartamento, no quiero que te vayas a resfriar por mi culpa.

En el apartamento todo estaba igual que hacía unos días, aunque todo más limpio. Me imaginé que la señora de la limpieza, Pilar, habría estado viniendo esos días.

—Ven, quiero que hablemos, vamos a sentarnos en el sofá.

Le seguí hasta donde me pedía.

—Está bien, ¿qué es lo que quieres decirme? —pregunté ansiosa.

—Sara, estos días que hemos pasado juntos para mí han sido los mejores de mi vida y todo lo que te he dicho y te he confesado ha sido porque realmente lo sentía, pero la desaparición de mi hijo Arthur me ha hecho plantearme muchas cosas y no quiero hacerle daño a los que me rodean y mucho menos a mis hijos, ellos son lo más importante para mí.

—Ya lo sé, Andrew, yo quería hablarte de eso...

Él me interrumpió.

—Sara, he llegado a la conclusión de que separarme de Lisa en estos momentos solo traería complicaciones para mi hijo. He estado hablando con el psicólogo y cree que atraviesa un cambio de actitud que puede derivar en conductas agresivas, ganas de llamar la atención de los padres y, lo que es peor, que puede intentar contra su vida...

—¿Qué me quieres decir con todo esto? —le pregunté, esperando que no me dijese lo que me estaba imaginando.

—Sara, lo siento mucho, de verdad, pero no podemos seguir adelante con esta relación. No puedo ser egoísta conmigo mismo y pedirte que me esperes y tampoco puedo prometer algo que no sé si algún día podré cumplir. Es cierto que te amo y que estoy enamorado de ti, pero eso no lo es todo, yo tengo una vida, una familia, y no puedo desatenderles. Por suerte, me he dado cuenta justo a tiempo.

—No puedo creer que ahora me estés diciendo esto. ¿Cómo has podido volver a hacerme creer en algo? —Y las lágrimas comenzaron a aflorar en mis ojos.

Andrew me interrumpió nuevamente.

—Ya sé cómo te debes de estar sintiendo en estos momentos.

Intentó consolarme cogiéndome de la mano, pero yo le rechacé.

—Entiendo que estés enfadada y dolida.

—¿Que lo entiendes? Tú no tienes idea de nada, Andrew, no sabes cómo me siento en estos momentos. Es que no sé cómo he podido ser tan estúpida de volver a enredarme contigo.

—Sara, por favor, escúchame...

—No quiero escucharte, no quiero que me hables ni tampoco quiero saber nada más sobre ti.

—Sé que ahora estás dolida y enfadada, pero no puedo abandonar a mi

familia. Solo espero que algún día lo puedas llegar a entender y que esto no afecte al trabajo, tenemos que separar nuestra vida personal de la laboral.

—Lo único que sé es que la única que ha vuelto a salir perdiendo con todo esto y la única a la que vuelven a romperle el corazón es a mí, pero antes de que me dejes pienso contarte algo y me da igual si me quieres creer como si no, ya que a mí no me importa nada, ya no tengo nada que perder.

—Tú dirás, ¿qué es eso que tienes que decirme?

—La noche que dormimos juntos en París me levanté a media noche y salí a la terraza a respirar algo de aire fresco, entonces alguien me llamó a móvil con un número oculto, cuando lo cogí era tu mujer insultándome y amenazándome con que, si no te dejaba, serían tus hijos los que pagarían las consecuencias y, después de eso, justo al día siguiente pasa lo de Arthur —le dije de sopetón y sin apenas respirar. Ya no me importaba nada, acababa de perder al hombre de mis sueños, pero al menos quería hacerle ver que la persona que tenía a su lado era capaz de todo con tal de retenerle y, lo que era peor, que sus hijos corrían peligro estando a cargo de una mujer así.

—No te creo, Sara. Estás inventándote todo esto por despecho y para hacerme daño a mí y a Lisa, pero no te lo voy a consentir. Lisa será muchas cosas, pero jamás atentaría contra la vida de sus hijos, de sobra sé que los adora y se desvive por ellos.

—Sabía que no me ibas a creer, prefieres creerla a ella... —le dije con lágrimas en los ojos y gritándole.

—No se trata de que crea a una más que a otra, simplemente Lisa sería incapaz de hacer algo así y tú estás mintiendo.

—Me da igual que no me creas, no podía esperar menos de ti. Lo mejor será que me vaya.

—Espera, voy a llamarte a un taxi.

—No hace falta, puedo irme caminando sola.

—Pero esto está a kilómetros de tu casa.

—Como si te importara demasiado. No hace falta, puedo irme sola.

Entonces cogí mi bolso y salí de ese apartamento sin mirar atrás.

Mientras caminaba por las calles de camino a casa, pensaba en todo lo que Andrew me había dicho y no conseguía calmarme, lo único que hacía era llorar y llorar. ¡Qué estúpida había sido! Me sentía tan triste y sola... Nuevamente volvía a sufrir por él, pero esta vez era definitivo. Andrew me había dicho que prefería estar con su familia antes que estar conmigo, eso era

lo único claro que había logrado entender y me dolía en el fondo pensar que entonces no me amaría tanto como decía, ya que me estaba abandonando y pidiéndome que me alejara de él. Pero ¿qué haría ahora? ¿Cómo continuar adelante? Ese golpe había sido aún más duro que el otro. Estaba rota de dolor por dentro y por fuera y lo único que deseaba era llegar a casa, cerrar los ojos y despertarme de esa mala pesadilla, olvidar todo ese amor que sentía por Andrew y volver a hacer mi vida como era antes de estar con él.



## 21

Después de llegar a casa a las tantas de la noche y de tirarme toda la noche llorando y siendo consolada por las chicas, llegué a la conclusión de que tenía que tomar una determinación, no podía seguir así.

Llegué a la oficina puntual como siempre. Me había maquillado los ojos de tal manera que apenas se notase la hinchazón por haber estado llorando toda la noche. Entré a mi oficina y cuál fue mi sorpresa al encontrar todas mis cosas del escritorio metidas en cajas. Me quedé paralizada mirando como todo estaba recogido.

En ese preciso instante Andrew entró en la oficina.

—Buenos días, señorita Sara. Siento informarle que volverá a ocupar su puesto anterior. He decidido que no reúne los requisitos que yo necesitaba para que fuese mi secretaria.

«Ahora me viene con estas», pensé.

—¿No decías que nuestros problemas personales no iban a interferir en el trabajo? No entiendo a qué viene ahora esto de que no reúno los requisitos, dime claramente a la cara que es para no tenerme cerca y no me cuentes milongas.

—A partir de ahora voy a volver a rogarle que nunca más me vuelva a tutear. Yo puedo tomar las decisiones que estime oportunas, ya que soy el presidente y dueño de la empresa. No tengo que comentar ni darle cuentas a nadie y menos a usted, una simple empleada del departamento de recursos humanos.

—Claro, lo había olvidado, solo soy eso para usted. Discúlpeme, nunca más volveré a tutearle.

—Está bien. Ahora voy a pedirle que recoja sus cosas y se retire cuanto antes de esta oficina, tengo mucho trabajo atrasado y necesito estar solo.

Recogí mis cosas y salí de la oficina. Ahora encima eso. Cuando estaba logrando adaptarme a ese puesto, viene y me vuelve a cambiar a mi anterior categoría. Andrew me estaba decepcionando cada vez más, pero en el fondo entendía que sería lo mejor para los dos el hecho de no tener que trabajar codo con codo.

Cuando vi el lugar en el que habían colocado mi escritorio y mis cosas, no supe si echarme a reír o salir huyendo de aquel edificio. Me habían trasladado al último piso, al departamento de contabilidad, que nada tenía que ver con el área al que yo me dedicaba. Según me dijo mi antiguo jefe, que ahora volvía a serlo nuevamente, me habían trasladado ahí porque en la planta de recursos humanos no había sitio para mí. «Mucha casualidad», pensé. «Seguro ha sido idea de Andrew enviarme a la última planta para así no tener ni que cruzarse conmigo».

A las 16:00 teníamos una reunión con Juan, la mano derecha de Andrew.

—Buenas tardes, chicos. Os he reunido aquí porque vamos a impulsar un nuevo proyecto en la oficina principal que tenemos en Irlanda. Este proyecto va a ir vinculado al mismo que vamos a poner en marcha en España también. Si las cosas se desarrollan según lo previsto, esta empresa duplicaría sus ventas de aquí a cinco años. Y vosotros os preguntareis: ¿por qué os estoy contando todo esto? Bueno, aquí llega la cuestión. Veréis, tenemos una vacante para cubrir como director de recursos humanos y *marketing* comercial en la oficina principal de Irlanda. Dicha persona trabajaría directamente para el vicepresidente de esta compañía, el señor Steve Matthews. Pero necesitamos a alguien con experiencia, que trabaje en coordinación con las oficinas de España y, lo que es más importante, que domine el español y el inglés. Por eso queremos daros la oportunidad, a aquellos que estéis interesados, para que presentéis vuestras candidaturas para optar a dicho puesto. Tenéis como plazo máximo hasta pasadas 48 horas. Todas las inscripciones serán estudiadas meticulosamente y la elegida deberá ser aprobada por el señor presidente. ¿Tenéis alguna pregunta al respecto?

—Sí, yo tengo una, señor. ¿Cuándo se comenzaría a trabajar en Irlanda? En caso de ser aceptada alguna de nuestras candidaturas —pregunté interesada en la oferta.

—Sería para comenzar a trabajar la próxima semana, como muy tarde a partir del miércoles, para que la persona seleccionada pudiese dejar en orden sus cosas aquí en España y pudiese preparar todos los trámites y mudanza a hacer.

—Entendido. Muchas gracias.

Nadie preguntó nada al respecto. De camino a casa con las chicas, todas comentamos el tema de la vacante en Irlanda y todas decían que el puesto era tentador y las condiciones y el salario estaban muy bien, pero que ellas no

podrían dejar la vida que tenían aquí en España. Yo, en cambio, aunque permanecí en silencio, me planteé por unos minutos el cambiar de vida. Aunque, como he dicho, solo fue por unos minutos.

Después de pasarme toda la mañana rellenando informes estaba hambrienta, así que decidí bajar a la cafetería a por un bocadillo y algo para beber. Aún faltaba tiempo para el almuerzo y el ruido de mis tripas por el hambre iba a volverme loca.

Mientras bajaba en el ascensor, recordé la oferta tan tentadora que nos había ofrecido el día anterior el señor Juan en la reunión de la tarde. De pronto, el ascensor se paró en seco y subieron algunos empleados de la planta tercera, todos bastante trajeados y con el pelo engominado. «¡Vaya pijos!», pensé. De repente, el ascensor volvió a pararse, esta vez en la planta primera, y entonces vi a Andrew junto a su hijo Arthur y a su esposa, que también estaban esperando el ascensor. Las puertas se abrieron, pero ninguno de los tres hizo el amago de subirse.

—¿Van a bajar? —preguntó uno de aquellos pijos engominados.

—No, gracias, va demasiado lleno, esperaremos al siguiente —dijo Andrew mirándome fijamente.

—No va tan lleno, querido, seguro que pueden hacernos un hueco estos señores —dijo Lisa.

Acto seguido, los tres subieron al ascensor. Los señores trajeados se hicieron a un lado como pudieron y finalmente me tocó tener a mi lado derecho a Lisa, que me miraba de reojo mientras reía por lo bajito, y a Arthur. ¡Vaya momento más incómodo! Pero mantuve la mirada al frente sin bajar la cabeza. Hasta que el pequeño niño comenzó a tocarme la falda intentando llamar mi atención.

—Hola, señora —me dijo aquel angelito de grandes ojos.

Le miré un instante y en su rostro pude ver que era totalmente igual a su padre. Tenía los ojos azules, eso me hizo llenarme de ternura y darme cuenta de que él no tenía la culpa de haber nacido en un matrimonio que no se amaba.

—Hola, guapo —le contesté con una sonrisa.

—¿Sabes una cosa? Mi papá y mi mamá me van a llevar al zoológico este fin de semana a ver a los leones.

—Arthur, ya te hemos dicho tu padre y yo que no hables con personas desconocidas —le regañó la insoportable de Lisa.

—Pero, mamá, esta chica no es una desconocida, trabaja para la empresa de papá.

—No me lles la contraria, muchachito. Te he dicho que es una desconocida y es una desconocida —siguió diciendo aquella bruja odiosa.

Andrew permaneció callado sin decir nada. El pequeño niño se refugió bajo sus pies intentando evadir a su insoportable madre y entonces finalmente el ascensor paró en la planta baja.

Yo continúe mi camino y observé como estos me seguían también, tal pareciera que los cuatro íbamos al mismo sitio.

Me acerqué a la barra, pedí lo que tenía pensado y me senté en una de las banquetas últimas.

Andrew también se acercó al mostrador a pedir, pero los tres se sentaron en una de las mesas más alejadas de la barra.

Me dolía tanto todo lo que estaba pasando... Verle así de nuevo junto a su mujer y a su hijo me hizo darme cuenta de quizás Lisa tenía razón y Andrew solo se quería a sí mismo, solo de esa manera podía entender cómo me había vuelto a hacer daño. O simplemente era un cobarde incapaz de tomar ciertas decisiones por miedo a hacer daño a los que tenía a su alrededor, pero así solo conseguía hacer sufrir más a las personas que le querían, como era mi caso.

Yo estoy completa y absolutamente enamorada de él, pero también tenía que reconocer que ese amor podía desaparecer con el tiempo, quizás en un futuro pudiera volver a ser feliz junto a alguien que de verdad me quisiera y estuviera dispuesto a jugársela por mí. Pero Andrew, en cambio, seguiría siendo un infeliz en su matrimonio por no ser capaz de tomar ciertas decisiones.

Observé a lo lejos como el amor de mi vida salía con su hijo de la mano de la cafetería, mientras Lisa se acercaba a la barra a pagar la consumición. Esta me miró con una gran sonrisa mientras se acercaba hacia donde yo estaba sentada.

—Hola, zorra. ¿Qué tal tu vuelta a la cruda realidad?

—Mire, Lisa, no vuelva insultarme nunca más en su vida.

—¿Que no vuelva a insultarte? Pero ¿quién te has creído que eres para tutearme? Para ti siempre voy a ser la señora Lisa —me soltó sin pelos en la lengua.

—Para ser señora hay que saber serlo y usted con esa actitud ha dejado muy

claro que no tiene nada de señora.

—Perdona, pero ¿quién te has creído que eres para hablarme así?

—Y usted ¿quién se cree que es para insultarme de esa manera? ¿Qué se piensa, que por ser la mujer del dueño voy a aguantarme su falta de respeto? Está muy equivocada, Lisa.

—Vuelves a tutearme, pero me da igual porque hoy estoy feliz. Al final mi marido ha vuelto a mí como siempre. ¿Y sabes lo mejor de todo? Que anoche volvió a hacerme el amor como desde hacía mucho tiempo no lo hacía, anoche volvió a ser completamente mío, así que olvídate de él, porque jamás vas a volver a tenerlo.

Sus palabras se me clavaron en el corazón como una daga ardiendo, pero tuve el valor de contestarle, aunque fuese solo para decirle todo lo que se me pasó por la cabeza en ese momento.

—Disfrute de su éxito el tiempo que pueda, porque voy a ser breve, pero le voy a decir un refrán que me solía decir mi madre: «Ama a quien no te ama, responde a quien no te llama y andarás en carrera vana».

—¿Qué me has querido decir con eso, maldita?

—Búsquelo en el diccionario, tanto que se las da de señora elegante y apenas conoce la cultura del país donde vive actualmente.

Me marché totalmente abatida y sin ganas de seguir adelante. Era cierto que la había puesto en su sitio, ¿pero de qué me había servido? Al final esa señora había logrado volver junto a Andrew. Sí, a lo mejor con mentiras, pero volvían a estar felices y juntos y yo aún seguía pensando que quizás podía tener otra oportunidad con él cuando su hijo estuviese totalmente recuperado. Qué imbécil había sido.

Volví a mi lugar de trabajo. Me senté en mi escritorio y entonces recordé nuevamente la oferta de trabajo en Irlanda. «Quizás esto es lo mejor para ti, Sara», pensé. «Solo de esta manera vas a lograr olvidarte de él completamente, además siempre has querido vivir en Irlanda, ya va siendo hora de que des el paso de marcharte lejos de aquí por un tiempo y que comiences una nueva vida». Si continuaba viéndole todos los días o encontrándomelo a todas horas acabaría enfermándome de dolor, y ya lo había pasado bastante mal aquella vez que me partió por primera vez el corazón. Claro que ahora las cosas eran tan diferentes... En todos esos meses había madurado bastante y me había dado cuenta de que no necesitaba el amor de ningún hombre para ser feliz. Yo me bastaba para conseguir todos mis sueños

y propósitos y, aunque sí era cierto que amaba a Andrew por encima de todas las cosas, creí que lo mejor sería que me marchara de allí.

Sin pensármelo dos veces, me presenté en la oficina del señor Juan para decirle que presentaba mi candidatura para el puesto. Llamé a la puerta, que estaba cerrada, y escuché la voz de este:

—Pase.

Cuando abrí la puerta de su oficina, observé que Andrew también se encontraba allí. Estaban sentados en la mesa del señor Juan debatiendo algunos asuntos, me imaginé, ya que estaba todo lleno de papeles.

Andrew me miró con semblante serio.

—Buenas días, señorita Sara. ¿Qué necesita? —preguntó Juan.

—Necesitaba hablar con usted, pero, si está muy ocupado, puedo venir más tarde si lo prefiere.

—No, por favor, dígame qué quería hablar conmigo.

Andrew continuó escribiendo sobre aquellos papeles que ocupaban toda la mesa.

—Bueno, venía a decirle que después de meditarlo he decidido presentar mi candidatura para la vacante que existe actualmente en la empresa de Irlanda.

Observé que Andrew dejó de escribir y miró a Juan. Este entonces se atrevió a contestarme.

—Está bien, creo que puede resultar una candidatura interesante. Tengo un hueco para hacerle una entrevista esta tarde y así le comentaré todas las condiciones del puesto y funciones. ¿Le vendría bien que nos viésemos a las cinco y media?

—Sí, claro, a esa hora estaré aquí. Muchas gracias, señor Juan.

—A usted, señorita Sara.

Miré mi reloj y marcaba las 17:25. Tomé el ascensor rumbo a la oficina del señor Juan.

Después de más de una hora de tener que lidiar con miles de preguntas sobre mi vida personal y laboral, Juan decidió dar por finalizada la entrevista.

—Esto ha sido todo, señorita Sara. Para finalizar, me gustaría hacerle una última pregunta.

—Sí, claro, usted dirá, señor.

—¿Qué motivos la han llevado a tomar esta decisión de querer dejar esta empresa y su vida aquí en España?

Me quedé en silencio ante la pregunta. Obviamente por mi cabeza pasaron los verdaderos motivos que eran, pero no sabía si sería bueno decirlo en una entrevista.

—Por favor, le ruego sinceridad ante todo. Necesitamos encontrar a una persona que tenga las ideas claras y que no se vaya a arrepentir a la primera de cambio.

—Está bien. Mire, señor Juan, usted me ha pedido que sea sincera y voy a serlo. Yo siempre he deseado vivir en Irlanda. Hace algunos años me planteé irme a vivir allí por un tiempo, luego se dieron otro tipo de circunstancias y las cosas cambiaron y ahora siento que ya no tengo nada que hacer en esta empresa y lo que más necesito en estos momentos es un cambio de aires en mi vida.

—Me imagino que todo esto está pasando por lo sucedido con Andrew, ¿verdad?

—Digamos que ha sido el empujón que necesitaba para romper con todo esto.

—¿Y quién le asegura que pueda ser capaz de hacerlo?

—Créame, señor Juan, estoy muy segura de la decisión que he tomado.

—Está bien, no voy a hacerle ninguna pregunta más, puede irse. Esta tarde decidiré entre las candidaturas presentadas cuál es la seleccionada para el puesto y en caso de ser usted se le avisará para ponerla al tanto de todo.

—Muchas gracias, señor Juan.

—Le deseo mucha suerte y créame, Sara, que la decisión que ha tomado es la más acertada.

## 22 ANDREW

Llamé a Juan a su oficina y le pedí que viniese a la mía para hablar con él. Enseguida se presentó allí. Estaba bastante serio, lo cual me preocupó.

—¿Qué tal ha ido la entrevista con Sara? —pregunté nervioso.

—Pues bien, bastante bien. Está lo suficientemente capacitada para el puesto. Pero...

Le interrumpí.

—¿Pero qué?

—Yo, antes que a cualquiera de los empleados que se han presentado, la escogería a ella porque es una chica bastante competente y profesional y sé de sobra que no nos decepcionará. Pero, amigo, ¿es realmente lo que quieres? ¿Quieres alejarla de ti para siempre?

—Juan, sabes de sobra que esto está siendo tan difícil para ella como para mí, pero no puedo seguir pidiéndole que me espere cuando no puedo prometerle nada.

—Eso ya lo sé, pero se la veía tan triste... Ella te quiere de verdad.

—¿Y crees que yo no? Juan, estoy loco por Sara. Desde que la conocí no he dejado ni un momento de pensar en ella, pero yo tengo una vida detrás a la que tampoco puedo darle la espalda. Y siempre que intento ser egoísta y pensar un poco en mí acaban sufriendo las personas que están a mi lado, incluida ella.

—Entonces entiendo por tus palabras que estás de acuerdo con que Sara sea trasladada a las oficinas de Irlanda para cubrir la vacante de directora de recursos humanos.

—Juan, si por mi fuera, jamás aceptaría eso, pero, si es la voluntad de Sara, debemos aceptarla, aunque me duela en el corazón. ¿Qué te ha dicho ella de todo esto?

—Tampoco ha querido dar muchas explicaciones al respecto. Me ha dicho que necesita un cambio de aires en su vida porque en esta empresa no tiene nada que hacer.

—Me duele escucharla decir eso, la quiero demasiado. Sara se ha convertido en la única razón por la que me levanto por las mañanas, pero sé



que esto no es un «hasta siempre», sino un «hasta luego».

—¿Me estás queriendo decir que algún día irás a buscarla?

—Lo único que tengo claro a estas alturas es que Sara es la mujer de mi vida y que tarde o temprano estaremos juntos.

—Te veo muy seguro de ello, amigo, pero yo que tú no me confiaba tanto, la he visto muy decidida a cambiar de vida. ¿Quién te asegura que no encuentre a otro hombre que la haga feliz?

—Juan, no me preocupes más de lo que ya estoy. No soportaría saber a Sara en brazos de otro.

—Perdóname, Andrew, que sea tan sincero, pero eres muy egoísta con ella, no la quieres a tu lado, pero tampoco la quieres en brazos de otro.

—¿Y qué quieres que haga? Estoy enamorado de ella y mi único sueño en esta vida es poder convertirla en mi mujer y que estemos juntos.

—Ya, pero tú debes entender también que ella es la persona que ha salido más perjudicada con todo esto. De la noche a la mañana la vuelves a dejar y encima le haces el vacío aquí en la oficina, la mandas al último piso para no cruzarte con ella y le sueltas la excusa de que no cumple los requisitos como secretaria. Andrew, está destrozada.

—¿Crees que no lo sé? Yo también lo estoy, me duele en el alma hacerle esto, apenas puedo dormir por la noche pensando en ella, en todo lo que estará sufriendo.

—Entonces ¿estás seguro? ¿Sara será trasladada a las oficinas de Irlanda?  
—me preguntó Juan definitivamente.

—Sí, Juan, esta tarde la llamarás y la harás venir a mi oficina y entonces juntos le daremos la noticia.

—Creo que esto acabará por derrumbarla.

—Lo sé, pero es lo mejor para ella en estos momentos y también para mí hasta que yo pueda arreglar todos mis asuntos familiares y divorciarme de Lisa.

—Está bien pues, decidido entonces. Voy abajo a comer algo, luego te veo.

**D**urante toda la tarde estuve bastante nerviosa pensando en que yo pudiese ser la elegida. En el fondo era lo que necesitaba en mi vida, alejarme para siempre de Andrew, pero me preguntaba si sería capaz de poder romper con todo y olvidarme de él. Mis pensamientos fueron interrumpidos por el teléfono.

—Hola, cariño, ¿sabes algo ya de la entrevista? —preguntó Blanca ansiosa al otro lado del teléfono.

—No, aún no sé nada, amiga.

—No podemos creerlo aún, desde que nos lo constate en el almuerzo estamos todas rogándole a dios que no te seleccionen, siento decírtelo así, pero no queremos que te vayas y más sabiendo los motivos que son. Te vamos a echar muchísimo de menos. ¿Cómo te ha ido la entrevista?

—Pues bien, supongo, aunque no creo que me seleccionen, es un cargo bastante importante y no creo que esté preparada para dar ese perfil.

—No digas tonterías, tú has hecho cosas en estos meses que ninguna de nosotras hemos hecho en años, así que confía un poquito más en ti misma.

—Bueno, amiga, te dejo, que tengo que seguir trabajando.

—Está bien, en cuanto sepas algo avísame, por favor.

—Sí, tranquila.

Colgué el teléfono y, cuando me disponía a continuar con mis labores, volví a recibir otra llamada nuevamente.

—Diga —contesté.

—Señorita Sara, soy Juan. Necesito hablar con usted. ¿Podría pasarse por la oficina del señor presidente?

—Sí, claro, ahora mismo voy.

¡Madre mía! ¿Me habrían seleccionado para el puesto? Ahora estaba a punto de arrepentirme. Marcharme a Irlanda significaba romper con toda mi vida en España y no volver a ver nunca más a Andrew. Pensé en que me he precipitado... ¡Y un cuerno! No podía seguir allí sufriendo y muriéndome de dolor cada vez que veía a Andrew junto a su familia y alejado de mí. Era

cierto que le amaba por encima de todas las cosas, pero esa vez iba a pensar solo en mí, igual que había hecho él.

Llamé a la puerta de la oficina del presidente.

—Pase. —Escuché la voz de Juan.

—Usted me ha llamado, señor —dije dirigiendo mi mirada a Juan.

—Sí, señorita Sara. Siéntese, por favor.

Hice lo que me pedía y observé que Juan y Andrew estaban sentados en el extremo de la mesa de la oficina. Ambos parecían bastantes serios, sobre todo el presidente.

—Bueno, la hemos llamado para comunicarle que su candidatura ha resultado ser la elegida para ocupar la vacante que existe actualmente en la oficina principal de Irlanda.

La noticia me pilló por sorpresa. Aunque era lo que deseaba en esos momentos, no sabía por qué no terminaba de alegrarme del todo.

—Y bien, ¿qué le parece la idea? —preguntó Juan ansioso.

Intente demostrar mi alegría al respecto, aunque por dentro me estuviera muriendo del dolor por tener que alejarme para siempre de Andrew.

—Muchas gracias por darme esta oportunidad, señor. La noticia me ha pillado por sorpresa, pero tengan por seguro que no se van a arrepentir de la decisión.

—Estamos seguros de eso, y déjeme decirle que le deseamos toda clase de suerte en su nueva vida —me deseó Juan.

Andrew me miraba fijamente y apenas pronunció palabra.

—Tiene hasta el martes para dejar todas sus cosas en orden aquí en España y el miércoles tomará rumbo a Irlanda.

—Está bien, señor. ¿Y cuándo es mi último día aquí?

—El lunes debe asistir a la oficina con su horario normal y dejar al corriente a su actual jefe de todas las tareas pendientes que tenga por hacer y el miércoles a las 12:00 de la mañana tomará el vuelo con destino a Irlanda. Cuando llegue al aeropuerto, un chofer la recogerá y la llevará a la oficina central, en la que conocerá a Steve Matthews, el actual vicepresidente de la compañía. Es una gran persona.

—Está bien, creo que me queda todo claro. Muchas gracias.

Cuando me disponía a salir por la puerta, la voz de Andrew me detuvo.

—Señorita Sara, espere...

Lo mire a los ojos.

—Le deseo mucha suerte en Irlanda.

—Gracias —le dije mientras notaba como mis ojos se llenaban de lágrimas.

Me pasé todo el fin de semana recogiendo mis cosas personales del piso que compartía con mis compañeras. Después de guardar toda mi ropa en varias maletas y de ver que mi actual habitación se quedaba vacía, me planteé si estaba haciendo bien al tomando esta decisión. A partir de ahora iba a dejar de ver todos los días a mis compañeras y amigas del alma y ya no tendría a mis padres tan cerca de mí. Mi lugar de trabajo sería otro totalmente distinto, iba a conocer otro país totalmente diferente, otra cultura, otro idioma... Quizás solo podría viajar en vacaciones de verano y en Navidad a España. Creí estar volviéndome loca, pero lo peor de todo es que iba a romper cualquier vínculo que pudiese tener con él, mi gran amor.

—¿Qué haces ahí parada mirando esta habitación vacía? —me preguntó Blanca.

—Estaba pensando en mis cosas...

—Anda, cariño, ven, que te tenemos una sorpresa preparada.

Blanca me agarró del brazo y prácticamente me empujó hacia el salón.

—¡Sorpresa! —gritaron todos.

Y ahí estaban mis padres, mis amigas y compañeras de piso, algunos compañeros del trabajo... Todos habían venido para felicitarme y desearme lo mejor en mi nueva vida.

Me puse algo nerviosa, la verdad es que no esperaba tanta gente, e incluso se me saltaron las lágrimas cuando abracé a mis padres.

—No llores, hija mía, ya verás como te va a ir muy bien por Irlanda. Recuerda que aquí siempre vas a tener a tus padres esperándote.

—Ya lo sé, mamá. Gracias por apoyarme cuando te llame ayer dándote la noticia.

—No tienes que darlas, mi niña, sabes que siempre vas a poder contar con nosotros.

—Gracias, papá, por haber venido tú también.

Y acto seguido le abrace a él también. Mi padre me miraba con lágrimas en los ojos. Debo reconocer que la relación que teníamos los dos era muy especial, ambos nos admirábamos mucho y nos sentíamos muy orgullosos el uno del otro. Creo que he visto pocas relaciones de padres e hijas parecidas a la nuestra.

Sonó el despertador y al apagarlo recordé que aquel lunes era mi último día de trabajo en España.

Llegué a la oficina tan puntual como siempre y decidí durante toda la mañana poner en orden todo mi trabajo pendiente. A las 14:00 bajé a almorzar con las chicas.

—¿Qué tal estás, Sara? —me preguntó Violeta con preocupación.

—Estoy bien, chicas, de verdad.

—¿Has sabido algo del señor Andrew? —preguntó Blanca.

—No, Blanca, no he sabido nada de él, solo lo que os conté que me dijo el viernes.

—Pero no entiendo, si dice que está enamorado de ti, ¿a qué espera para impedir que te vayas?

—Chicas, ¿no os dais cuenta de que esta historia se ha acabado? Andrew ha sido el que ha aprobado la decisión de Juan de nombrarme la directora de recursos humanos y *marketing* para la vacante de Irlanda. Él prefiere tenerme lejos, no hay más que ver dónde ha colocado mi escritorio.

—Ya lo sabemos, Sara, pero no entendemos nada...

—La que no entiende nada soy yo, pero ya me he cansado.

—Pero ¿por qué no hablas con él? —preguntó Martina.

—Es inútil, Martina. Él está decidido a seguir como siempre. Si os soy sincera, tengo la sensación de que nunca estuvo dispuesto a romper con su vida. Creo que me usó como siempre ha hecho.

—Yo no creo que las cosas fueran así, pienso que él te quiere por la manera en cómo te defendió frente a Álex delante de todos, pero la bruja de su mujer le tiene cogido por los huevos —respondió Blanca.

—¿De verdad pensáis que pueda ser eso? Yo es que estoy hecha un lío, a veces pienso que me quiere, otras veces pienso que me usó.

—Yo, si aceptas mi consejo, le escribiría una carta donde le expresaría todos mis sentimientos, quizás de esa manera podríais aclarar las cosas —me sugirió Blanca.

—¿Tú crees?

—Claro que si, al menos habrás intentado hablar por última vez con él, de lo contrario te vas a arrepentir el resto de tu vida.

Decidí hacer caso a Blanca y, después de la comida, me senté en mi escritorio dispuesta a escribirle una carta de despedida. Cogí un folio en blanco y un Pilot negro y comencé a poner en esa hoja de papel todos mis

sentimientos.

*Hasta siempre, Andrew.*

*Sí, esto es una carta de despedida. No puedo sino escribírtela, porque decirte adiós me es imposible. No podría volver a mirarte, porque me perdería en el color de tus ojos; no podría volver a hablarte, porque me quedaría atrapada entre tus labios. Por eso me marcho ahora y te dejo todo mi amor en esta carta.*

*Aún no puedo creerme que esta historia de amor no pueda tener un final feliz. Sabes bien que ambos vamos a sufrir, y he pensado decirte adiós para siempre ahora que aún saboreamos la felicidad de amarnos. También sabes que nunca he querido a nadie como te quiero a ti y que me resulta difícil imaginar que alguna vez vuelva a sentir este amor. Pero, igualmente, te digo adiós.*

*No me voy de vacío. Perdona si me llevo tus besos, tus caricias y tus abrazos. Perdona si me llevo las risas y las confidencias. Meto también en la maleta el olor de tu pelo, el sabor de tu piel y el sonido de tu voz. Todo eso me llevo, para guardarlo como un tesoro bien dentro de mi corazón.*

*Tú puedes quedarte con el recuerdo de esta historia de amor que no pudo ser, pero será, en otro tiempo, en otra vida, de eso estoy segura. Y espero que entiendas este adiós precipitado, pero inevitable, porque me gustaría quedarme para siempre en un rincón de tu corazón.*

*Te recordaré por siempre.*

*Sara*

Después de terminar de escribirla, volví a leerla y me emocioné nuevamente. En esa hoja le había descrito todo lo que sentía y sentiría siempre por él. Jamás había escrito algo parecido a alguien.

Metí la carta en un sobre y se la dejé encima de su escritorio. Aquel día Andrew no iba a ir a trabajar, según tenía entendido tenía asuntos pendientes fuera de la oficina, pero me imaginé que a parte de esos asuntos prefería no tener que cruzarse conmigo en los pasillos y tener que despedirse de mí.

\* \* \*

Eran las 11:15 y me encontraba ya sentada en uno de los asientos del aeropuerto, esperando para coger el vuelo que cambiaría por completo mi vida. Esa noche apenas había podido pegar ojo pensando en todo lo ocurrido

hasta entonces. Miré el teléfono varias veces seguidas esperando encontrar algún mensaje de él, pero todo fue en vano. Nunca recibí nada del que hasta entonces había sido el gran amor de mi vida. Pero aún guardaba una pequeña esperanza en mi corazón y pensaba que, tal vez cuando estuviese a punto de subir a aquel avión, Andrew aparecería en aquel aeropuerto dispuesto a impedirlo y a pedirme que no le abandonase y volviese a su lado. La idea se me pasó varias veces por la cabeza y creía que sería lo mejor que me podría pasar en esos momentos. Yo aún estaba loca de amor por él y a pesar de todo lo que había pasado, sus mentiras y los insultos de su mujer, aún le amaba y algo en mi interior me decía que no podía perderle, no otra vez.

Miré el reloj y eran las 11:30. A esas horas Andrew ya habría leído la carta de despedida, pero ¿no iba a decirme nada al respecto? Ni un «gracias por todo»... Mi subconsciente me decía: «Pobre imbécil, ¿no te das cuenta de que para Andrew ya no existes? Él rompió contigo y ya no quiere saber nada de ti». Aun así, yo seguía guardando en un rincón de mi corazón una pequeña ilusión de que viniese a buscarme.

Escuché por el altavoz el aviso de que mi vuelo ya estaba en la pista:

—Pasajeros del vuelo con destino a Irlanda, vayan embarcando por la puerta correspondiente.

Pero yo aún seguía allí, inmóvil sobre mi asiento, esperando hasta el último momento a que viniese a rescatarme el príncipe de mis sueños. Miraba por todos lados, pero él no estaba en ningún sitio. «Esto es un hecho, Sara, Andrew no va a venir, olvídate de él», pensé. Mis pensamientos volvieron a ser interrumpidos por la llamada del altavoz:

—*Última llamada para los pasajeros con destino a Irlanda*, por favor, embarquen por la puerta correspondiente, el avión está a punto de despegar. Gracias.

Cuando escuché aquello, corrí rápidamente hacia el punto de embarque. Y cuando estaba a punto de entrar en el avión, escuché como alguien pronunciaba mi nombre:

—Sara. Espere.

Me di la vuelta para ver quién me reclamaba.

—Disculpe, ¿se llama usted Sara?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

En ese momento se me pasó por la cabeza que quizás Andrew le había enviado para decirme algo.

—Perdóneme, es que he visto que se le había caído el pasaporte cuando intentaba guardárselo en el bolso, era para entregárselo.

—¡Vaya, qué cabeza la mía! Muchas gracias, de verdad, no sé qué hubiese hecho si hubiera llegado a Irlanda sin él.

—No tiene que dárlo, ha sido un placer.

Me dirigí hacia el asiento que me correspondía según me indicaba el billete aéreo y ocupé mi lugar.

En ese preciso instante alguien se sentó justo a mi lado. Miré y casualmente era aquel señor tan amable que había tenido la gentileza de devolverme mi pasaporte cuando se me cayó al suelo en un descuido.

—¡Vaya, volvemos a coincidir! —me dijo aquel hombre de pelo rubio y ojos azules claros.

—Sí, es una casualidad —le dije sonriendo.

—Qué maleducado soy, no me he presentado. Me llamo Steve Matthews.

—Mucho gusto, señor Matthews. Yo soy Sara. —Aquel nombre me sonó conocido, pero no sabía de qué podía ser.

—No me trates de usted, por favor, aún soy muy joven, solo tengo 38 años, llámame Steve.

—Está bien, Steve.

—¿Es la primera vez que viajas a Irlanda?

—Sí, es la primera vez.

—¿Qué, vas de turismo? Te lo decía porque soy muy buen guía y podría enseñarte muy bien la ciudad y sus curiosidades y luego podría invitarte a cenar a algún restaurante.

—Te lo agradezco, pero apenas te conozco.

—Eso no es cierto, ya sabes mi nombre.

—Sí, pero no sé nada de ti.

—Bueno, el viaje es muy largo, tengo tiempo de sobra para contarte cómo soy, qué estudié cuando era joven, mis gustos musicales y mis *hobbies* y para que tú me cuentes más cosas sobre ti. Estoy seguro de que cuando lleguemos a Irlanda, en unas horas, seguro que vas a querer conocerme mucho más.

—No te ofendas, pero en estos momentos no me apetece conocer a nadie.

—¡Vaya, qué drástica! Solo trato de ser amable contigo. ¿Tan mal te caigo?

—No es eso, solo que no acostumbro a salir con alguien que acabo de conocer.

—Por la expresión de tu rostro algo me dice que acaban de romperte el



corazón, ¿verdad?

—No quiero hablar de eso, y menos contigo.

—Sara, no todos los hombres somos iguales.

—Eso ya lo sé, pero algunos pueden llegar a hacerte mucho daño.

—Ya, pero eso también pasa con algunas mujeres. Mira mi caso, por ejemplo. La mujer de mis sueños, con la que estaba decidido a pasar el resto de mi vida, me abandonó porque se enamoró de mi mejor amigo.

—Lo siento. —No supe qué más decirle en ese momento, pero me sentí en cierto modo identificada con él.

—Pero bueno, ya hace más de 10 años que ocurrió, ya lo he olvidado y he sabido curar mis heridas y perdonar.

—O sea, que después de todo lo que pasó ¿perdonaste a tu amigo y a esa chica de la que estabas enamorado?

—Sí, Sara, mi amigo nunca tuvo la culpa de nada, las cosas pasaron así. Ella se acabó enamorando de él y por suerte fue sincera conmigo antes de llegar al engaño. Ahora tengo muy buena relación con ellos, soy el padrino de su hijo pequeño.

—Entonces ¿se casaron?

—Sí, hace algunos años, y son muy felices los dos.

—Yo no sé si hubiese sido capaz de perdonarles.

—El tiempo lo cura todo, además yo soy una persona que cree mucho en el destino y estoy seguro de que si las cosas han pasado así es por algo, tarde o temprano encontraré a la chica de mis sueños, o quizás ya la he encontrado...

—me dijo guiñándome un ojo.

La verdad es que después de esa confesión me comenzó a caer bien aquel señor, en cierto modo me dio lástima todo lo que le habían hecho y, aunque su historia no tenía nada que ver con la mía, me sentí identificada con él, ya que a los dos nos habían partido el corazón. Fue entonces cuando me fijé más en él. Era bastante guapo. Creo recordar que más o menos de la misma estatura que yo, aunque, claro, ahora estaba sentado y no podía comprobarlo. Tenía el pelo rubio y algo rizado y sus ojos eran de un azul claro precioso, jamás había visto unos ojos así, tan claros. Eso me hizo recordar a Andrew, él también los tenía azules, pero eran un poco más oscuros que los de Steve. Vestía un traje de chaqueta gris perla y unos zapatos negros de estilo francés.

—Bueno, entonces ¿me vas a decir por qué motivo vas a Irlanda?

—Bueno, a decir verdad, voy por tema de trabajo, comienzo a trabajar esta

semana para las empresas Miller de Irlanda.

—¡Vaya, qué casualidad!

—¿Por qué lo dices? —pregunté sorprendida.

—Porque yo también trabajo para la misma compañía.

—¿De verdad?

—Sí. Soy el vicepresidente, de hecho. Algo me comentó Andrew de que esta semana comenzaba una chica a trabajar para las oficinas de Irlanda. Claro, ahora caigo, todo coincide, me dijo que su nombre era Sara y tú te llamas así.

Me quedé en blanco y mis manos comenzaron a temblar. Qué jodida casualidad conocer en el avión que me llevaba de camino a mi nueva vida al que sería a partir de ahora mi nuevo jefe. Eso me había pillado por sorpresa y ahora no sabía de qué manera comportarme con él.

—Sí, soy yo. Vaya, jamás lo hubiese imaginado —le dije titubeando del nerviosismo.

«Bueno, tranquila, es mejor así. Ya nos conocemos y no tendremos que pasar por las protocolarias presentaciones de la empresa», pensé.

Pasaron varios minutos y permanecí en silencio. Miré varias veces por la ventanilla a no sé qué paisaje, ya que aún el avión no había despegado, e intenté disimular, porque notaba como el señor Matthews me miraba de reojo.

—Vaya, ha sido decirte que voy a ser tu jefe y has cambiado por completo, ya no estas tan habladora como antes. Que sigo siendo la misma persona, que nada de lo que me digas voy a utilizarlo luego en tu contra.

Me reí ante tal comentario.

—Sí, ya sé que he parecido un policía, pero es verdad, no voy a juzgarte o a tratarte de otra manera por ser tu jefe.

—Ya, pero entiéndame, usted es mi jefe y eso lo cambia todo.

—Ya te he dicho que me tutees y no cambia nada, soy un ser humano como otro cualquiera, no soy un ogro.

—Ya, pero la noticia me ha pillado por sorpresa, entiéndame.

—Pues a mí me da igual que vayas a ser mi empleada, la invitación de enseñarte Irlanda e invitarte a cenar sigue en pie.

—Ahora con más razón no aceptaría jamás su invitación.

—Pero qué testaruda eres, ya me lo decía Andrew, que contigo se trabajaba muy bien, que eres muy inteligente, pero que no se te podía llevar la contraria.

—El señor Andrew es el menos indicado para hablar de mí.

—No te enfades conmigo, ya sabes cómo es Andrew, un poco exagerado a

veces, pero es un gran tipo.

—Yo nunca he dicho lo contrario.

—Tú fuiste su secretaria, ¿no?

—Sí, ¿también se lo dijo?

—Sí, me habló muy bien de tu trabajo.

—Pues, según él, me suspendió el periodo de prueba como su secretaria porque no reunía los requisitos que buscaba. ¿Eso no te lo dijo?

—No, él, siempre que me habló de ti, habló de una mujer maravillosa.

Agaché la cabeza y no supe qué decirle. ¿Andrew hablando bien de mí? Eso no tenía ningún sentido.

—¿Te acuerdas de cuando te dije que la chica de mis sueños me abandonó por mi mejor amigo?

—Sí, claro, cómo olvidarlo.

—Pues ese amigo era Andrew.

La noticia me sorprendió aún más que los comentarios positivos que Andrew había hecho sobre mí. No podía creerlo. O sea, que la supuesta novia de Steve Matthews era la mujer de Andrew, Lisa.

Me costó digerir todo aquello, mi cabeza daba vueltas y vueltas sin conseguir encontrar una explicación lógica a todo aquel enrevesado.

—Te has sorprendido, ¿verdad? Pues sí, Lisa, mi novia de la juventud, se enamoró perdidamente de Andrew, mi mejor amigo, y decidió cambiarme por él. Siempre he pensado que mi amigo nunca llegó a enamorarse perdidamente de ella, pero al final se casaron y entiendo que para casarse debió de darse cuenta de que ella era la mujer de su vida. ¿No me dices nada?

—Discúlpeme, la noticia me ha pillado por sorpresa y creo que es un tema del que no debo opinar ni decir nada al respecto.

—Por supuesto que puedes opinar, para eso te estoy haciendo participe de mi historia. He sido yo el que ha decidido contártelo, contigo tengo buenas vibraciones —me dijo guiñándome un ojo.

Fue entonces cuando el avión despegó rumbo a la ciudad que cambiaría por completo la que hasta ahora había sido mi vida.

El día 18 de mayo del 2013, tras haber pasado más de cuatro largos años de aquel día gris en el que puse rumbo a Irlanda, podía decir que me encontraba completamente feliz. Había encontrado el amor en un hombre maravilloso, y esa noche, delante de nuestras familias, iba a pedir mi mano y a comprometerse formalmente conmigo.

Llegamos a aquel gran barrio residencial en la ciudad de Waterford, a las afueras de la capital irlandesa. Tocamos el claxon del coche y entonces una gran puerta de hierro forjado rodeada de grandes paredes parecidas a las murallas de la edad media nos abrieron paso y ambos pasamos al interior. Aparcamos el coche justo enfrente del pórtico que daba entrada a aquella gran mansión y divisé aquellos jardines que tanto me gustaban. Siempre que venía a visitar a mis suegros me encantaba perderme entre tanta naturaleza y divisar aquellas montañas a lo lejos que en invierno siempre estaban cubiertas por un manto blanco de nieve. Apenas me dio tiempo a bajarme del coche cuando mi madre corrió alegremente a abrazarme la primera.

—Menos mal que ya estáis aquí los dos, estábamos impacientes ya por que llegase este momento. Estás preciosa, hija.

—Gracias, mamá, me alegro mucho de que estéis aquí, compartiendo este momento tan importante conmigo.

También abracé a mi padre, que me recibió como siempre con su gran sonrisa.

—Claro que sí, cuando nos llamaste a tu madre y a mí hace unos meses y nos disteis la noticia de que ibais a comprometeros, nos pusimos muy contentos y felices, porque lo único que deseamos es que seas tan feliz como lo hemos sido nosotros dos en nuestro matrimonio.

Mis suegros también se acercaron a saludarme, eran tan cariñosos y simpáticos conmigo que todos esos años que me había sentido tan sola sin mi familia ellos habían conseguido llenar ese hueco en cierto modo y hacerme sentir bien y feliz.

—¿Qué tal estás, hija? —me preguntó mi suegro.

—Muy bien, señor William, gracias por preguntar.

—Ya te he dicho que no me llames más señor, ahora vas a ser de la familia y debes tutearme.

—Ya sabes, papá, que Sara es muy testaruda y por mucho que le digas no te va a hacer caso.

—¿Qué tal el viaje, hijo? ¿Lo habéis pasado bien? —le preguntó mientras padre e hijo se estrechaban las manos.

—Sí, papá hemos visitado la ciudad de Nueva York al completo, ya sabes que a Sara le hacía mucha ilusión conocer la Estatua de la Libertad.

—¿Y qué puedes contarnos del viaje, Sara?

—Oh, ha sido más que fabuloso, señor William.

—Bueno, chicos, siento interrumpir este momento, pero Gladys, la cocinera, nos está esperando para servir la cena y no queremos que se enfrié, ¿verdad?

—Es cierto, la cena, ya casi me había olvidado —dijo mi suegro entre risas.

Mi suegra me agarró por el brazo de manera cariñosa y nos acompañó a mi madre y a mí hacia el interior de la casa.

Allí estaban mis cuñados ya sentados, deseando que comenzara el gran festejo. Los dos, al verme, se levantaron de la mesa y se acercaron a saludarme y a hacerme toda clases de preguntas comprometidas. Mi futuro marido tenía dos hermanos, Richard, algo más mayor que él, y Ashley, que era la benjamina de la familia.

—Hola, cuñadita. ¿Qué tal estás?

—Bien, Richard, gracias.

—De verdad, ¿has pensado bien lo de casarte con don ordenado y don estirado, o sea, mi hermano? —dijo en tono sarcástico.

—Sí, Richard, lo he pensado muy bien —le dije entre risas.

—Hola, hermanito —dijo Richard a mi futuro marido.

—Hola, don gracioso.

Todos nos reímos ante las bromas de ambos hermanos.

—Bueno, chicos, por favor, vamos a sentarnos, que van a servir la cena —dijo mi suegra.

En ese preciso instante entraron varias chicas uniformadas y nos sirvieron la cena. Debo decir que a pesar de haber pasado cinco largos años, aún no me había acostumbrado a tener servicio. A pesar de que yo y mi futuro marido vivíamos juntos desde hace dos años, yo siempre fui bastante tajante con él sobre que yo no quería tener servicio en casa, ya que yo podía arreglármelas

solita. Al principio tuvimos varias discusiones porque él pertenece a una muy buena posición económica y social y quería darme toda clases de lujos y comodidades, y yo sinceramente no estaba acostumbrada a tener nada de eso y no quería que se pensara que estaba con él por el dinero.

—¿Te gusta la cena, Sara? —me preguntó mi suegra.

—Sí, señora Kate, está riquísimo todo. Además, este es mi plato preferido.

—Ya lo sabía, por eso hice que lo preparasen, tu madre y yo hemos hecho buenas migas desde que William y yo la recogimos en el aeropuerto hace unos días, cuando llegaron de España.

—¡Vaya, quién lo diría! Así que ha sido idea de las dos. Muchas gracias, me ha gustado mucho la sorpresa de la comida.

—De nada, querida, gracias a ti por hacer tan feliz a mi hijo.

La velada transcurrió de manera alegre y tranquila. Después de la comida llegaron los postres, tarta de chocolate o tarta de queso, para los menos dulzones.

—Bueno, damas y caballeros, pido la atención de todos porque creo que ha llegado el momento que todos estábamos esperando —dijo mi futuro marido mientras dirigía su mirada hacia mí y me guiñaba un ojo.

—Claro que sí, hijo mío, adelante —dijo mi suegro mientras me miraba sonriente.

Yo me puse algo nerviosa. Ya sabía lo que iba a pasar, pero nunca se está preparada para algo como eso.

—Sara, por favor, ponte de pie —me dijo la persona con la que llevaba compartiendo mi vida desde hacía más de tres años. Entonces hice lo que me pedía mientras él se arrodillaba ante mí—. Sara, hoy después de tres años junto a ti, tres años que han sido para mí los más maravillosos de mi existencia, quiero decirte que eres la persona a la que he elegido para pasar el resto de mi vida.

Las lágrimas en ese momento comenzaron a descender por mis mejillas, era lo más bonito que me habían dicho en toda mi vida.

Todos comenzaron a aplaudir...

—Oh, hijo, qué bien hablas —decía mi suegra.

—Mamá, por favor, aún no he acabado, ¿queréis dejarme terminar?

Entonces mi futuro marido se sacó una pequeña cajita roja de terciopelo de su bolsillo y sujetó mi mano mientras me miraba a los ojos fijamente.

—Por eso yo, Steve Matthews, quiero pedirte aquí, en este momento y

delante de nuestras familias, que te cases conmigo. ¿Qué me dices, Sara? ¿Aceptas casarte conmigo?

El corazón me latía a mil por hora, estaba tan emocionada que apenas me salían las palabras.

Cuando llegué a Irlanda hacía casi cinco largos años, jamás pensé que lograría olvidar a Andrew y, aunque al principio mis comienzos no fueron fáciles en este país extranjero, gracias a Steve pude olvidar todo lo mal que lo pasé. Y también gracias a él había logrado ser la persona que era en ese día, una mujer segura de sí misma y con las ideas claras de lo que quiere en la vida.

Después de bajarme de aquel avión, mi vida cambió por completo.

Mi relación con Steve, mi jefe, fue estrictamente profesional, o al menos eso intenté, ya que acababa de salir de una relación y no quería volver a sufrir. Él lo entendió y quiso ayudarme como mi superior a que progresara en la empresa, y así fui convirtiéndome en su mano derecha. Le ayudaba en todo y estaba siempre a su lado, le acompañaba a sus viajes de negocios... Poco a poco fui admirándole y no porque fuese mi jefe, sino porque descubrí que debajo de esa fachada de hombre Irlandés, enchaquetado y con una buena pose y posición social también se escondía un gran ser humano. Me di cuenta de que me miraba de una manera muy especial, además me dijo varias veces que le gustaba muchísimo cómo era. Hasta que uno de esos días que fuimos a comer después de una reunión de trabajo se me declaró. Yo me puse bastante nerviosa, también había comenzado a desarrollar cierto interés por él y era un hombre tan atractivo que no podía pasar desapercibido ante mí, pero aún la sombra de Andrew se ponía de por medio. Quise ser sincera con él y le dije que aún no había logrado olvidar a esa persona de la que había estado tan enamorada. Nunca le llegué a decir el nombre del hombre por el que había sufrido tanto.

Él me dijo que no pensaba darse por vencido y que iba a conseguir que yo me enamorase de él. Y así fue, después de dos años de estar detrás de mí ayudándome día tras día, intentado invitarme a cenar a pesar de recibir mil negativas y después de regalarme no sé cuántas flores, decidí darme una oportunidad con él y jamás me arrepentiré. Fue entonces cuando descubrí aún más al hombre maravilloso que habitaba dentro de él, era tan buena persona y tan caballero que a veces pensaba que no me merecía tanto.

Un tiempo más adelante decidimos irnos a vivir juntos y ahí fue cuando me

di cuenta de que él tenía todo lo que yo siempre había deseado en un hombre. Y, después de cuatro largos años, Steve había decidido pedirme matrimonio delante de nuestras familias.

Mi mente volvió al presente después de ese lapsus mental en el que había recordado cómo había sido mi vida desde que llegué a Irlanda.

—Sí, acepto casarme contigo, Steve —le dije emocionada mientras él me abrazaba, y nos besamos.

Nuestras familias comenzaron a aplaudir emocionados por el momento.

—Bueno, ¿y para cuándo la boda, chicos? —preguntaba mi madre intrigada.

—Sí, sí, eso, chicos, ¿para cuándo? Mira que yo voy a ser la madrina y tengo que estar ese día espléndida, después de la novia, claro —me dijo mi suegra mientras me guiñaba un ojo.

—Yo había pensado, si mi futura mujer está de acuerdo, en que nos casemos en septiembre. El día 21, ya que ese día fue cuando Sara y yo comenzamos nuestra relación hace tres años.

—Sí, Steve, me parece una buena idea —le dije, aún emocionada por la noticia.

—Entonces ya hay fecha, consuegros, dentro de cuatro meses nos vamos de bodorrio —dijo mi padre, exaltado de alegría.

Y entonces todos se acercaron a felicitarnos.

\* \* \*

Llegó el lunes siguiente. Era un día muy importante para la compañía porque se iban a reunir los ejecutivos más importantes y también los socios mayoritarios. Se iban a mostrar las últimas ventas de la empresa en estos últimos cuatro años y si el proyecto para el que fui enviada a Irlanda estaba surtiendo los efectos deseados tanto aquí como en España.

Desde hacía varios meses Steve y yo estamos esperando este día con muchas ganas. Él siempre me tranquilizaba diciéndome que habíamos hecho un gran trabajo, pero yo aún estaba nerviosa, no quería fallar. Ese proyecto había sido muy importante para mí y le había puesto muchas ganas.

Faltaba tan solo media hora para que diera comienzo la reunión y yo aún estaba en mi oficina terminando de ultimar detalles con mi secretaria y gran amiga Rachel. Ella se había convertido en un gran apoyo para mí todos esos años y había llegado a ocupar ese vacío que dejaron las chicas cuando tuve que despedirme de ellas para venirme a vivir a Irlanda. Aunque aún seguía



manteniendo el contacto con todas.

Blanca seguía compuesta y sin novio, según ella aún no había encontrado a su hombre ideal, que yo no sabía cómo sería, pero a veces pensaba que es demasiado exigente. Violeta tenía novio y llevaban viviendo juntos desde hacía algún tiempo y Martina se casó a los dos años de haberme ido yo y desde hacía unos meses era madre de una niña preciosa. Prácticamente todas habíamos rehecho nuestras vidas, pero aún seguíamos interesándonos por saber las unas de las otras. Alguna vez hicieron una escapadita y vinieron a visitarme a Irlanda, pero desde hacía algunos años no habíamos podido volver a vernos. Yo no había tenido ocasión de viajar a España por temas de trabajo y ellas estaban también tan liadas con sus vidas que en cierto modo las entendía.

Con la que mantenía más contacto era con Blanca, que, si por ella fuera, me llamaría a todas horas para ponerme al corriente de los chismes de la oficina. Siempre hacía alusión a Andrew, a cómo había cambiado su vida desde entonces, y siempre acababa yo diciéndole lo mismo, que la vida de ese señor no me interesaba.

En todos esos años nunca volví a saber nada más de él. Para las reuniones anuales a las que tenía que acudir en Irlanda siempre buscó alguna excusa todo ese tiempo para no tener que ir, y en su lugar enviaba a Juan, que venía en representación suya. Para mí, la verdad, fue un desahogo, porque tener que verle, aunque fuera por un momento, después de esa carta de despedida que le escribí de la que no recibí nada por su parte, sería un poco vergonzoso para mí. Y después de todo el daño que me había hecho y lo que me costó olvidarle, sería muy duro tener que volver a verle. Steve me habló varias veces de él, sin saber obviamente que entre nosotros dos ocurrió algo. A veces pensé en contárselo, pero sabía que eso le haría daño y, como era una historia que había pasado hacía tanto, pues prefería olvidarlo.

Steve siempre me decía que había cambiado mucho, que apenas le llamaba para hablar con él, que creía que tenía problemas en su matrimonio... Vamos, lo de siempre. En todos esos años su vida había seguido igual, aferrado a una mujer que no quería pero que no podía dejar por miedo a hacerle daño a ella y a sus hijos. No sabía si Steve le había hecho partícipe de nuestra relación, pero, para ser sincera conmigo misma, me daba exactamente igual si ya lo sabía.

Por suerte, para la reunión tan importante de aquel día tampoco iba a venir.

Según me dijo Steve, le dijo que tenía asuntos muy importantes que tratar en España y que volvería a enviar a Juan.

—Sara, tan solo faltan quince minutos, ¿vamos yendo ya hacia la sala de reuniones? —me preguntó Rachel.

—Sí. ¡Madre mía, cómo pasa el tiempo! Vámonos, rápido, que no quiero que lleguemos tarde y más en un día como hoy.

—Tranquila, amiga, ya verás como todo va a salir muy bien.

—Dios te oiga —le dije en voz baja.

Terminamos de coger las capetas que contenían todos los informes que íbamos a tratar en la reunión y pusimos rumbo a la segunda planta.

Le dije a Rachel que se adelantara ella, que yo quería ir a buscar a Steve para darle los últimos informes que le faltaban al proyecto que tenía que presentar.

Le busqué en su oficina y no le encontré. «¡Vaya, se habrá ido ya a la sala de reuniones!», pensé.

—¿Me buscabas, cariño? —me preguntó Steve.

—Sí, la reunión está a punto de comenzar y venía a traerte los informes que nos faltaban.

—Tú tan atenta como siempre, por eso será por lo que me gustas tanto —me dijo mientras me guiñaba un ojo e intentaba hacerme cosquillas.

—Steve, ahora no es el momento.

—Tan gruñona como siempre, en el trabajo nunca me dejas decirte lo que siento.

—Tú lo has dicho, en el trabajo, ahora deja que te revise los informes, aún nos quedan unos minutos.

—Como usted mande, mi sargento —me dijo con tono sarcástico.

En ese momento tocaron a la puerta, que aún seguía entreabierta...

—Está abierto, pase —dijo Steve.

—Disculpe, señor, pero hay una persona que quiere verle en este momento —dijo mi secretaria.

—Ahora mismo no puedo atender a nadie, Rachel, estamos revisando unos documentos y nos tenemos que ir rápidamente a la reunión.

—¿Tampoco tienes tiempo para saludar a un viejo amigo...?

Aquella voz... ¡Dios mío! Me era tan familiar.... No podía ser... Era la voz de Andrew.

—Andrew, amigo. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has avisado de que

vendrías? No puedo creerlo, dame un abrazo, sinvergüenza.

Me puse muy nerviosa y me di la vuelta, evitando que por nada del mundo me viese. No sabía cómo volver a actuar ante él, siempre había planeado ese reencuentro, el hecho de volver a encontrármelo en la oficina alguna vez, cómo me comportaría ante él, y siempre había tenido muy clara cuál iba a ser mi actitud, pero ahora, al verle así de repente, me había pillado totalmente fuera de juego.

—¡Vaya! Qué de preguntas. Quise darte la sorpresa, hacía mucho que no nos veíamos y, bueno, los asuntos de España pueden esperar.

—Me alegro mucho de que hayas venido, y déjame decirte que hoy pienso invitarte a cenar y luego nos iremos los dos por ahí a tomarnos unas copas, que me tienes que poner al día de tus cosas.

—Claro que sí, cuenta con ello. Y tú también tienes muchas cosas que contarme, ¿no? Ya me ha dicho un pajarito que estás comprometido y te casas dentro muy poco.

—Qué cotilla es ese pajarito, pero sí, es cierto, me caso y con una mujer maravillosa. ¡Vaya, qué cabeza la mía! Pero si me había olvidado de que está aquí en este momento. Cariño, acércate, mira quién ha venido a visitarnos.

¡No podía creerlo! ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a mirarle a la cara? No sabía si sería capaz. ¿Por qué me tenía que pasar a mí eso? Mis piernas no hacían más que temblar y sentí que se me iba a salir el corazón por la garganta... «Aguanta, Sara, ya hace mucho tiempo de aquello, ya no sientes nada por él, ahora vas a casarte con Steve, un hombre maravilloso, olvídate de todo y haz como si no pasara nada», me repetía a mí misma.

Me giré y solté los papeles encima de aquel escritorio.

Me acerqué hacia mi futuro marido, poniendo la sonrisa más forzada que había puesto en mi vida.

—Te acuerdas de Andrew, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Qué tal está, señor? —le dije mientras le tendía una mano en señal de saludo.

«He podido hacerlo», pensé. «No ha sido para tanto, y yo que creía que no lo lograría».

Andrew me miró fijamente a los ojos, me dedicó una pequeña sonrisa y después me tendió su mano.

—Muy bien, señorita Sara. ¿Qué tal le van las cosas por Irlanda?

—Muy bien, señor. Gracias por preguntar.

—Más que bien, amigo mío. Sara es esa mujer tan maravillosa de la que te cabo de hablar y con la que me voy a casar en unos meses —decía Steve mientras me agarraba por la cintura.

Me di cuenta de cómo la noticia le pilló por sorpresa por la cara que puso.

—Dime algo, ¿no vas a felicitar a tu mejor amigo? —preguntaba Steve entre risas.

—Claro que sí, Steve, perdóname, no me lo esperaba, me ha pillado todo por sorpresa, pero me alegro mucho por los dos. ¡Muchas felicidades a ambos!

—Gracias, señor.

—Por la cara que has puesto... ¿Acaso no sabías que la mujer con la que estaba comprometido era Sara, tu antigua secretaria?

—No, Steve, nunca me dijeron quién era la chica con la que estabas saliendo, pero igualmente me alegro mucho por los dos.

—Muchas gracias, amigo mío, ya habrá tiempo de que te cuente todo con más detalle.

Volvieron a tocar en la puerta, era nuevamente Rachel.

—Siento interrumpir nuevamente, señor, pero ya están todos los asistentes a la reunión y estamos esperándoles a ustedes tres.

—La reunión, lo había olvidado. Vamos, chicos, que no podemos retrasarnos más —decía Steve mientras nos miraba a Andrew y a mí.

Dio comienzo la reunión. A pesar de llegar muy justos de tiempo, todos se pusieron en pie al ver que también asistiría el presidente de la empresa.

Steve y yo ocupamos nuestros asientos y, para mi sorpresa, el presidente se sentó a mi lado.

La primera media hora habló Steve, que expuso detalladamente mediante diapositivas todas las gráficas y los últimos resultados de la empresa. Los datos parecían ser favorables, pero aun así hasta no haber acabado la reunión no me sentiría tranquila del todo.

—Perdona, ¿tienes un bolígrafo para dejarme? —me preguntó Andrew con una voz tan baja que apenas le entendía.

—¿Qué me ha dicho? —le volví a preguntar.

—Que me he dejado mi bolígrafo en mi maletín y necesito apuntar unas cosas, ¿me podrías dejar el tuyo?

—Sí, claro —le dije mientras se lo ofrecía sin apenas mirarle a la cara.

Steve terminó su discurso y entonces pasé a hablar ante todos. Expuse todos

los datos tal como lo había repasado los días anteriores para no cometer ningún error. Observé como todos me miraban expectantes.

Y, después de mi exposición, pasó a hablar ante todos el presidente.

Fue entonces cuando me detuve a mirarle por un momento y pude ver que seguía igual que siempre. Se había dejado el pelo un poco más largo, ya no lo tenía tan corto como antes, pero igualmente le favorecía. «Es que a él todo le favorece», pensé. Me fijé en que apenas tenía arrugas en la cara, a pesar de los años seguía exactamente igual... «Pero, Sara, ¿qué estás haciendo? No vuelvas a mirar de esa manera», pensé cuando me di cuenta de que apenas estaba prestando atención a su discurso o charla, como queramos llamarlo. Lo único que hacía era mirarle para encontrar algún defecto en él después de todo el tiempo que había pasado desde que mantuvimos una relación o lo que fuese aquello... Pero no encontré nada, seguía igual que siempre.

A parte de comentar en voz alta los datos y resultados de las empresas de España, luego tuvo unas bonitas palabras para cada uno de los miembros del equipo que había trabajado y había conseguido en cierto modo esas cifras y resultados tan buenos.

—Y para finalizar quiero felicitar por el magnífico trabajo que ha llevado a cabo estos últimos cuatro años a la señorita Sara, porque sin ella estoy seguro de que no hubiésemos llegado a cumplir ni la mitad de los objetivos planteados. Muchas gracias y déjeme decirle que estaba seguro de que lo lograría.

Todos se levantaron y comenzaron a aplaudir. La verdad es que creo que me puse hasta colorada, no me gustaba que la gente me felicitara por mi trabajo, era algo que en cierto modo me avergonzaba, y no entendía muy bien por qué, a nadie le amarga un dulce de vez en cuando. Pero yo era tan pudorosa para esas cosas que me imaginaba que habría salido a mi madre, a ella tampoco le gustaba que la felicitaran, siempre solía decir que el trabajo hay que hacerlo bien siempre y no esperando halagos o felicitaciones por ello.

—Muchas gracias a todos —agradecí.

La reunión se dio por finalizada y todos comenzaron a salir de la sala mientras Steve se acercaba y me abrazaba para felicitarme.

—Estoy muy orgulloso de ti, mi amor. Sabía que lo lograrías a pesar de todo lo que has sufrido por llegar aquí, ahora te estás dando cuenta de que la vida te recompensa tarde o temprano.

—Gracias, Steve, y déjame decirte que sin ti jamás lo hubiese logrado, de

eso estoy casi segura.

—No tienes que agradecerme nada, el mérito es tuyo, yo solo te he dado las bases necesarias para que lo pudieses llevar a cabo. Te quiero mucho, nunca lo olvides, y déjame decirte que este fin de semana lo vamos a celebrar a nuestro modo y no voy a aceptar un no por respuesta.

—Está bien —le dije mientras le acariciaba las manos.

—Disculpadme un segundito, chicos. Me gustaría hablar un momento a solas contigo, Steve.

—Andrew, perdona, amigo, me había olvidado de ti. Claro que sí, vamos a mi oficina si quieres para estar más tranquilos.

No me di cuenta de que él seguía allí en la sala de reuniones...

—Cariño, luego te veo en casa. Hoy no me esperes para cenar, voy a salir con Andrew a tomarnos algo por ahí... ¿No te importa?

—Claro que no.

—¿Tú que vas a hacer? ¿Vas a salir con Rachel o alguna compañera de la oficina?

—No, prefiero quedarme en casa —le dije mientras le guiñaba un ojo, ya con eso él sabía qué es lo que iba a hacer en casa.

—Ya me imagino, hoy vas a dedicarlo a escribir... ¿o me equivoco? —preguntó Steve sonriente.

—No, no te equivocas, hoy me acostaré tarde.

—Está bien, princesa, que disfrutes mucho tu tarde.

—Hasta luego, señorita Sara, ha sido un placer volver a verla. Por cierto, se me olvidaba, le devuelvo su bolígrafo —me dijo Andrew mientras me miraba con esos ojos azules que en cierto modo me intimidaban de alguna manera.

—Gracias, señor.

Mientras me daba un buen baño de espuma en la bañera de porcelana de aquel lujoso dúplex en el que vivía con mi futuro marido desde hacía unos años, pensaba en todas las emociones vividas aquel día en la oficina y no podía evitar pensar en Andrew. Pero ¿por qué tenía que volver ahora? Después de tanto tiempo. Apenas le recordaba y tenía que volver a aparecer en mi vida... Pero pensé: «Sara, ¿por qué te importa tanto que él esté aquí?». Y esa pregunta rondaba en mi cabeza constantemente. Llegué a la conclusión de que tal vez era por el miedo de que le contase algo a Steve de lo nuestro y este sufriera por ello. Jamás le haría daño a él, había sido tan bueno conmigo todos estos años que se había ganado mi cariño. Pero, por suerte, solo se verían esa noche, seguramente Andrew volvería a España al día siguiente y toda esa historia habría acabado y yo podría continuar con mi vida.

Terminé de secarme y me dispuse a cenar. Miré el reloj y eran las 23:20 de la noche. ¡Madre mía! Pero cuánto tiempo había estado metida en la bañera, se me había ido el santo al cielo.

Mientras recogía la mesa después de haber comido, recibí una llamada telefónica de mi suegra.

—¿Qué tal estás, querida?

—Muy bien, señora, aquí, terminando de cenar.

—¿Qué, estás sola?

—Sí, Steve ha salido con su amigo Andrew.

—¡Vaya, Andrew! ¿Ha vuelto de España? No lo sabía, no me gusta para nada que Steve y él vuelvan a ser amigos después de todo el daño que él y su mujer le hicieron.

No supe qué responderle. Sabía lo mucho que había sufrido Steve por ellos, pero yo era la menos indicada en ese caso para opinar.

—Bueno, te llamaba porque estoy empezando a mirar diseñadores famosos para hacerte tu vestido de novia y me gustaría que te pasaras un día por casa para ver unos catálogos que tengo y que me dijeras qué vestido te gustaría lucir en un día tan especial.

—Muchas gracias, señora. Pues en cuanto tenga un rato me pasaré por su casa para verlos, es usted muy amable.

—No tienes que darlas, para mí eres como una hija más y quiero que ese día luzcas espléndida.

—Gracias nuevamente.

—Que descanses, querida.

Colgué el teléfono y entonces me dispuse a escribir la novela que llevaba escribiendo desde hacía unos años.

Cuando llegué a Irlanda me empezó a apasionar de alguna manera el escribir historias románticas de amor. Todo comenzó como un pequeño relato y al final se había convertido en una historia que ya llevaba 142 páginas escritas. La verdad es que jamás pensé que me daría por eso, pero después de descubrirlo no podía dejar de escribir y escribir. Mi futuro marido estaba muy entusiasmado con la idea y cada día me animaba más a seguir escribiendo porque, según él, tenía muchas posibilidades de poder llegar a ser una escritora conocida. Pero yo siempre le decía lo mismo, que con poder publicarlo algún día y tener ese bello recuerdo el día de mañana me conformaba, no quería ser alguien famoso, no buscaba lucrarme de ninguna manera con esa bonita afición y pasión a la vez.

Después de un largo rato pegada a mi ordenador portátil marcando teclas y teclas, me di cuenta de que había escrito un buen párrafo y eso en cierto modo me entusiasmaba. Las ideas seguían llegando a mi cabeza cada vez con más frecuencia... «Sí, señor, hoy estoy inspirada», pensé. «Tengo que aprovechar estos momentos».

Mis pensamientos fueron interrumpidos...

Escuché el ruido de una llave introduciéndose en la cerradura de la puerta. Seguro que era Steve, que había vuelto. Me levanté feliz ante la idea de contarle todo lo que había adelantado con la novela, sabía que le haría mucha ilusión, más que a mí, diría yo.

—Cariño, ya has vuelto...

Me dirigí hacia la puerta para recibirlo con un abrazo, pero cuál fue mi sorpresa al ver que Steve no venía solo... Venía con Andrew.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal estás? Siento no haberte avisado de que venía para casa, Andrew y yo hemos decidido tomarnos la última copa aquí para estar más tranquilos, en el sitio que hemos estado apenas podíamos hablar, había mucho ruido.



—No, tranquilo, no pasa nada.

¡Vaya! Ahora encima me tocaba tener que soportar la presencia de él en nuestra casa. No me hacía ninguna gracia que le hubiese traído.

—Buenas noches, señorita Sara —dijo Andrew.

—Buenas noches, señor.

—Chicos, por favor, ahora no estamos en la oficina, podéis tutearos —dijo Steve.

—Por mí no hay ningún problema —dijo Andrew mientras me sonreía.

Yo permanecí callada al respecto.

—Bueno, yo voy a seguir escribiendo en el despacho. ¿Queréis que os prepare algo para picar? Me imagino que ya habréis cenado.

—Sí, cariño, pero hace un buen rato. Estaría bien algo para picar, ¿no te parece, Andrew?

—Sí, es cierto. Creo que tanto hablar nos ha dado más hambre.

Apenas le miré a la cara...

—Está bien, ahora vuelvo, veré que os puedo traer.

—Gracias, mi amor, eres un cielo.

Me dirigí a la cocina y, mientras miraba en la nevera a ver qué les podía preparar a ambos, encontré por casualidad varios paquetes de jamón que me había traído mi madre de España. ¡Qué suerte! A Steve le encantaba y no creía que Andrew se atreviera a rechazar esa delicia. Les prepare también algunos canapés de salmón y de queso, con todo eso ya estarían más que satisfechos.

Me apetecía que Steve me viera así, tomando las riendas de anfitriona de la casa. Siempre solía quejarse de que cuando venían invitados a cenar o comer no me veía actuar como la dueña y señora de ella, y en cierto modo tenía razón, ese dúplex lujoso era suyo y aunque yo fuese su novia y su futura mujer sentía que no me pertenecía.

Lo preparé todo en una bandeja, me dirigí al salón y les observé sentados en el sofá hablando.

—Bueno, amigo, y ahora que estamos más tranquilos, cuéntame, ¿qué tal tu vida?

—Pues bueno, ha habido muchos cambios desde la última vez que nos vimos.

—¿Y qué cambios son esos? —preguntaba mi futuro marido intrigado.

—Lisa y yo nos hemos divorciado.

—¡Vaya! Esto no me lo esperaba, Andrew. Pero ¿y cuánto hace de todo esto?

Mi mente estaba aturdida ante la noticia que acaba de escuchar, pero seguía caminando con paso firme hacia el salón y comencé a dejar los platos encima de la mesa.

No podía creerlo. Andrew se había divorciado de Lisa. Aquello me había pillado por sorpresa y, no sabía por qué, pero en cierto modo me alegraba incluso. A pesar de todo lo que pasó entre nosotros no le deseaba ningún mal y lo único que quería era que él fuera tan feliz algún día como yo lo era en ese momento con Steve.

—¿Queréis que os acerque unas copas para el vino?

—Sí, cariño, gracias —me agradeció mi futuro marido.

Volví a la cocina, cogí las dos copas y caminé con ellas hacia el salón nuevamente. Ellos seguían hablando.

—Pues el caso es que llevamos divorciados desde hace tres meses.

—Lo siento mucho, Andrew. Pero ¿por qué no me has llamado en todo este tiempo?

—He estado muy ocupado con todo, intentando poner en orden mi vida.

—¿Y puedo preguntarte qué ha pasado para que os divorciéis?

—Bueno, la verdad es que es algo complicado. Me di cuenta de que no estaba enamorado de ella, o, mejor dicho, que nunca lo había estado.

Steve le interrumpió...

—Pero, Andrew, discúlpame que te diga esto, no sé por qué, pero intuyo que detrás de toda esta historia hay una tercera persona.

Me paré en seco antes de llegar al salón y me quedé escuchando. Se me pasaron por la cabeza mil cosas en ese momento.

—Steve, sabes que a ti nunca te he podido mentir, has sido y siempre serás mi mejor amigo. No voy a engañarte, sí, es cierto, hay otra mujer en mi vida.

En ese momento, al escuchar la noticia, se me cayeron al suelo las copas. «¡Qué estúpida!», pensé, «seré patosa». Me agaché rápidamente a recoger los cristales del suelo.

Observé como los dos se sobresaltaron por el ruido y acudieron a mí.

—¿Estás bien, cariño? ¿Te has hecho daño? —me preguntaba Steve mientras me ayudaba a levantarme del suelo.

—¿Sara, te has cortado? —preguntó Andrew interesado también.

—No, tranquilos, estoy bien, me he tropezado con la pata de la silla y se me han caído las copas.

—No deberías haber intentado recoger los cristales, podrías haberte

cortado.

—Lo siento, Steve, no lo he pensado.

—Voy a ir a por una escoba para recoger todo esto —dijo Andrew.

—Vamos, anda, siéntate aquí con nosotros en el sofá —me ordenó Steve.

Andrew volvió de la cocina con una escoba y acto seguido comenzó a recoger los cristales del suelo.

—Señor Andrew, no se preocupe, de verdad, yo puedo hacerlo —le dije mientras me acercaba para continuar recogiendo todo el desastre que había liado en el salón.

—No te preocupes, no me importa hacerlo —me dijo guiñándome un ojo.

—Gracias, amigo. Sara, estate tranquila, ven aquí a sentarte un rato con nosotros, debes de estar muy cansada y te vendría bien desconectar un poco.

Después de terminar, Andrew volvió a ocupar su lugar en el sofá. Ambos nos miramos, yo opté por agachar la cabeza. Entonces Steve continuó hablando.

—Andrew, me vas a disculpar, pero no entiendo cómo has podido hacerle esto a Lisa. Jamás me hubiese esperado esto de ti.

Andrew permaneció en silencio y entonces miró a Steve y luego a mí. En su mirada se notaba cierta incomodidad.

—No tienes de qué preocuparte, Sara está al tanto de todo lo que pasó entre Lisa y yo, y la historia que le sigue luego.

Andrew me miró y entonces agachó la cabeza. Me imaginé que ese momento estaba siendo muy humillante para él, estar delante de tu mejor amigo, al que le robaste la novia hace años y con la que te casaste posteriormente para luego divorciarte de ella, y encima tener delante a la chica con la que mantuviste una relación a escondidas de tu mujer y que ahora iba a casarse con tu mejor amigo. No debía ser nada fácil. ¡Guau! Qué historia más enrevesada, parecía sacada de un culebrón argentino.

—No, Steve, espera. He dicho que hay otra mujer, pero no es lo que tú te piensas. Yo nunca he engañado a Lisa, ella siempre ha sabido que yo estaba enamorado de otra, pero todos estos años se ha empeñado en recuperar nuestro matrimonio.

«No sé por qué, pero toda esta historia me suena muchísimo», pensé.

—Ya, pero igualmente, amigo, creo que no está nada bien lo que has hecho.

—Pero es que aquí no acaba todo.

Me estaba sintiendo muy incómoda escuchando todo aquello y creo que a él

también se le estaba haciendo más difícil contárselo a Steve, así que decidí levantarme y marcharme al despacho.

—Yo creo que será mejor que me vaya, los dos necesitáis hablar de vuestras cosas y yo aquí no pinto nada.

—Sara, por favor, no te vayas —me rogó Andrew.

Me quedé paralizada.

—No tienes por qué irte, quiero que lo escuches todo.

—No es necesario, señor Andrew...

—Para mí sí es importante que tú estés presente...

¡Madre mía! Esperaba que no fuera a contarle lo nuestro a Steve, porque entonces me iba a oír... ¡Qué nervios! ¿Por qué querría que yo estuviera presente?

—Quédate, Sara —me rogó también mi futuro marido, agarrándome la mano.

—Está bien.

—Bueno, como os decía, es cierto que yo siento algo muy fuerte por otra persona, pero Lisa tampoco se queda atrás. Ella me ha estado engañando todo este tiempo con un empleado de la oficina.

—No puedo creerlo, Andrew, ¿Lisa también?

—Sí, tal como lo escuchas. Tenía un amante y yo era ajeno a todo hasta que un día que volví a

casa antes de tiempo los descubrí dándose el lote en mi cama.

—Qué fuerte todo, amigo, no me esperaba eso de Lisa.

—Pues así es. Después de eso decidí arreglar los papeles del divorcio y, por suerte, mis hijos, que ya son más mayores, me han apoyado con todo. Mi hija ya es casi una mujercita, tiene 15 años, y mi hijo Arthur acabar de cumplir 10 años y ya está empezando a darse cuenta de todo.

—¿Y ahora dónde estás viviendo? —preguntó Steve nuevamente.

—Pues me he comprado una casa a las fuera de la ciudad.

—Me imagino que estás viviendo con la chica de la que dices estar enamorado.

—No, Steve, actualmente vivo solo.

No sabía por qué, pero me alegraba de escuchar que no compartía aún su vida con esa chica de la que estaba enamorado...

—Bueno, a pesar de todo lo que ha pasado, quiero que sepas que me alegro mucho de que ahora seas feliz, y déjame decirte que quiero saber todo de esa mujer misteriosa que ha conseguido conquistar tu corazón.

—Está bien, ya hablaremos de ella, pero hoy no, por favor...

—Bueno, te vas a escapar por los pelos. ¿Cuántos días te vas a quedar por aquí?

—Pues, a decir verdad, creo que no os lo he dicho, vengo para quedarme un tiempo.

¿Cómo que un tiempo? No entendía nada. Steve y yo nos miramos asombrados por la noticia.

—He decidido volver a trasladarme aquí, a mi país. Necesito poner tierra de por medio y olvidarme un poco de todo lo mal que lo he pasado estos cinco años y creo que volver a mi vida anterior, con mis amigos de siempre, y estar cerca de mis padres y mi familia me va a sentar de maravilla. Además, por los niños no va a haber problema, su madre y yo tenemos la custodia compartida y durante seis meses deben estar con ella y luego los otros seis meses restantes los pasarán conmigo.

—Claro que sí, amigo mío. Qué alegría más grande me acabas de dar, entonces vas a poder estar en nuestra boda —dijo Steve, radiante de emoción.

Andrew nos miró a los dos y nos lanzó una ligera sonrisa.

—Claro que sí, cuenta con eso, jamás me perdería la boda de mi mejor amigo.

Aquello no me podía estar pasando. Andrew se trasladaba a Irlanda nuevamente, seguro que volveríamos a trabajar juntos en el mismo sitio y, para colmo, iba a venir a nuestra boda. Debía de ser un sueño, pero ¿por qué después de tantos años iba a regresar a mi vida? No entendía nada.

—A partir de mañana volveré a ocupar mi oficina de siempre y volveremos a trabajar juntos nuevamente.

—Qué bien, volveremos a ser como Zipi y Zape, todo el día juntos. ¿Recuerdas lo que nos gustaban esos cómics españoles?

—Sí, qué recuerdos, amigo. Pues lo dicho, que aquí me tienes de vuelta y esta vez para quedarme por un buen tiempo. Y tú, Sara, ¿no te alegras de que volvamos a trabajar juntos?

«¿Que si me alegro? Me estoy mordiendo la lengua para no decirte qué pienso al respecto», pensé. Me quedé en blanco...

—Claro que sí te alegras, ¿verdad, cariño?

—Sí, claro —le dije sin apenas mirarle a los ojos.

—Bueno, chicos, os voy a tener que dejar porque ya es muy tarde y mañana tenemos que levantarnos temprano para ir a trabajar.

—Es cierto, casi lo había olvidado —dijo Steve.

—Bueno, pues mañana nos veremos en la oficina. Gracias por todo, amigo, y a ti, Sara, gracias por las atenciones recibidas, estaba todo muy rico.

—De nada.

Entonces Steve decidió acompañarle hasta la puerta.

Llegamos a la oficina tan puntuales como siempre. Me dirigí a mi despacho y allí estaba ya Rachel con la agenda preparada para comenzar el día de hoy.

—Buenos días, Sara. ¿Qué tal has amanecido hoy?

—Hola, Rachel. Pues bastante cansada, apenas he podido pegar ojo en toda la noche.

—¿Y eso? ¿Estabas preocupada por tu reunión de hoy con el señor Levy?

—No, que va, ni me había acordado de eso... Estoy preocupada por otras cosas.

—Bueno, pues déjame decirte que fuera ese cansancio, porque hoy tenemos un día complicado. Recuerda que tenemos que presentar el proyecto del mes que viene al vicepresidente y más tarde tenemos reunión con los responsables del departamento de personal.

—Ya lo sé. Por favor, tráeme un café bien cargado, necesito despertarme y ponerme manos a la obra.

—Claro que sí.

A las 12:00 de la mañana ya habíamos presentado Rachel y yo el proyecto a Steve. Este me dijo que no estaba mal del todo, pero que modificara algunas cosas y que entonces tendría su visto bueno.

—Bueno, Sara, yo me retiro, que tengo que seguir haciendo cosas en nuestra oficina —me dijo mi secretaria.

—Está bien, Rachel, ve tranquila.

Yo aún seguía en la oficina de mi futuro marido, el cual, después de salir Rachel, cerró la puerta con llave y se acercó a mí de manera sigilosa.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunte mientras sonreía pícaramente.

—Pues buscar un poco de intimidad con mi mujer.

—Futura mujer, querrás decir.

—Desde hace mucho tiempo eres mi mujer, no me hace falta firmar ningún papel para sentirte así. ¿Sabes una cosa? Tengo muchas ganas de volver a irme de viaje contigo.

—Yo también, Steve, pero creo que para eso deberá pasar mucho tiempo.

—No digas eso, sabes que yo soy el jefe y puedo decidir tomar vacaciones cuando quiera.

—Ya, Steve, pero eso tampoco sería ético.

—Lo que no me parece bien es estar todo el día separado de ti.

Y entonces me agarró de la cintura y me plantó un beso en los labios que tal pareciera que iba a romperme en dos de las ansias con las que me lo dio.

—¿Te he dicho que te quiero?

—Sí, Steve, unas mil veces, creo —le dije mientras sonreía.

—Eso es muy poco, han sido unas cien mil.

Y ambos nos reímos ante tal comentario.

—Cariño, siento tener que decirte esto, pero también he cerrado la puerta para comentarte que me han llamado desde mi empresa de Francia, hoy voy a tener que viajar allí por cuestiones de negocios.

—No, Steve, ¿otra vez?

Siempre pasaba lo mismo, cuando llegaba el fin de semana y era el único momento para estar juntos siempre tenía que viajar para arreglar asuntos de sus empresas.

—Lo siento, princesa, ya sabes que yo también anhelaba mucho pasar todo el fin de semana a tu lado, pero es importante, no puedo hacer otra cosa.

—Está bien, ya estoy acostumbrada siempre la misma historia.

—Por favor, no te enfades conmigo. Te prometo que te voy a llamar a cada instante para estar contigo, aunque sea en la distancia.

—¿Y cuándo vuelves?

—Pues volveré el domingo por la mañana, ya sabes que el lunes tenemos reunión con Andrew y no quiero dejarte a ti sola con todo el marrón. Bueno, ¿al menos me dejarás que te invite hoy a almorzar? —me decía haciendo pucheros como si de un niño pequeño se tratase.

—Está bien, pelota, siempre haces lo mismo. ¿Cuánto hace que no pasamos un fin de semana juntos?

—Ya lo sé, princesa, hace mucho, pero ya sabes que en cuanto puedo estoy contigo, ya que para mí eres lo más importante.

—Lo sé y es por eso por lo que quiero casarme contigo y ser tu mujer.

Y entonces ambos nos volvimos a besar por segunda vez. Los besos de Steve eran tan cálidos y suaves que me hacían sentir tan especial... «Excepto cuando le dan esos arranques de pasión que casi me parte el labio en dos», me dije para mí misma mientras me reía.

Era el hombre perfecto, aún no le había encontrado ningún defecto, era increíble cómo podía ser tan magnífico para todo, para los negocios, para su familia, para el amor. Era muy afortunada de tenerle en mi vida y de que fuera a ser mi marido.

De repente, detuvimos nuestro beso alertados porque alguien tocaba la puerta de la oficina.

—¿Quién es? —preguntó Steve mientras se limpiaba restos de carmín de los labios.

—Soy Andrew.

—Voy, amigo.

Steve me miró para ver si estaba preparada, dado que a mí se me había corrido todo el pintalabios y estaba tratando de limpiarme y guardar la compostura.

—¿Estás lista?

—Sí, Steve, puedes abrir.

Andrew pasó hacia dentro y cuando me vio a mí ahí parada su cara cambió por completo. Parecía que no esperaba encontrarme allí.

—Buenas, amigo, ¿qué necesitas?

—Espero no haber interrumpido nada importante, lo digo porque como la puerta estaba cerrada... —dijo Andrew bastante serio.

—No, que va, tranquilo, Sara y yo necesitábamos algo de intimidad para hablar de nuestras cosas y por eso la cerré con llave.

—Está bien, no te preocupes, venía a verte porque necesito que hablemos del asunto que te comente ayer en la comida.

—Vaya, amigo, no sabes cuánto lo siento, pero precisamente ahora mismo le estaba diciendo a Sara que tengo que irme urgentemente a Francia a arreglar unos asuntos de mi empresa de allí, vas a tener que ver ese tema con mi secretaria si no te importa.

—Está bien, no sabía que tenías que viajar. ¿Cuándo vuelves?

—El domingo por la mañana.

—De acuerdo. Y entonces la señorita Sara también te acompaña.

—No, que va, ella se quedará aquí en Irlanda.

—Muy bien, pues entonces nos veremos a tu vuelta.

—Sí, por supuesto. Oye, necesito pedirte que por favor estos días que no voy a estar estés pendiente de Sara por si necesita algo.

—Claro que sí, eso no tienes que pedirlo, amigo.



—Steve, no creo que haga falta, sabes que puedo arreglármelas yo solita.

—Eso ya lo sé, pero me quedaré más tranquilo sabiendo que Andrew está aquí y puedes tenerle a mano ante cualquier inconveniente, ya sabes que mis padres se marcharon a las afueras de la ciudad ayer y no me gusta tener que irme sabiendo que te quedas sola en Irlanda.

—No te preocupes, de verdad que voy a estar bien.

—Tranquilo, amigo, que yo estaré pendiente de ella.

—Gracias, Andrew, ahora sí me marchó tranquilo.

\* \* \*

Por fin terminó mi turno de trabajo. Ya eran casi las 21:00 de la noche, llegaba el momento de volver a casa, lástima que Steve hubiera tenido que marcharse así de rápido a Francia para arreglar esos negocios. Me apetecía tanto pasar un rato con él hablando, ya que desde que habíamos de Nueva York apenas habíamos tenido tiempo de hablar sobre nosotros y ahora, con el regreso de Andrew y todo el trajín que teníamos en la oficina, menos todavía.

Bajé por el ascensor y me dirigí hacia el parking, donde tenía aparcado mi coche. ¡Vaya, no podía creerlo! Una rueda estaba totalmente deshinchada, tal pareciera que se hubiera pinchado... «Y ahora ¿qué hago? Esto no me puede estar pasando, encima Steve no está en el país, no puedo recurrir a él y en la oficina no queda nadie a estas horas, tendré que apañármelas yo solita», pensé.

Creí recordar que tenía una rueda de repuesto y también herramientas en el maletero del coche. Además, mi padre me había enseñado cuando era más joven cómo se cambiaba una rueda, por suerte preste atención aquel día a cómo lo hacía él y ahora podría arreglármelas. Tampoco era el fin del mundo, era solo cambiar la rueda de un coche.

—Hola, Sara. ¿Te ocurre algo?

Esa voz... Otra vez... ¡Mierda! ¡Era Andrew! Le observé acercarse hacia donde yo estaba. No recordaba que él estuviera todavía en la oficina, pensaba que se habría ido ya.

—Hola, señor. No, estoy bien, no se preocupe.

—Creo que tú sí, pero el coche...

—Esto no es nada, solo se ha pinchado una rueda.

—Ya veo, pero así no vas a poder conducir.

—Obviamente no puedo, pero no es que no se pueda solucionar, solo es

cambiarle la rueda y ya está.

—Si quieres, puedo acercarte a tu casa.

«¿Qué? ¿Yo, contigo, en tu coche? De eso ni hablar, ya tuve bastante con una vez, gracias», pensé.

—No se preocupe, puedo arreglármelas yo solita.

—No lo creo. Además, ¿cómo vas a irte a tu casa?

—De verdad que no se preocupe, le repito. He llamado al padre de Steve y viene de camino hacia aquí para ayudarme. Voy a esperarle mientras aquí.

—Pero tenía entendido que estaban fuera de la ciudad.

—No, han vuelto esta tarde, se ve que han tenido que solucionar un problema de algo relacionado con la casa y eso les ha hecho tener que volverse antes de tiempo.

Vaya trola que le estaba contando, pero creí que esa era la única manera de quitármelo de encima. Mis suegros estaban fuera de Irlanda, se habían ido de vacaciones a Gran Canaria, pues era la ilusión de mi suegra conocer esas tierras y disfrutar de unos días de sol y playa.

—Bueno, en ese caso me voy para no molestarte más, pero no dudes, si tienes algún problema, en llamarme.

—Gracias, pero no hará falta.

«¿Llamarte yo? Serías la última persona a la que llamaría en caso de una urgencia, no quiero nada que tenga que ver contigo», pensé.

Observé como se metía en su coche, arrancaba el motor y se largaba de allí. Entonces respire tranquila, menos mal, no quería deberle ningún favor a ese hombre.

Continué con lo mío. Saqué la caja de herramientas y abrí el capó para coger la rueda de repuesto. Decidí dejar mi bolso en el coche y quitarme la chaqueta y los tacones para trabajar más a gusto. Entonces comencé a colocar el gato para elevar el coche y de esa manera poder quitar la rueda.

Comencé a intentar desenroscar los tornillos, pero estaban demasiados apretados y me costaría más de lo que esperaba. Mientras hacía fuerza observé como un coche aparcaba justo al lado de mi plaza, y cuál fue mi sorpresa al ver que era Andrew nuevamente. Este se bajó y acudió a mí. En cuanto le vi acercarse, me puse bastante nerviosa...

—¿Qué hace usted aquí otra vez? —le pregunté bastante enfadada. ¿Pero es que no entendía que no quería su ayuda?

—Sabía que me estabas mintiendo. No va a venir nadie a ayudarte y lo sé

porque acabo de hablar con Steve por teléfono y no me ha dicho nada de ti, es más, él ya te hace en vuestra casa. Pero ¿por qué me mientes?

—No me apetece darle explicaciones, no me apetece que me ayudara, eso es todo.

—Pero qué testaruda eres, no sé por qué no me dejas ayudarte. Mira cómo te has puesto las manos, llenas de grasa, y además las tienes rojas por el esfuerzo.

—Tampoco es para tanto, ya lo he hecho alguna vez, no se me caen los anillos por hacer una cosa así.

—Eso ya lo sé, pero es muy tarde y ya deberías estar en tu casa. A ver, apártate de la rueda, voy a cambiártela yo.

—Ya le he dicho que no es necesario.

—Para mí, sí.

Entonces Andrew tomó las riendas del asunto. Yo estaba terriblemente enfadada. Pero ¿por qué me tenían que pasar a mí esas cosas? ¿Por qué siempre el destino terminaba poniéndomelo por delante?

Mientras yo seguía preguntándome todas estas dudas, observé como Andrew cambio en unos minutos la rueda pinchada por la rueda buena. La verdad es que hasta me sorprendí, jamás le había visto tan manitas, un hombre como él siempre trabajando frente a un ordenador y sentado en una oficina. Me costaba verle así, sin chaqueta, con las mangas de la camisa de marca remangadas y manchándose las manos de grasa sin importarle nada.

—Bueno, esto ya está. ¿Ves como no ha sido para tanto?

—Está bien, gracias, señor Andrew. Lo mejor será que me vaya cuanto antes, es muy tarde y no me gusta andar a estas horas fuera de casa.

—Si es lo mejor...

Abrí la puerta del coche, me coloqué los tacones, me volví a poner la chaqueta y cuando estaba a punto de subirme...

—Sara, espera, por favor.

¡Madre mía! ¿Qué querría ahora? Le miré nuevamente con cara de pocos amigos.

—¿Y ahora qué quiere?

—Sara, desde que te fuiste de España dejándome aquella carta de despedida no hemos tenido tiempo de hablar y me gustaría decirte que siento mucho todo lo que pasó, siento no...

Le interrumpí... Ahora me venía con esas.

—Mire, señor Andrew, lo que pasó entre nosotros pertenece al pasado, no me apetece remover nada de mi vida anterior.

—Lo entiendo, Sara, pero para mí es importante. No sabes cómo me sentí cuando recibí tu carta de despedida, de verdad que si las circunstancias hubiesen sido diferentes...

—Ya le he dicho que no quiero hablar de ese tema, ya han pasado cuatro años de todo aquello y ahora me encuentro en una etapa de mi vida muy feliz.

—De verdad que me alegro muchísimo de que sea así y de que hayas encontrado el amor al lado de un buen hombre.

—De eso no le quepa la menor duda. Es cierto que al principio mis comienzos aquí no fueron nada fáciles, pero gracias al apoyo de Steve he sabido recuperar la seguridad en mí misma y ser una nueva Sara, y todo eso se lo debo a él.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Depende de cuál sea —le conteste fríamente.

—¿Eres feliz con Steve?

—Más que eso, soy inmensamente feliz. Él era el hombre que yo siempre había estado buscando y me siento muy bien cuando estoy a su lado.

El semblante de Andrew cambió totalmente. Esa respuesta le debió de pillar por sorpresa, o esa fue la sensación que me dio por la cara que puso.

—Me alegro mucho por los dos. Simplemente quería que supieras que sentí mucho todo lo que pasó y que se me hizo bastante difícil no ir al aeropuerto a impedir aquel día que te vinieras a Irlanda. Si no lo hice fue porque no quería aferrarte a mi lado, ya que no podía prometerte nada debido al estado de salud de mi hijo Arthur.

—Ya le he dicho que eso es agua pasada y que para mí está olvidado. Yo también me alegro en el fondo de que haya podido encontrar la felicidad al lado de otra mujer.

Me desperté con los besos de Steve un poco aturdida. Le miré a la cara y estaba tan sonriente como siempre. Acababa de llegar de Francia y me miraba con sus grandes ojos azules claros.

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días, Steve, por fin estás aquí —exclamé feliz por tenerle nuevamente en casa.

—Por supuesto, ¿qué te pensabas? ¿Que te ibas a librar de mí?

—No, eso seguro que no, imposible librarme de ti.

—Nunca podría dejarte, eres todo mi mundo. Te amo tanto, Sara...

Y ambos nos besamos mientras yo me incorporaba en la cama.

—Bueno, hoy vamos a pasar el día juntos. Ahora para comer he quedado con Silvia, Abraham, Alison y Alfred.

—Me parece una fantástica idea, Steve, hace mucho que no quedamos con ellos.

Los cuatro eran nuestros mejores amigos y además también eran pareja. Silvia y Abraham llevan 4 años casados, aunque aún no se han decidido a tener hijos. Desde que llegué a Irlanda y Steve me los presentó, no podía tener sino palabras buenas hacia ellos, habían sido unos grandes amigos, sobre todo Silvia, con la que tenía una relación muy estrecha; solo ella conocía mi historia con Andrew. Decidí contársela un día que quedamos para ir de compras y después de sincerarnos mutuamente las dos sobre nuestras vidas y ella contarme su gran historia de amor con su cuñado, la cual no sabía nadie en absoluto, y de explicarme lo mal que lo llegó a pasar con todo aquello, yo también decidí sincerarme con ella y le conté mi gran historia con Andrew. La verdad es que Silvia flipó un poco con todo, ya que ella conocía muy bien a Andrew, ambos habían estudiado juntos en el instituto y sabía todo lo que ocurrió con Steve y Lisa, pero me dijo que siempre supo que aquel matrimonio nunca llegaría a buen puerto, ya que Lisa nunca estuvo enamorada de él, sino de sus millones y de su posición social y empresas. Yo le hice prometer que no le diría nada a Abraham ni a Steve, ya que no quería hacerle daño, él era muy

importante para mí y ese hombre ya no estaba en mi vida y no quería tener que hacerle pasar un mal rato a Steve con eso debido a que ya se lo hicieron pasar hace algunos años. Ella me prometió que nunca le diría nada a nadie y desde entonces estábamos más unidas todavía.

Con Alison y Alfred también manteníamos una bonita amistad, aunque un poco más distante, pero debido a que ellos eran padres de dos niños pequeños y siempre les costaba hacer un hueco en su apretada agenda para vernos, y en el fondo les entendía. Era normal, apenas tendrían tiempo para ellos mismos, cómo iban a sacar tiempo para sus amigos.

Sobre las 12:00 llegamos al club social California. Aparcamos el coche en el aparcamiento, Steve le dio una propina al vigilante y nos dirigimos hacia adentro. Allí, justo en la puerta, estaban ya esperándonos nuestros cuatro amigos.

—Hola, chicos. ¿Cómo estáis? —les pregunté, ansiosa por verlos de nuevo. Todos nos saludamos.

—Hola, parejita, qué ganas tenías de veros a los dos —nos saludó Abraham. Este se acercó a estrechar la mano de Steve y a mí me saludo con un beso, como siempre.

—¿Qué tal todo, chicos? Tenéis que contarnos muchas cosas y ponernos al día sobre la boda, que ya es dentro de poquito, ya veréis como los meses pasan volando —dijo Alison.

—Sí, eso es cierto —dijo Steve.

—Bueno, vamos entrando, ¿no? Que me estoy muriendo de hambre —rogó Alfred.

Entonces nos dispusimos a entrar. Todos iban delante, creo que hasta les perdí de vista, menos Silvia y yo, que nos quedamos detrás como siempre hablando de nuestras cosas.

—Te he dicho que nos quedemos detrás porque tenía que hablar algo muy importante contigo —me susurró bajito Silvia.

—No me asustes, amiga. ¿De qué se trata?

—¿Sabías que Andrew ha vuelto a Irlanda?

—Ah, era eso. Sí, ya lo sabía, le vi hace unos días en la oficina.

—¿Y qué tal vuestro encuentro?

—Bueno, pensé que sería peor, pero ha sido indiferente. ¿Y tú cómo te has enterado?

—Porque Abraham y él siempre se han llevado bien y nos visitó hace unos

días para decirnos que se iba a establecer aquí, que se había separado de su mujer y que había encontrado el amor en otra mujer mucho más joven que él.

—Sí, eso también lo sabía. Lo de que era mucho más joven que él no, pero sí lo de que se había separado de Lisa.

—Pues, amiga, si te cuento esto es porque él está aquí.

—¿Cómo que está aquí?

—Sí, que Abraham le invitó a él y esa misteriosa mujer de la que está enamorado a comer con todos nosotros hoy.

—¿Qué dices? Andrew aquí... No, esto no me puede estar pasando.

—Tranquila, Sara. He querido contártelo yo antes de que te lo encontraras en la mesa y fuese más impactante todavía la sorpresa.

—Es que esto es increíble de verdad —dije totalmente alterada por la situación.

Nuestra conversación fue interrumpida por Steve...

—Chicas, que os quedáis atrás. Venga, que ya está nuestra mesa preparada.

Cuando nos dirigimos hacia nuestra mesa dentro de aquel gran salón de estilo provenzal, observé que todos estaban saludando a Andrew y a una chica que le acompañaba.

Debo admitir que hasta me puse nerviosa, no era la típica comida que había planeado y menos con él entre nosotros.

—Mira, cariño, qué sorpresa me he llevado. Este par me habían ocultado que Andrew también había sido invitado. Ven, quiero presentarte a su actual novia.

Fui hacia mi futuro marido.

—Cariño, esta es Claudia, la novia de Andrew.

—Mucho gusto, Claudia —le dije sin apenas pestañear.

Parecía bastante más joven que Andrew. Creo que tendría mi edad más o menos, pero era mucho más alta que yo, muy delgada y con una melena negra que casi le llegaba a la cintura. Vestía de manera muy elegante y con un gran escote, era la típica mujer devoradora de hombres. Bastante sexy, por cierto, y muy segura de sí misma.

—Lo mismo digo, Sara, es un placer conocerte. Andrew me ha hablado mucho de ti.

—¿Ah, sí? —exclamé sorprendida.

—Sí, siempre me ha dicho que eras una gran mujer.

—¡Vaya, gracias! —dije mientras miraba a Andrew, que justo en ese

momento agachó la cabeza.

—Es que mi mujer deja huella allá por donde pasa —dijo Steve muy orgulloso.

—Sí, es cierto, eso parece —respondió Claudia muy sonriente.

—Bueno, chicos, ¿nos sentamos? Que me muero de hambre —propuso Abraham.

Claudia saludo también a Silvia y Andrew nos hizo un gesto con la mano. Creo que era su nuevo saludo.

—Espero que no os importe que Claudia y yo hayamos venido, quería que la conocierais.

—Por supuesto que no, amigo, para nosotros es un placer —dijo Steve.

—Muchas gracias por haberla acogido tan bien.

—No te preocupes, para eso estamos. Bueno, contadnos: ¿cuánto hace que os conocéis? —preguntó Silvia intrigada.

—Pues a decir verdad bastante, llevamos tres años juntos —dijo Andrew mientras la miraba embobado.

—¿Y cómo os conocisteis? Si podéis contárnoslo —preguntó Alison.

—Pues fue todo bastante casual, ya que Claudia es abogada y la contraté para tratar unos asuntos sobre mi divorcio, ahí fue cuando comencé a interesarme en ella.

—¡Vaya, qué casualidad!

—Sí, mucha, quién lo diría. Entonces fue cuando comenzamos a conocernos más y nos dimos cuenta de que ambos teníamos muchas cosas en común —dijo aquella nueva recién llegada a la vida de Andrew.

—¿Y quién fue el que decidió dar el paso de declararse? —preguntó nuevamente Silvia.

—Fui yo, chicas, no pude resistirme más a los encantos de esta mujer —dijo Andrew mientras le acariciaba la cara a aquella morena pechugona.

Vaya situación más cursi, por dios. Parecían dos críos enamorados... Que ya tenían una edad, por favor. Estaba rabiosa conmigo misma por tener que estar allí aguantando esas tonterías ajenas a mi vida.

—Pues nada, chicos, que nos alegramos mucho de que seáis tan felices —dijo Abraham.

—Sí, lo mismo digo. Oye, pequeña, puedes acercarme la sal, por favor —me pidió mi futuro marido.

Le miré con cara de pocos amigos. Me estaba llamando pequeña y odiaba



que me llamase así, esa era la manera en la que Andrew me hablaba cuando estábamos juntos y las pocas veces que Steve me trató así siempre acababa enfadada con él. Claro, hasta que un día tuve que decirle por qué motivo no quería. Entonces, desde ese momento, nunca más lo había vuelto a decir, hasta ese día.

—Steve, te he dicho mil veces que no me llames pequeña —le reprendí con cara de pocos amigos.

En ese momento Andrew, que estaba de risitas con su actual novia, dejó de hacerlo y me miró.

—Lo siento, cariño, discúlpame.

—Bueno, chicos, que haya paz. Tampoco ha sido para tanto, Sara, solo te ha dicho pequeña, no creo que lo haya dicho a malas —dijo aquella morena engreída y pechugona.

—Sé muy bien lo que me ha dicho, Claudia.

—Y entonces ¿por qué te enfadas así? No puede ser tan malo que te llame pequeña.

—No me enfado por la palabra, simplemente es porque así es como me llamaba mi anterior novio.

En ese momento Andrew, que estaba bebiendo, comenzó a atragantarse.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó la pechugona a Andrew, que estaba colorado como un tomate de tanto toser.

—Andrew, amigo, ¿estás mejor? —preguntó Steve.

—Sí, gracias, chicos, ya se me ha pasado, se me ha debido de ir el vino por otro sitio. ¡Diablos! Qué mal rato.

—Bueno, me alegro de que ya estés mejor, cariño.

—Tranquila, no ha sido nada.

Todos permanecíamos muy serios, la conversación se había cortado.

—Bueno, alegrad esas caras, que aquí no ha pasado nada. Olvidé que a Sara no le gustaba que la llamase pequeña y entiendo muy bien los motivos, le recuerdan al sinvergüenza de su exnovio y es normal. Lo siento, cariño, si te he incomodado, de verdad.

Andrew, ante las palabras de Steve, cambió varias veces de postura en su sillón. Debía estar incómodo, al fin y al cabo, él había sido mi antigua pareja.

—No pasa nada, Steve, te perdono —le dije sonriente.

—Menos mal, chicos, no nos gustaría asistir a vuestro divorcio antes de estar casados —dijo Abraham bromeando.

—Sara, disculpa por mi pregunta si te he incomodado, no sabía que era por lo de tu antiguo novio.

—No pasa nada, Claudia, simplemente es que me trae muy malos recuerdos esa palabra.

Andrew no me quitaba la mirada de encima.

—Me imagino que debiste de sufrir mucho, ¿verdad?

—Sí, pero bueno, eso es agua pasada, ahora soy muy feliz junto a Steve, tanto sufrimiento valió la pena —dije mientras dirigía la mirada hacia mi futuro marido.

—Claro que sí, y más feliz que vas a ser, ese canalla no sabe lo que perdió. No me alegro del daño que te hizo, pero sí de que se hubiese dado por vencido, porque gracias a eso pude conocerte.

—Vaya, qué palabras tan bonitas, Steve, se ve que ambos estáis muy enamorados.

—La verdad es que sí, Sara es lo mejor que me ha podido pasar en esta vida y jamás podría engañarla como hizo ese desgraciado con ella.

Silvia y yo nos mirábamos sorprendidas y preocupadas a la vez por no saber en qué podría derivar esa conversación.

—Hay hombres que pueden llegar a ser muy crueles, Sara. Seguro que te puso los cuernos, ¿verdad? Con nosotros puedes hablar con tranquilidad. Mira, para serte sincera, yo también he recibido muchos palos con los hombres, ya que todas mis anteriores parejas me acabaron engañando con otras mujeres y al final una termina con no confiar en nadie.

—No me apetece hablar de mi pasado, Claudia.

—A veces es lo mejor, Sara, sirve como terapia y además logras sacar toda la rabia acumulada dentro.

«Qué tía más pesada, por dios. ¿Qué quieres, que te diga que mi antiguo novio es ahora el tuyo y te cuente toda la historia? Con mucho gusto lo haría, pero está Steve delante y tengo que contenerme», pensé.

—Ya, pero a mí hablarlo me llena más de rabia aún.

—No seas tonta, suéltalo, ya verás cómo te hará bien.

—Es mejor que no, Claudia, créeme —dijo Silvia mientras la miraba con ojos destructores.

—Da igual, Silvia. Si ella quiere escuchar mi historia por curiosidad, yo no tengo ningún problema en hacerlo.

Andrew me miraba muy asustado. Su rostro era de terror total ante lo que yo

pudiese decir en ese momento.

—No es curiosidad, mujer...

La interrumpí...

—Eso da igual, Claudia, tú has querido escuchar mi historia, pues yo te la voy a contar. El motivo de no querer hablar de mi anterior novio es simplemente que me engañó una primera vez fingiendo ser un hombre soltero que luego resultó estar casado y con dos hijos. A pesar de eso, le perdoné, luego me prometió amor eterno, nos fugamos juntos a París, tuve que soportar los insultos de la desagradable de su mujer, que me amenazó con hacerle daño a sus propios hijos si no dejaba a su marido, y al final terminó consiguiendo que este me volviese a dejar tirada. Creo que no me dejó nada, esa es mi tan terrible historia. ¿Qué te ha parecido? —solté de un plumazo y sin apenas pararme a respirar.

Andrew seguía mirándome, esta vez bastante afligido por todos los recuerdos revividos en aquella corta narración de la que había sido la historia de amor o de desgracia de mi vida.

—Lo siento mucho, Sara, es una historia bastante desagradable. Lo siento si te he presionado a contarla. No era mi intención.

—Por ese mismo motivo te dije, Claudia, que no era buena idea contarla.

—Lo siento, pero al menos piensa en todo lo bueno que tienes ahora. A mí me pasa igual cuando pienso en lo mal que lo he pasado en el amor, pero ahora cuando miro a Andrew pienso en la suerte que he tenido de encontrar un hombre como él.

—Sí, Claudia, eres muy afortunada —le dije mientras miraba a Andrew. Este seguía totalmente inmóvil sin decir nada—. Bueno, chicos, me vais a tener que disculpar, pero necesito ir al baño a refrescarme un poco la cara —dije para poder salir de allí y respirar un poco de aire fresco.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —preguntó mi futuro marido.

—Sí, tranquilo, todo está bien.

—Yo voy contigo, Sara, yo también necesito ir al baño —dijo mi superamiga Silvia.

Dentro del baño me eché agua bien fría en la cara mientras me observaba en aquel gran espejo que parecía sacado de un libro de hadas por el grosor y el estilo que tenía.

—¿Estas mejor, amiga? —me preguntó Silvia.

—Sí, tranquila, vaya situación más incómoda.

—Ya lo sé. La estúpida esa de la Claudia... ¿Crees que sabrá algo?

—No creo, de ser así no hubiese insistido tanto en preguntar, se hubiese cortado un poco.

—Es cierto. ¿Viste la cara de acojonado de Andrew? Me ha encantado ver cómo hablabas así de él, se lo merece por todo lo que te ha hecho.

—Sí me di cuenta, agachó la cabeza. Pero en el fondo, para serte sincera, me da hasta pena.

—¿Pena por qué? Anda y que le den, tía, que se dé cuenta de lo que ha perdido.

Después de la reunión de media mañana de aquel lunes intenso, me dirigí a la cafetería para desayunar con Steve, pero a este le surgió un asunto urgente y tuvo que ausentarse por unas horas para ir al banco a hablar con uno de los socios de la empresa sobre unos temas muy importantes. Así que me tocó ir sola, como siempre.

Entré a la cafetería-buffet, que estaba medio llena. Pagué y me dirigí hacia la zona donde se cogen las bandejas para ir cogiendo los alimentos que hay en las zonas destinadas a ello. Mientras cogía mi croissant y la mermelada que iba a ponerle, se me vino a la cabeza la situación de ayer domingo, el haber tenido que dar explicaciones de mi vida anterior a aquella morena pechugona y metiche y la humillación a la que me sentía expuesta después de haber contado la tragedia de mi pasado.

—Buenos días otra vez, Sara —me saludó aquella voz que desde hacía años quería olvidar.

—Ah, es usted, hola —le dije con total diferencia y seguí mirando los sabores de mermeladas.

—Esta mañana has estado muy seria en la reunión. ¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué no habría de estarlo? —dije mientras cogía una taza para echarme un café.

—Pues no lo sé, pensé que podrías estar mal —me decía mientras me seguía para echarse un café también.

Le interrumpí.

—¿Por qué iba a estar mal? Estoy en una de las mejores etapas de mi vida —le respondí mientras pasaba de él y me dirigía a una mesa en la esquina para disponerme a desayunar.

—Me alegro de que sea así. Oye, ¿puedo sentarme contigo? —me preguntó, poniendo la bandeja encima de la mesa.

—No, preferiría desayunar sola, la verdad.

—Bueno, lo aceptare como un sí. Verás, Sara, necesito que hablemos.

—Pero qué cara dura la de usted. ¿Qué es de lo que quiere que hablemos?

—Lo primero, necesito pedirte disculpas por cómo Claudia se entrometió el otro día en tu vida. Siento mucho lo que pasó, ya he hablado con ella y nunca más va a volver a sacar el tema, de eso puedes estar tranquila.

—Necesito preguntarle algo —le dije mientras le miraba bastante seria.

—Sí, claro, lo que quieras.

—¿Ella sabe algo de lo que pasó entre nosotros?

—No, Sara, nunca le he dicho nada al respecto, es agua pasada y no quiero crear más líos con esa historia que nunca debió pasar.

Ahora hablaba así de aquella historia... No sé por qué, pero me dolía pensar que para él todo lo que vivimos fue un error. «Pero qué egoísta eres, Sara, tú también piensas lo mismo o quieres llegar a pensar lo mismo, no sé por qué te sorprende que él también lo piense», me dijo a mí misma.

—Eso es cierto, nunca debió pasar, y yo también le rogaría que nunca le contase nada a Steve, ya ha sufrido mucho por culpa de usted y de su mujer y no me gustaría que se imaginara cosas raras. Porque como usted ha dicho, eso es agua pasada. Esta muerto, carbonizado y jamás volverá a pasar.

Observé como me miraba muy serio mientras bebía un sorbo de su café americano.

—Sara, me gustaría que ambos enterrásemos el hacha de guerra y que pudiésemos ser amigos, ahora que los dos estamos comprometidos con otras personas. Ya que nuestra historia fue hace mucho y está más que olvidada, podríamos intentar llevarnos bien. De hecho, alguna vez antes de que fuésemos pareja fuimos amigos, no sé si te acuerdas de nuestras charlas en aquel bar irlandés, yo aún las recuerdo y muy bien, porque nos lo contábamos todo.

—Casi todo... Pero bueno, de eso ya hace bastante, no sé si podría ser su amiga —le dije mientras terminaba de comerme el croissant.

—¿Olvidas que una vez lo fuiste? Volveremos a serlo y lo que pasó entre nosotros quedará solo como un leve recuerdo. Sara, si te estoy pidiendo esto es porque pienso establecerme aquí en Irlanda y me gustaría, ya que tenemos que trabajar juntos, poder lograr al menos que tengamos una relación lo más cordial posible y llevarnos bien. Sobre todo por Steve, piensa en él. ¿Qué me dices?

Pensé en lo que me estaba diciendo. Quizás esta había sido la conversación más cuerda que había mantenido con Andrew desde hacía mucho tiempo y en el fondo, aunque algo en mi interior se entristecía, sabía que no podía seguir así, intentado evitarle todo el tiempo y poniendo cara de palo cada vez que me

lo cruzaba en los pasillos o tenía que hablar con él por algún asunto relacionado con la empresa. Lo mejor sería, como él me estaba proponiendo, enterrar el hacha de guerra y no ser amigos, pero al menos llevarnos bien e intentar pasar página.

—Está bien, por una vez creo que tiene razón. Estoy dispuesta a olvidar y a intentar llevarme bien con usted, por Steve, no me gustaría que él sufriera con todo esto.

—No sabes cuánto me alegro, Sara. Entonces, amigos otra vez —me dijo mientras me tendía la mano.

—Dejémoslo en que nunca más seremos enemigos —le dije mientras le tendía mi mano también y la estrechábamos en señal de acuerdo.

Mientras trabajaba en mi oficina junto a Rachel, me seguía preguntando si había hecho bien fumando la pipa de la paz con Andrew. Es cierto que tampoco podía seguir llevándome mal con él, porque al final Steve tarde o temprano se acabaría enterando de lo nuestro y no estaba dispuesta a correr riesgo, él era muy importante para mí y no quería hacerle daño. De repente, mi mente volvió a la realidad.

—Eh, Sara, ¿me estás escuchando? —me preguntaba mi secretaria.

—Perdona, Rachel, ¿me decías?

—Sara, te estaba hablando acerca de la idea que tengo pensada para el nuevo comercial, pero veo que no estabas escuchando.

—Sí, es cierto, lo siento, Rachel, estaba pensando en mis cosas.

—¿En qué cosas? Si puede saberse. No me digas que el sábado vas a volver a ir a tu cita misteriosa.

—¡Cállate, Rachel! No vaya a ser que Steve te escuche.

—No entiendo cómo puedes seguir engañándole de esa manera, Sara, el día que te pille va a ser peor.

—Steve no tiene por qué enterarse si a ti no se te escapa.

—Perdona que te lo diga así, sabes que eres una gran amiga para mí y además la mejor jefa que he tenido.

—No seas pelota, Rachel.

—Ahora en serio, Sara, no me parece bien que le engañes. Vale que él nunca esté los fines de semana, pero ¿qué vas a hacer el día que no viaje ningún sábado? ¿Cómo vas a conseguir librarte de él? Tarde o temprano te va a acabar pillando.

—Ya pensaré en algo.

—Y ¿dónde has quedado este sábado?

—Pues en el bar Coyote, a las 21:00, como siempre.

¿Y Steve estará en casa este fin de semana?

—No, ya me ha dicho que tiene que volver a viajar por temas de negocios.

—Ah, entonces vuelves a tener vía libre para ponerle los cuernos con lo que más te gusta.

—¿Estás loca, Rachel? No digas esas tonterías y menos en voz alta, ¿no ves que la puerta esta entreabierta?

—Está bien, jefa, espera que la cierro.

—Cualquiera que te escuchase pensaría que estoy engañando a Steve con otro hombre y lo único que hago los sábados es cantar en ese famoso bar. Ya sabes lo mucho que me apasiona, pero a Steve nunca le ha gustado que cantase y menos en público.

—Ya lo sé, pero me hace gracia, tal pareciera que lo estuvieras engañando con un hombre por como hablas del tema siempre. Por cierto, hace algunas semanas que no ibas, ¿no?

—Sí, desde que volvimos de Nueva York he estado bastante liada y he tenido que llamar a Jack, el dueño del bar, para decirle varias veces que no podía ir, pero este fin de semana no puedo faltar, se lo prometí.

—Claro que no, tú tranquila, que todo va a salir bien, como siempre.

—Eso espero.

Llegó el ansiado sábado. Me apetecía muchísimo cantar frente a un público desconocido y poder liberarme de esta angustia que tenía por dentro desde hacía unos días. Terminé de ducharme en casa, me puse mi mejor vestido y mis tacones, me maquillé no demasiado y me alisé el pelo para que quedase algo elegante pero suelto y natural a la vez. Hablé por teléfono con Steve, me costó mentirle como siempre que hacía aquello, pero sabía que él no lo entendería y para mí cantar era muy importante, siempre lo había sido y era en cierto modo el único momento en el que podía ser yo misma. Algún día se lo tendría que contar y sabía que él lo iba a entender, pero ese no era el momento. Estaba segura de que me pondría mil negativas debido a que no quería que fuese sola a un local a cantar porque él no podría acompañarme debido a sus repentinos viajes y estaría muy preocupado por si pudiese pasarme algo.

La verdad es que Steve era un hombre que me daba mi espacio, pero cuando



llegaba la noche siempre se convertía en un hombre superprotector conmigo. Y le entendía, ya que su hermana Ashley fue violada por un hombre hacía algunos años atrás mientras volvía a casa de madrugada por haber estado de fiesta, y eso a Steve le marcó tanto que nunca más había vuelto a hablar del tema, pero desde entonces se había vuelto un poco paranoico con la noche, no le gustaba que llegase a casa más tarde de las 22:00. Y, en cierto modo, le entendía.

Llegué a aquel local, aparqué el coche justo enfrente y me dirigí a la entrada.

—Hola, Ross. Buenas noches.

—Dichosos los ojos que te ven, Sara, ya te echaba de menos.

—Gracias, Ross, yo a ti también —le dije guiñándole un ojo al encantador portero de 45 años.

—Jack está dentro, esperándote como siempre para hablar contigo.

—Ok, muchas gracias, luego nos veremos.

—Está bien, preciosa.

Entré. El local estaba abarrotado, como siempre. Aún no había comenzado el *show* y la música estaba muy bajita aún. Divisé entre la multitud a aquel joven de 35 años, pelo negro corto, ojos marrones rasgados y cuerpo atlético, Jack, el dueño del local, que me saludó desde lo lejos.

Me acerqué a la barra y le di dos besos, como siempre.

—Ya teníamos ganas de verte de nuevo por aquí, la gente no hacía más que preguntar por ti.

—Lo siento, Jack, he estado muy liada estas últimas semanas con todo.

—Ya me imagino, con lo del viaje y todo es normal, pero bueno, ya te tenemos de nuevo por aquí y eso es un alivio —me respondió.

—¿Interrumpo algo...? —dijo aquella voz tan conocida.

Entonces ambos nos giramos y pudimos ver a Andrew con cara de pocos amigos frente a nosotros.

—Andrew, ¿se puede saber qué hace usted aquí? —le pregunté sorprendida.

—He venido a comprobar con mis propios ojos cómo engañabas a mi mejor amigo con este —contestó.

—¿Perdone? Como que engañarle...

Me interrumpió nuevamente.

—Sí, engañarle. Ahora me doy cuenta de lo equivocado que he estado todos estos años contigo, no vales nada como mujer, eres una cínica. ¿Cómo puedes hacerle esto a Steve? Él te ha dado todo y tú se lo pagas así, engañándole con

este mentecato. Cuánto me alegro de haber decidido romper contigo hace años, de lo contrario sería el mayor cornudo de la historia.

Todo aquello me había pillado por sorpresa. El encontrarme con Andrew en aquel bar y encima que él se estuviese pensando de mí lo que no era, peor todavía. Pero lo que más me estaba doliendo eran las palabras tan duras que me estaba diciendo, qué duro oír como alguien a quien has amado tanto dice de ti todas esas barbaridades, y lo peor de todo era que se pensara que yo estaba engañando a Steve con otro hombre. ¿Pero quién se había creído que era yo? Jamás podría hacerle eso a él.

Pero cuando estaba dispuesta a defenderme...

—Mira, Andrew. Yo...

De nuevo fui interrumpida, esta vez por Jack.

—Pero ¿quién se cree usted para hablar así a Sara?

—Contigo no estoy hablando ahora, imbécil, ya tendré unas palabras para ti después de que termine con ella.

—Mira, no sé quién coño eres, pero no pienso consentir que te pienses cosas que no son, Sara y yo no tenemos nada.

—Claro, ahora viene la parte en la que yo me tengo que creer las mentiras que ambos me vais a contar.

—No es ninguna mentira, Sara y yo no tenemos más que una relación estrictamente profesional. Ella solo trabaja aquí los sábados cantando y yo soy el dueño de este local. Ahora, no entiendo por qué tengo que darle explicaciones de mi vida a usted, caballero.

—¿Como que Sara canta aquí?

—Sí, ella canta desde hace seis meses y viene de vez en cuando.

Yo seguía inmóvil y aún me temblaban las piernas por toda la situación que estaba viviendo.

—Eso... ¿es cierto, Sara?

—No tengo por qué darte explicaciones, piensa de mí lo que quieras.

Y entonces me marché corriendo, me metí en el vestuario y me puse a llorar desconsoladamente.

¿Pero cómo había sido capaz de decirme todas esas cosas tan feas? ¿Quién se pensaba que era yo? Me sentía tan decepcionada con él... Yo ¿engañar a Steve? Pero entonces caí en la cuenta de cómo Andrew podía haberse enterado de que yo iba a ir ese sábado a cantar allí y pensé en Rachel, pero ella no podía haber sido la que se lo había dicho y, claro, recordé nuestra

conversación del otro día. Seguro que cuando la puerta estaba entreabierta él lo escuchó y debió de pensarse lo que no era. Qué decepción con Andrew, y yo pensando en ser su amiga y en querer enterrar el hacha de guerra.

La puerta del vestuario se abrió.

—Sara, disculpa que entre así, pero ¿quién es este tío que está ahí afuera? — me preguntó algo confuso Jack.

—Es un amigo de Steve, siento todo lo que ha pasado y la confusión.

—No pasa nada, mujer, me preocupas tú, no soporto verte así, llorando. Ese idiota se ha pensado que nosotros estábamos liados, qué ingenuo... Pero ya le he explicado que entre nosotros no hay nada y también le he presentado a Erick.

Comencé a reírme imaginándome la situación.

—No te rías. Claro que sí, le he dicho: «Mira, muchachito, yo no tengo nada con Sara porque mi pareja es esta persona que está aquí», y cuando se ha dado la vuelta le he presentado a Erick.

—No me lo puedo creer, Jack, se habrá quedado a cuadros —le dije entre risas mientras me secaba las lágrimas.

—Tenías que haber visto su cara, nena, era un poema, se ha quedado flipando cuando ha visto a mi novio.

—Me da apuro todo lo que has tenido que soportar, Jack.

—Tranquila, preciosa, que yo ya estoy acostumbrado a estas cosas. Pero te diré algo, para ser el mejor amigo de Steve, se ha comportado hace un momento como si el novio celoso fuese él.

—Déjate de bobadas, Jack.

—Cariño, créeme, que yo sé mucho en estos temas del amor y a ese le pasa algo contigo.

—Jack, no quiero hablar más de esto.

—Está bien. Necesito que te seques esas lágrimas, te maquilles y salgas ahí y les dejes a todos con la boca abierta, como siempre.

—No sé si podré, Jack.

—De eso estoy seguro, preciosa.

—Está bien, en 10 minutos estoy fuera.

—Muy bien.

Jack salió del vestuario para dejarme sola mientras terminaba de arreglarme para salir a cantar. Durante esos minutos intenté poner mi mente en blanco y olvidarme por completo de Andrew, era mi momento y no podía distraer mi

mente y mi corazón con nada. Ya tendría tiempo de hablar con él y exigirle una disculpa por su parte, porque estaba claro que me la tendría que dar. Solo esperaba que se hubiera largado de allí y por lo menos no tener que soportar su presencia durante la actuación.

Salí del vestuario y pronto Jack volvió a presentarme ante mi gran público...

—Buenas noches, amigos. Hoy, como todos sabemos, es una noche especial, porque Sara va a volver a deleitarnos con su voz. Ya sé que muchos me habéis preguntado todas estas semanas que dónde ha estado, así que, bueno, voy a darle paso y que ella misma os lo explique. Un fuerte aplauso para Sara.

Subí al escenario, recibida por una gran ovación, como siempre. Cogí el micrófono y me dirigí a hablarle a mi público. Muchos de ellos venían todos los sábados para verme cantar y sentir eso, que la gente te sigue aunque no seas una cantante famosa ni nada por el estilo, solo una aficionada, ya es un lujo.

—Muchas gracias a todos. Quiero pedirlos disculpas por haber estado tan apartada de todo esto durante algunas semanas.

—Ya lo sabemos, Sara, no te preocupes. Y ahora ¿quieres contarnos a todo que es lo que te ha llevado a estar tan apartada de todos nosotros? —me preguntó Jack de manera curiosa.

—Pues el motivo es porque me caso con Steve, mi pareja, y, bueno, entre eso y otras cosas, he estado un poco distanciada de todo.

Todos comenzaron a gritar: «¡Felicidades, Sara!».

—Oh, cariño, ¿por qué no me lo habías contado antes? Me alegro muchísimo, de verdad, porque te lo mereces —me dijo Jack mientras me cogía de las manos.

—Gracias, Jack.

—Bueno, y ahora sí, después de esta gran noticia queremos que nos vuelvas a deleitar con tu insuperable voz.

—Eso está hecho.

Jack se bajó del escenario, las luces principales se apagaron y solo permanecieron encendidas las luces de los focos que alumbraban el escenario. Entonces comencé a cantar. Para esa noche había decidido cantar una canción de una de mis cantantes favoritas, Christina Aguilera, una canción muy triste, pero a la vez romántica.

*Ahora que ya mi vida se encuentra normal,*

*que tengo en casa quien sueña con verme llegar,  
ahora puedo decir que me encuentro de pie,  
ahora, que me va muy bien.  
Ahora, que con el tiempo logré superar  
aquel amor que por poco me llega a matar.  
Ahora ya no hay más dolor,  
ahora al fin vuelvo a ser yo.  
Pero me acuerdo de ti  
y otra vez pierdo la calma.  
Pero me acuerdo de ti  
y se me desgarró el alma.  
Pero me acuerdo de ti  
y se borra mi sonrisa.  
Pero me acuerdo de ti  
y mi mundo se hace trizas...*

La canción logró sacar mi lado más sensible. Su letra me traía tantos recuerdos a la mente que incluso me arrepentí de haber decidido cantarla ese día, pero ya no había marcha atrás. Entre la multitud descubrí en una esquina a Andrew, que aún seguía allí. ¿Para qué? Pues no lo sabía, seguro que para comprobar con sus propios ojos que cantaba allí, pero solo lo vi unos minutos allí parado, antes de terminar la canción volví a mirar y ya no lo encontré, seguro que se había marchado abatido por la situación.

La actuación duró unos treinta minutos. Después de cantar varias canciones más, finalicé bastante agradecida entre aplausos. Me bajé del escenario, me dirigí al vestuario, cogí mi bolso y mi chaqueta y me despedí de Jack, que estaba en la barra tomándose unas copas con su novio Erick.

—Bueno, chicos, me marcho, que ya es muy tarde —les dije a ambos a modo de despedida.

—¿Ya te vas, Sara? No, por favor, tómate una copa con nosotros, tenemos que brindar por tu matrimonio, la noticia ha sido toda una sorpresa.

—Muchas gracias, chicos, pero ya he tenido bastante por hoy.

—Ahora mismo le estaba contando a Erick la escenita que te ha montado el amigo posesivo de tu futuro marido.

—Me he quedado sin palabras, Sara —dijo Erick.

—Ya, yo también, chicos, no me lo esperaba para nada, por suerte se ha ido

ya.

—Sí, le vi marcharse bastante abatido mientras cantabas tu primera canción. Mira, cariño, que le den, eso le pasa por meterse donde no le llaman.

—Pues sí. Bueno, me marchó, que es muy tarde ya. Nos vemos la próxima.

—Dime que vendrás el sábado que viene, por favor.

—No lo sé, Jack, no te puedo prometer nada. Ya sabes que, si está Steve, pasaré el día con él.

—Bueno, avísame, por favor, te lo ruego.

—Está bien, tranquilo.

Me despedí de ambos con un beso en la mejilla y me dirigí hacia fuera del local. Al salir volví a cruzarme con Ross, el portero.

—¿Ya te vas, preciosa?

—Sí, Ross, ya es muy tarde.

—Me he enterado de que tu actuación de hoy ha sido un éxito, como siempre.

—Gracias, tampoco ha sido para tanto.

—Y Steve ¿qué tal está? Mañana pasareis el domingo juntos, ¿no? Tanto trabajar no es bueno.

—Es cierto, Ross, pero para mi mala suerte Steve no regresa a Irlanda hasta el lunes, así que mañana domingo me tocará pasar el día sin él nuevamente.

—Debe de ser muy aburrido, yo siempre estoy deseando coincidir con mi mujer para estar junto a ella.

—A mí me pasa igual, pero ya sabes que Steve es un hombre de negocios y tiene que estar viajando continuamente.

—Pues qué mala suerte.

—Sí, pero bueno, mañana por la noche he quedado para cenar con unos amigos, así que no estoy tan sola del todo.

—Bueno, preciosa, te dejo que te marches, ya es muy tarde. Que descanses y pases buena noche.

—Muchas gracias, Ross.

Entonces, muy decidida, me dirigí a mi coche, que estaba justo aparcado enfrente del local. Pero cuál fue mi sorpresa al observar que Andrew estaba allí también.

—Te estaba esperando, Sara, tenemos que hablar.

—Usted y yo no tenemos nada de lo que hablar.

—Sara, por favor, necesito que me escuches.

Le interrumpí.

—¿Qué le escuche? No he hecho otra cosa más en toda la noche. No quiero saber nada más sobre usted.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, escuché lo que hablabas con Rachel y yo pensé...

Volví a interrumpirle.

—¿Que usted pensó? Para empezar, usted no tiene por qué escuchar conversaciones ajenas y mucho menos tiene ningún derecho a venir aquí a reclamarme a mí que yo este engañando a mi novio con otro hombre, ni que usted fuese nada mío o de Steve.

—¿Olvidas que soy su mejor amigo?

—Por favor, ¿amigo usted? Un amigo jamás traiciona y eso es lo que usted hizo cuando se mezcló con Lisa, la que por aquel entonces era la novia de Steve.

—Sara, tú no tienes ni idea de esa historia.

—Sí, la conozco al detalle porque Steve se ha encargado de contármela con pelos y señales.

—Sara, si estoy aquí es porque quiero pedirte disculpas.

—Pues yo no pienso perdonarle, esto ya ha rebasado cualquier límite, señor Andrew, y yo ya me he cansado.

—¿Qué me estás queriendo decir? —me preguntó bastante nervioso y confuso a la vez, por la expresión de su cara.

—Que yo a usted lo congeló, ¿me ha escuchado?

—¿Y eso qué significa? —me preguntó más aturdido todavía.

—Que no pienso volver a hablarle nunca más.

—Sara, por favor, no me digas eso, de verdad que lo siento, he sido un completo imbécil.

—¿Por qué no se preocupa por su novia y me deja a mí y a Steve en paz de una vez por todas? —le rogué con lágrimas en los ojos y sin apenas poder articular palabra.

Entonces abrí la puerta del coche, me metí dentro y arranqué el motor.

Pero Andrew seguía allí de pie, rogándome que le escuchase.

—Sara, por favor, no te vayas así, necesito que me escuches.

Pero, haciendo oídos sordos, pisé el acelerador y me largué de allí.

Después de pasarme todo el domingo aburrida en casa y recordando a cada instante la situación vivida con Andrew la noche anterior, decidí que lo mejor que podía hacer para olvidarme de aquello era ponerme a escribir y desahogar toda mi furia y mi rabia contenida en aquellas hojas de papel en blanco, así que prácticamente me tiré escribiendo toda la mañana.

A media tarde recibí una llamada de Silvia.

—Hola, Sara. ¿Qué tal estás?

—Hola, Silvia, qué alegría escucharte. Muy bien, ¿y tú, amiga?

—Muy bien, te llamaba para recordarte que esta noche habíamos quedado con Abraham en aquel restaurante italiano tan bonito. No te habrás olvidado, ¿no?

—No, tranquila, que me acuerdo todavía.

—¿Qué tal anoche? ¿Llegaste bien a casa?

—Sí, todo fue bien.

—Ese bien no ha sonado muy convincente. ¿Seguro que no te pasó nada malo?

—Silvia, a ti ya sabes que no puede mentirte. Andrew se presentó en aquel lugar y me montó una escena de lo peor.

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué iba Andrew a hacer algo así?

—Pues porque se pensó que yo estaba engañando a Steve con otro hombre y quiso presentarse allí como el amigo superhéroe que venía a poner en su lugar a la mala del cuento, o sea, yo.

—No entiendo nada, Sara. Este tío cada vez me sorprende más, ahora se las da de buen amigo cuando él tiene que callarse más que nadie, después de todo lo que le hizo a Steve en el pasado. ¿Y tú cómo estás después de eso?

—Pues bastante molesta, la verdad, pero anoche ya le puse en su sitio.

—Bien hecho. Oye, a ver si luego podemos tener un rato para hablar y me cuentas todo, aunque con Abraham delante dudo que tengamos mucho tiempo para hablar, pero tranquila, que esta semana si quieres quedamos las dos y charlamos.



—Está bien, gracias por todo, amiga. Luego por la noche nos vemos.

—Chaíto.

A las 19:00 habíamos quedado para comer en aquel restaurante tan elegante al que solíamos ir casi siempre los cuatro cada vez que podíamos, pero, para mi mala suerte, hoy todo estaba en mi contra. Mi coche no arrancaba y me tocó pedirme un taxi hasta el lugar donde habíamos quedado, encima me había quedado sin batería en el móvil y no podía llamar a Silvia para avisarle de que me iba a retrasar unos minutos por ese incidente de última hora.

Llegué al lugar y apenas me fijé en mis amigos. Le pagué lo más rápido que pude al taxista y me dispuse a salir del coche. Odiaba que me ocurriesen estas cosas, me gustaba siempre ser puntual. Cuando alguien llegaba más tarde de lo normal en cierto modo me molestaba porque yo siempre procuraba llegar con un buen margen de tiempo a los sitios, básicamente por cortesía, pero el que hoy fuese yo la que llegaba tarde me ponía de los nervios.

Divisé a lo lejos a Silvia y Abraham, y entonces me di cuenta de que no venían solos, estaban acompañados por Andrew. ¿Pero qué hacía él allí? No entendía nada, se suponía que íbamos a cenar los tres. Pero pensé: «Cálmate, Sara, a lo mejor él también ha venido aquí con su novia y ha sido una simple coincidencia. Tranquila, de seguro que se larga después». Entonces me fui acercando y cada vez me estaba poniendo más nerviosa.

—Hola, chicos. Siento la espera, de verdad, he tenido un problema con el coche —les dije a los dos a modo de disculpa.

—Tranquila, amiga, no pasa nada. ¿Tú estás bien?

—Sí, no ha sido nada grave, solo que no arrancaba y me ha tocado pedirme un taxi, de no ser así no habría llegado.

—No te preocupes, Sara, son cosas que suelen pasar. Además, estábamos entretenidos con Andrew, él también ha decidido acompañarnos.

—Hola, Sara. ¿Qué tal?

—Hola —dije sin apenas mirarle a la cara.

—Andrew nos llamó esta tarde y nos invitó a Silvia y a mí a comer con él y su novia, pero le dijimos que ya teníamos planes contigo, así que, bueno, le invité a que se uniera a nosotros. Espero que no te importe.

—No, tranquilo, Abraham, pero veo que viene solo. Y su novia ¿dónde está?

—Eso mismo nos estaba explicando Andrew, que Claudia estaba indispuesta y no había podido venir.

—Sí, me ha pedido que la disculpéis, pero no se encontraba muy bien de

salud y ha preferido quedarse en casa descansando.

—Dile que no se preocupe, que se recupere y ya habrá ocasión de quedar otro día —dijo Abraham.

—Bueno, chicos, vamos entrando, que aquí fuera hace mucho frío —rogó Silvia.

—Es cierto, adelantaros vosotras, que yo quiero terminar de fumarme este cigarrillo aquí fuera con Andrew y ahora entramos.

—Está bien, pero no tardéis —dijo Silvia.

Silvia me agarró por el brazo y las dos nos dispusimos a entrar y a ocupar el lugar que teníamos reservado.

—Sara, siento no haberte podido avisar antes, te llamé al móvil, pero lo tenías apagado.

—Sí, lo sé, me quedé sin batería.

—Andrew llamó a Abraham esta tarde y este se vio en la obligación de invitarle, siento que tengas que pasar por esto, de sobra sé lo que pasó anoche entre vosotros dos.

—Tranquila, qué remedio, al menos no viene acompañado de la repelente de su novia.

—Sí, y que lo digas, menos mal que no ha podido venir porque a mí tampoco me apetecía mucho verla.

—Bueno, chicas, ¿ya habéis pedido? —preguntó Abraham incorporándose a la mesa con Andrew.

—No, aún no —dije yo.

Andrew se sentó a mi lado.

—Vaya marrón, ¿eh? Al final hemos tenido que venir los dos solos sin nuestras parejas —me dijo a modo de iniciar una conversación.

—Sí, para mi desgracia —le contesté yo.

—¿Qué tal está Steve? —preguntó Abraham.

—Muy bien. He hablado hace un rato con él y ya mañana estará de regreso a Irlanda.

—Siempre que hablo con Steve se lo digo, que el día que os caséis tiene que dejar a un lado sus negocios y prestarle más atención a su mujer.

—Eso mismo le digo yo a todas horas, Abraham, pero no hay manera.

—Pero puedes estar segura, Sara, de que Steve está loco por ti, más de una vez le he oído decir que eres la mujer de su vida —me confirmó Abraham.

Sus palabras hicieron que me ruborizara, pero sabía que tenía toda la razón,

Steve me amaba por encima de todas las cosas.

—Bueno, chicos, y vosotros ¿para cuándo la boda? —preguntó Andrew a Abraham y Silvia cambiando de tema.

—Menuda pregunta, amigo. Aún creemos no estar listos para ello —respondió Abraham.

—Sí, Andrew, aún es muy pronto, tenemos muchos planes todavía por delante para pensar en casarnos. Además, ¿qué es el matrimonio? Solo firmar un papel.

—En eso te doy la razón, Silvia. Yo, obviamente, después de mi mala experiencia no volvería a pasar por el altar nunca más.

—No me extraña —dijo Silvia.

—Me he dado cuenta de que el matrimonio es algo muy serio y hay que estar muy seguro de dar ese paso, no es cualquier tontería. Pero Sara y Steve parece que lo tienen muy claro, ¿no? —me preguntó Andrew.

—Sí, bastante claro.

Después de la comida y de pasarme prácticamente toda la noche sin abrir la boca más que cuando se me preguntaba, comenzó a tocar una orquesta y muchas de las parejas que habían cenado se dispusieron a bailar. Nuestros amigos no iban a ser menos.

—Cariño, ¿te apetece bailar? —preguntó Abraham a Silvia.

—Sí, pero me da cosa dejar a Sara aquí sola.

—Vamos, mujer, no está sola, está con Andrew.

—No sé, Abraham...

—Silvia, ve tranquila, yo estaré bien.

Qué remedio me quedaba, tampoco quería demostrarle a Abraham que Andrew me caía mal, ya que no quería levantar sospechas al respecto.

—Ok, pues entonces ahora nos vemos.

—Anda, idos tranquilos los dos, que Sara se queda en buena compañía —dijo Andrew muy sonriente.

Yo apenas le dirigí una mirada y me dispuse a observar cómo bailaban mis amigos.

—¿Qué te pasa? ¿Todavía estás disgustada conmigo?

—No entiendo a qué viene esa pregunta, es obvio, ¿no?

—Sara, lo siento mucho, de verdad, perdóname, te lo suplico. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? Me equivoqué.

—Eso ya lo sé, que te equivocaste, no sabes lo mal que me sentí cuando me

humillaste así delante de tanta gente.

—Sí, fui un completo imbécil, pero entiéndeme, pensé que estabas engañando a Steve.

—Sí, claro, y ya por eso tienes que humillarme de esa manera y sacar a relucir nuestra relación.

—Sí, eso también es cierto, perdóname por lo que te dije, no sé qué me pasó.

—A pesar de que dices que nuestra relación está más que olvidada para ti, sigues sacándola a relucir.

—Lo siento, Sara, no volverá a ocurrir, quiero que seamos amigos y ahora que veo que tu matrimonio con Steve es un hecho quiero brindarte todo mi apoyo y decirte que para cualquier cosa que necesites aquí me tienes.

—Gracias, pero no creo que sea necesario.

—También quiero decirte que me da mucho gusto que me vuelvas a tutear.

—He decidido hacerlo a partir de ahora, tú nunca me has tratado de usted, no veo por qué yo tengo que tratarte con tanto respeto cuando ya no trabajo bajo tus ordenes, sino bajo las de Steve, mi futuro marido.

—Sara, ¿puedo hacerte una pregunta?

—No sé qué pregunta querrás hacerme ahora.

—¿Por qué le ocultas a Steve que cantas en ese local?

Me quedé en silencio. ¿Por qué iba a contárselo a él? Aunque, pensándolo bien, si se lo contaba, lo mismo me guardaba el secreto y no le decía nada a Steve. Decidí que se lo contaría, total, él ya me había descubierto y no quería que fuera a decirle nada a Steve y que se pensara cosas que no son.

—Pues porque a él no le gusta que yo este fuera de casa más tarde las 22:00 y ya una vez se lo comenté, que quería cantar en ese local, y fue muy tajante conmigo, me dijo que no quería que lo hiciera ya que él no me podía acompañar siempre y no quería que fuese sola y me pasase algo.

—Vaya, qué posesivo se ha vuelto Steve, no pensé que fuese así.

—Antes no lo era, hace unos años violaron a su hermana pequeña y desde entonces se ha vuelto muy protector conmigo.

—Ah, comprendo, no sabía lo de su hermana. ¡Vaya palo! Debe de haber sido muy duro para él.

—Sí, bastante. Ese día su hermana le pidió que la recogiera de madrugada, ya que iba a una fiesta, y Steve estaba bastante cansado y le dijo que no, que se cogiese un taxi. Después de lo que ocurrió aquella noche se ha sentido

bastante culpable. Jamás ha vuelto a tocar el tema, pero sé de sobra que no lo ha superado.

—Vaya casualidad que ocurriese eso, pero no era su culpa.

—Ya, eso mismo le he dicho Steve mil veces, pero siempre se enfada y me dice que dejemos de hablar del tema.

—Sara, puedes estar tranquila, no voy a decirle nada a Steve, te agradezco que me lo hayas contado.

—Gracias, Andrew.

—No hay de qué. Ahora, eso sí, no voy a estar tranquilo sabiendo que cantas sola en ese local, así que, si no te importa, te acompañaré yo personalmente los sábados que tengas que cantar.

—¿Qué? ¿Tú, acompañarme? No, de eso ni hablar. Yo puedo cuidarme solita, no necesito a nadie.

—Pero mira que eres testaruda, sigues igual que siempre. Yo no podría perdonarme a mí mismo el que te pasara algo, además es lo menos que puedo hacer por ti y por mi mejor amigo. Estoy en deuda con ambos.

—Y te repito que no es necesario, yo te lo agradezco, pero no me va a ocurrir nada.

—Pues en caso de que sigas negándote a que te acompañe me veré en la obligación de hablar con Steve.

—Estás loco, ¿no serías capaz?

—Si no me dejas acompañarte, por supuesto que se lo diré.

—No pienso tener que soportar una amenaza tuya.

—No es una amenaza, Sara, es por tu bien.

—De verdad que no te entiendo, ¿qué más te da lo que me pase a mí? ¿Por qué no te preocupas por tu novia y dejas de joderme la vida?

—Eres tú la que piensa que quiero joderte la vida, y por supuesto que me preocupo por mi novia, ella lo es todo para mí en este momento, gracias a ella soy lo que soy ahora, pero solo quiero calmar mi conciencia por todo lo que le hice una vez a mi mejor amigo. Me siento en deuda con él y la única manera de ayudarlo es velando por su futura mujer. No quiero que te confundas, Sara, no tengo otro tipo de interés por ti.

Vayas palabras tan duras. ¿Por qué aún me seguían doliendo tanto? Él ya no estaba en mi vida y no me importaba lo más mínimo. ¿Por qué sentía que aquellas palabras se me clavaban como una daga en el corazón?

—Yo no he dicho que lo tuviera.

—Pues, entonces, hasta aquí esta conversación, que al final vamos a acabar discutiendo otra vez.

Silvia y Abraham terminaron su baile y se acercaron nuevamente a la mesa.

—¿Qué tal, chicos? —preguntó Abraham.

—Bastante bien, aquí conversando muy a gusto con Sara.

—Me alegro de que lo estéis pasando bien —dijo Abraham.

—Bueno, chicos, yo, sintiéndolo mucho, me voy a marchar a casa, es muy tarde y mañana tengo que madrugar.

—Tenemos que madrugar, Sara —repitió Andrew.

—Vaya, ¿no me digáis que os vais a marchar ya los dos? —preguntó Silvia.

—Sí, lo siento, amiga, pero quiero descansar para mañana ir fresca a la oficina.

—Está bien. ¡Qué lástima! Con lo bien que lo estábamos pasando —dijo Silvia.

—Nosotros igual, chicos, pero debemos irnos a dormir ya —dijo Andrew.

—Está bien. Por cierto, Sara, has venido en taxi, ¿no? ¿Quieres que te acerquemos a casa?

—No, gracias, no os preocupéis, me pillaré un taxi.

—De eso ni hablar, ¿cómo te vas a ir sola a estas horas? —dijo Silvia.

—No pasa nada, Silvia.

—Silvia, no te preocupes, que a Sara la acercaré yo a su casa, me pilla de paso. A vosotros sí que os viene peor, que vivís en la otra punta de la ciudad.

—No sé, Andrew, nosotros también podemos llevarla.

—Silvia, de Sara me encargo yo, no os preocupéis.

—Bueno, está bien —dijo Silvia mirándose a los ojos.

Al final ellos decidieron todo por mí.

—Bueno, chicos, ha sido un placer pasar esta noche tan divertida con vosotros, lo hemos pasado muy bien.

—Yo también me he divertido mucho, a ver si volvemos a quedar nuevamente —les dije.

—Cuenta con eso, Sara, claro que volveremos a quedar —dijo Andrew sonriéndonos a los tres.

—Bueno, amiga, ya hablamos mañana por teléfono —me dijo Silvia.

—Sí, no te preocupes.

—Buenas noches, chicos.

Silvia y Abraham se alejaron mientras Andrew y yo caminábamos en

dirección a su coche.

—Espero que no te haya importado que sea yo el que te acerque a tu casa, ya sabes que Silvia y Abraham viven lejos y hoy encima, que es domingo, esos dos querrán terminar bien la noche.

Comencé a reírme por su comentario, era lógico que ambos quisieran tener su noche. Yo hacía tanto que no tenía una noche así con Steve desde que volvimos de nuestro viaje a Nueva York... Aunque, para ser sincera conmigo misma, Steve no era demasiado pasional que digamos, para él el sexo estaba en un segundo plano y a decir verdad para mí también, o a lo mejor es que desde que estaba con él me había acostumbrado a eso.

—Vaya, hacía mucho que no te escuchaba reír.

—Es que ese comentario ha estado bien.

—Es la verdad, yo en su lugar lo haría también. Vamos, entra —dijo mientras me abría la puerta de su coche.

Claro, seguro que él también estaría deseando llegar a su casa y hacerle el amor a esa devoradora de hombres que tenía por novia.

—Gracias —contesté.

Andrew arrancó el motor y el coche comenzó a andar.

—Espero que no te hayas molestado el comentario que he hecho antes, eso que he dicho de que no tenía ningún tipo de interés por ti y...

Le interrumpí.

—Andrew, no quiero volver a hablar de lo mismo, por favor. Si de verdad quieres que seamos amigos, vamos a olvidar de una vez por todas lo que hubo entre nosotros.

—Está bien, perdona, es que pensé que te había dolido por la cara que pusiste.

—Antes, hace cinco años, seguro que me habría dolido, ahora puedes estar seguro de que no.

Andrew permaneció muy serio mirando al frente de la carretera.

—Siempre me ha picado la curiosidad. ¿Cómo os conocisteis Steve y tú?

Permanecí en silencio durante unos segundos. Vaya pregunta, y más viniendo de él.

—Nos conocimos en el avión que me trajo por primera vez a Irlanda.

—Qué casualidad, jamás pensé que hubiese sido así.

—Sí, yo me despiste y se me cayó al suelo el pasaporte y, bueno, Steve tuvo la gentileza de devolvérmelo y luego más tarde coincidió que era mi

compañero de asiento en el avión.

—¡Vaya, quién lo diría!

Entonces permanecí en silencio. Recordar aquel momento me había traído muy malos recuerdos a la cabeza, todo lo que sufrí durante esos últimos días, las lágrimas que derramé por Andrew antes y después de coger ese avión... fueron tantas...

—Te has puesto muy seria, siento haberte preguntado, me imagino que ese momento también te traerá muy malos recuerdos.

—Eso está más que olvidado.

—Me alegro de que sea así, Sara.

El coche se detuvo frente a mi edificio.

—Bueno, ya hemos llegado.

—Gracias por traerme, Andrew.

—No tienes que darlas, sabes que lo haría una y mil veces —me dijo mirándome a los ojos. Debo decir que me sentía hasta intimidada.

—Buenas noches, nos vemos mañana.

—Sara, espera...

Entonces dejé de buscar las llaves de casa y volví a darme la vuelta y a acercarme a su coche.

—Esa canción que cantaste el otro día me gustó mucho y me trajo a la cabeza muy buenos y malos recuerdos a la vez. ¿La letra era por alguien en especial?

—Simplemente era una canción, no la canté para nadie, pero me alegro de que te gustase. Buenas noches, Andrew.



Llegué a la oficina tan temprano como siempre.

Steve me había telefonado y me había dicho que su avión se había retrasado y llegaría a media mañana. Esa misma mañana teníamos reunión a primera hora con Andrew y el resto de su equipo para tratar unos asuntos relacionados con el próximo proyecto que íbamos a emprender de cara al mes siguiente.

La reunión dio por finalizada después de más de dos horas. Comencé a recoger mis carpetas y a darle instrucciones a Rachel para que comenzara a llevar a cabo todo el plan que habíamos puesto en marcha.

—Sara, antes de que te vayas a tu oficina, me gustaría hablar contigo —me pidió Andrew.

—Sí, claro —le dije.

—Pero me gustaría que fuese a solas —dijo mientras miraba a mi secretaria.

—Sí, claro, señor Andrew, enseguida me marchó. Te espero en la oficina —me dijo tímidamente Rachel.

—Muy bien, ya se han ido todos, incluyendo mi secretaria. ¿Qué necesitas decirme?

—Quiero preguntarte si te gustaría que fuésemos a cenar algún día de estos, como amigos.

—Yo, ¿a cenar contigo? —le pregunté bastante sorprendida.

En ese preciso instante Steve irrumpió en la oficina. Entró corriendo y exaltante de alegría y me abrazó como si no hubiese un mañana para poder hacerlo.

—Sara, te he echado tanto de menos, preciosa —me dijo mientras me besaba sin parar.

—Yo también, Steve —exclamé sorprendida por la repentina entrada.

—Siento mucho haberme tenido que marchar así, de verdad, pero te prometo que este fin de semana lo pasaremos juntos —me dijo mientras me besaba los nudillos de las manos.

—Bueno, no sé si creerte —le dije entre risas.

Entonces los dos nos dimos cuenta de que Andrew seguía allí.

—Andrew, amigo, siento mucho no haberte saludado, pero es que estaba deseando saludar a este bombón que tengo por mujer.

—No pasa nada, lo entiendo. Yo, si estuviese en tu lugar, hubiese hecho lo mismo —dijo Andrew con cara de pocos amigos.

—¿Qué tal todo por aquí? —preguntó Steve.

—Muy bien, las cosas por la empresa marchan bien y, con respecto a Sara, la he cuidado como me pediste antes de marcharte.

—Sí, me alegro mucho, gracias, amigo.

—No tienes que darlas.

—Sí, ya me ha contado Sara que fuisteis a cenar los cuatro a un bonito restaurante y que luego la acompañaste a casa.

Andrew nos miró sorprendido. Creo que se pensó que obviaría contarle a Steve que él me había llevado a casa, pero ¿por qué iba a mentirle a mi futuro marido? Si entre nosotros dos no había pasado nada, yo siempre había sido sincera con él y no iba a dejar de serlo ahora.

—Sí, me dio miedo que se fuese sola de noche en taxi.

—Gracias por lo que hiciste.

La semana transcurrió con total normalidad. La conversación con Andrew que quedó interrumpida por Steve jamás volvimos a retomarla y sinceramente yo creo que fue lo mejor, no me apetecía para nada ir a cenar con él, aunque fuese en plan amigos.

El viernes, al terminar la última reunión con Andrew y todo su equipo, mientras todos habían abandonado ya la sala y solo quedamos mi futuro marido, Andrew, mi secretaria y yo, Steve recibió una llamada telefónica de Londres, otro de las ciudades donde tenía negocios.

—Sara, me acaba de llamar John, mi administrador, y voy a tener que ausentarme nuevamente este fin de semana.

—¿Qué? ¿Otra vez?

—Sí, Sara, lo siento mucho, tengo que marcharme inmediatamente.

En ese momento Andrew y Rachel dejaron de hacer todo lo que estuviesen haciendo y comenzaron a observarnos.

—Siempre dices lo mismo, pero nunca tienes tiempo para nosotros.

—Ya, y no sabes cuánto lo siento, cariño, pero es muy importante y debo acudir.

—Las mismas palabras de siempre —dije mientras recogía mis carpetas

decidida a marcharme de la sala de reuniones.

—Espera, Sara, no te vayas así. ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Pues que no dejo de preguntarme, Steve, si cuando nos casemos esto va a ser siempre lo mismo, porque yo, sinceramente, estoy comenzando a cansarme de esta situación.

—Espera, no te vayas, tenemos que terminar esta conversación.

—Olvidas, como siempre, que tenemos público delante. Ponme un mensaje al móvil cuando llegues a Londres para saber que llegaste bien. Hasta el próximo lunes, Steve.

Y me marché de la sala de reuniones bastante enfadada al respecto. Estaba cansada de tener que estar sola siempre todos los fines de semana, no era lo que yo esperaba de esa relación y no quería pasarme los próximos treinta años de mi vida así, teniendo que ansiar las vacaciones para pasar unos días con mi marido.

Me encerré en la oficina con llave y Steve comenzó a llamar, rogándome que le abriese la puerta.

—Sara, por favor, vamos a hablarlo, no quiero marcharme así a Londres.

—Déjame, Steve, ahora no me apetece hablar.

—Cariño, por favor, te prometo que la próxima semana la pasaremos juntos.

—Siempre las mismas promesas. Estoy cansada, Steve.

—Sara, abre la puerta.

Me quedé en silencio por unos minutos y obvié el contestarle. Pegué mi oreja a la puerta para escuchar si se había marchado.

—Sara, sé que estás ahí, no seas testaruda, abre, por favor.

—Steve, será mejor que la dejes tranquila, ella necesita estar sola.

Escuché como Andrew se acercaba a Steve y le pedía que me dejase tranquila.

—Pero, Andrew, no puedo irme así, sin despedirme de ella, sabiendo que está mal.

—No te preocupes, se le pasará, pero debes entenderla también, en cierto modo ella tiene razón, siempre está sola, amigo.

—Ya lo sé, Andrew, y me jode muchísimo, pero sabes que siempre los negocios me hacen descuidar mi vida personal.

—Ya, pero debes comprender que antes, cuando estabas solo, a lo mejor era lógico, pero ahora tienes pareja y dentro de poco será tu mujer, debes dedicarle unos minutos de tu tiempo, es lo que yo haría si estuviese en tu lugar.

Escuché como Andrew alejó a Steve de la puerta y ambos se marcharon.

Me pasé todo el día encerrada en la oficina, no quería hablar con nadie. No tenía ganas de llorar, eso hacía mucho que había dejado de hacerlo, creo que desde que Andrew me abandonó, pero sí tenía una gran rabia contenida por todo lo vivido aquel día. Incluso le dije a Rachel que se marchara antes de su hora para poder quedarme en la oficina sola trabajando, era lo único que conseguía que mantuviese mi mente ocupada y que no me comiera la cabeza.

Ya eran casi las 20:30 y entonces decidí comenzar a recoger mis cosas para marcharme a casa. En ese preciso instante tocaron en la puerta.

—Sara, ¿puedo pasar? —me pidió Andrew.

—Sí, pasa. Dime, ¿qué necesitas?

—No necesito nada, solo era para saber si estabas bien.

—Seguro que Steve te ha mandado para saber cómo estoy —dije, aún molesta por la situación.

—No, esta vez no ha sido Steve, he sido yo el que viene interesado en saber cómo estás.

—Pues estoy bien.

—No lo creo, Sara, sé muy bien cómo te debes de estar sintiendo.

—No tienes ni idea de nada, Andrew, y de verdad que no me apetece hablar del tema, lo único que quiero es llegar a casa, darme una ducha y meterme en la cama.

—Ya le he dicho a Steve que tiene que cambiar este ritmo de vida que lleva, sino va a perder a una gran mujer.

Me quedé helada ante su comentario. Yo, una gran mujer...

—Lo mejor será que me marche, es muy tarde ya.

—¿Tienes cómo irte? Si quieres, te llevo a tu casa.

—No, gracias, ya tengo el coche arreglado.

—Bueno, para cualquier cosa que necesites ya sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, Andrew, pero puedo arreglármelas solita.

De eso estoy muy seguro, pero quería que lo supieras. Por cierto, Sara, la cena a la que invite sigue en pie.

—Gracias, pero no me apetece salir a cenar con nadie.

—Nunca está de más salir de vez en cuando y airearse un poco, además te recuerdo que soy un gran amigo, conmigo no te ibas a aburrir, seguro.

—Ya, de eso estoy segura, pero quiero estar sola.

—Está bien, no te insisto más. Pues me marcho yo también, que he quedado con Claudia en invitarla a cenar esta noche.

—Buenas noches, Andrew.

—Descansa, Sara —se despidió de mí con una tierna sonrisa.

Después de pasarme todo el sábado encerrada en casa, sin querer contestar a las llamadas de Steve y sin querer salir con nadie, decidí llamar a Jack para decirle que pensaba ir esa noche a cantar. No iba a pasarme todo el fin de semana encerrada en casa, era mi fin de semana y estaba dispuesta al menos a hacer una de las cosas que más me gustaban en este mundo aparte de escribir, que era cantar.

Me puse un bonito vestido gris, me peiné y me maquillé y cogí mi bolso dispuesta a salir de casa. Cerré la puerta y llamé al ascensor. Mientras esperaba que subiese hasta el último piso de aquel bonito ático, no dejaba de pensar en qué iba a hacer con mi vida. Siempre había tenido muy claro que quería casarme con Steve, pero desde que volvimos de Nueva York él había cambiado bastante su actitud. Antes al menos pasábamos algunos fines de semana juntos, pero hacía mucho que no me dedica tiempo, a lo mejor algún día como aquel famoso domingo en el que conocí a la insoportable de la novia de Andrew. Entonces me acordé de él, él sí que estaba dispuesto a todo por ella y sí que le dedicaba tiempo. Era normal, una chica como ella, tan elegante y sexy, era normal que le tuviese loquito. A mí, sin embargo, cuando empecé con Steve ya pasó esto alguna vez, aunque por aquel entonces sí salíamos más, íbamos a comer a algún restaurante o me invitaba al cine... Oh, dios mío, sin quererlo estaba haciendo comparaciones de la relación de Andrew con esa odiosa de Claudia y la mía con Steve. «¡Sara, estás muy mal!», me repetía a mí misma. «Cuando vuelva Steve tengo que hablar con él de esto, porque no puedo seguir así».

El ascensor se abrió.

—Hola, Sara.

—Andrew, ¿qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? Hoy es sábado y vengo a acompañarte a tu actuación en directo.

—No, yo no...

Me interrumpió.

—No me vengas ahora con que no cantas hoy, porque eso no se lo cree nadie.

—Sí, canto hoy. Pero no entiendo... ¿Cómo te has enterado?

—Es muy sencillo, dijiste que lo hacías todos los sábados a las 21:00.

—Yo nunca dije eso.

—Bueno me he enterado y no pienso dejarte sola.

—Pero es que yo no quiero tu compañía, Andrew.

—Sinceramente, me da lo mismo, voy a acompañarte igual.

—Pero qué testarudo eres —le dije rabiosa por la situación.

—Piensa lo que quieras, pero no vas a impedirme que te acompañe.

Me metí en el ascensor sin dirigirle la palabra. Pero por qué me tenían que pasar a mis esas cosas. Ahora, encima, tener que ir con él. No me apetecía para nada su compañía por mucho que él dijese que solo éramos amigos. Yo aún seguía viéndole como el hombre que me partió el corazón y no sabía si alguna vez podría cambiar mi visión de él.

—¿No vas a decirme nada? —me preguntó Andrew dentro del ascensor.

—¿Qué quieres que te diga, Andrew? No esperaba encontrarte aquí, esto me ha pillado por sorpresa.

—Ya te dije que pensaba acompañarte.

—Sí, pero pensé que quizás te habrías olvidado.

—Tengo muy buena memoria, nunca me olvido de las cosas importantes.

—Ah, y esto te parece importante.

—Por supuesto que sí.

El ascensor se detuvo en la primera planta y me dispuse a caminar hacia mi coche.

—Sara, espera, vamos a ir en el mío.

—No, Andrew, yo me voy en mi coche.

—Pero ¿por qué? Si vamos a ir los dos al mismo sitio.

—Ya lo sé, pero yo quiero irme sola en mi coche, como siempre.

—Está bien, entonces te seguiré con el mío.

—Como quieras.

Me monté en mi coche y durante todo el trayecto intenté no pensar en nada. Quién me iba a decir que Andrew iba a presentarse así, de esa manera, en mi casa e iba a ofrecerse acompañarme. La verdad es que no estaba entendiendo nada, debía de tener la conciencia muy sucia por todo lo que había ocurrido en el pasado y ahora quería calmarse a sí mismo haciendo una buena acción conmigo y con Steve.

Llegué al bar Coyote, aparqué mi coche junto a la entrada y me dirigí hacia

la puerta. Observé como Andrew hacia lo mismo.

—Buenas noches, preciosa —me saludó Ross.

—Hola, Ross, un gusto saludarte, como siempre.

—Veo que hoy vienes acompañada.

—Sí, es un amigo, se llama Andrew.

—Hola, buenas noches —le saludó Andrew.

—Un placer conocer a un amigo de Sara. Luego os veo. ¡Mucha suerte, Sarita! Seguro que lo vas a hacer tan bien como siempre.

—Gracias, Ross.

Entramos. La pista estaba abarrotada de gente. Me dirigí a la barra a saludar a Jack, que desde lejos me hizo un gesto.

—¿Qué tal estás, Sarita? —me preguntó mientras me saludaba con dos besos.

—Muy bien, gracias, Jack.

—Vaya, veo que vienes acompañada por el guardaespaldas de la otra noche.

—Sí, creo que no tuve la ocasión de presentártelo. Jack, él es Andrew, un amigo de Steve.

—Mucho gusto, Jack, y siento lo del otro día, pensé que entre tú y Sara... Bueno, ya sabes —dijo Andrew mientras miraba a los lados intentando zafarse de aquella conversación.

—Sí, lo sé, debe de ser un alivio para Steve tener un amigo como tú que se preocupa tanto por su novia.

—Bueno, Jack, vamos a dejar el tema aquí, necesito ir a prepararme.

—Sí, no te preocupes, luego hablamos —dijo Jack mientras se dirigía hacia el escenario para ir organizando todo.

—Andrew, voy a ir dentro a prepararme, luego nos vemos.

—Está bien, tranquila, yo voy a quedarme por aquí. Cualquier cosa que necesites, no dudes en avisarme.

—Gracias.

Mientras me empolvaba la nariz y me retocaba el maquillaje, no dejaba de pensar en los últimos acontecimientos vividos. No podía creer todo lo que me había pasado en las últimas semanas, mi futura boda con Steve, la vuelta de Andrew a mi vida y ahora encima ese acercamiento como amigos. Todo aquello era nuevo para mí. Intenté poner mi mente en blanco y pensar solo en las canciones que iba a cantar.

De nuevo subí a la pista de baile y Jack me volvió a desear la mayor suerte

del mundo mientras me presentaba ante todos. Entonces dio comienzo la actuación, como siempre. Esta vez había decidido cantar una de mis canciones favoritas de la conocida cantante mexicana Maite Perroni. Era una letra tan bonita...

*Se te olvidó besarme en estos labios que se han roto,  
se te olvidó mimarme al caminar,  
se te olvidó mirarme con el brillo de tus ojos,  
parece que no quieres recordar...*

*Pero algún día vas a querer volver  
al verme bien,  
besando amor en otros labios,  
y el corazón te va a doler y vas a ver  
que estabas tan equivocado...*

*Sí, fui quien te quería,  
fui quien daba todo por ti,  
fui quien cada día  
solo quiso hacerte feliz,  
quien te confiaba el alma ciegamente,  
fui quien te amaba incondicionalmente,  
quien te entregó su corazón de frente,  
Y tú lo olvidarías...*

*Pero vas a ver, y vas a ver... Vas a querer volver...  
Y vas a ver, tú vas a ver... Vas a querer volver...*

La actuación duró, como siempre, una media hora. Después de eso me bajé del escenario entre aplausos y me dirigí a la barra a tomarme algo, tenía la garganta seca de tanto cantar. A lo lejos observé a Andrew, que me hizo un gesto de que me acercara.

—Felicidades, Sara, has estado espectacular, como siempre —me dijo mientras me tocaba el hombro en señal de amistad.

—Gracias, Andrew.

—Cantas muy bien y te mueves en el escenario como si lo hubieses hecho toda la vida. Debes de estar sedienta. ¿Quieres que te pida algo de beber?

—Sí, gracias, pero nada de alcohol, que luego tengo que conducir.

—Está bien, tranquila, ahora vuelvo.



Me senté en unos de los taburetes de la barra y se acercó un chico moreno de ojos marrones oscuros que sería más o menos de mi edad.

—Hola. Perdona que te moleste, simplemente quería felicitarte y decirte que has cantado muy bien.

—Ah, muchas gracias, me alegro de que te haya gustado —le contesté.

Siempre era un placer recibir felicitaciones por cantar, pero era algo que en cierto modo me hacía ruborizarme. No sé, me daba vergüenza que la gente se acercara a mí. Siempre me alegraría por ser una persona normal, alguien no conocido. No sabía cómo las estrellas de cine o los cantantes de moda podían aguantar eso diariamente.

—Por supuesto que sí, siempre que cantas vengo expresamente a escucharte.

—Vaya, me alegra oírte decir eso, eso significa que te gustan mis canciones.

—Claro que sí, cantas muy bien, además eres una chica muy guapa. Me gustaría invitarte a tomarnos una copa los dos solos fuera de aquí. ¿Te apetecería?

Puf, esa conversación había tomado una dirección que no me gustaba.

—No, gracias, no suelo salir con gente que no conozco, además tengo novio y dentro de poco voy a casarme.

—Eso me da igual, no pienso pedirte nada serio, solo es tomarnos una copa y divertirnos un poco juntos. No hay nada malo en eso. Además, he visto que cuando cantabas me dedicabas varias miradas, sé que te gusto.

Pero y ese ¿de qué iba? ¿Qué se pensaba, que iba a irme con él a algún sitio e iba a engañar a Steve?

—Mira, no sé qué película te habrás montado, pero no me gustas lo más mínimo y no te he mirado con ninguna intención, así que, por favor, te voy a pedir que me dejes en paz.

—Vaya, ahora encima te haces la dura. Sé de sobra que te gusto.

Y comenzó a acercarse a mí intentando poner sus manos sobre mi cintura.

—Mira, chalado, lárgate de aquí o ahora mismo llamo al de seguridad.

—Me encanta que te hagas la interesante —me seguía diciendo aquel tío insoportable.

Comencé a ponerme algo nerviosa, no sabía cómo quitármelo de encima.

—Te he dicho que me dejes en paz...

—La señorita te ha dicho que la dejes, ¿es que estás sordo? —dijo Andrew intentando ayudarme.

—¿Y tú quién eres?

—Pues soy el que te va a romper la cara de un puñetazo sino te largas inmediatamente.

El chico me soltó al instante y miró a Andrew.

—Está bien, pero que conste que ha sido ella la que ha comenzado a coquetear conmigo mientras cantaba.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? —le dije más enfadada que nunca. No sabía cómo me había visto envuelta en aquella situación.

—Déjalo, Sara, no merece la pena. Lárgate de aquí, imbécil, y no vuelvas a acercarte a ella.

Y entonces aquel chico desagradable se largó de allí.

—¿Estás bien? —me preguntó Andrew.

—Sí, estoy bien. Gracias por haberme ayudado, no sé quién era ese loco, se ha acercado a mí para felicitarme por mi actuación y de repente ha empezado a increparme con que me fuese con él a tomarnos una copa y a divertirnos.

—Ya, le he visto de lejos, pero no he querido acercarme, pensé que era alguien que conocías, pero después de ver tu cara de desagrado y de angustia no he podido evitar ayudarte.

—Gracias, Andrew.

—No tienes que darlas, sabes que lo haría una y mil veces. Ahora tómate este refresco, te sentara bien. Ven, vamos a sentarnos en aquella mesa que hay al otro lado para que puedas relajarte después de este incidente.

—Está bien.

Le acompañé a donde me dijo y ambos nos sentamos.

—Sara, me da miedo que vengas a cantar sola, no me imagino qué hubiese pasado si yo no hubiese estado aquí.

—Andrew, llevo cantando seis meses y nunca me había ocurrido nada parecido.

—Ya, pero algún día tenía que pasar. Hay muchos tíos así, que se piensan que pueden hacer con las mujeres lo que quieran, incluso podría haberte esperado a la salida para molestarte o, lo que es peor, acosarte o seguirte hasta tu casa. No estoy dispuesto a permitir que te pase algo.

—Te lo agradezco, Andrew, pero yo sé cuidarme solita.

—Eso ya lo sé, pero por desgracia hay hombres más fuertes que tú y pueden hacerte mucho daño si quieren. Te recuerdo lo que pasó hace cinco años con Álex.

Vaya, por un momento pensé que tenía razón. Recordé la pelea con Álex,

como casi me tomó a la fuerza sin mi consentimiento y la golpiza que me dio. Me quedé muy seria mientras miraba el suelo.

—No quiero que te pongas mal, no lo he hecho para recordarte aquel mal momento, sino para que entiendas que no quiero verte pasarlo mal. Aunque no lo creas, me preocupo por ti.

—Mira, Andrew, no me vengas con que te preocupas por mí, de sobra sé que lo haces para calmar tu conciencia por todo lo que le hiciste algún día a Steve. Eso fue lo que me dijiste el otro día.

—Pues te mentí, también lo hago por ti.

No supe qué decir, mi cara era de sorpresa total. ¿Que lo hacía por mí? No estaba entendiendo nada.

—¿Has vuelto a hablar con Steve?

—No, desde que se marchó ayer no he vuelto a saber nada de él. Me escribió un mensaje anoche diciéndome que había llegado bien a Londres.

—¿Y tú cómo te sientes después de lo de ayer?

—Pues no muy bien, la verdad.

—Sara, puedes contármelo, somos amigos, ¿recuerdas?

—No sé si debería hablar contigo de mis problemas con Steve.

—Pero ¿por qué no? Ahora eres tú la que vuelve a echarse hacia atrás, yo ya he pasado página y quiero ser tu amigo.

—Pues, para serte sincera, Andrew, no lo estoy pasando muy bien.

—Lo sé, no soy tonto, Sara, te conozco y en tu cara se refleja mucha tristeza.

—Sí, no voy a negártelo, pero es que empiezo a cansarme de esta situación. Siento que mi relación con Steve va a ser siempre así y no quiero verme los próximos treinta años de matrimonio deseando y anhelando que lleguen las vacaciones para pasar unos días con mi marido, no es la vida que yo espero para mí ni tampoco para mis hijos.

Andrew me miraba muy serio y permaneció en silencio.

—Yo siempre he soñado con casarme con alguien que me quiera y pasar juntos los fines de semana, poder educar juntos a nuestros hijos y ser una familia unida. Creo que tampoco pido tanto, pero desde hace mucho que siento que este sueño jamás va a cumplirse.

—No digas eso, Sara. Por supuesto que va a cumplirse, Steve es un gran hombre y sé que te quiere muchísimo.

—Ya, eso lo tengo muy claro, pero antepone constantemente sus negocios a su familia y eso al final acaba consumiendo una relación.

—No voy a negarte que tienes razón, pero creo que Steve y tú debéis hablar de este tema y encontrar una solución.

—Sí, yo también lo creo. Este lunes cuando vuelva a casa pienso hablar de esto con él.

—Créeme, es lo mejor, de lo contrario vas a verte envuelta en un matrimonio en el que poco a poco se va a ir apagando la llama del amor y al final vais a terminar sufriendo los dos e incluso vuestros hijos, si los tuvieseis en tal caso. Y mírame a mí, hasta hubo terceras personas que salieron heridas por esto.

Eso lo debía de estar diciendo por mí.

—No lo he dicho para que te sintieras mal, Sara, pero es así como lo siento.

—Ya, no te disculpes, al final todo paso así.

—Pero si hay algo de lo que me alegro es de que hayas encontrado la felicidad al lado de mi mejor amigo, porque, aunque Steve es un poco despistado a veces, estoy seguro de que va a ser un buen padre y un buen marido.

—Siempre lo he creído, por eso me decidí a casarme con él.

Andrew permanecía muy serio y quiso cambiar de tema.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer mañana?

—Pues no lo sé, creo que me quedaré en casa todo el día, o a lo mejor salgo con alguna de mis amigas.

—Yo voy a ir con Claudia a comer juntos, si quieres puedes venirte con nosotros.

—No, gracias, Andrew, no creo que yo pinte mucho ahí, prefiero salir con algunas de mis amigas. Además, es tu día libre y debes estar con ella.

—Claudia es muy comprensiva y estoy seguro de que no lo importaría en lo más mínimo que nos acompañes.

—Te lo agradezco, pero no, ya es suficiente que hoy hayas venido a acompañarme y no puedas estar con ella.

—Ya te he dicho que es muy comprensiva, además ella también tenía planes y me dijo que no iba a estar en su casa esta noche.

¿En su casa? Pensé que vivíais los dos juntos.

—No, Sara, cada uno vive solo. De vez en cuando ella se viene a mi casa a dormir o yo me voy a la suya, pero nada más. Aún no quiero vivir con ninguna mujer, acabo de salir de una relación infernal y necesito tiempo para poder adaptarme a vivir de nuevo con alguien.

—Te entiendo —le dije.

—¿Sabes? Aunque no lo creas, yo también he soñado siempre con formar una familia estable y tranquila. Así como tú te imaginas la tuya con Steve, me he imaginado yo la mía, pero para mí desgracia acabé casado con una mujer de lo peor, una mujer que es capaz de retenerme a su lado aun anteponiendo la vida de algunos de sus hijos.

Me quedé de piedra ante su comentario, no supe qué responderle, no sabía si lo estaba diciendo por lo sucedido con su mujer Lisa y conmigo o por alguna historia posterior.

—No me mires así, Sara. Sé muy bien todo lo que pasó en su momento entre Lisa y tú, sé que te llamó aquella noche en París y te amenazó con hacerle daño a alguno de mis hijos si no me dejabas.

Mi cara era de desconcierto total. ¿Cómo se había enterado de aquello? Ya daba igual, el caso es que no sabía si me alegraba que él lo supiese o si prefería que esa historia hubiese permanecido en el recuerdo, como hasta ese momento.

—¿No vas a decirme nada?

—¿Qué quieres que te diga, Andrew? Yo te lo confesé aquella noche en la que decidiste romper conmigo y no me creíste. Me dijiste que era imposible que Lisa hubiese hecho algo así.

—Ya, y ahora me arrepiento muchísimo de no haberte creído. Menos mal que no le hizo nada al niño porque, si no, no sé de lo que hubiese sido capaz.

—Bueno, por suerte lo supiste y al menos mi nombre quedó limpio. Además, ya hace mucho de todo aquello. No me preocupa lo más mínimo. Con saber que tu hijo está bien y esa víbora no le hizo nada me conformo.

—Pero a mí sí, no sabes las noches que he pasado sin poder pegar ojo culpándome a mí mismo por todo lo que te hice —me dijo bastante serio y con semblante de tristeza.

—Andrew, como tú bien dijiste, eso es agua pasada y está más que olvidado. Yo lo he olvidado todo y tú deberías hacer lo mismo. Agradezco que me lo cuentes, pero para mí eso ya no significa nada.

—Ya lo sé, Sara, ya sé que no significa nada, pero quería que lo supieras, necesitaba decírtelo.

—Te lo agradezco.

Me desperté aquel hermoso domingo soleado con mejor humor que el día anterior.

Me puse mi ropa de deporte y decidí irme a correr un rato por el parque que estaba al lado de casa. Quería olvidarme de todo lo vivido esos días... Mi discusión con Steve, la noche anterior en el bar con Andrew, su confesión de que sabía todo lo que pasó entre Lisa y yo... Tantas cosas sentía que me faltaba espacio en la cabeza para poner en orden mis ideas.

Comencé a correr por el parque y durante el ejercicio no dejaba de pensar en Steve. Me sentía tan culpable por todo lo que había pasado con él... Porque, en el fondo de mi corazón, sabía que algo no estaba marchando bien entre nosotros, quizás fuera el verme agobiada con todo lo relacionado con la boda, pasar los fines de semana sin él o quizás la vuelta de Andrew me estaba afectando. ¡Dios mío! No sabía qué pensar, estaba bastante confundida con todo. Comencé a bajar el ritmo y me paré en seco para beber un sorbo de agua.

—¡Eh, Sara! —gritó alguien.

Entonces divisé a lo lejos a Andrew, ataviado con ropa deportiva, saludándome.

¡Madre mía! ¿Por qué siempre tenía que encontrármelo? No podía creerlo, cada vez que intentaba alejarme de él el destino volvía a ponérmelo por delante. Intenté disimular y le sonreí. Él se acercó.

—Hola, Sara. Buenos días. ¡Vaya casualidad! ¿Cómo tú por aquí?

—Hola, he salido un rato a correr para despejarme y hacer algo de ejercicio. ¿Y tú qué tal?

—Muy bien, yo también he decidido salir un rato a hacer algo de ejercicio. Últimamente, desde que he cumplido los 45 años, me he dado cuenta de que debo cuidarme más, la edad empieza a hacer mella en mí.

Me reí ante tal comentario. Pero si estaba estupendo... ¿Quién diría que habían pasado cinco años? Apenas tenía una arruga en su piel y seguía conservando ese atractivo que me había enamorado un día. Es más, pensé que estaba mucho más guapo que antes... «Sara, te estas yendo por las ramas, no

pienses en él de esa manera».

—¿De qué te ríes? —me preguntó Andrew mientras me sonreía.

—De nada, me ha hecho gracia eso de la edad.

—Es que es la verdad, ya me estoy haciendo mayor.

—No digas tonterías, Andrew, por favor, si aún estás hecho un chaval.

—Un chaval, ¿yo? Mira quien fue a hablar, la que con los años en vez de hacerse mayor se está volviendo cada vez más atractiva. Tú has hecho un pacto con el diablo, ¿verdad?

Su pregunta me sorprendió, no supe que responderle.

—Bah, Andrew, no digas tonterías.

—No son tonterías, estás más guapa que hace cinco años. ¿O es que Steve no te lo dice todos los días? Porque tendría que estar muy ciego para no darse cuenta.

Ese tipo de comentarios me desconcertaban más todavía. No sabía si lo hacía porque como amigo era así con todas sus amigas o si realmente lo decía en serio.

—Sí, alguna vez me lo ha dicho. Bueno, cambiando de tema, ¿qué haces por esta zona?

—Ah, ¿no lo sabías? Vivo aquí, unas calles más atrás de la tuya.

—Vaya, no tenía ni idea.

—Sí, me compré un ático por esta zona hace unas semanas y, como me gusta mucho correr, pues he decidido salir hoy temprano.

—¿Qué, vienes solo?

—Sí, Claudia odia esto de hacer deporte y he quedado con ella para pasar el día juntos luego. Si quieres puedes venir con nosotros, vamos a comer en un bonito restaurante.

«¿Yo, comer con la odiosa de tu novia? No, gracias?», pensé.

—No, gracias, Andrew, pero prefiero quedarme en casa todo el día, tengo muchas cosas que hacer.

—Sí, ya imagino, pero si cambias de opinión, no dudes en llamarme.

—Te lo agradezco. Bueno, me voy a marchar a casa, a ver si consigo hablar con Steve.

—Estás preocupada por él, ¿verdad?

—Sí, me siento mal por como terminó nuestra conversación el otro día.

—Bueno, ya verás como todo se terminará arreglando —me dijo Andrew mirándome fijamente a los ojos.

—Eso espero, de lo contrario me sentiría muy culpable.

Por fin conseguí contactar con Steve después de intentarlo varias horas seguidas. Eran más de las 20:00 h.

—Steve, soy Sara.

—Sara, siento no habértelo cogido antes, estaba en una reunión con mis socios. No sabes cuánto me ha alegrado tu llamada, no he podido dormir en toda la noche. ¿Cómo estás?

—Estoy mejor, Steve. Me sentía mal por todo lo que pasó ayer.

—Lo siento mucho, cariño, te juro que las cosas van a cambiar, he estado reflexionando y he decidido que lo mejor será que venda parte de mis acciones de las empresas de Francia y de Londres y me dedique más a ti y a las empresas Miller.

—Steve, tampoco quiero presionarte a eso, solo quiero que me dediques más tiempo a mí y a nuestra boda. ¿No puedes delegar todo en alguien?

—Tienes mucha razón. Ayer por la tarde también estuve hablando con Andrew por teléfono y fue muy claro conmigo.

—¿Qué? ¿Andrew te llamó?

—Sí, me llamó bastante enfadado y me dijo que no podía seguir así, que te estaba haciendo mucho daño y que él te apreciaba mucho y no quería verte sufrir y que o cambiaba y antepone mi vida personal a los negocios o lo mejor sería que te dejase ir, porque al final íbamos a acabar sufriendo los dos.

—¿Eso te dijo Andrew?

—Sí, ya te dije que es muy buena persona y se preocupa mucho por sus amigos, pero esta vez creo que voy a hacerle caso. Vuelvo mañana antes del mediodía, espero que me recibas con una sonrisa al menos.

—Lo intentaré, no te prometo nada —le dije sonriendo.

—Bueno, eso es un sí seguro. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Steve.

Encendí mi ordenador y me dispuse a seguir escribiendo mi novela. Sabía que tenía que hacer mil cosas de la boda, pero cada vez que lo pensaba menos ganas tenía de ponerme a mirar vestidos, lugares, iglesias... Qué sinfín de cosas. ¿Pero era solo el hecho de verme sola ante el peligro y no saber por dónde empezar o realmente no quería casarme? No, no podía pensar eso ahora, no podía echarme atrás, Steve se había portado tan bien conmigo que yo no podía hacerle eso. Pero entonces llegué a plantearme... «Sara, realmente



¿le amas? ¿O solo estás con él por agradecimiento?».».

El timbre de la puerta interrumpió mis pensamientos. ¿Quién sería a esas horas? Abrí y me encontré a Andrew en el pasillo del ático con bolsas en las manos mirándome muy sonriente.

—Andrew, ¿se puede saber qué haces aquí? —pregunté sorprendida.

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña viene a Mahoma... Era así el dicho, ¿no?

—Sí, era así, pero no entiendo...

Andrew pasó adentro, sin haberle invitado. Yo seguía parada, inmóvil en la entrada, mirando hacia el pasillo y esperando encontrar a esa odiosa de Claudia.

—Si buscas a Claudia, no está, vengo solo —dijo Andrew mientras se adentraba en el salón y soltaba las bolsas de comida encima de la mesa pequeña que había justo enfrente del televisor.

—Pero, Andrew, no entiendo nada... —dije mientras cerraba la puerta y me dirigía al salón.

—¿Que no entiendes el qué?

—Qué haces aquí cargado con esas bolsas que parecen ser comida.

—Pues que he decidido venir a cenar contigo. Como no hay manera de que aceptes una invitación, pues nada, me he decantado por venir e invitarte a cenar comida china.

—Te lo agradezco, pero yo...

—No me digas que has cenado ya. Si he venido a esta hora es porque pensé que tú seguirías comiendo con la hora española.

Me reí ante su suposición, pero era cierta. Aunque allí la gente cenaba a las 18:00, yo aún seguía cenando a las 21:30 y al final Steve había optado por acomodarse a mí.

—No, aún no he cenado... Pero...

—Pues entonces que no se hable más, cenamos los dos. ¿Dónde tienes los cubiertos? —me preguntó Andrew mientras se dirigía a la cocina.

—Están en el tercer cajón del mueble derecho... Pero...

—¿Y el mantel? —volvió a interrumpirme.

—En el segundo cajón.

Unos minutos más tarde me dijo:

—Muy bien, pues esto ya está, ya he puesto el mantel, los cubiertos y creo que me faltan los vasos y los platos.

—Espera, iré yo a por ellos.

Mientras caminaba hacia la cocina desconcertada ante la situación, no dejaba de preguntarme qué hacía él allí. ¿Por qué no estaba con su novia? No entendía nada. Le observé sentado en la mesa haciendo de anfitrión mientras me servía la comida en un plato. Hasta me dio la risa ver la poca maña que tenía con los palitos chinos.

—¿Sabes una cosa? Había olvidado que esta comida se comía con los palitos.

—Ya me di cuenta —dije entre risas.

—Mire, señorita, no se ría usted de mí, a ver si usted sabe comer con ellos —volvió a bromear conmigo.

—¿A que te demuestro que sí sé cogerlos?

—No sé yo...

—¿Qué te apuestas a que sí?

—¿En serio quieres proponerme una apuesta?

—Claro que sí, tú di, a ver.

—Está bien, me guardaré lo que voy a proponerte para cuando hayas perdido, así le daré más emoción.

Inmediatamente cogí los palitos y comencé a probar el sushi sin apenas derramar nada al suelo.

—No puedo creerlo. Tú esto ya lo habías hecho antes, ¿verdad? —me preguntó Andrew.

—Sí —dije entre risas.

—Me has engañado, mocosa.

—Ya te dije que sí sabía cogerlos, ahora has perdido tu apuesta.

—Está bien, me rindo, voy a tener que hacer o darte lo que me pidas a cambio.

Esa frase sonó tan sensual en sus labios... «Sara, no te vayas por las ramas».

—Yo no soy como otros, no voy a pedirte nada a cambio.

—Sería lo justo, ¿no? Yo estaba dispuesto a pedirte algo a cambio.

—¿Y qué era, si puede saberse?

—Ya da igual, he perdido, no viene al caso.

—Andrew, ahora en serio... ¿Qué haces aquí?

—Pues que me apetecía cenar contigo, eso es todo.

—Sí, lo de la cena me ha quedado claro, pero no lo entiendo, hoy es tu día libre, deberías estar con Claudia.

—Eso no importa, Sara, tú me necesitabas más que ella en este momento.

—Andrew, no quiero que te compadezcas de mí, no quiero tu lástima.

—No es lástima.

—Y entonces ¿qué es?

—Me preocupo por ti, eso es todo, dejémoslo ahí.

—Está bien.

Cada vez entendía menos a ese hombre y añoraba en cierto modo que no tuviese un libro de instrucciones para poder entenderle. ¡Los hombres son tan complicado a veces! Qué digo a veces, siempre, aunque ellos dirán lo mismo de nosotras.

—¿Te gusta la cena? —me preguntó intentando cambiar de conversación.

—Sí, está todo muy rico, muchas gracias.

—No tienes que darlas. ¿Y qué tal tu tarde? ¿Has conseguido hablar con Steve?

—Sí, he hablado con él —dije mientras me terminaba el arroz que me quedaba en el plato.

—¿Y qué ha pasado?

—Steve me ha dicho que está dispuesto a vender sus acciones de las empresas de Francia y Londres para estar más tiempo conmigo y también me ha dicho que tú le llamaste ayer por la noche.

—Sí, es cierto, estaba bastante enfadado con él por cómo se estaba portando contigo y le dije que o cambiaba o iba a perderte.

—Sí, eso mismo me dijo.

—Creo que le convencí y, mira, ahora está dispuesto a todo por ti. ¿No estás feliz?

—Sí —dije mientras recordaba nuestra boda en unos meses.

—No lo parece, se te ve seria, como preocupada.

—Hoy no he tenido un buen día, eso es todo.

—Bueno, pues aquí está tu mejor amigo y psicólogo personal, que ha venido a ayudarte.

—Gracias, Andrew, gracias por la cena y por todo.

Cuando me decía esas cosas era tan mono... Me hacía olvidarme de todo lo malo que había ocurrido entre nosotros en el pasado.

—No tienes que darlas, sabes que lo haría una y mil veces.

—Por cierto, me ha encantado la idea de la comida china y los palitos —dije entre risas recordando la broma anterior.

—Qué graciosa. Pues primero pensé en traerte pollo al vino, que sé que te gustó mucho cuando lo probaste conmigo en París, pero, claro, pensé: «Andrew, ¿dónde vas a encontrar eso en Irlanda? Pobre iluso» —dijo volviendo a ponerse serio.

—Sí, desde luego, Andrew, vaya ocurrencia —dije poniéndome seria. No era un buen recuerdo. Bueno, sí lo era, pero no todo lo que le siguió luego.

—Hace ya tanto de eso, más de cinco años. ¡Cómo pasa el tiempo! Bueno, quiero proponerte un juego.

—¿Qué juego? —pregunté sorprendida, y no negaré que se me pasó por la cabeza el postre final de París, la noche de pasión que pasamos los dos, la manera en la que hicimos el amor con entrega absoluta. «Sara, olvídate de eso, por favor».

—Vamos a jugar al juego de la verdad y de la mentira.

—¿Al juego de la verdad o de la mentira?

—Sí, el juego consiste en yo te hago una pregunta y tú debes responderme. Puedes decirme la verdad o inventarte la respuesta y yo tengo que adivinar si es verdad o mentira. Si alguno de los dos no acierta la respuesta del otro, deberá pagar un precio a cambio y será beber un sorbo de esta magnífica botella de vino.

—Pero... Yo no bebo nunca, Andrew...

—Es un juego, Sara, no pretendo emborracharte ni aprovecharme de ti, no tienes que beberte la copa de vino, solo beber un trago, eso es todo.

—No he pensado eso... Bueno, está bien.

En cierto modo, eso mismo se me pasó por la cabeza, pero pensé: «Sara, tiene razón, él te dijo que lo vuestro fue un completo error y ahora está enamorado de esa odiosa de Claudia, solo quiere que os llevéis bien, eso es todo».

—Mira, aquí tienes tu copa con vino y aquí está la mía —dijo Andrew mientras colocaba ambas copas en la mesa y recogía los platos de la comida y los dejaba a un lado de la mesa—. Empiezo yo, ¿te parece bien?

—Sí, claro, tú eres el que sabe el juego, yo no tengo ni idea.

Debía admitir que Andrew, cuando quería conseguir que me olvidara de las cosas malas y pasara un rato agradable, lo conseguía. No estaba mal tenerle como amigo, aunque aún seguía viéndole en cierto modo como el hombre que me arruinó la vida y que me partió el corazón.

—Bueno, ahí va mi primera pregunta. ¿Cuál es la cosa más vergonzosa que

has hecho para llamar la atención de un hombre?

—Vaya pregunta... Pues cuando estaba en el colegio me enamoré de un chico y, como él no me hacía caso, fingí que me tropezaba con él para así poder presentarme ante él. ¿Verdad o mentira?

—Yo creo que es verdad, aunque debo decirte que esta historia me suena muchísimo, ¿por qué será? —me dijo sonriéndome.

Ay, ¡dios mío! Cuando me sonreía de esa manera, sentía que el corazón se me iba a salir por la boca.

—Pues debo decirte que es mentira, así que debes pagar por tu error.

Andrew bebió un trago de la copa y volvió a poner sus ojos en mí.

—Te toca —me dijo.

—Está bien. ¿Qué crees que es lo peor de una chica?

—Esta pregunta me gusta... Mmm... Déjame pensar... Lo peor es que esa chica sea una manipuladora y una mentirosa. ¿Verdad o mentira?

Vaya esa respuesta... Había sonado sincera. Pensé que aquello era lo que no quería volver a encontrar en una mujer.

—Yo creo que es verdad.

—Cierto, esa ha sido fácil. Me toca. ¿Cuál es tu sueño más romántico?

—Pues viajar a una isla paradisíaca con una persona que me ame y vivir durante un tiempo en total libertad sin ruidos, ni coches, ni gente... Fuera de la ciudad... Solos él y yo. ¿Verdad o mentira?

—Mmm... Yo creo que es mentira.

—No das ni una, Andrew —le dije sonriendo.

—Mierda, esta era cierta —dijo mientras volvía a coger su copa y bebía un trago.

—Me toca otra vez. ¿Cuándo fue la última vez que dijiste una mentira y cuál era?

—Mi última mentira ha sido... —Andrew permanecía en silencio pensando.

—Venga, Andrew, di lo que sea —dije restando importancia al asunto, tal pareciera que le estaban interrogando.

—Está bien, mi última mentira ha sido hace un par de horas y fue que le mentí a Claudia para poder venir a cenar contigo esta noche.

Ambos nos quedamos en silencio mirándonos. Yo no podía creer lo que estaba escuchando, ¿habría sido capaz de mentirle a Claudia para venir a cenar conmigo? Quizás fuese mentira, pero estaba tratando de ponérmelo difícil.

—Sara, qué dices, ¿verdad o mentira?

—Creo que es mentira —dije sin mostrar ningún titubeo.

—Creo que esta vez has fallado, tienes que beber un trago de tu copa de vino.

Era cierto Andrew, le había mentado a Claudia para estar conmigo. Eso no me lo esperaba y no supe qué decir en ese momento. Quise preguntarle tantas cosas... Pero decidí no romper el momento y bebí un sorbo de aquel delicioso vino.

—Me toca a mí... A ver, ¿cuál ha sido el momento más embarazoso de tu vida?

«Esta pregunta es complicada», pensé. «Puedo mentir y decir lo que se me ocurra o describir cual fue mi momento más embarazoso, pero es que ese momento... No sé qué hacer. Venga, a decir la verdad».

—El momento más embarazoso de mi vida fue hacer el amor en el baño de un avión y ser pillada por una señora mayor que me miraba con cara de desconcierto total.

Ya estaba, ya lo había dicho. Andrew me miraba como sorprendido, no esperaba esa respuesta y hasta me sonrió al recordarlo, pero era cierto, fue el momento más bochornoso de mi vida, sobre todo por la situación.

—Y qué dices, ¿verdad o mentira? —le pregunté.

—Déjame que piense... Mmm... Yo creo que es verdad —me dijo guiñándome un ojo.

—Sí, es cierto, has acertado. Me toca a mí. A ver... ¿De cuántas mujeres te has enamorado en tu vida?

No sabía por qué le había hecho esa pregunta, pero me apetecía saberlo. Él me miraba fijamente y me lanzó una ligera sonrisa.

—Me he enamorado de dos mujeres. ¿Qué piensas tú, que miento o que estoy diciendo la verdad?

Esa respuesta me cuadraba, porque Andrew había estado con dos mujeres más después de Lisa, Claudia y yo, y entendía que lo nuestro, como él decía, fue un error y nunca sintió nada por mí. Esas dos mujeres eran Lisa y Claudia en la actualidad.

—Creo que dices la verdad.

—Esta vez eres tú la que no das ni una. Has fallado, tienes que volver a beber un trago de tu copa de vino.

No entendía nada, había vuelto a fallar. Pero, entonces, ¿de cuántas mujeres

había estado enamorado?

—Me toca a mí. ¿Qué odias de mí?

—¿En serio me estás preguntado esto?

—Sí, tú decides si quieres responderme.

Decidí responderle con la verdad.

—Odio de ti que seas tan cobarde y que no te la jugases en aquel momento.

¡Madre mía! La cosa empezaba a calentarse. Sentía que ese juego iba a terminar mal. Andrew me miraba con semblante serio, pero decidió continuar con el juego.

—Yo creo que es verdad —me dijo.

—Sí, has acertado. Andrew, siento haberte...

Me interrumpió.

—No te disculpes, he sido yo el que te ha preguntado y tú has decidido responder con la verdad. Te lo agradezco. Bueno, te toca a ti.

—¿Qué odias tú de mí?

—Vaya, ahora eres tú la que me hace esa misma pregunta. Está bien, te diré que no odio nada de ti. ¿Qué dices, que miento o que digo la verdad?

—Estás mintiendo —dije.

—¡Madre mía! No das una.

No entendía nada... Todo aquello me estaba desconcertando aún más...

—Me toca a mí. ¿A quién elegirías para llevarte a esa isla paradisíaca?

—Pues... Mmm.... A Steve, obviamente —dije, pero por cómo me miraba creo que mi respuesta no sonó muy convincente.

—Yo creo que mientes —me dijo bastante seguro de sí mismo.

—Creo que esta vez he ganado yo —respondí.

—Yo sigo pensando que mientes y no sé por qué —me dijo mirándome fijamente a los ojos y bebiendo un sorbo de su copa de vino.

—Bueno, te toca a ti.

—¿De qué te arrepientes en tu vida?

—De haberme casado con la mujer equivocada —me dijo con total seguridad.

—Creo que es verdad.

—Me toca a mí. ¿De qué te arrepientes tú, Sara?

—De haberme enamorado del hombre equivocado —dije más segura que nunca.

—Mientes.

—No, es verdad, Andrew —le dije con total frialdad.

—A mí no me parece que sea verdad. Te toca a ti.

—¿Cuál es la mayor locura que has hecho por amor?

—Fugarme a París y dejarlo todo por estar con ella.

Esa respuesta no era la que esperaba. Ese jueguito estaba sacando a relucir cosas que nunca pensé que oiría de su boca.

—Qué dices, Sara, ¿crees que te estoy diciendo la verdad o te estoy mintiendo?

—Creo que mientes —dije titubeando.

—Vas a tener que beber un trago de tu copa, porque estoy diciendo la verdad.

Cogí la copa y bebí un trago. Me quedé en silencio, aquel juego estaba consiguiendo ponerme nerviosa.

—Me toca a mí. ¿Estás enamorada de mi amigo Steve?

—¿A qué viene esa pregunta, Andrew?

—Responde, es muy sencillo.

—Creo que este juego ya ha llegado a su fin, es muy tarde ya y yo tengo que madrugar mañana.

—Está bien, terminaremos el juego cuando contestes a la pregunta.

—Pero ¿por qué tengo que hacerlo?

—Es la última pregunta, Sara, no vamos a dejar el juego a medias. Te la repito: ¿estás enamorada de Steve?

—Sí —dije.

—Creo que mientes.

—No, Andrew, no miento, he dicho la verdad.

—Yo sigo pensando que mientes.

—¿Qué buscas con todo esto, Andrew?

—No busco nada, era solo un juego.

—Pues a mí no me lo ha parecido, creo que esas preguntas estaban muy bien premeditadas. Será mejor que recoja la mesa y me vaya a dormir, el vino no me ha sentado muy bien y tu deberías de marcharte ya. Es muy tarde.

—Está bien, te ayudaré a recoger la mesa.

Los dos fuimos dejando encima de la encimera de la cocina todos los platos, cubiertos...

—Bueno, ya está todo, será mejor que me vaya.

—Te acompaño a la puerta —le dije. Lo único que quería era que se



marchara y me dejara sola, su visita al final había conseguido confundirme más todavía.

—La cena ha estado muy bien, gracias por todo —me dijo bastante agradecido.

—Gracias a ti, eres tú el que ha traído la comida, yo no he hecho nada.

—Sara, yo quería que supieras que siento mucho haber sido tan cobarde y no habérmela jugado por ti cuando tuve el momento.

—Andrew, no sé por qué me estás diciendo esto ahora.

—Porque es lo que siento, sé que te hice mucho daño y quiero que sepas que para mí los mejores momentos que he pasado en mi vida han sido contigo.

—Andrew, has bebido, seguro que mañana cuando recuerdes esto te vas a arrepentir. Márchate a casa y olvida el juego, solo ha sido un juego.

—No, Sara, sé perfectamente lo que estoy diciendo y es la verdad.

—Andrew, no quieras remover más el pasado, el presente es este y en este presente la única verdad es que yo voy a casarme con Steve y tú estás con Claudia. No quieras hacer retroceder el tiempo, lo que pasó entre nosotros está condenado al fracaso, nunca saldría bien, olvídate de eso y no intentes hacerme cambiar de parecer. Déjame ser feliz, por favor, creo que me lo merezco.

—Claro que te lo mereces, más que nadie en este mundo, y si tú me lo pides, por supuesto que voy a hacerme a un lado y a dejar que seas feliz. Creo que lo mejor será que me vaya. Gracias por todo, Sara.

—Adiós, Andrew.

Me desperté antes de que sonase el despertador porque escuché la puerta de casa. Me puse la bata y me dirigí al salón, y allí vi a Steve parado, inmóvil, con una gran sonrisa. Era como si no se atreviera a abrazarme o a saludarme por miedo a no saber cómo iba a reaccionar.

—Hola, cariño —dijo titubeante.

—Hola, Steve.

Y corrí hacia él para abrazarle. En el fondo me sentía tan mal por cómo se habían dado las cosas que quería compensarle de algún modo con mi cariño.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras me abrazaba fuerte.

—Sí, Steve.

—He decidido adelantar mi vuelo, no podía aguantar un minuto más sin verte. Quiero que hablemos de muchas cosas, he tomado una decisión y esta vez te prometo que no va a haber marcha atrás. He hablado con mis socios de las empresas de Francia y Londres y les he dicho que quiero vender mis acciones, lo único es que voy a tener que viajar en estas dos semanas para firmar varios documentos y dejarlo todo en orden, pero después de eso me vas a tener para ti todo el tiempo que quieras.

—No puedo creerlo, Steve. ¿Es eso cierto?

—Por supuesto que sí.

—Pero yo tampoco quería que vendieras tus acciones por mí, con que delegaras en alguien me bastaba, de sobra sé lo importante que es para ti tu trabajo.

—No, Sara, he tardado en darme cuenta, pero lo más importante para mí eres tú, la mujer con la que quiero compartir el resto de mi vida, y estoy dispuesto a dejarlo todo por estar contigo. ¿Qué me dices? ¿Eres feliz?

—Por supuesto que sí —dije mientras le abrazaba y pensaba en lo afortunada que era por tenerle en mi vida.

Pero, no sabía por qué, a pesar de todo me seguía sintiendo vacía, era como si nada de lo que tenía me pareciera suficiente. Y no hablo de cosas materiales o de dinero, que eso es algo que nunca me había importado, sino de

sentimientos. Sentía que no era feliz del todo, que necesitaba más demostraciones de amor, más...

Mi relación con Steve no era muy pasional que digamos, estaba más basada en la comprensión y el apoyo mutuo. Éramos más amigos que pareja. Creo que a veces faltaba esa chispa que encendiese la llama. «Pero, Sara, ¿eres una niña caprichosa o qué te pasa? Es lo que querías, ¿no? Que Steve te dedicase más tiempo. ¿Por qué no te alegras ahora?». Ni yo misma sabía qué me estaba pasando, por qué sentía todas esas cosas. Sin quererlo, recordé la cena de la noche anterior con Andrew y su juegucito... «Sara, ¡olvídate de él! ¡Apártalo de tu mente!».

—¿Has desayunado ya? —me preguntó Steve.

—No, aún no, me acabo de levantar ahora.

—Pues desayunaremos los dos y después nos iremos a la oficina. Quiero llegar bien temprano para hablar con Andrew de algunos temas pendientes.

Entramos a la sala de reuniones y allí estaba el presidente ya, sentado junto a mi secretaria y la suya, esperando para dar comienzo a la reunión.

—Buenos días, chicos —nos saludó Andrew de lo más sonriente. Claro, seguro que estaba tratando de continuar su amistad con ambos como hasta ahora, o lo mismo se había levantado hoy y no recordaba nada de lo que había pasado la noche anterior.

—Buenos días, amigo. ¿Qué tal todo por aquí?

—Muy bien, Steve, las cosas marchan tal como esperábamos.

—Me alegro, eso son más que buenas noticias.

—Bueno, necesito que os sentéis los dos, vamos a dar comienzo a la reunión semanal. Ya he visto algunos aspectos con el resto del equipo y me queda ver la parte que os compete a vosotros dos.

La reunión no duró más de una hora y pronto pude volver a mis tareas y terminar por fin el proyecto que tenía que entregar personalmente a Andrew en esos días. Steve le dio el visto bueno y me dijo que estaba seguro de que iba a gustarle a Andrew, en él se reflejaba todo lo que necesitaba nuestra próxima campaña. Así que me dispuse a entregarlo aquel día. Me sentía feliz por haberlo acabado antes del plazo previsto, además esos días había trabajado duro para presentarlo de la manera más adecuada y causar buena impresión. Si el proyecto era aceptado, sería presentado por Andrew ante el resto del equipo directivo. Era una buena oportunidad para hacer algo de mayor

responsabilidad, ya que esos proyectos siempre se encargaba de hacerlos Steve, pero él quiso delegar esta vez en mí.

Lo repasé varias veces y entonces fue cuando me dirigí a la oficina de Andrew. Descubrí como siempre que la puerta de su oficina estaba entreabierta, así que entré...

La escena que me encontré fue bastante desagradable. Observé a Andrew besándose apasionadamente con Claudia. Ambos estaban abrazados muy fuertemente y se besaban de una manera tan pasional... Me quedé inmóvil parada enfrente de la puerta, no supe qué hacer, el corazón me latía a mil por hora y sentía que el mundo se desvanecía ante mí. Incluso las carpetas que llevaba encima se me cayeron al suelo, fue ahí cuando ellos me descubrieron.

—Lo siento... Yo... No pensé que... Perdón —dije titubeando y salí rápidamente de allí.

¡Mierda! ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿Pero por qué sentía aquel dolor en el pecho?

—Sara, espera —me dijo Andrew, que había salido de la oficina y se dirigía hacia mí.

—Disculpa, Andrew, nunca debía entrar así —dije volviéndome hacia él.

—No pasa nada. ¿Qué querías?

—Quería ver contigo personalmente el proyecto, lo he terminado.

—Está bien, pero hoy me va a ser imposible. Voy a tomarme el día libre para estar con mi novia, que me tiene preparada una noche muy especial. Así que, si no te importa, míralo con Steve y ya el próximo día que me lo entregue él a mí personalmente.

—Está bien —dije poniendo los ojos en blanco.

Apenas podía creer lo que acababa de oír. ¿Que su novia le tenía preparada una noche muy especial? Viendo a la pechugona esa devoradora de hombres, me podía imaginar la noche especial que le haría pasar.

—¿Te ocurre algo?

—A mí no. ¿Por qué?

—No, por la cara que has puesto. No sé, pensé que...

Le interrumpí.

—Pues pensaste mal. Que pases un buen día, Andrew —dije mientras me alejaba de él.

Después de pasar un largo día en el que me encerré en mi oficina y no quise salir más que para comer con Steve, me repetí a mí misma que debía dejar de

pensar en el traidor de Andrew y en su novia, pero me era casi imposible dejar de imaginarme a los dos en el piso de él haciendo el amor y pasando una velada de lo más romántica posible. «¡Sara, eres una estúpida! No sé por qué creíste el otro día todo lo que te dije, ya sabes que es su forma de jugar contigo, siempre hace lo mismo», pensaba mientras me daba un baño de espuma en la bañera de aquel lujoso ático.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —me preguntó Steve—. Llevas mucho rato ahí dentro.

—Sí, estoy bien, no te preocupes, ya salgo.

—De acuerdo, te tengo preparada una cena especial.

¿Una cena especial? ¡Vaya! Aquel no era el mejor día para ese tipo de celebraciones íntimas con Steve. Había pasado un día de perros y no había podido apartar de mi mente en toda la noche la escena de Andrew y Claudia besándose en la oficina.

La cena estuvo deliciosa y muy romántica, con velitas y música, y como siempre Steve me trató como a una princesa, pero yo sentía en mi interior que algo había cambiado. Antes todos los detalles que tenía conmigo los disfrutaba al máximo, pero ahora sentía que no era así. Después de cenar, ambos nos sentamos en el sofá de casa.

—Princesa, hace mucho que tú y yo... Bueno, ya sabes... Que no hacemos el amor. ¿Te gustaría?

Esa era su forma de proponérmelo. Siempre había sido así, pero para él era como si toda su vida tuviese de estar organizada y propuesta con antelación. A veces me gustaría que tomase las riendas del asunto y decidiese ser quien da el paso sin necesidad de preguntas, es decir, que pasara a la acción. Echaba de menos un hombre así, fogoso y pasional.

Nuestras relaciones eran muy pobres debido a que apenas teníamos sexo. Al principio fue cosa mía porque aún no había conseguido olvidar a Andrew, y cuando decidí lanzarme y hacer el amor, después de aquella primera vez con él, sentí que algo no funcionaba, era como si no me sintiese plena ni disfrutase al máximo. Además, Steve era bastante frío, iba directo al grano y eso me aburría. A veces pasaban los meses y a lo mejor podíamos tener relaciones solo una vez. No quiero decir que el sexo lo sea todo, pero si es algo importante que une más a la pareja. Aunque, sinceramente, ya me había acostumbrado a que Steve fuese así. Y bueno, volviendo a su pregunta de antes, lo único que quería era meterme en la cama y dormirme.

—Steve, hoy no me apetece, me duele la cabeza y además estoy muy cansada —le dije mintiéndole para evitar tener que hacer el amor.

—Está bien, pensé que, como hacía tanto tiempo, a lo mejor querías.

—No me encuentro bien —repetí.

—No te preocupes, lo mejor será que nos vayamos a dormir, debes de estar muy cansada, hoy ha sido un día difícil —me dijo agarrándome las manos en señal de apoyo.

Ya acostada en la cama junto a Steve, comencé a sentirme culpable por haberle dicho que no, pero lo cierto es que no me apetecía que me tocara. ¿Pero por qué me pasaba eso? Antes siempre había hecho el amor con él, no es que fuese el mejor amante, pero era mi pareja y eso era lo único que tenía que importarme. Pero ahora no sabía por qué no me apetecía.

La semana transcurrió con total normalidad en esos días. Apenas me crucé con Andrew en la oficina y finalmente Steve presentó ante él mi proyecto, que, por cierto, fue aprobado y presentado ante la junta directiva.

Durante aquellos días Steve y yo decidimos dar un paso con nuestra boda y elegimos el sitio donde íbamos a celebrarla, las invitaciones y los anillos. Por fin estábamos haciendo algo los dos juntos. Ahora quedaba la parte más importante, el vestido de novia, para el que se estaba encargando mi suegra de conseguirme varios modelos para probarme en las próximas semanas. Todo estaba pasando tan deprisa que, sinceramente, me daba miedo precipitarme con todo.

Dejé a Steve en el aeropuerto el viernes y me pasé prácticamente toda la mañana del sábado encerrada en casa adelantando trabajo, aunque en mis ratos libres aproveché para escribir.

A las 20:00 comencé a prepararme para ir a cantar, como siempre, al bar Coyote. Ya le había dicho a Jack por teléfono que estas iban a ser mis últimas semanas, ya que en cuanto me convirtiese en una mujer casada dejaría de acudir todos los sábados a cantar. Mientras me arreglaba y me maquillaba para la ocasión, no dejaba de pensar en Andrew. Esos días no había sabido nada de él, creí que era lo mejor, pero ¿vendría ese sábado a la actuación a acompañarme? Como me prometió. «¡Sara, eso debe darte igual! No debe de importarte, piensa que lo mejor es que se quede con la desagradable de su novia, tú dedícate a ser feliz con Steve, que es lo que debes hacer», pensé mientras cerraba la puerta de casa y me dirigía al ascensor. Recordé el fin de

semana anterior, cuando decidió acompañarme y me lo encontré justo en el ascensor; pero esa vez las cosas fueron muy diferentes, ya que al abrirse las puertas él no estaba allí. Aun así, seguía ilusionándome con la idea de que estuviese en el bar cuando llegase allí. Cruzé la calle para dirigirme hacia mi coche mientras me alejaba de mi portal.

—Hola, Sara —me saludó esa horrible voz femenina.

¡Vaya! Cuando me giré, me encontré de sopetón a Andrew y a la odiosa de su novia agarraditos de la mano.

—¿Qué tal estás? —me preguntó la pechugona de turno.

—Muy bien, ¿y vosotros qué tal? —pregunté intentando disimular mi desagrado por habérmelos encontrado.

—Hola, Sara, pues bastante bien. ¿Qué tal Steve? —me preguntó Andrew.

—Pues bien, ayer le dejé en el aeropuerto y ya el lunes le tengo de regreso.

—Cuánto me alegro.

—Y ¿a dónde vas tan arreglada? —me preguntó nuevamente la morena devorahombres.

—He quedado con unas amigas.

Andrew, en ese momento, me miró con cara de desconcierto. No se debía creer mucho lo que había dicho, él sabía que hoy iba a cantar.

—Qué bien, nosotros vamos a ir a cenar a un bonito restaurante al que va a invitarme Andrew. Ya sabes cómo son los hombres, después de la noche tan magnífica que le hice pasar el otro día me lo debe.

«Qué tía más estúpida, no me interesa para nada conocer tu vida y la de tu magnífico novio».

—Claudia, no hables de esas cosas... —la regañó Andrew, que me miraba todo el tiempo.

—Cariño, por favor, no pasa nada, entre mujeres esto es normal.

—Bueno, me tengo que marchar, que si no voy a llegar tarde. Adiós —dije mientras me alejaba rápidamente de esos dos. No les dejé ni despedirse.

La noche transcurrió con normalidad, hice mi actuación como siempre y me marché a casa. Cuando ya me encontraba acostada, comencé a llorar desconsoladamente. No entendía muy bien por qué, pero me sentía tan mal por todo lo sucedido que lo único que necesitaba era desahogarme y echar fuera toda la angustia que sentía por dentro.

Ya estábamos a miércoles y me parecía mentira que la semana hubiese pasado tan deprisa. En aquellos días Steve había podido solucionar sus negocios de Londres y ambos habíamos retomado la preparación de nuestra boda. Cuanto más se acercaba la fecha, más dudas me entraban al respecto. Me sentía como Julia Roberts, la protagonista de *Novia a la fuga*, quería salir huyendo todo el tiempo.

Ese miércoles tenía pinta de ser un día complicado por la acumulación de trabajo. Encima mi secretaria Rachel se había cogido la baja por maternidad y me tocaba a mí asumir todas las tareas sola mientras no encontrase a una sustituta. Recibí la llamada de Andrew, que necesitaba hablar conmigo.

—Sara, siento molestarte, sé que estás bastante ocupada, pero necesito hablar contigo de un tema importante. ¿Tienes un momento?

—Pues, como tú lo has dicho, estoy bastante ocupada, pero si es importante puedo atenderte brevemente.

—Sí lo es, te veo en cinco minutos en tu oficina.

¡Vaya! ¿Qué podría ser? Esperaba que no hubiera problemas con el nuevo proyecto que había presentado.

A los cinco minutos ya le tenía allí.

—Sara, ¿puedo pasar?

—Sí, claro.

—Verás, necesito comentarte algo muy importante.

—Sí, claro. Dime, ¿qué necesitas? —Me empecé a poner nerviosa.

—Verás, sé de sobra el trabajo que tienes estos días con la baja de Rachel y por eso me he tomado el atrevimiento de buscarte una sustituta para que te ayude con todo durante estos meses, y más ahora que tenemos que poner en marcha tu proyecto y todo lo que eso conlleva.

—Andrew, no hacía falta que tu...

Me interrumpió.

—Sara, ya sé que ese no es mi trabajo, pero la persona que te he buscado estoy seguro de que te va a encantar.



Debo decir que se me pasó por la cabeza que quizás había contratado a la pedante de su novia Claudia. Le miré con cara de pocos amigos, pensando en todas las consecuencias que de ello se derivarían.

—Ya puedes pasar —dijo Andrew a la chica misteriosa.

Y entonces, como un torbellino que todo lo arrasa, entró a mi oficina...

—¡Blanca! —exclamé exaltante de alegría.

—Sara, amiga.

Entonces ambas nos abrazamos llenas de alegría y comenzamos a dar saltos como dos niñas pequeñas que acababan de reencontrarse después de tantos años y que recuerdan juntas sus fechorías.

Andrew permanecía expectante y riéndose mientras contemplaba nuestra escena.

—¿Cómo estás, cariño? Tienes que contarme muchas cosas —me preguntaba Blanca sin apenas dejarme hablar.

—Yo muy bien, pero ¿qué haces tú aquí? No entiendo nada. ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me has dicho nada? Hubiese ido al aeropuerto a buscarte.

—Sara, déjala respirar —me regañaba Andrew con una sonrisa.

—Pues ha sido todo muy rápido, recibí la llamada de Andrew diciéndome que estabas en apuros y que necesitabas mi ayuda y, bueno, aquí me tienes, tu querida amiga Blancanieves viene a ayudarte.

—Qué cosas tienes, Blanca. ¿Y cuánto tiempo piensas quedarte?

—Pues el tiempo que sea necesario. La verdad es que ya estaba cansada de mi vida en España y necesitaba un cambio de aires. Además, mírate, te has convertido en una mujer exitosa, has conseguido realizar tu sueño y encima vas a casarte en unos meses, ¿no estás feliz?

—Sí, claro —dije.

Andrew nos seguía observando...

—Bueno, tenemos que ponernos al día las dos, tienes que presentarme a Steve, ya me muero de ganas de conocerle.

—Bueno, os dejo a las dos para que podáis hablar tranquilas —dijo Andrew mientras se marchaba bastante serio y cerraba la puerta.

—¿Y a este qué mosca le ha picado? —preguntó Blanca curiosa.

—No lo sé. Bueno, ¿dónde estás viviendo ahora? —pregunté ansiosa.

—Pues verás, la empresa me ha buscado un bonito ático solo para mí y nada más que para mí a unas calles de aquí, así que vivo completamente sola. Ese

va a ser mi nidito de amor, ya verás los tíos tan guapos que me voy a ligar.

—Blanca, tú siempre estás igual —dije riéndome de sus bromas. En el fondo pensaba que era una máscara que se ponía ante los demás para no demostrar que en el fondo se sentía muy sola.

—Bueno, esta noche me gustaría que las dos fuésemos a cenar a algún sitio.

—Sí, claro, por supuesto —dije radiante de felicidad. Blanca era mi mejor amiga, con la que siempre me había desahogado y la que conocía mi historia con Andrew a la perfección y todo lo que le siguió a aquello.

—Pues me pongo a tus órdenes. ¿Por dónde empezamos? —preguntó Blanca ansiosa.

—Pues déjame decirte que tenemos mucho trabajo, desde que Rachel se cogió la baja por maternidad no he dado abasto con todo.

Me pasé varias horas poniendo al día a Blanca con todo el papeleo de la oficina, explicándole dónde encontrar cada documento, cada archivo... Y a las 14:00 fuimos las dos a almorzar. Entonces aproveché para presentarle a Steve, ambos se compenetraron muy bien e incluso Steve le invitó a que viniese algún día a casa a comer con nosotros.

—Steve, esta noche voy a salir a cenar con Blanca, ¿no te importa? —le pregunté.

—No, por supuesto, podéis marcharos tranquilas. Yo creo que iré con Andrew a cenar por ahí algo los dos.

—Me parece genial —le dije.

A las 20:00 salimos de la oficina, tan tarde como de costumbre, y nos fuimos a cenar las dos a un bonito restaurante. Al llegar, elegimos una mesa apartada de la gente, leímos la carta y pedimos el menú.

Me sentía muy feliz de tener a Blanca allí, ella siempre había sido una de mis mejores amigas y, pese a estar alejadas durante cinco años, siempre habíamos seguido manteniendo el contacto por teléfono, por mensaje, por chat... Éramos inseparables.

—Bueno, amiga, y ahora que estamos fuera de la oficina... ¿qué tal todo? —me preguntó Blanca.

—Pues bastante bien, no me puedo quejar. ¿Y tú qué tal estás?

—Pues bueno, estos últimos años han sido muy monótonos, siempre lo mismo, trabajo y más trabajo. A veces echo de menos tener un hombre a mi lado.

—Me imagino, Blanca. Y en todos estos años ¿no ha habido nadie?

—Sí, algún chico de la oficina, pero han sido aventuras pasajeras, nada serio.

—¿Nunca te has enamorado? Es una pregunta que llevo mucho tiempo queriendo hacerte, ya que siempre hablamos de mí.

—Lo sé, pero, a decir verdad, mi vida no ha sido tan interesante como la tuya, Sara.

—¿Que mi vida es interesante? Sí, ya lo creo, me enamoro de un hombre más mayor que yo, que además está casado, me deja tirada varias veces, sufro mucho por amor y después de eso para olvidarle me toca venirme a vivir al extranjero.

—¿Y dices que no es interesante? Vamos, Sara, si parece un culebrón, amiga —me dijo Blanca mientras se reía.

—Bueno, sí, es cierto que parece un culebrón, pero no vamos a hablar de mí, sino de ti. Volviendo a mi pregunta de antes, ¿te has enamorado alguna vez, Blanca? Y esta vez vas a tener que contestarme, no voy a dejar que te escapes.

—Ya veo que, si no te contesto, no vas a parar. —Blanca tragó saliva y tardó varios segundos en responderme—. Sí, solo una vez, hace muchos años. Me enamoré de mi mejor amigo de toda la vida. —El semblante de Blanca cambió por completo.

—¿Y qué pasó? —pregunté curiosa.

—Pues nada, comenzamos una relación que duró cuatro años y, cuando estábamos a punto de casarnos, un día antes de la boda le descubrí dándose el lote con mi mejor amiga en mi coche.

—Blanca, no puedo creerlo, nunca me has contado esa historia, estoy flipando.

—Pues sí, fue todo tal como te lo estoy contando, por eso desde entonces no he vuelto a confiar en los hombres. Me he vuelto algo desconfiada porque lo pasé bastante mal.

—Ya lo creo, amiga, tuvo que ser algo muy duro para ti.

—Sí, después de eso pasé por una grave depresión, incluso estuve yendo al psicólogo por mucho tiempo y tomaba pastillas para poder dormirme. Ahora por suerte ya estoy bien, de todo se sale.

—Sí, eso es cierto.

—Bueno, ¿y qué tal los preparativos de tu boda?

—Pues bastante retrasados, la verdad, todavía nos quedan muchas cosas.

—Bueno, ahora que estoy yo aquí pienso ayudarte con todo lo que necesites.

—Gracias, Blanca, tú sí que eres una amiga.

—Claro que sí, ¿lo has dudado alguna vez? —me dijo guiñándome un ojo.

La cena transcurrió con total normalidad. Hablamos de su vida, de la mía, recordamos nuestras anécdotas pasadas... Pero, por suerte, Blanca no me sacó el tema de Andrew. Era de lo que menos quería hablar.

Después de pasarme toda la mañana del jueves entre reuniones y papeleo, el estrés y la ansiedad se apoderaron de mí. Me encerré en mi oficina aprovechando que Blanca había ido a comprarse un café al bar y comencé a llorar desconsoladamente. Me sentía vacía, sentía que estaba metida en un bucle del que no podía salir, no me sentía segura de mi futuro matrimonio y no sabía qué hacer...

—Superjefa, ya he vuelto —me dijo Blanca irrumpiendo en la oficina.

Yo comencé a limpiarme las lágrimas para evitar que me viese.

—Sara, ¿por qué lloras? ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido Steve? —me preguntaba alarmada.

—No ha pasado nada con él. —Y mis ojos volvieron a llenarse nuevamente de lágrimas.

—Y, entonces, ¿por qué lloras? Amiga, puedes contármelo.

—No es nada, Blanca.

—¿Cómo que no es nada? Si cuando he entrado estabas llorando desconsoladamente. Es por Andrew, ¿verdad?

Permanecí en silencio.

—Ayer, cuando salimos a cenar, no quise preguntarte nada de él para no aguararte la cena, pero no soy tonta, Sara.

—Estoy muy confundida, Blanca. Desde que ha vuelto a mi vida las cosas entre Steve y yo han cambiado mucho y en el fondo sé que es por mi culpa.

—Pero no lo entiendo, si tú me decías que estabas empezando a querer a Steve.

—Sí, pero ahora siento que nunca ha sido así. No sé qué pensar, amiga, estoy muy mal con todo, cada vez que veo a Andrew junto a su novia siento que se me remueve algo en el estómago, quisiera salir huyendo. —Seguía llorando mientras trataba de desahogarme.

—¡Sara, estás celosa! Te mueres de celos cada vez que le ves con su novia porque sigues enamorada de él. Pero esta vez debes afrontar tus sentimientos, no puedes salir huyendo cada vez que tengas un problema, debes enfrentarlo.

¿Por qué no hablas con Andrew? Dile lo que sientes.

—Blanca, no puedo hacer eso, con él lo único que haría sería sufrir, ya has visto como terminamos la última vez, Andrew no es el hombre para mí.

—¿Y si es el amor de tu vida?

—Además, él está muy enamorado de su nueva novia.

—No lo creo, Sara, yo creo que él todavía sigue sintiendo cosas por ti.

—Yo creo que nunca le he interesado como mujer, solo se ha dedicado a jugar conmigo todos estos años. Además, no puedo hacerle esto a Steve, él no se lo merece.

—Ya, pero, Sara, por una vez en tu vida sé egoísta y piensa en lo que quieres tú. Voy a hacerte una pregunta muy sencilla y no hace falta que me respondas a mí, sino a ti misma. ¿Estás enamorada de Steve? ¿Es Steve el hombre con el que quieres pasar el resto de tu vida?

Entonces me di cuenta de que Blanca había dejado la puerta de la oficina medio abierta.

—Blanca, debiste haber cerrado la puerta.

Me levanté de mi sillón secándome las lágrimas y me dirigí a la puerta. Miré a ambos lados del pasillo y no vi a nadie, así que la cerré.

—Sara, amiga, no estás bien. Debes tomarte un día libre para ti, pasea por la ciudad, tú sola, camina entre la multitud de gente y piensa en qué quieres hacer con tu vida, si seguir adelante con este matrimonio o darte una segunda oportunidad con Andrew, del que siempre has estado enamorada.

Entonces abracé a Blanca sin saber qué decir y ella lo único que hizo fue darme su apoyo y aliento en estos momentos en los que sentía que el mundo se me venía encima.

Después de almorzar con Steve, como aún tenía trabajo pendiente, decidí quedarme en la oficina hasta las 21:00. Le dije a Blanca que se marchase a su casa, que yo iba a quedarme un rato más para ultimar la presentación ante los medios de la nueva campaña. Me costó mucho convencerla para que se fuera, pero me parecía injusto hacer que se quedase más tiempo cuando ya había hecho algunas horas de más esa semana.

Steve había tenido que viajar a España por unos días en representación de Andrew para tratar unos asuntos en las oficinas de allí y justo se había marchado esa tarde de manera precipitada cuando Andrew se lo pidió, ya que él tenía que quedarse aquí para la presentación oficial de la campaña de Irlanda.

Terminé a las 21:00 como tenía planeado, así que decidí marcharme a casa. Ya no había nadie en las oficinas, todo estaba desierto. Tan solo quedábamos el vigilante, que me imaginaba que estaría en la recepción, y yo.

Llamé al ascensor y se abrió a los pocos minutos. Entonces encontré dentro a Andrew, que iba con su maletín, su chaqueta en la otra mano y la corbata desabrochada.

—¿Qué tal, Sara?

—Hola, Andrew —dije subiéndome al ascensor y marcando la tecla en la que ponía «Parking».

—¿Todavía estás aquí? —me preguntó.

—Sí, tenía mucho trabajo atrasado.

—Yo también, para serte sincero. Tienes muy mala cara, ¿estás bien?

Y, justo en ese preciso momento, se apagó la luz principal del ascensor, permaneciendo solo encendida la de emergencias, y el ascensor se detuvo.

—¡Mierda! ¿Qué ha pasado? —pregunté casi gritando, muerta de la angustia.

—Creo que se ha ido la luz.

—¿Cómo? ¿Que se ha ido la luz? No, esto no puede estar pasándome. Habrá alguna manera de llamar al vigilante, ¿no? —grité al borde de un ataque de nervios.

—Espera, voy a probar con mi móvil. Tranquila, Sara, todo se va a arreglar —me dijo Andrew tratando de calmarme.

Vi como sacaba su móvil del bolsillo e intentaba llamar.

—¿Qué sucede? —le pregunté ansiosa.

—No hay cobertura aquí.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Habrá que esperar a que vuelva la luz.

—¿Cómo que esperar a que vuelva la luz? No, esto no me puede estar pasando a mí, vamos a morir aquí dentro porque nos vamos a quedar sin oxígeno —dije presa de un ataque de pánico.

Andrew comenzó a reírse.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —le pregunté enfadada.

—Sara, no te preocupes, que no nos va a pasar nada. Estás muerta de miedo. Ven aquí, déjame tus manos.

Entonces me agarró las manos en señal de tranquilidad. Debo decir que no sabía si estaba más nerviosa por haberme quedado encerrada en el ascensor o por haberme tenido que quedar encerrada con él. No sabía qué era peor,

sinceramente.

—¿Estás más tranquila?

—Sí, pero no sé por cuánto tiempo, empiezo a sentirme acalorada, tengo mucho calor, Andrew.

—Seguro que es por la ansiedad, quítate la chaqueta que llevas puesta, ya verás como vas a sentirte mejor.

Me ayudó a quitármela y debo decir que noté un poco de alivio. Por suerte llevaba un vestido blanco y negro de tirantes debajo y no iba muy cargada de ropa, y menos mal que al menos se quedó encendida la luz de emergencias y no estábamos a oscuras.

—¿Estás mejor? —me preguntó preocupado.

—Sí, pero empiezo a sentir como que me falta el aire.

—Eso es claustrofobia, debes tranquilizarte, no quiero tener que hacerte el boca a boca por que pierdas el conocimiento.

Él, ¿hacerme el boca a boca? Comencé a ponerme más nerviosa todavía, el corazón me latía cada vez más deprisa.

—Ven, vamos a sentarnos aquí en el suelo —me dijo tranquilizándome y soltando su maletín y el móvil a un lado.

—Es la primera vez que me ha pasado esto y por eso me he puesto así.

—Es normal. A mí me paso de pequeño, iba a visitar a mis abuelos e iba solo además y me quedé encerrado en el ascensor. Fueron solo unos minutos, pero se me pasaron por la cabeza muchas cosas en esos instantes.

—Vaya momento, ¿no? Encima siendo un niño.

—Sí, tenía tan solo siete años, pero al ver tu reacción me has hecho recordar lo que me ocurrió a mí. Mi abuelo decía que se escuchaban mis gritos desde su casa y ellos vivían en un séptimo piso, imagínate como gritaría.

Comencé a reírme ante su comentario, me costaba imaginarme a Andrew de pequeño.

—Veo que ya estas mucho mejor.

—Sí, tu historia ha conseguido hacer que me olvide por un momento del miedo y la angustia de estar encerrada dentro de un ascensor.

—Me alegro. Antes de que se fuese la luz te estaba diciendo que tenías muy mala cara y te había preguntado si estabas bien.

—No he tenido un buen día, Andrew.

—¿Y eso por qué?

—Prefiero no hablar de ello.

—Yo tampoco he tenido un buen día. Claudia y yo hemos roto.

—¿Cómo que habéis roto? —pregunté sorprendida.

—Sí, he decidido dejarla porque me he dado cuenta de que no estoy enamorado de ella.

—Vaya, no sé qué decirte, Andrew.

—Era inevitable, yo sabía que tarde o temprano acabaría dejándola. Ambos somos muy diferentes, pero yo me he seguido engañando a mí mismo hasta que por fin me he dado cuenta de que no la amo. Bueno, cambiando de tema, tu boda con Steve es dentro de dos meses, ¿no?

—Sí, ya queda muy poco.

—Por la forma en la que lo dices no pareces muy convencida de que quieras casarte con él.

—No lo entiendo... ¿Por qué dudas constantemente de mi relación con Steve?

—Porque observo la forma en la que lo miras a él y también la forma en que me miras a mí.

—Andrew, ¿qué insinúas? —dije tratando de encararlo.

—¿Sabes lo que creo? Y esta vez pienso ser sincero contigo. Creo que estas con Steve por agradecimiento y por lástima, pero que en el fondo no le quieres porque aún sigues sintiendo cosas por mí.

—No pienso consentirte que vuelvas a decirme algo así...

Y entonces me puse de pie intentando apartarme de su lado. Sus palabras me habían dolido porque sabía que en el fondo tenía razón.

Él también se puso de pie y se acercó a mí.

—Sara, por favor, mírame... —me rogó mientras me agarraba con sus manos los hombros tratando de que yo me diese la vuelta.

—Estoy cansada de todo esto, no entiendo por qué después de tantos años tienes que volver a poner mi vida patas arriba como siempre. ¿Por qué me haces esto?

Le observé mirándome fijamente... Permaneció en silencio por unos instantes, pero luego se decidió a hablar.

—¿Sabes por qué te hago esto? Porque sigo enamorado de ti como el primer día, porque en todos estos años no he podido arrancarte de mi corazón y porque me muero de ganas de hacerte el amor aquí mismo.

Esa no era la respuesta que esperaba. Me dio un vuelco el corazón, en el fondo era lo que siempre había soñado oír de su boca, que me seguía amando



a pesar de todo. Le miraba a los ojos y las piernas me temblaban con su simple mirada. Con su sola voz era como si el amor que siempre sentí por él permaneciese vivo a pesar del tiempo y la distancia. La cabeza me daba mil vueltas, no sabía qué decirle, pero creo que no hizo falta, él tomó las riendas del asunto.

—No sé si después de esto me voy a arrepentir, pero no pienso echarme para atrás ahora.

Andrew me agarró fuerte de la cintura, me estrechó entre sus brazos y me besó apasionadamente. Ese beso me devolvió a la vida, era como si el tiempo se hubiese detenido, como si solo existiéramos él y yo, solos, en ese ascensor. Entonces me di cuenta de que Andrew era el amor de mi vida, siempre lo había sido a pesar de todo. Yo también le abracé apasionadamente, era como si nuestras lenguas tuviesen un imán y no quisieran despegarse. Creo que nos volvimos locos del deseo y la pasión, habíamos estado tanto tiempo el uno sin el otro que las chispas saltaban por todos los lados, el ascensor entero ardía por las llamas de nuestro amor y el deseo que sentíamos el uno por el otro.

Andrew colocó mis piernas rodeándole la cintura y ambos nos empotramos en una esquina del ascensor. Continuamos besándonos apasionadamente, él comenzó a pasarme la lengua por el cuello y la nuca.

—Pequeña, te he echado tanto de menos... Te necesitaba tanto, solo tú consigues volverme loco —me susurraba mientras continuábamos besándonos.

—Andrew, yo no...

—No digas nada, déjate llevar. Si lo estamos deseando los dos... No tienes idea de cuántas veces he soñado con este momento... —me susurraba al oído mientras me seguía besando.

Yo sentía que la sangre me hervía en las venas y deseaba tanto que me hiciera el amor...

Me desabrochó los botones de mi vestido...

Fue entonces cuando me pasó por la mente mi compromiso con Steve. «¿Qué estoy haciendo? No, yo no puedo hacerle esto a Steve. ¡Soy una desvergonzada! No tengo perdón». Rápidamente, me aparté de Andrew.

—¿Qué pasa, Sara?

—No podemos hacer esto, Andrew. Yo no puedo hacerle esto a Steve, él no se lo merece.

—Por supuesto que no, pero los dos nos amamos y lo que acaba de pasar aquí ahora es una prueba de ello, los dos nos seguimos queriendo todavía.

—Sí, pero, Andrew, eso no es suficiente.

—¿Por qué no es suficiente? Sara, estoy loco por ti y te juro que si he intentado ser solo tu amigo es porque estabas comprometida con Steve, pero después de darme cuenta de que no le quieres estoy dispuesto a todo por estar contigo.

—Ya, pero yo no, Andrew, esta vez no pienso tirarlo todo por la borda porque ya he arriesgado mucho por nosotros y las cosas nunca han salido bien. No podría hacerle esto nuevamente a Steve, él no se lo merece, es una magnífica persona.

—Por supuesto que no se lo merece y a mí también me duele hacerle esto, pero te juro que no me atrevería a dar el paso si no estuviese seguro de lo que sientes por mí.

—Andrew, a veces no sé qué pensar, eres tan veleta... Un día dices una cosa, otro día otra.

—Es cierto, a veces juego a camuflarme tras una persona que realmente no soy, intento demostrar que no tengo sentimientos, pero lo cierto es que las cosas no son así.

—No entiendo por qué mi vida siempre tiene que girar en torno a ti, estoy cansada de sufrir todo el tiempo.

—Pero yo no pretendo que sufras. Sara, yo te quiero.

—No te creo, Andrew. Creo que nunca me has querido.

—Pequeña, no digas eso, no tienes ni idea de todo lo que he sufrido, desde que te fuiste de España y me dejaste mi vida ha sido una pesadilla.

—No me llames pequeña. Ya me he cansado de dejarme llevar siempre por el corazón, esta vez pienso continuar mi relación con Steve, desde que le conocí él sí fue sincero conmigo y me abrió su corazón aun sabiendo que yo estaba enamorada de otro hombre. Fue paciente y poco a poco se fue ganando mi cariño. Él no se merece ahora que yo le vuelva a dejar plantado por el hombre que hace cinco años me dejó al margen de su vida.

—Sara, no sigas castigándome más, te lo suplico, me duele escuchar que me digas esas cosas.

—Pero es la verdad, Andrew. ¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué no me diste ninguna esperanza? Si al menos hubiese sido así, yo hubiese esperado a que las cosas se suavizaran, pero tú en cambio seguiste con tu idea de apartarme de tu vida, me remplazaste en mi puesto de secretaria por otra compañera y a mí me mandaste al último piso para no tener ni que cruzarte

conmigo en los pasillos. No tienes ni idea de lo mal que lo pasé, porque para mí esa historia de amor no había terminado.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que te pidiese que me esperaras? No me parecía justo, yo no sabía cuánto podría tardar en solucionar el problema de mi hijo Arthur y en conseguir el divorcio de esa indeseable de Lisa.

—Yo te hubiese esperado, Andrew...

—Lo sé, pero no quería convertirte en una mujer triste y amargada que lo único que hace es sufrir por un hombre que no sabe cuándo va a poder darle lo que ella quiere.

—Tampoco me diste esa oportunidad, por eso decidí poner mar de por medio entre nosotros y huir de ti y ahora, después de cinco largos años, vienes a Irlanda y me dices que siempre me has querido a pesar de todo. Sinceramente, Andrew, estoy cansada de todo esto.

—Sara, por favor, no vuelvas a apartarme de tu vida, esta vez no...

—¿Olvidas que fuiste tú el que me apartaste de tu lado? Ahora ya no hay vuelta atrás, esta vez no pienso hacer sufrir a terceras personas por esta historia que nunca debió pasar.

Le miré de manera desafiante. Aunque me estuviese muriendo por dentro del dolor, estaba dispuesta a seguir adelante con mi boda con Steve. Era cierto que había descubierto que aún seguía queriendo a Andrew, pero me había dado cuenta de que el amor a veces no es suficiente para solucionar los problemas del pasado y más cuando esos problemas habían hecho daño a tantas personas. Le miraba a esos ojos azules que siempre habían conseguido intimidarme y me daban ganas de besarlos y abrazarlos. A pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, le seguía deseando y queriendo, a pesar de los celos, de los reproches, de las mentiras... Andrew había sido el único hombre que había conseguido que hiciera cosas por amor que jamás hubiese hecho por nadie.

En ese preciso instante se encendió la luz del ascensor y este comenzó a moverse en la dirección que habíamos marcado anteriormente, el parking.

—Vaya, ha vuelto la luz —exclamé en cierto modo aliviada. ¡Por fin podría salir de aquella cueva! En la que me sentía atrapada por el hombre lobo.

—Sí, eso veo —dijo Andrew con voz bastante afligida y mirando al suelo.

Me desperté más temprano que de costumbre. Apenas había podido pegar ojo en toda la noche recordando lo sucedido el día anterior en el ascensor con Andrew. Su declaración de sentimientos nuevamente, sus besos, sus caricias, esas mariposas en el estómago que sentía cada vez que me miraba... Tantos sentimientos encontrados. Pero la culpa me comía por dentro, no dejaba de pensar en Steve, él no se merecía que yo le estuviese haciendo aquello. Entonces me di cuenta de que a Steve le quería, pero a Andrew le amaba por encima de todas las cosas, por encima del bien y el mal, por encima de todas las mentiras e intrigas que habían ocurrido en nuestras vidas, le amaba a pesar de la distancia y el tiempo... Le amaba y esa era la única verdad, pero también sabía que ese amor no me hacía bien porque era un amor con el que nuevamente iba a sufrir.

Intenté dejar de pensar en ello, me di una ducha rápida, desayuné y puse rumbo a la oficina.

Había amanecido el día bastante lluvioso. El cielo se había vuelto de una gris perla y la gente conducía como si le fuera la vida en ello. Había grandes atascos y llegué a trabajar treinta minutos más tarde de mi hora de entrada. Llamé a Blanca para decirle que iba a retrasarme más de lo habitual y ella estaba en la misma situación que yo.

Al entrar en la oficina ya tenía más de diez llamadas pendientes para contestar tomadas por la secretaria de Steve, ya que Blanca seguía metida en el atasco.

Comencé a escuchar las llamadas una a una y luego a leer los mensajes que me habían enviado al móvil.

Uno de ellos era de Steve, diciéndome que me extrañaba y que las cosas en España funcionaban bien. Otro era de varios socios de la empresa y proveedores con los que trabajaba habitualmente, y el último era de Andrew.

Mensaje de Andrew 22/07/2013 09:02

*Hola, Sara. Hoy no voy a poder ir a trabajar, llevo toda la noche enfermo con fiebre y no puedo moverme de la cama. Te pido, por favor, que avises a*

*todos en la oficina y también quiero pedirte que te encargues personalmente de la reunión de esta tarde, todos los documentos están en el cuarto cajón de mi escritorio. Gracias y un beso.*

Al leer su mensaje, un dolor muy fuerte se me quedó en el pecho al saber que estaba enfermo y quizás solo en su ático. A pesar de todo le amaba y no soportaba saber que estaba enfermo y, lo que era peor, solo, sin nadie a su lado para cuidarle. Tardé varios minutos en asimilar el mensaje y entonces, ni corta ni perezosa, decidí escribirle.

Mensaje de Sara 22/07/2013 10:10

*Hola, Andrew. No te preocupes por nada, yo hablaré con todos y manejaré el asunto de la reunión. Ahora quiero saber ¿cómo estás?*

Mensaje de Andrew 22/07/2013 10:12

*Gracias, Sara. No te preocupes por mí, solo es fiebre. Estoy metido en la cama, supongo que será un enfriamiento porque además me duele mucho la garganta, espero estar bien de aquí a mañana. J*

Mensaje de Sara 22/07/2013 10:14

*¿Te has tomado alguna medicación? ¿Estás solo o acompañado por alguien? Es que estoy preocupada.*

Mensaje de Andrew 22/07/2013 10:15

*Sí, me he tomado una pastilla para que me baje la fiebre y no estoy acompañado por nadie, pero no te preocupes, estoy bien, de verdad, he estado en situaciones peores. Que tengas un buen día.*

Sentí una profunda tristeza al saber que estaba enfermo y solo en su ático, me conmovió, tanto que me dieron unas ganas de correr a su lado para cuidarle, pero decidí contenerme, ese no era asunto mío.

Mensaje de Sara 22/07/2013 10:20

*Está bien, recupérate pronto, por favor, y para cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme.*

Esperé varios minutos a ver si contestaba a mi mensaje, pero no recibí respuesta alguna. Entendía que lo que menos haría en esos momentos sería llamarme a mí.

Blanca entró en la oficina como un torbellino que todo lo arrasa, con sus

botas rojas y su impermeable lila. «Vaya contraste de colores», pensé.

—Ya estoy aquí, jefa, vaya asco de día. Mira cómo me ha puesto un imbécil en moto que ha pasado justo por mi lado y ha pisado un charco.

Comencé a reírme, venía la pobre hecha un desastre, tenía el pelo mojado, la cara manchada de barro... Me recordaba al espantapájaros que tenían mis padres en la casa de campo, el cual llevaba allí la tira de años y aún seguía intacto como el primer día, con sus ropas un poco descoloridas por las inclemencias del tiempo, pero intacto.

—¡Madre mía, Blanca! Estás hecha un asco.

—Vaya, gracias por el piropo, amiga.

—No te enfades, Blanca. Si necesitas cambiarte, tengo algo de ropa limpia en el coche, siempre me gusta llevar algo por si surge algún imprevisto.

—Tú tan previsora como siempre. Gracias, amiga. Y tú ¿qué tal estás? Tienes cara de cansancio y preocupación.

—Sí, la mañana no ha empezado con buen pie y encima anoche tampoco pude pegar ojo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Blanca mientras soltaba su paraguas en un rincón de la oficina y se quitaba el impermeable.

—Bueno, anoche ocurrió algo entre Andrew y yo —dije casi susurrando para que nadie lo oyera.

—No te he oído bien, ¿que ocurrió qué? —volvió a preguntarme Blanca, sentándose en su escritorio y preparándose para comenzar su jornada laboral.

—Que anoche ocurrió algo entre Andrew y yo.

—¿Qué? ¿Andrew y tú? ¿Cómo? Habla ya —me gritaba Blanca al borde de un ataque de nervios.

—Cálmate, Blanca, deja de gritar, por favor, que no quiero que se entere toda la oficina.

—Está bien, perdona, es que estoy intrigada.

—Bueno, anoche ambos nos quedamos encerrados en el ascensor y nos besamos.

—No puedo creerlo... Y ¿qué paso por tu cabeza? ¿Qué sentiste en ese momento?

—Tantas cosas, Blanca... Volví a sentir mariposas en el estómago con ese beso, él me dijo que aún seguía enamorado de mí.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Yo le di a entender que también sentía lo mismo por él, pero que no estaba

dispuesta a abandonar a Steve y hacerle esa canallada, porque él no se lo merecía.

—Por supuesto que no se lo merece, pero no debes pensar en los demás, sino en ti, Sara. ¿Qué quieres hacer con tu vida? ¿Amarrarte al lado de un hombre del que no estás enamorada o luchar por Andrew, el amor de tu vida?

—No puedo hacerle esto a Steve, me comprometí con él y pienso cumplir mi palabra, no voy a dejarlo otra vez tirado en la estacada como hizo Lisa, la exmujer de Andrew.

—Ya sé que es una decisión difícil, pero aún estás a tiempo de poder decidir qué es lo que quieres hacer.

—Y encima ahora me ha escrito Andrew un mensaje diciéndome que está enfermo y solo en su casa, que tiene mucha fiebre y que no va a venir a trabajar.

—Claro, y tú te estás como muriendo sabiendo que él está solito y enfermo, ¿o me equivoco? —me preguntó Blanca con una media sonrisa.

—Blanca, no me mires así.

—¿Cómo quieres que te mire?

—Si se nota que estás loquita por sus huesos, Sara. Hay que ser muy estúpida para no darse cuenta. ¿Sabes lo que yo haría si estuviera en tu lugar?

—¿Qué?

—Pues correría a su lado a cuidarle a pesar de todo lo que haya pasado entre vosotros. Además, se lo debes, él se ha portado muy bien contigo y te ha ayudado y protegido cuando Steve ha tenido que irse de viaje.

Me quedé en silencio, no supe qué decirle porque mi corazón anhelaba estar a su lado, pero mi cabeza me decía que no.

Entré en la oficina de Andrew. Estaba todo tan recogido como siempre. Era enorme, la más grande de todas las que había en el edificio. Al fondo había una puerta que daba acceso a un pequeño archivo que estaba rodeado de estanterías llenas de carpetas de informes anuales de años anteriores, y también tenía su propio aseo personal. «¡Qué suerte!», pensé. «Nosotros no tenemos aseo, aunque no puedo quejarme, tengo una de las mejores oficinas de la empresa».

El lado izquierdo estaba cubierto de grandes ventanales, y si te asomabas podías ver los edificios de abajo muy pequeñitos y personas caminando que parecían hormiguitas. ¡Qué vértigo! Sería mejor que me apartara de ella. Enfrente de los grandes ventanales estaba el escritorio de Andrew y en el otro

extremo de la habitación había un gran sofá y una mesa de té.

Me acerqué a su escritorio y abrí uno de los cajones intentado encontrar sus informes de la reunión. En el primero había muchas carpetas, pero eran de otros asuntos; en el segundo encontré su agenda, así que decidí abrirla y anotar su nueva dirección por si me animaba a pasarme por su casa luego a ver qué tal estaba. En el tercer cajón encontré un libro forrado de madera, con una encuadernación perfecta.

Lo abrí para ver qué contenía dentro. «Pero esto no está bien, Sara», pensé. «No debes hurgar en las cosas de los demás».

Entonces decidí dejarlo en su sitio y abrí el último cajón, en el que por fin encontré los documentos que necesitaba para la reunión de esa tarde. Cuando estaba dispuesta a salir por la puerta de la oficina de Andrew, la curiosidad me impidió olvidarme de aquello que había encontrado. Entonces decidí cogerlo y leerlo. Sabía que eso no estaba bien, pero no pude evitarlo y lo abrí: había anotaciones y fechas de años posteriores y también fechas actuales, era como un diario o una agenda personal. Comencé a leer.

**25 de mayo de 2009**

**Hoy no dejo de pensar en ella. Desde que he leído su carta de despedida, no logro sacármela de la mente. La echo tanto de menos... Pero no quiero ser egoísta, ella se merece una vida mejor que la que yo puedo darle y no quiero convertirla en una mujer amargada. No dejo de mirar el reloj y preguntarme a cada minuto si estoy haciendo lo correcto. A esta hora seguro que debe estar ya en el aeropuerto, preparada para coger el avión que la llevará rumbo a su nueva vida. Tengo tantas ganas de presentarme allí, decirle todo lo que siento por ella e impedir que se suba a ese avión... Pero no puedo seguir siendo egoísta conmigo mismo, Juan tiene razón en lo que me ha dicho esta mañana, debo dejar que sea feliz. No sé cómo voy a aguantar todo este tiempo sin ella.**

¡No podía creer lo que estaba leyendo! Ese era el diario de Andrew, y por la fecha y los datos escritos estaba hablando de mí. El corazón me latía a mil por hora. Casi sin pensarlo, me senté en el sofá de aquella cálida y luminosa oficina y continúe leyendo.

**10 de septiembre de 2009**

**Ya han pasado algunos meses desde que Sara se marchó de España y aún**



**no he logrado quitármela de la mente. Aunque sé por Steve que está bien y que se ha sabido adaptar a su nuevo trabajo, sigo preocupándome por ella, la quiero demasiado.**

**Cada día soporto menos a Lisa y estoy comenzando a cansarme de la convivencia con ella. Por suerte, ahora cada uno duerme solo y por separado, porque no podía aguantarla ni un minuto más a mi lado. Ojalá todo esto termine pronto.**

A pesar del tiempo, él seguía pensando en mí... Estaba más que sorprendida con todo lo que estaba leyendo. Era verdad entonces lo que me había dicho el otro día cuando estábamos encerrados en aquel ascensor, él jamás había dejado de amarme. No dejaba de notar esas mariposas en el estómago cada vez que leía sus palabras, yo también le amaba demasiado.

**22 de mayo de 2010**

**Hoy he podido confirmar mis sospechas de que Lisa me estaba siendo infiel y, aunque no me duele en absoluto porque hace muchos años que dejé de sentir algo por ella, si es que alguna vez lo sentí, no es plato de buen gusto encontrarte a tu mujer y madre de tus hijos en la cama con otro. Me da pena por mis hijos, pero esto ya es insostenible, no puedo aguantarla ni un minuto más a mi lado. Encima, después de pillarlos a los dos, tiene la poca vergüenza de negármelo en mi cara con su amante delante. Esto se acabó, pienso preparar los documentos y divorciarme de esta mala mujer.**

**Cada día hecho más de menos a Sara. Aún sigo enamorado como un tonto, quizás ella hasta me haya olvidado ya. Desde que se fue no he vuelto a mantener relaciones con ninguna mujer a pesar de haber tenido mil propuestas por parte de Lisa, pero, siendo sincero, no me nace hacerle nada a ella ni a ninguna mujer. En mi corazón, la única que tiene un hueco es Sara y no hay lugar para ninguna más.**

¡No podía creer lo que acababa de leer! Andrew jamás volvió a tocar a Lisa ni a ninguna mujer. Estaba conociendo una faceta de él que yo desconocía por completo, mi cabeza trataba de asimilar tanta información de golpe y, aunque esto que estaba haciendo estaba mal, me alegraba de estar leyéndolo. Sentí tanta tristeza y lástima por él cuando leí que su mujer le engaño con otro... ¿Cómo había podido hacerle algo así? Él era un buen hombre y no se merecía

que alguien le hiciera eso, pese a que él relataba que no le importó en absoluto.

**5 de junio de 2010**

**Por fin me he mudado a un apartamento y puedo decir que me siento libre a medias, ya que aún no he conseguido el divorcio de esa indeseable de Lisa. Pero tarde o temprano lo conseguiré, de eso estoy seguro. Últimamente me siento tan solo, apenas puedo dormir por las noches y, a pesar de que mi psicólogo me ha recetado unas pastillas, sigo sin conciliar el sueño. No dejo de soñar con ella, y aunque dentro de poco debería viajar a Irlanda para asistir a una reunión, finalmente he decidido desistir nuevamente de viajar, ya que no quiero volver a reencontrarme con Sara sin estar aún divorciado de Lisa.**

¡Pobre Andrew! Solo sabía dios por todo lo que debía de haber pasado, menudo calvario le habría hecho pasar la víbora de Lisa.

**20 de abril de 2013**

**Hoy puedo decir que me siento libre totalmente, ya que Lisa me ha concedido el divorcio definitivamente. Por suerte, el juez me ha dado la custodia compartida y durante seis meses los niños estarán con su madre y los otros seis meses restantes conmigo. Hoy he hablado con Juan y le he dicho que estoy decidido a ir a por ella a Irlanda, pero él me ha dicho que quizás Sara me haya olvidado. Sus palabras me han preocupado aún más de lo que ya estaba, no soportaría verla en brazos de otro hombre, llevo tanto tiempo soñando con este momento que aún no me lo creo. Tengo que poner en orden mis cosas aquí en España y próximamente viajare a Irlanda a buscarla, espero que no me haya olvidado.**

**18 de mayo del 2013**

**Acabo de tomar el avión que me llevará rumbo a ella. Estoy tan nervioso... Aún no sé cómo reaccionaré cuando la vea. He soñado tantas veces con este momento... Por suerte, no lo sabe nadie de la oficina, ni mi mejor amigo, Steve. No he querido avisar a nadie.**

**19 de mayo del 2013**

**Después de tantos años esperando a que llegara este día, la vida vuelve a golpearme duro. Me acabo de enterar de que Sara, el gran amor de mi**

**vida, va a casarse con mi mejor amigo, Steve. Este golpe ha sido demasiado duro para mí, no sé cómo he podido mantener el tipo delante de ellos, se les veía tan felices... Estoy desolado, siento que mi vida ya no tiene ningún sentido, la miro y es como si ambos fuésemos dos completos extraños.**

¡Eso fue el día que nos reencontramos! Las lágrimas comenzaron a descender por mis mejillas. ¡Pobre Andrew! Todo lo que habría tenido que soportar aquellos años, y encima llevarse el palo de que yo estaba comprometida con otro hombre. Pero había algo que no entendía muy bien, ¿qué lugar ocupaba Claudia en toda esta narración de los últimos años de su vida? ¿Por qué no hacía alusión a ella en ningún momento? Tenía que seguir leyendo para ver si daba con el quid de la cuestión.

**20 de mayo del 2013**

**A pesar de que siento que mi corazón está roto en mil pedazos, debo ser fuerte y recoger los pocos pedazos que quedan de él. He decidido intentar recuperarla y creo que la única manera de hacerlo es diciéndole que tengo novia y que estoy muy enamorado de ella, quizás eso le remueva algo en ese corazón dormido después de tantos años. Aunque tal vez todo sea inútil y vuelva a tropezarme contra un muro, pero no puedo darme por vencido sin saber qué siente ella por mí.**

**Hace un rato he llamado a mi prima Claudia, le he contado todo lo que me estaba pasando y le he pedido que me echara una mano con todo esto. Por suerte, ella ha decidido hacerse pasar por mi novia y ayudarme a recuperar a Sara. No sé si estoy haciendo bien con todo esto, pero no puedo perderla, no otra vez.**

¿Cómo? ¿Que Claudia era en realidad la prima de Andrew y solo había estado haciéndose pasar por su novia? No podía creerlo. Volví a leer la narración otra vez para ver si había leído algo mal y no, efectivamente, lo había leído bien. Ahora entendía todo, estaba tratando de darme celos con ella para ver si yo aún seguía sintiendo algo por él. No sabía si enfadarme y mandarlo a tomar puñetas o si compadecerme de él y alabarle por ser perseverante en su afán por tenerme. Desde luego, Andrew era un hombre que no se daba por vencido.

Cerré el diario en cuanto sentí que la puerta de su oficina se abría de

repente. Miré y era Blanca.

—Sara, ¿se puede saber qué haces ahí sentada? —me dijo hecha un manojo de nervios—. La reunión comienza dentro de media hora y todavía no hemos revisado esos documentos.

—¡Mierda! La reunión, lo había olvidado por completo. Lo siento, Blanca.

—Venga, vamos, deprisa, no hay tiempo que perder —me dijo agarrándome por el brazo en plan autoritario.

—A sus órdenes, jefa —le dije mientras observaba como se reía por mi comentario.

A las 20:00, mientras caminaba hacia el parking y después de haber tenido que escuchar unas diez veces a Blanca rogarme que visitase a Andrew, decidí enviarle un mensaje para saber qué tal se encontraba.

Mensaje de Sara 22/07/2013 20:03

*Hola, Andrew. Quería informarte de que la reunión ha marchado bien a pesar de tu ausencia. ¿Cómo te encuentras?*

Esperé unos minutos y no obtuve respuesta. Entonces comencé a preocuparme. «¿Le habrá pasado algo? No, por dios, espero que no le haya ocurrido nada, no podría vivir sin él, le amo demasiado». Entonces no dudé ni un segundo y conduje lo más deprisa que pude hasta su casa, por suerte había cogido su nueva dirección, y me presenté allí.

El edificio era muy parecido al de Steve, pero un poco más refinado. Cuando entré, tuve que decirle al conserje que venía a visitar a un pariente enfermo, ya que este me dijo que hasta que no avisara al dueño y me anunciara no podía subir. Por suerte se lo creyó y me dejó pasar. Era un gran complejo residencial con pistas de pádel, piscina, gimnasio y spa. «¡Vamos, lo que todo el mundo tiene en su casa!», pensé de manera sarcástica.

Logré colarme detrás de varios vecinos que llegaban con sus hijos y así evité el tener que marcar su telefonillo. Bueno, ya había llegado, estaba frente a su puerta de roble macizo, así que decidí llamar. Pero después de varios minutos no obtuve respuesta. Entonces decidí volver a hacerlo nuevamente unas dos veces seguidas y al cabo de unos minutos escuché como giraba la llave de la cerradura de su casa y me abrió la puerta.

Debo decir que cuando le vi ahí de pie frente a mí, en pijama, totalmente demacrado, con la cara blanca y los ojos ojerosos e hinchados sentí unas enormes ganas de abrazarle y besarle y decirle que estaba allí para cuidarle y

ayudarle en todo lo que necesitase. Él, en cambio, se quedó bastante sorprendido y me lanzó una media sonrisa como pudo.

—¿Qué haces aquí, Sara? —me preguntó casi sin poder hablar de lo débil que estaba.

—Estaba muy preocupada por ti, no has contestado a mi mensaje y temí que te hubiese ocurrido algo grave.

—Acabo de leerlo ahora mismo, me quedé dormido de la fiebre tan alta que tenía. Pero pasa, por favor, no te quedes ahí fuera.

Entré a su ático. Todo estaba bastante ordenado y muy limpio, se notaba que vivía solo. Seguro que habría contratado a una chica para que viniese de vez en cuando a limpiarle, como hacía en España. Le costaba caminar y decidí soltar mi bolso en una esquina y ayudarle, él me miró agradecido.

—Vamos, debes acostarte. ¿Has cenado ya? —le pregunté mientras le acompañaba a su habitación.

—No te preocupes por mí, de verdad.

—Andrew, no has contestado a mi pregunta —le dije firmemente.

—No, aún no he cenado, me sentía muy débil para levantarme de la cama.

—Entonces voy a prepararte algo de comer. Tú quédate aquí acostado, ahora vuelvo.

Me apoderé de su cocina y le preparé una buena sopa.

—Andrew, ya estoy aquí. Te he preparado una sopa que te va a sentar de maravilla.

—Gracias, Sara, pero no tenías que haberte molestado.

—No eres una molestia para mí y lo sabes —le dije mientras le ayudaba a incorporarse en la cama y a sentarse.

—¿Por qué has venido, Sara?

—Porque, aunque no lo creas, me importas más de lo que yo pudiera imaginar.

Él me miraba muy serio, había hasta dejado de comer.

—Yo pensé que ya no te interesaba lo más mínimo.

—Pues me interesas, y mucho, y, si algo te ocurriera, yo no sé qué sería de mí.

—Estoy bien, Sara, tranquila. Creo que ha sido entrar tú por esa puerta y recuperar las fuerzas.

—Me alegro de que estés mejor.

—Es que tú eres mi enfermera —me dijo sonriendo y bebiendo un trago de

agua.

—Voy a ponerte el termómetro para ver cuánto tienes de fiebre ahora —le toqué la frente y estaba bastante caliente—. ¡Madre mía! Tienes 39,5 de fiebre, es bastante alta, debes tomarte esta pastilla ahora mismo. Esta noche voy a quedarme contigo para vigilar que estés bien.

—Sara, te lo agradezco, pero no hace falta, no quiero que pases la noche en vela por mí.

—Voy a quedarme, Andrew, esa es mi decisión.

—Está bien, gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

—Sabes que lo haría una y mil veces —le dije guiñándole un ojo.

—Vaya, esa frase es mía —me dijo lanzándome una ligera sonrisa.

—Es que he decidido tomarla prestada para esta ocasión.

—Yo te la presto las veces que quieras, pero solo porque eres tú.

—Ahora descansa, ¿vale? Dentro de un rato volveré a tomarte la temperatura.

Decidí sentarme en un pequeño sofá que tenía al lado de su cama y al cabo de unos minutos me di cuenta de que se había quedado dormido. Le miré de lejos y me dio tanta lástima verle enfermo y solo, sin nadie que le cuidase y le diese cariño... Ahora sabía que él siempre me había amado y yo a él, aunque intentara esconderlo o evitarlo. Mi amor por él seguía vivo a pesar de los años que habían pasado.

Me quedé dormida mientras le miraba y me desperté alertada por la tos de Andrew. Me acerqué a su lado.

—Andrew, ¿estás bien? —le pregunté.

—Sí, Sara, es solo un poco tos. Estoy bien, tranquila, había olvidado que estabas aquí —me dijo sonriéndome.

—Voy a ponerte el termómetro, a ver si te ha bajado la fiebre. —Le toqué la frente y ya estaba mucho mejor—. Vaya, te ha bajado totalmente, eso es una buena noticia.

—Sí, me siento mucho mejor.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Según mi reloj, son las dos y cuarto de la madrugada.

—¡Madre mía! Se ha pasado el tiempo volando.

—¿Te apetece que nos tomemos una taza de leche en la cocina? —me preguntó con mejor semblante.

—Sí, claro, si tú quieres.

—Es que necesito salir de esta cama, llevo todo el día aquí metido y me apetece algo caliente, aún me duele la garganta.

Caminamos hacia la gran cocina y nos sentamos en una mesa cuadrada en la que había dos sillas de mimbre con dos cojines de diseño.

—Sara, tú quédate ahí sentada, voy a calentar la leche.

—No, Andrew, no digas tonterías, tú estás enfermo.

—Sara, estoy mejor. Además, necesito sentirme útil.

—Está bien.

—Bueno, cuéntame algo. ¿Qué tal todo hoy?

—Pues he tenido un día complicado, mucho trabajo en la oficina.

—¿Has hablado con Steve? —me preguntó mientras ponía leche a calentar en un cazo.

—¡Mierda, Steve! Me he olvidado por completo de llamarle hoy, es más, creo que me he dejado el móvil en el coche. Mañana me tocará inventarme algo y mentirle.

—Pero tú nunca le mientes, ¿no?

—A decir verdad, creo que le he mentido desde que nos conocimos, ya que nunca fui sincera con él y no le dije que tú y yo habíamos tenido una relación en España.

—Bueno, no te martirices por eso, yo también le he mentido varias veces. Ya están listos nuestros vasos de leche caliente.

Me sirvió una taza y la probé enseguida.

—Gracias, Andrew —dije mientras bebía un sorbo.

—No, por favor, gracias a ti por haber venido a cuidarme, ahora estoy en deuda contigo.

—Anda, no digas tonterías, lo he hecho porque me apetecía.

—¿Cuándo vuelve Steve?

—Pues creo que en dos días estará de vuelta. ¿Por qué lo dices?

—Porque me gustaría invitarte a pasar una noche conmigo, tu y yo, los dos solos.

—Andrew, por favor, no quiero tener que recordarte que...

Él me interrumpió.

—Ya sé que vas a casarte con Steve, eso lo tengo muy claro, pero lo único que te pido es que me concedas solo una noche para los dos, una noche en la que salgamos a cenar como una pareja normal y podamos hacer lo que nos apetezca, al menos eso. Te juro que luego me haré a un lado y, si es tu decisión casarte con él, no pienso ponerte las cosas difíciles. ¿Qué dices?

Lo pensé por unos segundos y decidí aceptar. Por primera vez iba a dejarme guiar por el corazón e iba a hacer lo que me apetecía, y ahora lo único que quería era estar a su lado, aunque fuese solo una noche. Sabía que aquello estaba mal, pero me daba igual, iba a tomarme esa cita como una despedida.

—Está bien, tú ganas.

Su cara se iluminó por completo con una gran sonrisa.

—¿No estás de broma? ¿Es en serio? —me preguntaba asombrado.

—Claro que sí, Andrew. A mí también me apetece mucho estar contigo.

—Pues anda que a mí... No hay nada más que desee en este mundo —me dijo entrelazando sus manos con las mías.

Me quedé mirándole embobada como una niña tonta que recién comenzaba a coquetear y a experimentar en ese juego del amor.

—Te has puesto roja.

—Deja de mirarme así, por favor.

—¿Y cómo te estoy mirando? Lo siento, pero es superior a mí.

—¿Y mañana piensas ir a trabajar? —le pregunté dudosa y tratando de cambiar de tema.

—Sí, ya me siento mejor y en la oficina hay mucho trabajo pendiente.

—Yo creo que será mejor que me vaya a casa, ya estás mejor y me gustaría descansar algo antes de ir a la oficina.

—Está bien, pero si quieres puedes quedarte y dormir en una de las habitaciones libres, o conmigo, como prefieras —me lanzó de manera directa.



—Te agradezco tanta amabilidad, pero me marchó a casa —le dije con una ligera sonrisa.

—Bueno, veo que es imposible convencerte, mañana hablamos de nuestra noche especial.

—Sí, mañana lo hablamos. Descansa, Andrew, y recupérate, por favor.

—Tranquila, que para mañana estaré bien seguro. Te acompaño a la puerta.

Ya en la puerta, nos despedimos con un beso en la mejilla. Él tomó mis manos y me besó los nudillos mientras me miraba a los ojos.

—Gracias, Sara, por venir hasta aquí y cuidarme.

—Creo que, de no haber venido, no hubiese podido pegar ojo en toda la noche.

Mi respuesta le tomó por sorpresa, creo que hasta a mí misma.

—Eres muy amable por preocuparte tanto por el mejor amigo de tu futuro marido. Steve debe de sentirse muy afortunado por la mujer que tiene a su lado. Debes de quererle mucho, ¿verdad?

—¿Sabes cuál es mi problema? Que a Steve le quiero, pero a ti te amo —le dije actuando de manera impulsiva y soltándoselo de sopetón.

La cara de Andrew era un poema, se quedó de piedra, creo que no esperaba esa respuesta por mi parte.

Entonces inmediatamente me di la vuelta y me dirigí a las escaleras. No quería ni esperar el ascensor, estaba roja como un tomate. ¿Por qué habría dicho eso?

Eran ya las 3:00 de la mañana cuando por fin conseguí meterme en la cama. No dejaba de pensar en la confesión que le había hecho a Andrew. Me había vuelto loca, yo jamás había hecho algo así. El sonido de un mensaje en mi teléfono móvil me devolvió a la realidad.

Mensaje de Andrew 23/07/2013 3:02

*Yo también te amo, nunca he dejado de hacerlo, quiero darte las gracias por haberme devuelto la vida y las pocas ilusiones que me quedaban. Te recogeré mañana a las 21:00 en tu casa, te tengo preparada una sorpresa. No olvides ponerte guapa, aunque tú siempre estás preciosa te pongas lo que te pongas. Te quiero, pequeña, porque para mí siempre has sido y serás mi pequeña.*

A media mañana Blanca y yo paramos para tomarnos un café. Llevábamos horas sin dejar de trabajar y necesitábamos descansar un poco. Menuda semana llevábamos, teníamos la presentación de la nueva campaña aquí y en España, el cierre de varios acuerdos más... Aquello era un no parar.

Hacía unas horas había estado hablando por teléfono con Steve. Me había llamado bastante preocupado, ya que ayer no le había llamado en todo el día. Por un momento pensé en decirle la verdad, que había estado en la casa de Andrew cuidándole porque había estado muy enfermo, pero no sabía cómo iba a tomárselo. Decidí mentirle y decirle que me dolía mucho la cabeza y que me fui para casa y me metí en la cama y que por tal motivo se me pasó llamarle. La verdad es que fue bastante comprensivo y lo entendió perfectamente.

La cafetería del edificio estaba abarrotada y llena de gente, apenas podíamos sentarnos. Ya se lo había advertido a Blanca, que venir a esas horas era horrible. Pedimos un par de cafés y nos sentamos en la barra.

—Bueno, entonces, según me has contado antes... ¿Esta noche cenita especial con Andrew?

—Sí, eso es.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco, no voy a negártelo. Cuando estoy con él hago cosas que jamás haría y temo esta noche cometer un error y equivocarme.

—Sara, te rayas demasiado, haces cosas que jamás harías porque cuando estas con él eres tú misma.

—Ya, en eso tienes razón.

—Por supuesto que siempre la tengo. Mira, no seas tonta, después de todo lo que me has contado que leíste en su diario, en el que confesaba lo mucho que te había amado todo este tiempo... ¿Sabes lo que haría yo si estuviese en tu lugar? —me dijo mientras terminaba de tomarse su café.

—¿Qué harías?

—No pensaría en nada, ni en la boda con Steve ni en el compromiso... Solo pensaría en que esta noche puede ser la última que pase junto al gran amor de

mi vida. Me dejaría llevar por todo lo que siento por él y, si tienes que pasar la noche con él, pues pásala, tonta. Ya luego tendrás tiempo de arrepentirte y decidir qué quieres hacer.

—Buenas días, chicas. ¿Qué tal estáis? —nos preguntó Andrew, que también había bajado a tomarse un café.

—Buenos días, señor, veo que hoy tiene mejor aspecto. ¿Ya se encuentra mejor? —le preguntó Blanca.

—Sí, gracias por preguntar, hoy me encuentro en buena forma, sobre todo gracias a los cuidados de tu amiga Sara —le respondió a Blanca mientras me miraba y sonreía.

—Si es que mi amiga y jefa es la mejor enfermera. Bueno, chicos, os dejo, que he olvidado que tenía que hacer una llamada importante.

Blanca se alejó mientras me miraba y me guiñaba un ojo. Seguro que eso de la llamada era una excusa para dejarnos a solas.

—Anoche no pude pegar ojo después de que te marcharas.

—Yo tampoco pude dormir apenas, pensando en todo.

—¿No habrás olvidado nuestra cita de hoy? —me preguntó Andrew.

—Cómo voy a olvidarla, si estoy contando los minutos y las horas para que lleguen las nueve.

Mi respuesta le había vuelto a pillar por sorpresa, me miraba totalmente embobado.

—Yo también, pequeña —me dijo susurrándome cerca del oído.

—¿Y a dónde vas a llevarme?

—Ah, es una sorpresa, no puedo decirte nada. Acabo de darme cuenta de que no te has quejado por llamarte pequeña.

—Siempre me ha gustado que me llames pequeña, y si te lo permito es porque hoy es nuestro día.

—Gracias, Sara, por darme la oportunidad de tener una noche contigo.

A la 21:00, puntual como un reloj, Andrew llamó a la puerta de mi casa. Yo me había pasado 2 horas arreglándome el pelo, maquillándome y eligiendo el vestido que iba a usar para esa noche, y después de probarme varios modelitos finalmente me decanté por el vestido rojo intenso, estilo años 60, con tirantes y escote. Me hice un peinado sencillo, me ondulé un poco el cabello y lo dejé suelto.

Cuando le vi ahí parado frente a mí, tan guapo y elegante, casi me caigo de espaldas. Llevaba un traje de esmoquin negro y una fina camisa blanca con una

pajarita roja, tal pareciera que ambos nos habíamos puesto de acuerdo. Estaba guapísimo y, por su cara al verme, se había quedado petrificado con mi vestido.

—¡Buenas noches, Andrew!

Se quedó embobado y apenas le salían las palabras

—Estás... Estás increíble esta noche... Te ves preciosa.

—Muchas gracias —le dije mientras sentía como las mejillas me ardían.

—Me muero de ganas de besarte, si no lo hago es porque no puedo hacerlo aquí —me dijo susurrando al oído.

Me ruboricé ante su comentario.

—¿Nos vamos entonces? ¿Vamos a ir en tu coche o el mío? —le pregunté tratando de zafarme de su insinuación.

—Vamos en el mío, pienso conducir yo.

—Está bien —dije mientras cerraba la puerta de casa.

Durante todo el trayecto, el lugar al que Andrew había elegido llevarme lo mantuvo en secreto hasta que detuvo el coche frente a la entrada principal.

—Bueno, ya hemos llegado. Esta es mi pequeña sorpresa, te he traído a un concierto de Mozart. ¿Te gusta la idea?

—Sí, claro que me gusta, nunca había venido a un concierto.

—Me alegro ser yo quien te lleve por primera vez.

—Gracias, Andrew.

Andrew fue bastante caballeroso conmigo, me abrió él mismo la puerta y yo me agarré a su brazo. Inmediatamente vino un señor trajeado y se hizo cargo de nuestro coche, nos dijo que lo guardaría en el parking y al terminar la velada lo volveríamos a encontrar en el mismo sitio.

Cuando divisé el National Concert Hall, al que íbamos a acceder, me quedé perpleja, era impresionante.

La portada del edificio estaba revestida de piedra, y la adornaban diez columnas de estilo jónico; en cierto modo, me recordaba al Museo del Prado de Madrid. Tenía unos grandes ventanales y también un friso que apenas contenía decoración alguna. Me dio la impresión de que quería dar ese aspecto de templo griego, pero que no se logró conseguir.

Subimos la gran escalinata, que, por cierto, estaba engalanada con una gran alfombra roja, parecía que íbamos a acudir a la ceremonia de los Oscar. Cuando llegamos arriba, entregamos las entradas a un portero enchaquetado con esmoquin y pajarita que, más que parecer un portero, parecía un modelo.

Una vez dentro, nos dirigimos hacia la zona que nos pertenecía, en este caso Andrew había elegido una de las mejores zonas, la zona A, que estaba cerca del escenario y apartada de la gente; era como una especie de palco de honor a media altura. Tuvimos que acceder por unas escaleras. Ya una vez dentro y sentados en nuestros respectivos asientos, eché un vistazo y no salía de mi asombro, aquel lugar era enorme y pude comprobar como poco a poco los asientos de abajo fueron siendo ocupados.

—Pequeña, ¿estás bien? ¿Te gusta el sitio?

—Oh, Andrew, estoy fascinada, me ha encantado la sorpresa.

—Pues esto no es nada con lo que tengo preparado para los dos.

—¿Hay más? —pregunté sorprendida.

—Por supuesto que sí, hoy tiene que ser un día muy especial para ambos. Mira, ya está a punto de comenzar.

Los dos permanecemos en silencio durante la hora que duró el concierto. Andrew me agarró las manos y las juntó con las suyas. Era como si no quisiera separarse de mí. Yo estaba absorta en la música y debo decir que estaba disfrutando como nunca, jamás pensé que me gustaría tanto la música clásica, pero he de decir que hasta me emocioné, quizás por la canción, por el lugar tan maravilloso, por la compañía, que no podía ser mejor... Por tantas cosas...

Terminó el concierto y Andrew volvió a hacer demostración de su caballerosidad. Me ayudó a incorporarme de mi silla y yo volví a agarrarme a su brazo.

—¿Te ha gustado el concierto, princesa?

—Me ha encantado, Andrew, apenas puedo hablar de la emoción.

—Ya, me he dado cuenta, aunque no lo creas no te he quitado el ojo de encima y he podido comprobar que la música clásica ha conseguido causar un buen efecto en ti.

—Este ha sido el momento más bonito que he vivido en toda mi vida, han sido tantas sensaciones...

—Me alegro de que te haya gustado tanto. Ahora ya tenemos algo más en común, porque a mí la música clásica me chifla. Bueno, vamos a ir bajando.

Volvimos a tomar el mismo camino, pero esta vez vuelta atrás.

Mientras bajábamos la gran escalinata los dos agarraditos del brazo entre risas, una pareja de unos sesenta años, más o menos, se acercó hacia nosotros.

—Hola, Andrew. ¿Qué tal estás? —le preguntó primero la señora.

—Hola, Bridget. Muy bien, ¿y vosotros qué tal estáis?

—Hola, Andrew, un placer volver a saludarte, nosotros estamos muy bien — contestó el señor de larga barba blanca.

—Hace mucho que no te veíamos por Irlanda. ¿Has vuelto? —preguntó la señora.

—Sí, volví hace unos meses.

—¿Y cómo has sido capaz de abandonar a mi hija Lisa y a tus hijos en España?

—Mira, Bridget, yo no he abandonado a mis hijos. Como ambos sabréis, yo tengo la custodia de ellos durante seis meses y los otros seis los tiene su madre. Y en cuanto a tu hija, estamos divorciados, así que yo puedo hacer con mi vida lo que quiera, igual que está haciendo ella en España con su nuevo novio.

Me quedé de piedra, aquel matrimonio no era ni más ni menos que los padres de Lisa. Observé la cara de Andrew de desagrado, pero supo salir del paso.

—Siempre supe que no eras trigo limpio, me gustaba más Steve para Lisa, pero ella insistió en casarse contigo y al final terminó haciendo lo que le dio la gana. Pero yo siempre supe que nunca la quisiste, mira lo pronto que la has cambiado por otra.

¡Madre mía! Esa mujer estaba buscando bronca, ahora entendía a quién había salido su hija en lo de víbora. Pero tenía muy claro que, si Andrew no la ponía en su lugar, lo haría yo, y además sin ponerme a su altura, yo no era de gritos.

—Mira, Bridget, este no es el lugar ni el momento para tratar ciertos asuntos familiares —dijo Andrew con cara de estar mordiéndose la lengua.

—Claro que es el mejor momento —volvió a replicar aquella señora insoportable.

—Bridget, por favor, cálmate —le decía bajito su marido, que tenía pinta de ser un calzonazos.

—¿Que me calme? ¿Sabes todo lo que ha tenido que soportar nuestra hija por culpa de él?

Ya estaba cansada de aguantar a aquella vieja hurraca y, sin pensármelo dos veces, salté.

—Mire, señora, déjeme decirle un par de cositas y bien merecidas...

Andrew en aquel momento intentó evitar que me metiera en el asunto.

—Sara, por favor, no...

—Lo siento, Andrew, pero estoy cansada de ver cómo siempre que tú eres el

culpable de todas las desgracias de tu familia, y las cosas no son así. Él ha sido una víctima más en manos de la insoportable de su hija, que se casó con él solo por su dinero y apellido y que se dedicó a hacerle infeliz todos estos años, a chantajearle con que si la dejaba iba a poner a sus hijos en su contra, que fue capaz de engañarle con otro hombre y después de ser pillada por su marido en pleno acto tiene la poca vergüenza de negarlo todo y para rematar la faena tarda años en darle el divorcio. ¿Tiene usted una ligera idea de la clase de hija que tiene?

La cara de aquella mujer cambió por completo, si antes estaba furiosa, ahora parecía un toro a punto de entrar al ruedo a matar.

—Mira, mujierzuela, no voy a consentir que hables de mi hija de esa manera. ¿Quién te crees tú para hablarme así? Sara es tu nombre, ¿verdad?

No quise responderle.

—Claro, ahora lo recuerdo, mi hija me hablo de ti, me dijo que tú fuiste la amante de su marido y que por culpa tuya su matrimonio se fue al traste.

Esta vez fue Andrew el que no me dejó contestar, estaba furioso, jamás le había visto así.

—Mira, Bridget, a Sara la respetas o voy a olvidarme de que soy un caballero y que tengo mucha más educación que tú. Si mi matrimonio fracasó, no fue por culpa de Sara, sino de tu hija. Ella nunca supo hacerme feliz y Sara sí, es así de simple. Y ahora, si nos disculpáis, tenemos prisa. Vamos, Sara — me ordenó Andrew mientras me sujetaba por la cintura para continuar bajando aquellas escaleras.

Al llegar abajo, nuestro coche ya estaba preparado. Aquel chico elegante le entregó las llaves a Andrew y nos deseó una feliz noche. Él volvió a hacer acto de su galantería y me abrió la puerta. Ya dentro, arrancó el coche y desaparecimos rápido de allí. A los pocos minutos, paró en una calle cercana y entonces me miró a los ojos. Yo aún seguía nerviosa por todo lo ocurrido anteriormente con aquella mujer.

—¿Estás bien, pequeña?

—Sí, tranquilo.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto, esa mujer no está bien.

—De eso ya me di cuenta, está peor que su hija.

—Gracias por haberme defendido delante de ellos, pero no era necesario, ahora seguro que llamará a Lisa y le contará todo y, conociéndola, volverá a ponerme las cosas difíciles.

—No, Andrew, no creo que haga nada, y si lo hiciera, ya tienes un motivo para quitarle la custodia compartida, tus hijos no merecen estar con una mujer como ella. Ya está bien tenerle miedo a esa víbora.

Andrew comenzó a reírse, tal pareciera que mi comentario le había hecho gracia.

—Me encanta verte sonreír —le dije acariciándole la cara.

—Gracias, Sara.

—¿Por qué?

—Por existir en mi vida.

No supe qué responderle, simplemente sonreí.

—Bueno, y ahora, dejando atrás las maldades de la familia Adams, tú y yo, señorita, tenemos una cena pendiente.

Me reí ante su comentario.

—Es cierto, la cena, ya casi lo había olvidado.

—No puedo creerlo. ¿Y perdernos lo mejor? —me respondió mientras volvía a poner en marcha el coche, esta vez camino a su casa, por la dirección que tomaba.

Ya una vez dentro del lujoso ático, observé que Andrew había preparado una cena romántica en el salón. La mesa era cuadrada y estaba cubierta por un mantel rojo con velas, la luz era tenue, había un hilo musical de fondo y de repente aparecieron varios chicos uniformados que nos sirvieron la comida.

Andrew me ayudó a sentarme y entonces comenzaron a servirnos la cena. Yo estaba asombrada con todo, apenas me salían las palabras. Después de servirnos y dejarnos los dos platos encima de la mesa junto el postre y de recoger toda la cocina, se marcharon sin apenas hacer ruido.

—¿Qué te ha parecido mi sorpresa?

—Oh, Andrew, estoy asombrada por la decoración, la música, la cena...

—Me hubiese gustado llevarte a algún restaurante importante de Irlanda, pero después pensé que a lo mejor podíamos encontrarnos a alguien conocido o algún chico de la prensa y no quería despertar las habladurías de la gente, sobre todo por ti, porque vas a casarte con Steve. Porque a mí, sinceramente, me da igual lo que diga la gente.

—Gracias por todo, por el concierto, por la cena, por haber elegido pollo al vino francés como segundo plato... Por tantas cosas... —dije comenzando a degustar aquel delicioso primer plato.

—Sabía que te iba a gustar y, bueno, después de mirar mucho en internet



encontré un catering francés muy importante aquí en Irlanda. De hecho, han sido ellos los que nos han preparado la mesa y servido la cena. Ellos querían quedarse hasta el final, era lo acordado, pero les dije que nos dejaran todos los platos en la mesa y se marcharan, quería tenerte solo para mí —me confesó mientras terminaba de comer.

—¿Por qué eres tan especial?

—No lo soy, simplemente soy un hombre enamorado que quiere impresionar a su chica...

—Pues lo has conseguido —dije lanzándole una sonrisa mientras comenzaba a saborear el segundo plato.

—Hace mucho que soñaba con este momento.

—Para serte sincera, yo también. Porque, cuando estoy contigo, siento que puedo ser yo misma.

—A mí me pasa igual, pequeña. Mi vida después de que te marcharas de España fue un completo infierno.

—Ya me puedo hacer una idea.

Permanecimos en silencio mientras terminábamos el segundo plato. Creo que los dos estábamos absortos en todo lo ocurrido en nuestras vidas durante esos cinco años.

Terminamos el postre y entonces Andrew me ofreció sentarnos en el sofá para tomarnos una copa de champán.

—Ven, quiero que brindemos por nosotros.

—Está bien.

Ambos nos pusimos de pie y cogimos nuestras copas.

—Quiero brindar por ti y por mí, por nuestro pasado, presente y futuro.

Ambos chocamos nuestras copas y nos sentamos en aquel cómodo sofá de cuero blanco. Él me agarró las manos y comenzó a besarme los nudillos.

—Sara, te he echado mucho de menos todos estos años.

—Yo también, Andrew, pero pensé que me habrías olvidado y que habrías rehecho tu vida, por eso decidí olvidarme de ti y darle una oportunidad a Steve.

—Sara, no sabes lo que me dolió verte con él. Sé que aquí el único culpable de todo he sido yo, pero no quería convertirte en una mujer amargada y triste.

—Eso ya lo sé, pero ¿no es peor todo lo que nos ha pasado después?

—Tienes razón. Me gustaría decirte algo.

—Dime...

—Sara, yo te mentí en algo.

Él se quedó en silencio, yo estaba expectante. ¿Se atrevería a contarme lo de su prima Claudia? O quizás ¿había algo más que yo no sabía?

—¿En qué me mentiste?

—Quiero decirte la verdad, porque no quiero que haya más mentiras entre nosotros.

—Está bien, pero me estás asustando.

—Bueno, te mentí con respecto a Claudia. Ella nunca ha sido mi novia. Claudia es mi prima y, bueno, después de esperar cinco largos años para conseguir el divorcio de esa víbora de Lisa, yo estaba decidido a venir a Irlanda a buscarte, pero cuando llegué aquí y me enteré de que estabas comprometida con mi mejor amigo, Steve, casi me da algo. Primero pensé en olvidarme de ti y dejarte hacer tu vida, pero no pude, yo te seguía amando por encima de todas las cosas y no estaba dispuesto a perderte. Entonces decidí visitar a mi prima Claudia y contarle todo lo que me estaba pasando y ella cedió a ayudarme después de hablar con Kate, su novia, y de contarle todo lo que estábamos tramando.

Aunque ya lo sabía porque lo había leído en su diario secreto, enterarme así de su boca fue como enterarme por primera vez.

—Sara, dime algo, por favor. Siento haberte mentido, pero necesitaba ver si aún seguías sintiendo algo por mí.

—Andrew... Yo... Ya lo sabía —dije dispuesta a decírselo todo.

—¿Cómo que lo sabes?

—Sí. El otro día, cuando me enviaste a tu oficina a por esos informes, yo sin querer encontré un cuaderno forrado de madera y comencé a leerlo, y ahí lo leí todo. Lo siento, no debería haber hurgado en tus cosas.

—¿Y lo leíste todo?

—Sí, casi todo, perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, tranquila. ¿Y por qué no me dijiste nada?

—Pues porque prefería que fueras tú el que decidiera contármelo.

—Eres una mocosa tramposa —bromeaba mientras me besaba en la mejilla.

—Al principio, cuando lo leí, me sentó fatal el haberme sentido engañada por ti, me daban ganas de mandarte a tomar puñetas, pero después en cierto modo valoré que no te dieras por vencido y quisieras luchar por mí.

—Es que no pienso darme por vencido.

—Ah, ¿no?

—Por supuesto que no, al menos mientras tú no me lo impidas, yo seguiré luchando por ti.

—Andrew, no quiero que hablemos ahora de mi boda...

Me interrumpió.

—¿Qué boda? No, señorita, aquí hoy no se habla de boda, hoy es nuestra noche. Y ahora me gustaría que bailaras conmigo.

—¿Bailar?

—Sí, claro. No veo por qué te sorprendes, ya lo hicimos hace años en Madrid cuando me dejaste totalmente hechizado.

—Hace mucho que no bailo.

—Bueno, no importa, seguro que aún lo recuerdas.

Entonces me ayudó a levantarme del sofá y me llevó hacia una zona del salón amplia, donde además tenía el equipo de música, y puso una canción. Al escucharla, me trajo muy buenos recuerdos. «Este Andrew está en todo», pensé. Había puesto la misma canción con la que bailamos la primera vez en la discoteca de Madrid. Aún recuerdo que era una salsa de Marc Anthony.

Ambos nos agarramos y comenzamos a bailar. Debo decir que al principio estaba un poco nerviosa, su mirada me intimidaba tanto, tenía la sensación de que me miraba tratando de desnudarme y descubrir algo oculto dentro de mí.

Mi corazón latía a mil por hora; si hubiera tenido en esos momentos un tensiómetro, estaría al borde de un infarto. Al principio intenté no bailar como siempre solía hacer, ya que para mí bailar una salsa sin ese toque sensual era como bailar unas sevillanas sin saberte los pasos y el compás.

Poco a poco él fue metiéndose más en la canción y a seguir el ritmo y, claro, yo me dejé llevar también por la canción y me movía por su salón como pez por el agua. Hacía años que no bailaba y parecía que no había olvidado nada. Recordaba que, cuando me tocaba ayudar a mamá con sus clases de salsa en la academia, siempre acababa aprendiendo los pasos junto al resto de las alumnas. Pero, sin lugar a duda, mi madre bailaba de forma espectacular, jamás podría estar a su altura.

Andrew cada vez se acercaba más a mí y yo no podía evitarlo, me atraía demasiado. A pesar de la edad, a pesar de los años que habían pasado, no podía evitar sentirme atraída hacia él. Era tan guapo y para tener cuarenta y cinco años estaba... Madre mía... Estaba... Estaba como quería... Esa mirada, esos labios, ese pelo, sus manos acariciando las mías, su voz, su olor... Me tenía totalmente hechizada. Estaba comenzando a sentir mucho

calor, los músculos de mi entrepierna se estaban tensando, no dejaba de sentir mariposas en el estómago y mi mente estaba comenzando a tener pensamientos impuros. Él también debía de estar sintiendo el mismo calor que yo, porque se acababa de desabrochar la pajarita roja. El acercamiento se hacía casi inevitable y llegó un momento en el que pude sentir su corazón latiendo tan fuerte como el mío. Y también noté... ¡Dios mío!... Sentí su miembro erecto pegado a mi entrepierna. Intenté olvidarme de él por un momento, pero no pude, estaba sofocada y húmeda por dentro. Le deseaba demasiado y me apetecía tanto que me hiciera el amor que no sabía si sería capaz de negarme. Él comenzó a besarme la nuca y a recorrer con sus finos dedos la curvatura de mi espalda, y justo se detuvo al llegar a mi trasero. Entonces me dio la vuelta y, sin apartar su mirada de la mía, me susurró al oído, como solo él sabía hacerlo:

—Llevo tanto tiempo deseando este momento...

—Yo también —le susurré totalmente eclipsada.

—Voy a hacerte el amor durante toda la noche. No tienes idea de lo mucho que te deseo. Me vuelves loco, pequeña.

Y entonces, acto seguido, me besó apasionadamente y ya no pude negarme a nada, si es que tenía pensado hacerlo, porque caí rendida a sus pies. No quise pensar en nada, ni en mi boda, ni en Steve, ni en nada que pudiera hacerme sentir culpable. Sabía que esa noche iba a pecar, pero, sinceramente, estaba dispuesta a todo, amaba a ese hombre desde lo más profundo de mi ser y solo quería estar aquella noche con él. Ya al día siguiente tendría tiempo de sentirme culpable y de decidir qué iba a hacer con mi vida.

Ese ansiado beso duró unos minutos y acto seguido Andrew me cogió en brazos y me condujo hasta el dormitorio. Allí continuó besándome mientras ambos nos desvestíamos y nos metíamos en la cama. Los besos continuaron mientras él se colocaba encima de mí. Me besó y acarició cada centímetro de mi cuerpo, era como si tratara de recordarlo de algún modo después de tantos años.

—Cada vez que acaricio con mis manos cada parte de tu cuerpo me queda más claro que eres perfecta —me susurró al oído.

—No quiero que tus manos me hagan perfecta, lo que quiero es que me hagan indecente. Quiero que tus manos me deshagan y me recompongan. Quiero que tus manos sean mi infierno —le confesé, ofreciéndole mi corazón y mi cuerpo.

Él se quedó totalmente sorprendido con mi respuesta, nunca me había visto

así, tan entregada, creo que ni yo misma me había sentido así jamás en la vida. Sus ojos estaban llenos de deseo y casi podía adivinar sus pensamientos.

—Pequeña, tus deseos son órdenes para mí.

Luego comenzó a pasear su lengua por mis pechos. Se los llevó a la boca, jugó con ellos, los succionó... Yo mientras tanto jadeaba de placer y cada vez le deseaba más y más.

Decidí tomar las riendas del asunto y cambiar los papeles. Esta vez estaba yo encima de él, recorriendo con mi lengua su cuerpo perfecto, acariciando su fina piel, embriagándome con su dulce aroma, imaginándome todas las cosas que quería hacerle.... Me paré frente a su miembro erecto y sin pensármelo dos veces lo comencé a llenar de besos para posteriormente pasear mi lengua por él. Andrew gemía cada vez más fuerte y eso me hacía succionar y chupar con más intensidad, porque su disfrute era el mío también. Él me volvió a tumbar boca arriba y esta vez fue él quien comenzó a introducir sus finos dedos en mi sexo, con mucha suavidad y lentitud.

—Sara, estás empapada... ¿Estás disfrutando, mi amor? —volvió a susurrarme.

—Sí... —le dije sin poder añadir nada más.

—Pronto te hare disfrutar mucho más.

Su lengua también recorrió cada palmo de mi clítoris y jugaba con mis labios, los cuales estaban hinchados por todo el placer recibido.

Entonces le observé sacar un pequeño paquetito plateado de un cajón de su mesita de noche y ponérselo. Me miró fijamente a los ojos y se tumbó encima de mí. Mientras, continuó besándome y acariciando con sus delicadas manos mis cabellos. Acto seguido comenzó a penetrarme lentamente y me sonrió cuando nos dimos cuenta de que había entrado demasiado bien. Los besos y las caricias continuaron mientras las embestidas eran cada vez más rápidas e intensas. Los dos gemíamos de placer. Hacía tanto tiempo que no sentía algo así, solo él conseguía volverme loca en la cama, solo él conseguía sacar lo mejor de mí, solo con él sentía ese amor.

Decidí colocarme yo encima de él y comenzar con el juego de las embestidas. Le vi disfrutar como nunca, me agarré a sus manos para así apoyarme y poder entrar y salir con más rapidez. Él gemía cada vez más y más, hasta que ambos alcanzamos el clímax y estallamos en mil pedazos. En ese instante, nuestras miradas volvieron a encontrarse y entonces una pequeña lágrima recorrió nuestras mejillas, era como si los dos hubiésemos sentido lo

mismo, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo en emocionarnos a la vez. Después de tantos años sin estar juntos, descubrir que aún nos seguíamos queriendo a pesar de todo y ahora vivir aquella noche tan especial había conseguido sacar de los dos nuestro lado más sensible.

Me acosté a su lado y ambos nos abrazamos, emocionados por tantas sensaciones encontradas.

—¿Estás bien, pequeña? —me preguntaba mientras se limpiaba los ojos.

—Sí, Andrew, mejor que bien. Perdona mis lágrimas, pero hacía mucho que soñaba con este momento.

—Yo también, mi amor, me parece mentira que estemos juntos después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros. Hacer el amor contigo esta noche ha sido como devolverme a la vida. Te amo, Sara.

—Yo también te amo, Andrew.

Ambos continuamos abrazados y mirándonos.

—¿Sabes cuál es mi sueño más deseado en estos momentos?

—No, ¿cuál?

—Tú.

—Andrew, ya sabes que lo nuestro es muy complicado... Está Steve. Me interrumpió.

—Lo sé, Sara, pero no hay nada más importante en este mundo para mí que tú. Desde hace cinco años no he dejado de soñar con estar contigo. ¿Sabes lo que me gustaría hacer?

—¿Qué? —pregunté intrigada.

—Me gustaría amanecer a tu lado todos los días de mi vida, desayunar juntos, discutir sobre la decoración de nuestra casa, planificar nuestras vacaciones a algún país paradisíaco... —Me estaba imaginando lo que me estaba contando y debo decir que la idea me encantaba porque siempre había sido mi gran sueño, compartir toda mi vida con él—. Tengo tantos planes para nosotros, mi amor. Me gustaría que regresáramos a España.

—¿A España? ¿No eres feliz aquí, Andrew? —pregunté sorprendida.

—Sí lo soy, pequeña, pero sé que tu felicidad está allí junto a los tuyos y yo, para serte sincero, me adapto a todo —le miré sorprendida por lo que acababa de decirme.

—¿Tú piensas que no soy feliz en Irlanda?

—No digo que no lo hayas sido o que no lo seas, pero sé que extrañas mucho a tu familia, a tus amigas... Y yo quiero solo tu felicidad.

—Andrew, no sé qué decir, la verdad, todo esto me está sobrepasando...  
Andrew me interrumpió.

—No digas nada, Sara, a veces sobran las palabras. ¿Sabes con qué sueño constantemente?

—¿Con qué?

—Sueño con que estamos los dos sentados en el jardín de nuestra casa, una enorme casa situada a las afueras de Madrid y que ambos jugamos con nuestros hijos.

—Andrew, me gusta mucho la idea. Pero tú ya eres padre, yo pensé que no querrías tener más hijos.

—Por supuesto que me gustaría tenerlos, pero solo contigo, la mujer de mi vida. Y que juntos los viésemos crecer.

—Me halaga que me digas eso.

—No habría mejor madre para mis hijos que tú, de eso estoy seguro.

Y entonces volvimos a fundirnos en un apasionado beso y volvimos a hacer el amor con entrega absoluta. Era como si no quisiéramos despegarnos, sabíamos que aquella podía ser nuestra última noche y no estábamos dispuestos a desperdiciarla.

A la 6:00 de la mañana me desperté por el ruido causado por el perro de unos de los vecinos, que no dejaba de ladrar. Miré a mi derecha y vi a Andrew despierto y mirándome fijamente.

—¿Llevas mucho rato mirándome? —le pregunté.

—Pues yo diría que sí —me contestó guiñándome un ojo.

—Andrew, ¡qué vergüenza! —exclame roja y sentándome en la cama.

—¿Vergüenza por qué? Pero si eres preciosa incluso dormida.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, me pasaría el resto de mi vida así, mirándote como un tonto. ¿Te encuentras bien?

—Sí, solo estoy cansada, apenas he podido pegar ojo por culpa de alguien —le dije de manera sarcástica mientras le acariciaba el pelo.

—Lo siento, pequeña, pero era nuestra noche y te quería solo para mí.

—Ya lo sé, a mí me pasaba igual. Por cierto, ¿qué hora es?

—Son las seis y cinco.

—¿Esa hora ya? Dentro de 2 horas y media debemos estar en la oficina.

—Tranquila, aún hay tiempo, preciosa.

—¿Quieres que nos demos una ducha juntos?

—Sí, claro.

La habitación tenía baño incorporado con una bañera de hidromasaje y un jacuzzi en una esquina.

Andrew llenó la bañera hasta arriba y echó unas sales aromáticas y entonces me ayudó a meterme en la bañera con él. Yo me senté de espaldas a él y pude volver a sentir su miembro erecto rozando mi trasero. Él cogió una pequeña esponja y comenzó a pasarla por mi torso desnudo, quería ser él quien me enjabonara. Luego yo hice lo mismo con él. Esa vez no intentó nada, aunque sabía por su miembro que estaba deseando hacerme el amor nuevamente, pero creo que quiso contenerse por mí, por mi situación. Él sabía que yo me sentía culpable de todo lo que estábamos haciéndole a Steve y creo que en el fondo él también.

Intenté apartar de mis pensamientos la idea de volver a tenerlo dentro de mí, de que volviese a ser mío. Me acerqué a él y le besé apasionadamente, no quería pensar en la posibilidad de perderme sus besos, sus caricias, sus noches de pasión, su amor... Tantas cosas, no quería pensar en la posibilidad de perderme todo eso, solo quería volver a ser suya, lo estaba deseando. Él me tomó entre sus brazos y comenzó a lamer cada parte de mi cuerpo con total desenfreno, y yo hice lo mismo con él.

Dejé de besarle y le rogué que me hiciera suya nuevamente. Entonces salió del baño y a los pocos segundos volvió con un pequeño paquetito plateado, me ayudó a salir de la bañera y me tomó en sus brazos mientras me conducía al enorme lavabo que había en un extremo de aquel baño de lujo. Con una mano tiró al suelo todo lo que había encima y me subió al mismo. Abrió el paquetito plateado mientras continuaba besándome y rápidamente se introdujo dentro de mí. Me embistió con tanta fuerza e intensidad que no tardamos mucho en alcanzar el placer, después de varios minutos ambos estallamos en mil pedazos. Las piernas me temblaban y creo que a él también. Ambos nos miramos y nos abrazamos sin decir nada.

Después de vestirme con mi ropa de la noche, mientras Andrew preparaba el desayuno, revisé mi teléfono móvil y encontré varias llamadas perdidas de Steve y de Blanca y también algún mensaje.

Andrew vio mi cara de preocupación al respecto.

—Pequeña, ¿estás bien?

—No, Andrew, tengo seis llamadas perdidas de Steve y también varias de Blanca. Espera, hay un mensaje de texto. Voy a leerlo.



Mensaje de Blanca 24/07/2013 07:18

*Amiga, te he estado llamando porque Steve me acaba de telefonar hace unos minutos bastante alterado y preocupado. Me ha dicho que ha regresado antes de España y no te ha encontrado en vuestra casa. He tenido que mentirle y decirle que te habías quedado a dormir en mi casa y que no podías ponerte porque estabas en la ducha, pero que estabas bien. En cuanto veas mi mensaje vente inmediatamente para mi casa.*

—No puede ser, ¡maldita sea! —exclamó Andrew después de haber leído el mensaje.

—No lo entiendo, ¿cómo es posible que haya vuelto antes? ¿Qué vamos a hacer, Andrew?

—Tranquila, pequeña, no te pongas nerviosa. Te acercaré con mi coche a casa de Blanca.

—Sabía que esto no estaba bien, no deberíamos haberlo hecho —dije arrepentida.

—Sara, tranquila, por favor. Vamos, coge tu bolso.

Rápidamente salimos del piso. Ya en el parking del edificio de Andrew, antes de entrar en su coche, le abracé fuertemente y él decidido corresponderme.

—Andrew, siento lo que he dicho arriba en tu casa, estaba muy nerviosa por todo, pero nunca me arrepentiré de la noche que hemos vivido los dos.

—Ya lo sé, pequeña, no te preocupes. Ahora sé que viene lo más difícil y créeme que no pienso entrometerme en nada.

—Andrew, yo no...

El me interrumpió.

—Sara, escúchame. Conocerme ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, gracias a ti he descubierto lo que es el amor y gracias a ti también he podido recuperar la ilusión por seguir viviendo. Te quiero, Sara, y esa es la única verdad, estoy dispuesto a todo por estar contigo. Si tú decides jugártelo todo por nosotros, yo pienso estar ahí al pie del cañón para protegerte y defenderte contra quien sea. Y si decides pasar página y eso me incluye a mí, te prometo que no pienso ponerte las cosas difíciles, me haré a un lado e intentaré rehacer mi vida con los pedazos que queden de ella —me confesó tratando de contener las lágrimas.

Sus palabras me emocionaron y las lágrimas comenzaron a inundar mis ojos.

Me dolía escuchar esas palabras de su boca porque sentía que aquello estaba siendo una despedida.

—Andrew, yo te amo, pero...

—Sara, yo también te amo, pero no quiero que me respondas ahora. Piénsalo y cuando tengas clara tu decisión, me lo comunicas. Gracias por esta noche, me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Acto seguido, después de aquellas palabras y con los ojos llenos de lágrimas, le besé apasionadamente.

Ya eran las 07:45 h cuando Andrew entró con su coche en el parking de Blanca, que ya nos había divisado por la ventana y nos había abierto.

Nos bajamos rápidamente del coche y apareció mi amiga corriendo todavía en pijama, hecha un manojo de nervios.

—Por fin estáis aquí —exclamó.

—¿Qué ha pasado, Blanca? —preguntó Andrew.

—Steve me ha llamado bastante alterado, como os he contado por mensaje. Me ha dicho que se iba a dar un baño y entonces se pasaría por mi casa para recoger a Sara.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? No tengo ropa mía aquí ni nada, Steve se dará cuenta.

—No, amiga, tranquila. ¿Recuerdas la ropa que me dejaste el otro día cuando llegué a la oficina llena de barro por la lluvia?

—Sí, es cierto, lo recuerdo.

—Pues te la pones y listo.

Andrew me agarró las manos mientras me besaba los nudillos.

—Sara, escúchame, pequeña. Todo va a estar bien, ¿vale? No te preocupes.

—Estoy muerta de miedo, Andrew, no me gustaría que le hiciéramos más daño, él no se lo merece.

—Ya lo sé, Sara. Mira, vete rápidamente con Blanca a cambiarte, nos veremos en media hora en la oficina y puedes estar tranquila, que todo va a estar bien, ¿vale?

—Gracias por todo, Andrew.

—Te quiero, pequeña —me dijo despidiéndose de mí con un tímido beso en los labios.

Andrew se metió en su coche y en menos de dos minutos desapareció de allí sin dejar rastro.

Ya eran las 08:15. Justo me acababa de pintar los labios cuando escuchamos el timbre del apartamento de Blanca. Esta se apresuró a la puerta a abrir, ambas sabíamos que sería Steve.

—Buenos días, señor Steve.

—Buenos días, Blanca. ¿Y Sara? —preguntó de manera autoritaria.

—Hola, Steve, estoy aquí.

Rápidamente se adentró en el salón sin apenas mirar a Blanca y se acercó hacia donde estaba yo, me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—Sara, tenemos muchas cosas de las que hablar, pero ahora es mejor que nos demos prisa, de lo contrario llegaremos tarde.

—Es cierto, Steve, siento no haberte avisado de que vendría a...

Me interrumpió.

—Ya hablaremos luego de eso. Ahora vamos, que llegaremos tarde.

—Está bien.

Le vi más serio de lo habitual y sentía unos remordimientos terribles con solo saber que le había engañado y había pasado toda la noche con su mejor amigo. Pero no me arrepentía de lo que había hecho, necesitaba tanto tener una noche así con Andrew, el gran amor de mi vida, que sabía que estaba actuando de manera mala y egoísta, pero estaba cansada de ser la mujer perfecta.

Blanca nos dijo que ella se iría en su coche. Creo que quería dejarnos a solas para que pudiésemos hablar los dos.

Durante todo el camino en coche a las oficinas intenté sacar algún tema de conversación con Steve, pero por sus respuestas cerradas entendí que no quería hablar.

Entramos a las oficinas a las 08:35 h. Yo me dispuse a irme hacia mi despacho, pero Steve me detuvo y me dijo que me esperaba en la sala de reuniones en diez minutos, que teníamos un asunto muy importante que tratar. Me puse algo nerviosa. ¿Qué querría tratar conmigo? ¿Se habría dado cuenta de algo?

Entré a la sala de reuniones tan puntual como siempre y ahí estaban ya sentados Steve y mi gran amor Andrew. Yo me dispuse a saludarlo como si no hubiera pasado nada entre nosotros.

—Buenos días, señor Andrew.

—Buenos días, señorita Sara.

Ambos nos miramos muy serios, tratando de contener las miradas. Aún podía sentir su piel pegada a la mía, sus besos, sus caricias, su olor... Aún podía sentir su corazón latiendo tan fuerte como el mío. Le amaba demasiado, pero también sabía que estaba haciéndole daño a una tercera persona, Steve, y eso no estaba bien. Yo mejor que nadie sabía lo que era sufrir por amor.

—Bueno, chicos, os he citado aquí a los dos porque necesito que hablemos.

—Sí, claro, amigo, dinos de qué se trata.

—Quiero haceros una pregunta a ambos y quiero que me respondáis con la verdad.

—Sí, claro, Steve, dinos qué pregunta es esa —le respondí sintiendo que el corazón se me iba a salir por la boca.

—¿Es cierto que entre vosotros dos existió algo en el pasado?

Su pregunta retumbó en mi cabeza por unos segundos. Andrew y yo nos miramos sin saber que decir. Yo estaba al borde de un ataque de nervios y no me salían ni las palabras.

Andrew decidió tomar las riendas del asunto y responder primero.

—No entiendo a qué viene esa pregunta, Steve —respondió Andrew.

—Es muy simple, y necesito que ambos la contestéis.

Yo seguía en estado de *shock*. «¿Qué hago, dios mío? ¿Le digo la verdad? ¿O le vuelvo a mentir? No quiero hacerle más daño del que ya le he hecho durante todo este tiempo ocultándole mi relación del pasado con Andrew. Tarde o temprano sabía que iba a enterarse, es mejor que se lo diga de una vez», pensé.

—Andrew, es mejor que le digamos la verdad, Steve tiene que saberlo.

Andrew me miró totalmente sorprendido, creo que no se esperaba mi reacción, pero tampoco le vi acobardarse ante ello, por su reacción estaba decidido a todo.

—¿Qué tengo que saber? Vamos, hablad los dos —exclamó Steve mientras se levantaba de su asiento y se ponía de pie.

—Sí, Steve, es cierto, Andrew y yo tuvimos una relación hace muchos años en España. Él es el hombre por el que sufrí tanto por amor y del que seguía enamorada cuando llegué aquí a Irlanda hace cuatro años.

—Es verdad, amigo, Sara y yo tuvimos una relación en España, ambos nos enamoramos, pero por culpa de mi matrimonio con Lisa las cosas entre nosotros no salieron bien y por eso Sara se vino a vivir a Irlanda para poner tierra de por medio entre los dos.

Steve permaneció en silencio. Nos miraba a los dos sin decir nada, estaba tratando de asimilar aquella confesión.

—¿Entonces es cierto? Cuando me enteré en España no podía creerlo.

—Steve, lo siento mucho, yo quise decírtelo antes...

Steve me interrumpió.

—Eres una mentirosa, me has mentido todos estos años. Tú sabías que Andrew era mi mejor amigo y aun así me lo ocultaste.

—¿Y qué querías que hiciera, Steve? Yo conocía tu historia anterior en la que Andrew también era el protagonista y sabía todo lo que habías sufrido.

—Me has engañado todo este tiempo, seguro que ambos os habéis estado riendo de mí.

—Steve, amigo, las cosas no son así, te estás equivocando.

—No me llames amigo, tú nunca has sido mi amigo.

—Steve, por favor, escúchame —le rogó Andrew acercándose a él y agarrándole el brazo.

—No quiero volver a saber nada más de ti. ¿Por qué nunca me dijiste nada? Yo pensaba que eras mi amigo.

—Steve, quise decírtelo, pero luego pensé que si lo supieras nuestra amistad podía verse afectada, por eso opte por no decírtelo y a Sara le pasó igual. Ambos lo hablamos una mañana en la cafetería y decidimos que lo mejor sería no decirte nada y ser amigos.

—No os creo nada.

—Steve, Andrew te está diciendo la verdad, es así como sucedieron las cosas.

—Entonces ¿él era el hombre del que estabas tan enamorada y por él abandonaste todo para venirte a Irlanda?

—Sí, Steve. Lo siento mucho —le dije mientras mis ojos se inundaban de lágrimas. Comencé a llorar desconsoladamente.

—Es que esto es increíble, la historia vuelve a repetirse, no puedo creerlo —dijo Steve dando un golpe a la pared de la oficina.

—Steve, cálmate —le rogó Andrew tratando de agarrarle para que no siguiera golpeando nada más.

—Tú apártate de mi camino. Siempre tú, ¿por qué todo lo que tengo siempre me lo arrebatas? —le recriminó Steve mientras le apuntaba con el dedo.

—Steve, lo siento, yo no busqué esto.

—Estoy seguro de que estarás disfrutando por dentro viendo todo lo que está pasando ahora mismo.

—Te equivocas, me doy cuenta de que no me conoces en absoluto.

—Por supuesto que no te conozco, ahora me doy cuenta.

—Steve, por favor, cálmate, vamos a hablar las cosas —le decía yo llorando.

—¿Que hablemos qué, Sara? Lo siento, ahora mismo no puedo ni mirarte a la cara, es más, no sé si podré hacerlo algún día. Me has decepcionado, yo te creía diferente y me doy cuenta de que eres como las demás —me contestó él, con la cara totalmente desencajada y muy furioso.

—Steve, Sara no tiene la culpa de nada, ella solo ha sido una víctima.

—Cállate, Andrew. No quiero volver a escucharte nunca más en mi vida. Nuestra amistad, si es que la hubo algún día, termina aquí. Seguiremos trabajando juntos porque no puedo prohibirte la entrada a la empresa de la que eres incluso más dueño que yo, pero a partir de ahora ambos mantendremos una relación estrictamente profesional.

Durante unos minutos permanecimos en silencio los tres, yo seguía llorando desconsoladamente.

—Está bien. Si es lo que quieres, nuestra amistad se termina aquí definitivamente —dijo Andrew dirigiéndose hacia la puerta totalmente abatido por la situación.

Yo seguía allí inmóvil de pie tratando de que Steve me escuchara.

—Steve, por favor, déjame que te explique... —le rogué con la cara roja de tanto llorar.

—No quiero escucharte, Sara. Ahora, por favor, te voy a pedir que me dejes solo.

—Pero, Steve, por favor...

—¿Estás sorda? Quiero que te vayas.

Andrew, que seguía en la puerta, se dirigió a mí.

—¡Vamos, Sara! Salgamos de aquí, ahora mismo necesita estar solo.

Yo me acerqué hacia la puerta llorando desconsoladamente y Andrew me agarró por el brazo.

—Tranquila, todo va a estar bien, se le pasará —me susurraba tratando de calmarme.

Ambos salimos de la oficina.

A las 20:00, cuando terminé mi jornada, me marché con Blanca rápidamente a casa de Steve. Por suerte, él aún no había llegado, así que comencé a recoger toda mi ropa y a meterla en una maleta. Estaba decidida irme a casa de Blanca, por lo menos unos días hasta que se aclararan las cosas y decidiera qué iba a hacer con mi vida.

Cuando ya estábamos a punto de salir por la puerta, Steve entró en el ático. Al vernos a las dos ahí paradas, su semblante cambió por completo.

—Blanca, ¿puedes esperar a Sara un momento fuera, por favor? —le ordenó a Blanca, que, sin rechistar, hizo lo que le pedía.

Yo no podía ni mirarle a la cara después de todo lo que había pasado entre nosotros.

—¿A dónde vas? —me preguntó con un tono más suave y calmado.

—Voy a estar en casa de Blanca.

—¿Por qué te vas?

—Porque es obvio, ¿no? Entiendo que, después de lo que ha pasado, ya no tenga ningún sentido que yo siga aquí en tu casa y en tu vida.

—Sara, entiéndeme, estoy dolido. Solo saber que el hombre del que me has hablado tantas veces y del que estabas tan enamorada es Andrew, mi mejor amigo, me ha hecho enfurecer de celos y de rabia.

—Steve, te entiendo perfectamente, pero aquello pasó antes de conocerte, yo aún no estaba contigo.

—Lo sé, pero me muero de celos con solo pensar que has sido su mujer también.

—Pues lo siento mucho, pero yo no puedo cambiar el pasado. Lo mejor será que me vaya.

—No, Sara, no quiero que te vayas, eres lo mejor que me ha pasado en la vida y gracias a ti he vuelto a recuperar las ilusiones después de la canallada que me hizo mi exnovia Lisa. Si tú me dejas, yo me muero, Sara, me muero —me confesó entre lágrimas y sollozos.

—Steve, no digas eso, por favor —le pedí, agarrándole la cara. Me daba



tanta lástima verle así...

—Es la verdad, te amo demasiado y estoy dispuesto a olvidarlo todo y a casarme contigo, como los dos habíamos planeado.

—No sé, Steve, después de todo lo que ha pasado yo creo que deberíamos darnos un tiempo.

—No, Sara, por favor. Ahora más que nunca estoy seguro de que quiero casarme contigo. Perdóname por cómo te hablé esta mañana en la sala de reuniones, estaba furioso por todo lo que había descubierto —me dijo limpiándose las lágrimas con un pañuelo que llevaba en su bolsillo.

—¿Puedo preguntarte cómo te enteraste?

—Casualmente me encontré con Lisa ayer a las diez de la noche en las oficinas de España. Había ido allí porque había quedado con el que es ahora su novio y, bueno, después de saludarnos y de decirle que iba a casarme contigo, ella me lo comentó. Creo que se pensaba que yo lo sabía y, después de darse cuenta de que no, se sintió incluso bastante mal por ello.

—Esa víbora... Estoy segura de que lo hizo a posta.

—¿Tú crees?

—Tú no la conoces, no tienes idea de cómo nos lo hizo pasar a Andrew y a mí en su momento. Estoy segura de que lo hizo como su última carta de jugada, siempre me ha deseado lo peor.

—Bueno, Sara, tranquila, todo va a estar bien. Si ese era su objetivo, no lo va a conseguir. Ahora, por favor, dime que te vas a quedar en casa conmigo y que vamos a olvidar todo esto.

—Steve, ahora mismo necesito estar sola unos días, espero que puedas entenderlo.

—Pero ¿por qué? Pensé que las cosas se habían aclarado entre nosotros.

—No es eso, esto me ha hecho recapacitar y no estoy segura de que casarme contigo sea la mejor opción en estos momentos.

—¿Estás dudando de lo nuestro? —me preguntó preocupado.

Quise ser sincera con él y le dije la verdad, no podía seguir mintiéndole más.

—Sí, Steve, tengo dudas sobre nosotros.

—Es por él, ¿verdad? Te juro que, si le tuviera delante ahora mismo, lo mataba —me gritó tratando de contener la furia y la rabia en esos momentos.

—Steve, trata de calmarte, por favor.

—Quiero que me respondas algo: ¿le sigues queriendo? —me preguntó

dejando de gritar y esperando una negativa por respuesta.

Tardé unos instantes en digerir la pregunta y la respuesta que iba a darle.

—Sí, Steve, le sigo queriendo. A pesar de todo lo que ocurrió entre nosotros en el pasado, sigo enamorada de él. Pensé que le había olvidado, pero, después de volver y reencontrarnos nuevamente, me di cuenta de que mis sentimientos por Andrew siguen intactos.

—No puedo creer cómo, después de todo lo que te hizo, sigues amando a ese imbécil —me dijo tirándose al suelo de rodillas en señal de rendición absoluta.

—Lo siento, Steve. En el corazón no se manda, tú me has preguntado y yo he decidido ser sincera contigo, por eso necesito tiempo para poner en orden mis ideas y decidir qué quiero hacer con mi vida. Lo mejor será que me vaya —le respondí fríamente mientras salía de su casa con mis maletas.

Ya en casa de Blanca y después de contarle todo lo ocurrido con Steve, recibí una llamada de Andrew.

—Hola.

—Sara, acabo de salir de la oficina ahora mismo. No he dejado de pensar en ti durante todo el día. ¿Cómo estás?

—Estoy mejor, Andrew.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la casa de Blanca, acabamos de llegar hace unos minutos de la casa de Steve, después de recoger todas mis cosas.

—Estate tranquila, ¿vale? En veinte minutos estoy ahí.

—Está bien. Gracias por todo.

Blanca comenzó a hacer la cena, mientras yo me di un baño y me acomodé en mi habitación. No podía apartar de mi mente la conversación con Steve. Me sentía tan mal por hacerle daño, él no se lo merecía, a pesar de todo siempre me trató con cariño y respeto. Él me apoyó y me ayudó a progresar dentro de la empresa, fue paciente conmigo cuando le di mil negativas al respecto sobre nuestra relación, pero él siguió ahí, al pie del cañón, luchando y luchando por mí. No se merecía aquello.

El timbre de la puerta sonó. Debía de ser Andrew.

Le abrí la puerta y estaba tan guapo como siempre. Vestía un vaquero y una camiseta de manga larga de lino negro ajustada. Al vernos, simplemente me abrazó y me besó en la mejilla.

—Pasa, por favor.

—¿Qué ha pasado?

—He hablado con Steve, apareció allí cuando Blanca y yo estábamos a punto de irnos. Le he dicho que necesitaba tomarme un tiempo para pensar las cosas.

—Has hecho bien. Y él ¿cómo se lo ha tomado?

—Pues no muy bien, Andrew. Me da mucha pena todo lo que le estamos haciendo. Steve no se lo merece, es un buen hombre. Estoy muy confundida con todo.

—¿Estás dudando de lo sientes por mí?

—Tengo muy claro cuáles son mis sentimientos por ti, pero no dejo de sentirme culpable por todo lo que le estoy haciendo a Steve.

—Sara, tengo muy claro lo que va a ocurrir. Sé que al final acabarás casándote con él, no creo que por amor, sino por lástima y agradecimiento.

—Andrew, por favor, no me hagas las cosas más difíciles.

—¿Que no te haga las cosas más difíciles? Sara, estoy loco de amor por ti, no he dejado de quererte desde que nos vimos por primera vez en aquel bar irlandés de España y no puedo quedarme tranquilo sabiendo que puedo perderte para siempre.

—Pero entiende que yo no puedo hacerle esto a Steve.

—Y sí puedes hacérmelo a mí, ¿no?

—Andrew, por favor, yo...

Él me interrumpió.

—Tengo muy clara tu decisión. A pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros estos días, prefieres quedarte al lado de un hombre al que no amas — me dijo con la mirada más triste que jamás le había visto.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, sabía que aquello estaba siendo una despedida.

—Está bien. Si es eso lo que quieres para ti, me haré a un lado. Te juro que jamás volveré a acercarme a ti y, aunque esta decisión tuya nos hará infelices a los dos, sé que no puedo obligarte a nada. Yo volveré a España e intentare rehacer mi vida con las cenizas que queden de ella.

—Andrew, lo siento mucho... —dije con lágrimas en los ojos.

—No lo sientas, Sara. He llegado demasiado tarde a tu vida. Gracias por todos estos años de ilusión y amor, y espero que seas muy feliz con Steve — me dijo Andrew dirigiéndose a la puerta de salida.

—Andrew, espera, por favor... —le rogué mientras corría y le abrazaba fuertemente.

Ese abrazo hizo que el tiempo se detuviese y me olvidase de todo. Ojalá hubiera podido quedarme así para siempre. Los dos llorábamos, sabiendo que aquello sería una despedida para ambos. Él sostuvo mi cara con sus manos mientras me limpiaba las lágrimas.

—No quiero que derrames ni una lágrima más por mí, sé feliz y no me recuerdes mucho. Hasta siempre, Sara —me dijo, dándome un beso en la mejilla y desapareciendo.

Yo me quedé allí en el salón, arrodillada en el suelo y llorando desconsoladamente la marcha del gran amor de mi vida.

Ya solo quedaban dos semanas para mi boda con Steve y me sentía tan vacía por dentro...

En aquellos dos meses que habían pasado desde que Andrew y yo nos despedimos para siempre no había vuelto a tener noticias tuyas, ya que a los pocos días volvió a España y nunca más supe de él.

Yo finalmente volví a retomar mi relación con Steve después de que viniese a buscarme a casa de Blanca llorando desconsoladamente y rogándome que volviese a su lado a pesar de todo. Así decidí seguir adelante con todo aquello. Me sentía muy mal por todo lo que le hice a Steve y no tenía corazón para dejarle plantado antes de la boda. Era un buen hombre, y, aunque no le amaba como él se merecía, estaba segura de que tarde o temprano acabaría enamorándome de él.

Blanca estuvo conmigo acompañándome todas estas semanas, ayudándome con todos los preparativos de la boda y recordándome a cada instante que desistiera de mi decisión, que yo no amaba a Steve y que iba a ser muy infeliz. Aunque tenía muy claro que a quien amaba era a Andrew, algo me hacía detenerme y pensar que quizás había estado persiguiendo un sueño imposible todos esos años y que jamás iba a ser feliz a su lado, por eso debía seguir al lado de Steve. Pero mi interior gritaba en rebeldía y por las noches apenas podía pegar ojo pensando en Andrew y en lo mucho que le necesitaba. Aún seguía sintiendo su piel pegada a la mía, su aroma, sus finos dedos recorriendo mi piel, sus besos, sus caricias... Él estaría sufriendo tanto o más que yo, y tampoco se lo merecía; era un buen hombre. ¿Qué podía hacer, Dios mío? ¿Qué iba a hacer? La razón me gritaba que hiciera una cosa, pero el corazón me gritaba otra.

\* \* \*

Todo estaba listo. Ese era el gran día. El día que uniría mi vida a la de un buen hombre al que quería mucho pero no amaba.

Todo estaba preparado. La ceremonia iba a celebrarse en la iglesia del

pueblo donde Steve se había criado desde pequeño y la fiesta tendría lugar en una lujosa villa que sus padres habían alquilado para la ocasión. Era preciosa. Tenía varias hectáreas de jardines y árboles inmensos, y en el centro, un bonito lago, el cual estaba rodeado de velas y hermosos candelabros recién traídos de Marruecos. Las mesas estaban engalanadas para el evento y adornadas con flores rojas y orquídeas.

Mientras me peinaba la peluquera, no podía dejar de pensar en lo que estaba a punto de hacer. Tenía tanto miedo que me daban ganas de salir corriendo. Mis padres, que habían llegado de España para acompañarme en esa gran ocasión, me repetían una y otra vez que dejara de preocuparme, que todo iba a salir muy bien y que yo estaba preciosa. Pero no era eso lo que me preocupaba. No era el hecho de que la fiesta saliera bien, sino mi matrimonio con Steve. Estaba llena de dudas y no sabía qué hacer al respecto.

Me miré al espejo, con el reflejo de mi padre detrás de mí, y no pude evitar emocionarme al verme vestida de novia. Todo era tal como siempre lo había soñado, pero esta vez sentía que algo fallaba, que no era como en mis sueños, y es que iba a casarme con alguien que no era Andrew. Mi padre me abrazó emocionado.

—Sara, eres la novia más hermosa que he visto en mi vida. Te quiero, hija, y quiero que sepas que tu madre y yo estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias, papá.

—Venga, nada de lágrimas.

—Está bien —dije mientras me limpiaba y me agarraba a su brazo, dispuesta a poner rumbo al altar para unir mi vida a la de Steve.

Ya eran las 17:30. Llegué un poco más tarde de lo previsto, pero nadie se iba a extrañar; era lo normal en una boda, pensé.

Al bajarme del coche y poner un pie en el suelo, mis piernas comenzaron a temblar, y sentí cómo un escalofrío recorría mi cuerpo. Estaba muerta de miedo. Mi padre me sujetó el brazo y ambos nos dirigimos hacia la iglesia.

Al entrar en ella, el miedo, en vez de desaparecer, se iba haciendo cada vez más y más grande, y yo me sentía cada vez más y más pequeña. Blanca, Violeta y Martina, mis tres mejores amigas, estuvieron conmigo en esos momentos, acompañándome en mi camino al altar como mis tres damas de honor.

Observé cómo todos me miraban sonrientes y me lanzaban piropos a mi paso, pero yo estaba absorta en mis pensamientos. No podía dejar de pensar en Andrew, estaba a punto de perderle para siempre y me sentía en ese

momento como si me llevaran al matadero.

Blanca me ayudó a colocarme bien el velo, no sin antes susurrarme al oído:

—Sara, aún estás a tiempo —me dijo mientras me guiñaba un ojo.

Ahora estaba más nerviosa todavía. Sabía que Blanca tenía razón cuando me decía que mi boda con Steve era un fracaso, pero no podía hacerle eso; él no se lo merecía.

Ya en el altar y frente a mi futuro marido y frente a Dios, pude darme cuenta de que yo no quería aquello, que me estaba equivocando. Miraba a Steve mientras el sacerdote daba la misa y me daba cuenta de que no le amaba y de que, si me casaba con él, iba a ser una infeliz toda mi vida, y lo peor de todo es que le iba a hacer desdichado a él también. Apenas presté atención a las palabras del sacerdote, que preguntó en ese momento:

—Si alguien tiene algo que decir, que hable ahora o calle para siempre.

Pero nadie dijo nada, y entonces el sacerdote continuó con la ceremonia.

—Steve Matthews, ¿aceptas por esposa a la señorita Sara Gómez y prometes serle fiel y amarla y respetarla hasta que la muerte os separe?

—Sí, la acepto —respondió Steve sin pensárselo dos veces, mientras me miraba y sonreía.

—Sara Gómez, ¿aceptas por esposo a Steve Matthews y prometes serle fiel y amarle y respetarle hasta que la muerte os separe?

Aquella pregunta retumbó en mi cabeza sin parar y me quedé paralizada. Era como si hubiera perdido el habla; no podía ni articular palabra. Mi subconsciente me decía: «Di que no, no aceptes, no le quieres, tú amas a Andrew». Estaba a punto de volverme loca.

El sacerdote volvió a preguntarme.

—Sara, hija, debes responderme.

Yo seguía inmóvil, paralizada, como un bloque de yeso rígido.

—Sara, mi amor, debes responder. Contéstale al padre que acepta.

—Tranquilo, hijo, deben ser los nervios. Volveré a formularle la pregunta. Sara Gómez, ¿aceptas por esposo a Steve Matthews y prometes serle fiel y amarle y respetarle hasta que la muerte os separe?

Notaba cómo se me estaba bajando la presión y noté que estaba a punto de desmayarme del miedo. Mi mente se había quedado en blanco.

—Vamos, hija, debes responder —me alentó el sacerdote.

—Yo...

Comencé a titubear. Quería gritar a los cuatro vientos que no, que no

aceptaba, pero ¿cómo iba a hacerle eso a Steve? ¿Qué iban a pensar los invitados? ¿Y mis padres? ¿Y mis amigas?

—Vamos, cariño, dile al padre que sí —me repitió en tono autoritario Steve.

—Yo...

—¡No lo aceptes, Sara! —gritó una voz varonil desde la entrada de la iglesia.

Todos nos giramos para ver quién era y pude comprobar que era Andrew.

—¡Oh, Dios mío! —exclamaba la gente.

—¡Qué escándalo!

—¿Quién es ese hombre? —preguntó una señora irlandesa de unos sesenta y pocos años y con pinta de ser una cotilla nata.

—Eso mismo me gustaría saber a mí. ¿Quién es usted? —preguntó el sacerdote, a punto de tirarse de los pelos.

Andrew caminó con paso decidido hacia el altar.

—Voy a contestar a su pregunta, padre. Soy un hombre que esta perdidamente enamorado de esa mujer que está ahí frente a usted en el altar, y si he venido hasta aquí es porque no estoy dispuesto a perderla.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí, imbécil? Lárgate inmediatamente si no quieres que te parta la cara —gritó Steve a punto de perder los papeles.

—Cálmese, por favor, señor Steve —le rogó el sacerdote.

—Lo siento mucho, Steve, pero no voy a irme a ningún sitio.

—¿Cómo quieres que te lo repita? ¡Que te largues! Sara ya no siente nada por ti. Ella va a casarse conmigo porque ambos estamos enamorados —le volvió a gritar Steve a doscientos metros de distancia.

—Lárguese, Andrew, deje a nuestro hijo en paz —le ordenó también el señor Williams.

Pero Andrew no pareció acobardarse por ello; seguía allí de pie inmóvil, sin apartar su mirada de la mía.

—Muchacho, por favor, márchate. No empeores las cosas —le ordenó el sacerdote a Andrew.

—Lo siento mucho, padre. Siento el escándalo, pero esta boda no puede realizarse... —dijo Andrew mientras caminaba con paso decidido hacia el altar.

—¿Cómo que no puede realizarse? —preguntó el sacerdote. ¿Qué motivos hay para no poder hacerlo?

—Esta boda no puede realizarse porque uno de los contrayentes, el señor



Steve Matthews, aún sigue casado con una mujer de nacionalidad francesa — soltó Andrew de sopetón, mientras no dejaba de mirarme.

—No entiendo nada. ¿Es eso cierto, Steve? —preguntó el sacerdote a mi futuro marido.

—Eres un desgraciado y un mentiroso. ¡Te voy a matar! —gritó Steve

Steve se dirigió hacia Andrew, tal cual pareciera un toro a punto de cornearle. Pero su padre, el señor William, se interpuso en su camino.

—Steve, cálmate, ¿quieres? ¿Es cierto lo que Andrew acaba de decir? ¿Estás casado con otra mujer?

—Papá, ¿cómo te atreves a hacerme esa pregunta? ¿Estás dudando de mí? Es todo una trampa de este imbécil. Él siempre ha deseado todo lo que yo he tenido. Acuérdate de lo que me hizo con Lisa.

—Si, hijo, lo recuerdo, pero...

Steve interrumpió a su propio padre.

—Pero nada, papá, todo es una mentira de este miserable.

—Steve, no es una mentira. Tú sabes tanto como yo que todo lo que estoy diciendo es verdad. Te casaste en París hace seis años con una chica que conociste en uno de tus viajes y...

Steve volvió a interrumpirle con sus gritos y totalmente fuera de sí.

—Cállate, imbécil. No sigas diciendo más mentiras.

—No son mentiras, Steve.

—¿Y cómo puedes demostrarnos a todos, Andrew, que lo que nos estás diciendo es verdad? —preguntó el padre de Steve.

—Muy sencillo, señor. Aquí traigo los documentos que lo certifican. En estos dos meses que he estado fuera de Irlanda he estado atando ciertos cabos que nunca me quedaron claros del todo con su hijo. Como, por ejemplo, sus continuos viajes a Londres, París... por sus negocios, los cuales era una farsa, ya que él solo posee parte de las acciones de las empresas Miller y varios negocios de restauración en España, los cuales cada vez van peor y creo que tendrá que liquidarlos tarde o temprano. Nos ha estado engañando a todos. Sus continuos viajes eran para verse con la que todavía es su esposa. Aquí puede comprobar que todo lo que le estoy diciendo es verdad, señor William. Es cierto que estoy profundamente enamorado de Sara, pero jamás inventaría algo así con tal de retener el amor de una mujer a mi lado. De eso puede estar seguro. Usted me conoce de toda la vida y sabe que soy un hombre de palabra —Andrew le entrego la documentación al padre de Steve.

—Papá, no leas nada, todos esos documentos son falsos. Yo nunca he estado casado y estas injurias que estás inventando sobre mí vas a tener que demostrarlas en un juzgado.

—No tengo ningún problema, Steve. No entiendo por qué sigues aferrándote a una mentira, por qué no dices la verdad.

—¡Te voy a matar, maldito traidor! —gritó Steve furioso mientras era agarrado por varios hombres enchaquetados que intentaban evitar a toda costa que hubiese una pelea entre ambos.

—Cálmate, hijo, por favor. Tenemos que solucionar esto de la mejor manera posible —le suplicó su madre, que se había acercado hacia Steve tratando de calmarlo.

—Tú cállate, mamá. Aquí no hay que solucionar nada, todo es una gran mentira de este miserable.

—Esto no puede ser posible —murmuró el padre de Steve.

—¿Qué ocurre, señor William? —pregunté yo, que aún seguía en estado de *shock* por todo lo que estaba ocurriendo.

—Esto no puede estar pasando —volvió a repetir el padre de Steve.

—¿Qué ocurre, querido? —preguntó la madre de mi futuro marido.

—Según estos documentos, nuestro hijo está casado desde el 15 de mayo de 2007, con la señorita Charlotte Morel, de nacionalidad francesa, y además tienen un hijo en común desde hace tres años.

—¿Qué Steve está casado y tiene un hijo? No, esto no puede estar pasando. —Me quede totalmente paralizada; no sabía que decir ni que hacer en estos momentos.

—¿Cómo que casado y con un hijo? Déjame ver esos documentos, querido —rogó la madre de Steve a su marido.

—No creáis nada de lo que ponga ahí. Todo es mentira, mamá. Creedme, por favor.

—Steve, hijo, no sigas negándolo. Estos documentos son auténticos y hablan por sí solos. ¿Por qué nunca nos has dicho nada? ¿Por qué nos has mentado todos estos años? —le reprendió su madre.

—Te vuelvo a repetir, mamá, que todo es una mentira de este sinvergüenza que aún sigue enamorado de Sara después de todo lo que le hizo en España.

—Estos documentos son reales, Steve. Sabes que soy abogado internacional y reconozco perfectamente cuando unos documentos son reales y cuando son falsos —le respondió su padre.

—Ya le dije que estaba diciendo la verdad, señor William. Además, no vengo solo, ahí fuera está esperándome una persona que quiere hablar con ustedes de esto mismo.

—No le hagáis más caso, papá. Haced que se vaya, por favor. Tenemos que continuar con esta boda. —Steve se dirigió hacia el sacerdote—: Padre, continuemos con la boda, por favor. Esto ha sido todo un malentendido y una gran mentira —le explicó el sacerdote totalmente fuera de lugar; jamás le había visto así.

—Sara, venga, di que quieres casarte conmigo —me rogó con la voz temblorosa y moviendo las manos de manera nerviosa.

Yo estaba totalmente bloqueada por la noticia. No podía creer que Steve me hubiese estado engañando todos estos años. Es cierto que yo también le había engañado con Andrew y tenía motivos para sentirme mal conmigo misma, pero lo que él me había hecho tampoco dejaba de ser una traición. Encima tenía hasta un hijo y jamás había dicho nada al respecto. No sabía cómo afrontar esta situación.

—Señor Steve, no puedo casarles porque usted ya está casado, y eso atentaría contra las leyes legales y eclesiásticas de esta santa Iglesia. Lo siento mucho, señores, pero yo no tengo nada que hacer aquí. Ustedes deben solucionar sus problemas familiares. Me retiro. Lo siento mucho, hija —me dijo el sacerdote mientras se despedía de mí.

—Esto no puede ser, maldita sea. Vas a pagar por esto, malnacido —le recriminó Steve a Andrew, que justo acababa de salir a la puerta de la iglesia para llamar a esa persona misteriosa que le acompañaba y tenía algo que decir al respecto sobre Steve.

Andrew volvió a entrar con paso decidido hacia el altar, y justo detrás de él venía una chica morena, bastante delgada, con ojos verdes, que vestía traje de chaqueta de cuadros y pantalón a juego. La chica estaba llorando y no dejaba de mirar a Steve en su camino hacia el altar. A mí apenas me miró.

—¿Quién es esa chica, Andrew? —preguntó el padre de Steve.

—Esta chica es Charlotte Morel, la mujer de su hijo, y tiene algo que decirles —respondió Andrew.

La cara de Steve cambió por completo. Creo que jamás se esperó que aquella persona que venía con Andrew fuese su propia mujer.

—Steve, ¿cómo has podido mentirme todos estos años? Yo te quería, confiaba en ti, pensaba que tarde o temprano cumplirías tu palabra de mudarte

conmigo y con tu hijo a Francia. Qué tonta he sido. Cuando tu mejor amigo vino a París a buscarme y me contó lo de tu boda con esa chica, no podía creerle y viajé hasta aquí con la ilusión de que todo fuese un malentendido, pero ahora que he podido comprobar con mis propios ojos lo engañada que he estado, quiero decirte aquí, delante de todos tus invitados y delante de tus padres, unos padres que jamás me has presentado... Quiero decirte que no quiero saber nada más sobre ti, que te olvides de que alguna vez tuvimos algo. Por tu hijo no te preocupes: jamás sabrá nada de esto.

—Charlotte, escúchame, por favor... —le suplicó Steve, que en ese momento se acercó hacia ella tratando de hablar.

Todos los demás contemplábamos impactados la escena. Mis padres me miraban totalmente sorprendidos, sin poder creerse nada de lo que estaba pasando.

—No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme, Steve. Esta será la última vez que nos veamos. A partir de ahora lo haremos a través de mi abogado. Hasta nunca, Steve —se despidió Charlotte mientras se dirigía hacia la puerta de salida de la iglesia.

—No, por favor, Charlotte, no te vayas... Escúchame —le imploraba Steve mientras la seguía.

—No vuelvas a tocarme más en tu vida —le gritó Charlotte llorando desconsoladamente cuando Steve le agarró del brazo intentando por todos los medios hablar con ella.

Finalmente, Charlotte salió de la iglesia sin mirar atrás; mientras, Steve se quedó totalmente abatido por lo ocurrido.

—Steve, tenemos que hablar ahora mismo contigo —le ordenó su padre, totalmente lleno de rabia y frustración por todo lo sucedido.

—Sí, hijo. ¿Cómo has podido mentirnos todos estos años? —le preguntó su madre mientras lloraba presa de un ataque de nervios.

—Toda la culpa de esto la tiene ese desgraciado. Vas a pagar por esto —le amenazó mientras se acercaba a Andrew para vengarse a base de golpes.

—Ya se acabó este circo. Nos vamos a casa, Steve —le gritó su padre mientras le agarraba fuerte del brazo e intentaba llevárselo lejos de allí.

—Papá, espera, necesito hablar con Sara —rogó Steve al autoritario señor William.

—Sara, mi amor, escúchame. Tenemos que hablar de todo esto. Ven, vámonos a casa —me suplicó Steve con lágrimas en los ojos.

Mi padre se acercó hacia nosotros e interrumpió aquella conversación.

—Sara, hija, ¿te encuentras bien? —me preguntó mientras me acariciaba las manos en señal de protección.

—Sí, papá, no te preocupes. Steve, creo que tú y yo no tenemos nada que hablar. Todo ha quedado bastante claro: estás casado y tienes un hijo. No sé qué motivos te han podido llevar a engañar a tu mujer conmigo, pero si te soy sincera, tampoco me interesa saberlo. Me duele tu engaño, pero yo tampoco he sido sincera todos estos años contigo. De sobra sabes que aún sigo enamorada de Andrew, a pesar de que iba a casarme contigo. Creo que ambos estamos a mano. Ahora quiero pedirte, por favor, que te alejes de mí, que me dejes hacer mi vida y que tú hagas lo mismo con la tuya.

—Muy bien dicho, Sara —dijo en voz alta Blanca, que aún seguía allí en una esquina del altar junto a Martina y Violeta. Todas conmocionadas por la situación que estábamos viviendo.

—Lo siento mucho, Sara —me respondió Steve, que acto seguido agachó la cabeza y abandonó aquella iglesia junto a su familia, que apenas se despidió de los invitados.

Yo me abracé a mi padre mientras lloraba desconsoladamente. Andrew aún seguía allí de pie frente al altar, sin dejar de quitarme la vista de encima.

Algunos invitados comenzaron a abandonar la iglesia, mientras otros permanecían allí inmóviles en sus asientos cotilleando y comentando todo lo que acababa de ocurrir.

Entonces Andrew se dirigió hacia mí y me miró fijamente a los ojos.

—Sara, siento que hayas tenido que pasar por esto. Pero quiero que sepas que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Y si pudiera vivir mil veces, mil veces repetiría la misma historia de amor contigo. ¿Sabes por qué? Porque me da igual que seamos diferentes, que te saque dieciocho años, que pensemos distinto, que no seamos compatibles... Me basta solo con saber que quiero pasar el resto de mi vida junto a ti. Porque somos imperfectos, pero juntos, a pesar de ti y a pesar de mí, somos la perfección. Pero que esta bonita historia pueda ser una realidad no depende de mí, sino de ti.

Yo me quede en *shock* ante la tremenda declaración de amor que me acababan de hacer. Miré a Andrew y a mi padre, que estaba totalmente estupefacto ante lo ocurrido.

—Voy a decirle algo, Andrew: no le conozco de nada, pero usted me parece una persona sincera y creo que si ha tenido el valor de interrumpir esta boda

por miedo a perder el gran amor de su vida, que en este caso es mi niña, le diré que cuenta usted con mi apoyo. Creo que hay que tenerlos muy bien puestos, como se suele decir en España, para hacer lo que usted ha hecho hoy. Lo único que voy a pedirle es que haga muy feliz a mi niña —le dijo mi padre a Andrew mientras me miraba con una ligera sonrisa.

—Y también cuente con mi aprobación, Andrew. Veo la forma en que mi hija y usted se miran y eso dice mucho de lo que ambos sienten —dijo mi madre uniéndose a nosotros en aquellos momentos.

—Muchas gracias a los dos, y cuenten con ello —respondió Andrew mientras estrechaba la mano de mi padre.

Mis amigas y damas de honor nos miraban completamente emocionadas mientras se limpiaban las lágrimas.

—Sara, voy a hacer una pregunta muy sencilla; no me voy a andar con rodeos. Te amo, y aquí, delante de tus padres y tus amigas, quiero pedirte por favor que te cases conmigo. ¿Qué me dices, mi amor? ¿Te quieres casar conmigo? —me preguntó mientras se arrodillaba en el altar y me tomaba las manos.

—Vamos, Sara, dile que sí —me repetía Blanca.

—Después de todo lo que ha liado este hombre para estar contigo, dile que sí, muchachita —gritó uno de los invitados de la boda que aún seguía allí sentado, al que no conocía de nada, por cierto.

—Sara, no seas tonta, acepta. Él es el amor de tu vida —me advirtió Martina.

Le mire a los ojos, esos ojos azules que tanto me intimidaban y enamoraban a la vez, y busqué en mi interior la respuesta a tan importante pregunta. Cuando la tuve, respondí decidida y esta vez sin ningún titubeo.

# EPÍLOGO

Eran las 16:00 horas de aquel 22 de septiembre. Ese día había amanecido bastante soleado, y ahora me encontraba a la espera de embarcar en el vuelo que me llevaría de vuelta a España.

El aeropuerto de Dublín estaba abarrotado de pasajeros. Había habido retrasos en dos vuelos por averías en uno de los motores de los aviones. Y la gente deambulaba de un lado a otro del aeropuerto en busca de explicaciones.

Blanca y las chicas me acompañaron hasta la puerta de embarque mientras me ayudaban con las maletas.

—Cariño, ¿estás segura de la decisión que has tomado? —me preguntó Blanca con cierta preocupación.

—¿No crees que vas a arrepentirte luego? —me preguntó Violeta.

—Sara, aún estás a tiempo de no subirte a ese avión —me repetía Martina.

—No, chicas, en serio. Estoy segura de la decisión que he tomado. Debo poner tierra de por medio. Aquí en Irlanda no tengo nada que hacer. Debo volver a mi vida anterior, a mi trabajo, con mi familia, mis amigas... ¿De verdad no queréis acompañarme?

—No, amiga, ya sabes que estamos de vacaciones, y ya que tu boda ha sido un completo desastre, déjanos al menos disfrutar de unos días aquí de soltería y diversión.

—Bueno, Blanca, soltería tú, que algunas ya nos hemos echado la soga al cuello —le respondió Martina a Blanca, y todas comenzamos a reírnos.

—Gracias, chicas, por todo, de verdad. Por estar siempre ahí y por apoyarme en cada decisión que he tomado.

—Sabes que siempre vamos a estar ahí, amiga. Lo único que nos importa es tu felicidad —respondió Blanca.

—Por cierto, Sara, y tus padres... ¿volvieron a España? —preguntó Violeta.

—Sí, chicas, ayer por la tarde cogieron el último vuelo y ya están en Madrid.

—Bueno, nos alegramos de que todo haya ido bien. Nos vemos en una semana, cariño —me respondió Blanca.

—Hasta pronto, chicas.

Crucé la puerta de embarque y me dirigí a la zona de control de equipajes. Después de pasar por varios controles policiales y de hacer el *check-in* de mis maletas, estaba preparada para subirme al avión que me llevaría de vuelta a casa. Después de cuatro largos años en Irlanda, mi aventura aquí había terminado. Miré el reloj y comencé a preocuparme: tan solo quedaba media hora para embarcar. Me coloqué en la fila de la puerta 25, que era la del avión que me llevaría de vuelta a España.

No dejaba de mirar el reloj y de preocuparme por el horario de salida.

—Sara —escuché entre la multitud.

Miré, y entonces ahí estaba él, mi dios griego, el gran amor de mi vida, Andrew Miller, el cual venía corriendo hacia la puerta de entrada, desesperado por no poder llegar a tiempo.

Al verle, mi corazón comenzó a latir a mil por hora y corrí a su encuentro. Parecíamos dos enamorados que no se veían desde hacía muchísimos años, aunque este no era el caso. Nos acabábamos de ver hacía un par de horas en el apartamento de él, donde nos despedimos y quedamos en vernos aquí, después de que él arreglara unos asuntos que le quedaban pendientes en la oficina.

Ambos nos abrazamos y nos besamos tras nuestro encuentro.

—Pensé que no llegarías, mi amor —le dije.

—Cómo no iba a venir, pequeña. Hace cuatro años te dejé coger sola aquel avión y que te alejaras de mí, y me arrepentiré toda mi vida por haberlo hecho. Ahora eso no va a volver a pasar. Porque nunca más me voy a volver a separar de ti. Gracias por haberme dado la oportunidad de estar en tu vida y por haber aceptado casarte conmigo. Te amo, Sara.

—Yo también, Andy. A pesar de todos los obstáculos que ha habido entre nosotros, mi amor por ti nunca dejó de existir.

—Sabes que a mí me ha pasado lo mismo. Ahora se avecinan grandes cosas para nosotros, pequeña. Y creo que volver a España será el comienzo del siguiente capítulo en nuestras vidas.

—Te quiero, Andrew.

—Yo también, pequeña.

Ambos nos besamos en los labios. Nuestras lenguas se entrelazaron como si no quisieran despegarse. No había nadie; todos aquellos pasajeros habían dejado de existir; solo estábamos él y yo. Era como si ese beso nos devolviera al pasado, como si nos volviera a colocar en el punto de partida de esta bonita



historia de amor. Recordé la primera vez que nos conocimos en aquel bar irlandés, nuestro primer beso, mi primera vez, nuestro viaje a París, aquella noche de pasión y desenfreno en la intimidad de aquella habitación parisina, sus besos, sus caricias, sus dedos recorriendo la fina línea de la curvatura de mi espalda... Tantos recuerdos.

De repente, aquel maravilloso beso fue interrumpido por la llamada por megafonía de que nuestro avión estaba a punto de salir.

—*Última llamada* para los pasajeros con *destino a España*, por favor, embarquen por la puerta correspondiente, el avión está a punto de despegar. Gracias.

Andrew y yo nos miramos y sonreímos al darnos cuenta de que toda la fila de gente que estaban esperando para entrar en el avión ya se encontraba en el interior del mismo y solo quedábamos nosotros dos.

Él me agarró mi mano mientras me besaba los nudillos.

—¿Estás dispuesta a embarcarte conmigo en esta bonita historia de amor y a convertirte en mi compañera de viaje en esta vida?

—Por supuesto que sí, Andrew. Porque no sé a dónde nos llevará la vida. Solo sé que allá donde nos lleve, yo quiero ir contigo. Te amo.

—Y yo a ti, pequeña. Venga, vamos, subamos al avión, que ahora comienza la segunda parte de nuestra historia y la mejor de todas sin lugar a dudas.

Puedes conseguir este libro en

[www.esebook.com](http://www.esebook.com)